

ASTRID NILSEN

**LA
EXTRANJERA**

se

Una misteriosa joven extranjera se adentra en la gótica Catedral de Burgos. Aunque se dirige al confesionario, tras sus palabras no hay confesión alguna sino preguntas sin respuesta. Durante cuatro días relatará al sacerdote cómo su padre asesinó a sangre fría a su madre, todo ocurrió veinte años atrás en un pequeño pueblo de Noruega. Un asesinato que nadie comprendió en su día y tras el cual su padre huyó del país abandonándola.

El sacerdote español escuchará la confesión de la extranjera queriendo consolarla. Pero el relato de ella cobrará tanta fuerza que el cura se verá obligado a visitar su propio pasado. Un pasado que querría seguir manteniendo oculto y olvidado, un pasado de dolor, muerte y sacrificio del que ya no puede huir.

Una novela original y sorprendente en la que el suspense y la mitología nórdica se unirán para mantenerte sin aliento.



Astrid Nilsen

La extranjera

ePub r1.1

sleepwithghosts 25.11.13

Título original: *La extranjera*

Astrid Nilsen, 2013

Diseño de portada: David Olloqui

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0



Para quienes habéis compartido conmigo este sueño con tremenda ilusión. Soy muy afortunada de teneros cerca, aunque no siempre sea físicamente.

Capítulo 1: Oscuridad

Cada día hemos de pedir perdón,
porque cada día hemos ofendido.

SAN AGUSTÍN, sermón 256

1.^a Confesión: En su terreno

Bajó las escaleras de la plaza de Santa María apresurada, con la visión de la catedral de Burgos a su izquierda. Al descender el último peldaño quiso disfrutar de la imponente vista, pero aquel día llovía torrencialmente y casi no podía alzar la mirada hacia el monumento. Era la primera vez que se encontraba frente a ella, pero no podía hacer más que correr hacia el interior y resguardarse del frío, subiendo deprisa los peldaños que llevan a la puerta de Santa María. Antes de acceder, aún a expensas de calarse bajo la lluvia, alzó la mirada. Observó el rosetón y cómo se imponían al visitante las dos largas torres. Rápidamente avanzó unos escasos pasos y se refugió en la catedral. Por fin estaba dentro.

Le llegó un intenso olor a incienso mientras dos ancianas atravesaban con ojos inquisidores el bajo calado de sus vaqueros. Ella misma los miró antes de inundarse de la vista que la rodeaba: la magnífica catedral gótica alzándose encima de ella, el ruido lejano y seco de la lluvia, la tenue luz. A su derecha atisbó la capilla del Santísimo Cristo de Burgos, dedicada exclusivamente a la oración y el culto. Abrió una pequeña rendija, escuchó el tenebroso murmullo de la misa a punto de finalizar y atisbó las imágenes fantasmagóricas de quienes se arrodillaban en los bancos. Alzó los ojos y contempló las arquerías góticas bajo las cuales se amparaban los fieles, sentados en bancos a ambos lados del pasillo. Este corredor recto finalizaba su recorrido en una imagen de Jesucristo crucificado, del cual recordó haber leído que databa del siglo XIV y se había realizado con cabellera y barba humanas, y que su cuerpo de madera estaba forrado por completo de piel de vacuno para aportarle un mayor realismo. Incluso en la distancia que la separaba podía vislumbrar la sangre

representada en todo su cuerpo, excepto la zona cubierta por unos faldones. Apartó la vista y cerró la portada gótica bruscamente. «Estaba en su terreno».

Por alguna razón que no podía evitar, estaba más nerviosa de lo que hubiera deseado. Sentía cómo le latía el corazón con insistencia bajo el jersey mojado, a pesar de que intentaba regularizar su respiración. Quiso pasear por la catedral para tranquilizarse, pero se hallaba en la zona de culto y oración y por tanto únicamente tenía acceso a la capilla de la que acababa de salir y a la capilla de Santa Tecla, a la izquierda de la entrada. Se dirigió a ella, deteniéndose primero debajo del llamado Papamoscas, un reloj sobre el que un enorme muñeco avisa las horas en punto dando una campanada con el brazo y abriendo la boca. Comprobó que faltaba más de media hora para la siguiente campanada, así que accedió a la capilla de Santa Tecla. A pesar de que paseó por su interior, entre los bancos, lo único que retuvo su mente era que se trataba de una capilla espaciosa con un retablo al fondo. Sus pensamientos no se encontraban en ese lugar.

Volvió a la nave principal decidida. La intensa lluvia no había espantado a los turistas, se dijo. Ella misma podía ser considerada perfectamente una turista, pero nadie más que el cura que habría de tomarle confesión podía descubrir qué rondaba en su cabeza. Había viajado desde Noruega hasta la misma catedral de Burgos únicamente para confesarse, y ahora que estaba en ella le temblaban las piernas. Tenía miedo.

La misa había finalizado en la primera capilla y comprobó en la hoja de anuncios, colgada en la entrada, que el horario de confesiones con los distintos curas acababa de iniciarse. Se adentró por el pasillo hasta casi alcanzar el enorme Jesucristo crucificado, llegando a la primera línea de bancos. Tanto a la derecha como a la izquierda había sendos confesonarios ocupados por curas y fieles. Disimuladamente, deambuló por uno y otro, y eligió en cuál de ellos habría de confesarse. A la izquierda del Jesucristo, en el confesonario más escondido, encontró al cura que recogería su secreto. Sentada en el banco principal y evitando volver la mirada hacia el cristo, demasiado real para ella, aguardó unos segundos a que un anciano terminara su confesión. Cuando quedó libre el confesonario, se obligó a levantarse y a ocuparlo, por mucho que pesara la intensa mirada del cristo sobre ella. Encontró a un cura canoso, con

rostro firme, arrugas bien surcadas por todo su rostro, unas entradas incipientes de las que se había salvado buena parte del cabello, los párpados medio caídos y resguardando unos ojos cuyo color no pudo adivinar. Sería él.

«Ave María Purísima», dijo ella con un marcado acento extranjero. «Sin pecado concebida», respondió él. Estaba acostumbrado a ver turistas en la catedral, pero no a que se confesaran. Ella comenzó a hablar, primero unas palabras entrecortadas por la respiración y la timidez, pero luego inició un discurso que parecía tener aprendido. En su primera frase le costó concentrarse y comprenderla, hasta que tuvo que interrumpirla al confirmar que no estaba hablando en español. «Perdona, no entiendo». Ella permaneció en silencio. Un corto silencio. Algo en ella le hacía sentir incómodo al cura. La joven puso la mano sobre la rejilla que los separaba, la apartó y sonrió muy suavemente, muy dulcemente. «No importa», expresó en un acento incluso más marcado que al pronunciar «Ave María Purísima». Sin duda, la anterior frase la había entrenado intensamente, hasta la saciedad.

Comprendió entonces que ella solo quería desahogarse, sin importarle que no la entendiera. «No podré ayudarte si...», pero antes de completar la frase ella retomó el hilo y comenzó a hilvanar su historia haciendo caso omiso al cura, hablando en noruego sin pausa:

—Hace veintitrés años el mundo entero centró su atención sobre un pequeño pueblo de Noruega. No por las imposibles temperaturas que marcaba su termómetro, sino por un horrible asesinato. Una mujer aparecía brutalmente asesinada en su casa, una típica casa de madera noruega. El autor del crimen se había ensañado con la joven de casi treinta años, produciéndole horribles moratones en los brazos y la espalda. Seguidamente, había usado un cuchillo de cocina para provocarle varios cortes pequeños por todo el cuerpo, como si de un horrible ritual se tratara. Finalmente, clavó en la víctima el cuchillo en cinco lugares distintos; primero el corazón, a continuación la clavícula, seguidamente el estómago, el muslo y por fin el brazo izquierdo. Se estima que fue exactamente de esta manera, ya que el asesino se había tomado la imperturbable molestia de grabar con cortes, y junto a cada cuchillada, un número que parecía indicar el orden.

»Según dijeron los vecinos, no gritó. Esperó a su asesino, recibió la

violenta sesión sin alarmarse y se entregó a la muerte como si fuera a dormir plácida y eternamente. La policía no constató que hubiera usado algún método para acallarla o retenerla, como pudiera ser el típico pañuelo en la boca o cuerdas. Se limitó a recibir tranquilamente su destino, casi podría haberse fumado un cigarrillo aguardándolo. Eso estimaron los inspectores, ya que ni siquiera había signos de que se hubiera defendido.

»Desafortunadamente, fue su madre quien descubrió el cadáver a eso de las seis de la tarde, e inmediatamente, aterrorizada, temblando, gritando, llorando, paralizada, llamó a su marido y le anunció que su hija estaba... No se atrevió a terminar la frase, no acabó de encontrar las palabras que poder pronunciar sin sentir un escalofrío por todo su cuerpo. De pronto, con el teléfono en la mano, de espaldas al cadáver de su hija, del que ya había comprobado que estaba sin pulso, se quedó muda y no volvió a hablar nunca jamás con normalidad, y a partir de entonces tan solo fue una mujer que balbuceaba y tropezaba con sus propias palabras cuando estas aterrizaban en los labios.

»Al otro lado del teléfono su marido no comprendió las palabras. Tampoco le hizo falta. Llamó a la policía sin perder un segundo, subió al coche y atinó a llegar cuando dos patrullas habían subido al lugar del crimen. En el portal de la casa de su hija, un policía sujetaba a su esposa, que estaba en ese momento con la mirada perdida, rodeando sus hombros con su fuerte brazo mientras ella lloraba desconsoladamente, a veces mirando hacia arriba, tal vez queriendo ver por última vez a su hija. Salió del coche dejándolo con la marcha a medio poner, apartó a los vecinos y se abalanzó sobre ella, pero no pudo obtener nada inteligible.

»El policía le pidió amablemente que lo acompañara y le explicó, con todas las precauciones que pudo, que su hija había sido asesinada. “¿Sabe dónde se encuentra el marido de su hija?” Pero él no reaccionó.

»Se fundió en un abrazo con su esposa. No podía creer lo que oía, y tampoco sabía identificar si se trataba de una pesadilla o de la realidad.

»En los minutos siguientes, sucedidos entre lágrimas e incomprensión, otro policía les indicó que su nieta de tres años estaba en compañía de su abuelo paterno. “¿Saben dónde está el marido de su hija?”, les preguntó. No, no lo

sabían. “¿En el trabajo, en casa de sus padres, con algún amigo, tenía un viaje de trabajo?” No, no lo sabían.

»Acudieron entonces al hogar del padre del marido desaparecido, quien llevaba en brazos a la niña de tres años. Al ver a la policía supo que no podían traer buenas noticias y los dejó pasar con el semblante serio y pidiéndoles que no comentaran nada en presencia de la pequeña. Los invitó a sentarse en la sala de estar mientras dejaba a su nieta en una habitación contigua, rodeada de juguetes que le permitirían distraerse. Conocía a los dos agentes desde que se dedicaban a corretear por el parque y las calles del pueblo. No podía decir que tuviera una buena relación con ellos, pero sí sabía sus nombres y había tomado algún café con ellos en alguna ocasión, e incluso ayudado en algún caso de pequeños robos o similares. Nada importante sucedía en el pueblo. Y las dos veces que sucedía algo tenía que tocarle a él. Al ver a los policías, recordó al momento el día en que le anunciaron que su mujer había fallecido en un fatídico accidente de tráfico.

»Tal vez lo propio era ofrecer un poco de café, pero aquella idea ni le vino a la mente. Cuando no pudo alargar más la espera de la noticia, se sentó frente a ellos, en un sillón, y esperó consternado a que comenzaran a hablar. No tardaron más de cinco minutos en resumir los acontecimientos del día que hacía tan solo una hora ellos mismos habían descubierto.

»Primero querían saber si su hijo Henning se había puesto en contacto con él desde el mediodía, y ante la negativa del anciano, las preguntas se deshicieron en detalles sobre ese mismo día.

»Explicó que su hijo le había llamado esa mañana por teléfono para pedirle que recogiera a su nieta, ya que él no podría. La madre estaba enferma y tenía cita con su médico de cabecera y Henning, como buen marido, quería acompañarla. Su padre no tardó en aceptar la oferta, alegrándose ante la idea de tener a su nieta de tres años correteando por su casa y dándole un poco de vida. “Desde que murió mi esposa y se fueron mis hijos, mi casa es un poco triste”, añadió. Aunque su hijo no había acordado ninguna hora con él, pensó que llegaría antes de las seis. Sin embargo, a las siete aún no había tenido noticias y empezó a preocuparse, tanto por Henning como por su esposa y, en especial, por la nieta. No estaba seguro de si era ya su hora de la cena o de

dormir, y ella no era capaz de concretarlo tampoco. Aunque no quería que su hijo pensara que hacerse cargo de la nieta era una molestia para él, se decidió a llamar por teléfono. No obtuvo respuesta. Tampoco cuando llamó a los padres de su nuera, quienes, seguramente, sabrían lidiar mucho mejor que él con ese tipo de temas. Es más, qué curioso que su hijo no les hubiera dado a ellos la responsabilidad de la nieta. Comenzaba a sentirse un tanto desolado cuando los policías llamaron a su puerta, teniendo él ya a la nieta en brazos y las llaves del coche en el bolsillo. Esperaba que fuera su hijo y respiró aliviado. Nada más lejos de la realidad. Finalizó su breve intervención consternado, hablando con la mirada perdida e intercalando palabras entre sollozos, incapaz de comprender la información que le acababan de entregar. Los policías preguntaron más y más, pero él solo quería saber dónde estaba su hijo. “Para saberlo necesitamos conocer los hechos, por favor, siga colaborando”, le decían. Pero no había más que contar. Con palabras amables le pidieron su permiso para revisar la casa, por si su hijo pudiera tener un juego de llaves y haber entrado. No opuso la más mínima resistencia y les permitió registrarlo todo sin poner obstáculos, y se fue a jugar con su nieta sin saber muy bien si debía explicarle algo o no.

»Los policías no encontraron nada que les sirviera de pista.

»Por otro lado, y al mismo tiempo, otros agentes indagaron en Lillehammer, donde trabajaba el joven desaparecido. Uno de los policías sabía quién era el jefe de Henning y, a pesar de las horas tardías, llamaron a su casa con cierta urgencia. No, no sabía dónde estaba. Solo sabía que al poco de llegar al trabajo se había quejado de un fuerte dolor de cabeza y pidió permiso para ir a casa a descansar. Dijo que tal vez volvería más tarde, pero no fue así.

»La tercera vía fueron los amigos de Henning, entre quienes también se encontraba algún policía. Pero no, tampoco lo habían visto. Recorrieron los restaurantes y cercanías del gimnasio al que solía acudir. Si estaba en el pueblo, sobre todo en ese pueblo tan pequeño, debía de haber oído ya la noticia. O alguien le habría visto.

»Pero ni rastro de Henning.

»A esas alturas, los abuelos maternos acudieron al cura del pueblo y le solicitaron que interviniera como mediador para hablar con el abuelo paterno

y con su nieta. Este, aunque no era creyente, les dio permiso para entrar en su casa. Tal vez en otras circunstancias habría opuesto resistencia, tanto a la primera como a la segunda petición, pero se encontraba en un estado tal de consternación que no podía absorber la información que recibía ni reaccionar ante ella.

»Con el amanecer del día siguiente y una vez concluida la ronda de preguntas, la búsqueda nocturna imparable, los contactos, las llamadas y visitas, surgieron otro tipo de dudas. La principal seguía siendo, por supuesto, dónde estaba Henning. Pero muy cerca le seguía la duda de “por qué” no estaba Henning. Debido a que parte de las personas implicadas en la investigación le conocían, los derroteros que tomaron siguieron caminos que no querían implicarle, intentando negar la evidencia. Pero Henning no, por favor, él que tanto amaba a su mujer y a su hija. Se temió, ante todo, por su vida.

»Comenzaron a especular sobre los hechos que pudieron acontecer, teniendo en cuenta que salió del trabajo a una hora cercana a la del asesinato. Podría haber sorprendido al asesino y habrían forcejeado... No, imposible, los vecinos no oyeron ningún grito ni ruidos de lucha. Le habría disparado o acuchillado a él también. No, eso se habría oído. Tal vez le habría amenazado con matarlo y le habría secuestrado para exigir dinero. En ese caso, daría señales para pedir ese dinero. Tal vez.

»Pero el marido era un joven noruego de treinta años, fuerte, que se habría defendido bien. No había noticias de ningún secuestro. En caso de que el asesino quisiera secuestrar a alguien, lo habría preparado para llevarse a la joven, en lugar de asesinarla y pensar en raptar al marido. Es más, un secuestro quedaba completamente fuera de lugar porque no surge sin premeditación. Que el marido hubiera sido asesinado tampoco tenía lógica, ya que el cadáver habría aparecido en la casa. No tenía sentido llevarse el cuerpo de él y no el de ella, cuyo peso era bastante inferior.

»O era posible que nunca llegara a su casa. Aunque su coche había desaparecido también del pueblo, no había en la nieve cercana al hogar ninguna huella que indicara que él u otra persona hubieran estado en la casa. Comprobaron que a esa hora no hubo ni un solo accidente en el recorrido que

el marido hacía desde Lillehammer, donde trabajaba, hasta el pueblo; y una patrulla realizó el mismo trayecto intentando encontrar huellas: huellas de un coche que se saliera de la carretera, de unas ruedas que hubieran hecho un mal giro, de una curva que no se tomó bien. Huellas de un marido enamorado o de un viudo extraviado...

»Pero nada.

»Todos los interrogantes y situaciones imaginables tardaron muy poco en mantenerse en pie; la policía los iba derribando según surgían. Es más, eran conscientes de que gran parte de los asesinatos los cometen familiares o conocidos, por lo que lo más sencillo era apuntar al marido. Sin embargo, cuánto quería a su mujer y a su hija era un tema tan sabido, conocido y asumido en el pueblo, tan envidiado y ansiado, que nadie quería siquiera contemplar esa imposible posibilidad. Quisieron agotar todas las especulaciones antes de seguir esa hipótesis.

»Ya no había vías que agotar entonces. Entonces, y solo entonces, se obligaron a permitir que surgieran otros interrogantes. El asesino debía de conocer a la víctima, ya que ella le abrió la puerta. La conocía y además sabía que ella estaba en casa, enferma y sola. Se barajó la idea de que fuera un ladrón y, al verse sorprendido, la hubiera asesinado; pero aquello era un asesinato a conciencia y planificado. Un vecino que contrataban esporádicamente como jardinero alegó entonces que había pasado la mañana quitando la nieve de la entrada de su casa y que la única persona a la que había visto entrar era a Henning. De hecho, este le comentó que le dolía mucho la cabeza y que, cuando tuviera tiempo, él mismo quitaría la nieve de su casa. A eso de la una y media, cuando el jardinero ya había terminado con la nieve, vio salir a Henning con el rostro pálido. El cartero corroboró que lo vio salir, aunque no entrar.

»El cerco se cerraba en torno a Henning. Le había pedido a su padre que recogiera a la nieta alegando que él y su mujer acudirían a una cita. Una cita que no figuraba en la agenda de su médico de cabecera. Se fue del trabajo por un repentino dolor de cabeza y había desaparecido. Había estado en la casa más o menos a la hora en que la policía situaba el asesinato. ¿Por qué había huido sin avisar de que su mujer estaba muerta en la sala de estar? ¿No era

obvio que él era el asesino?

»¿Necesitaban acaso más pruebas?

»He buscado algo de información en español en Internet y curiosamente he encontrado dos recortes escaneados de noticias que aparecieron en un periódico nacional. Tiene fecha del 5 de enero de 1982 y muestra una foto de la casa. Tapada con una manta sobre una camilla, yace la víctima. Afortunadamente, sus padres no se encontraban dentro del radio del periodista y no fueron inmortalizados en una escena tan horrible.

La joven había abierto la cremallera de su bolso negro cruzado, y extrajo una libreta en la que guardaba los artículos escaneados. Leyó el primero con su peculiar acento y con gran esfuerzo:

El terrible crimen sucedido en un pueblo noruego hace escasos días parece estar llegando al fin del misterio. Desde el principio, la policía centró su atención en encontrar al marido de la joven asesinada. Tanto los padres de la víctima como los de su marido rechazaron en todo momento que pudiera ser sospechoso. Sin embargo, cada vez más pruebas apuntan a que ha sido el autor del crimen.

Al principio se temió que hubiera sido también víctima de lo que parece ser un extraño ritual, y se especuló sobre la posibilidad de que una secta estuviera involucrada en los hechos, tal vez queriendo imitar el crimen acaecido en Beverly Hills y perpetuado por la banda de Charles Manson.

Saltó la alarma cuando un vecino que contrataban ocasionalmente como jardinero aseguró haber visto salir de su casa al joven Henning sobre la una y media y conducir su propio coche. Afirmó que le extrañó la expresión de su rostro lloroso.

La policía pudo contrastar esta versión con más testigos de la ciudad, quienes vieron circular el coche a una hora similar...

La presunta participación o incluso autoría de Henning en el crimen ha sido y sigue siendo uno de los puntos más difíciles de aceptar por los padres del matrimonio.

En los últimos días, la investigación ha arrojado pocas pistas nuevas, como el cuchillo con el que fue asesinada. No había sido escondido, se podría decir, ya que se hallaba descuidadamente tirado debajo del sofá, a pocos centímetros de donde fue encontrada Nora. La policía considera que, en caso de encontrarse huellas dactilares que coincidan con Henning, no podrían ser consideradas determinantes, ya que era un cuchillo doméstico y

por tanto sería lógico que lo hubiera usado con anterioridad.

La desaparición de Henning es lo más curioso de este crimen, que a ojos de todos los noruegos solo puede deberse a que fue quien lo cometió. Noruega entera se ha volcado en este caso y las muestras de colaboración ciudadana han sido simplemente excelentes. Varios comercios han accedido a colgar en sus escaparates fotos de Henning en las que se solicita que si alguien lo viera contacte con la policía de inmediato. A pesar de las falsas alarmas recibidas, según una persona cercana a la investigación, hay dos casos que podrían ser verosímiles.

La familia ha recibido innumerables muestras de cariño y afirma haber obtenido en todo momento el respeto de sus conciudadanos. El primer ministro ha declarado que «el asesinato de la joven Nora debería hacernos plantear en qué mundo vivimos y si nos encontramos tan seguros como creemos. Pero, sin duda, también nos reafirma en que la sociedad noruega es un ejemplo de unión, respeto, colaboración y protección al prójimo». Como una muestra más de colaboración, en varias ciudades, tanto grandes como pequeñas, se han organizado interminables búsquedas para dar con el paradero de Henning, ya sean motivadas por encontrar a un inocente que está siendo coaccionado, o por hallar finalmente al asesino de un crimen que está azotando la conciencia de la sociedad entera.

Terminó de leer el artículo con un suspiro. De aquella larga confesión sin pausa, el cura solo había escuchado en español la lectura del artículo y había logrado captar en gran medida todo lo que había sucedido. ¿Por qué se lo contaba? ¿Quién era ella y qué tenía que ver con ese crimen tan horrible? No podía ser más que una chiquilla cuando aquello sucedió, ¿había nacido siquiera?

Dobló el artículo, lo volvió a guardar en la libreta y desdobló el segundo que tenía en español:

4 de enero de 1983

Un caso sin resolver en la fría Noruega, pero muchas lecciones aprendidas.

Hace un año el mundo entero se despertó con una terrible noticia. Una joven fue hallada por su madre asesinada en su hogar cuando iba...

A pesar de que el caso no ha sido resuelto, ya no cabe duda de que su marido fue el autor del crimen. Según varios testimonios, se había mostrado unos meses antes del suceso un tanto extraño y apenas decía palabra. Todo apunta a que tenía el asesinato completamente planeado, ya que pidió a su padre que recogiera a su hija en la guardería, salió antes de trabajar, llenó el coche de gasolina y en el mismo maletero tenía una mochila con ropa.

Todo esto se ha podido demostrar tras la exhaustiva investigación de la policía y la ayuda de los ciudadanos. El coche fue hallado en una carretera cercana al aeropuerto de Oslo,

donde se encontró la ropa que el asesino llevaba en el momento del crimen. Estaba manchada de sangre y la policía ha podido confirmar que se trataba de sangre de la víctima. Un hombre que trabaja en el aeropuerto afirmó haberle recogido en ese lugar cuando hacía autostop y haberle llevado al aeropuerto, ya que, según decía, el coche se le había averiado, pero no podía esperar a una grúa porque perdía un avión para una importante reunión de trabajo.

Ya en el aeropuerto, es imposible identificar adónde voló, debido a que usó una identidad falsa y seguramente se disfrazó. Un testigo asegura haberse encontrado con un joven que se retocaba lo que claramente era una peluca pelirroja, por lo que probablemente habría disfrazado su color rubio bajo una nueva apariencia.

Sin duda, la sociedad noruega ha demostrado...

En ese punto se pierde toda pista del asesino [...], quien deja tras de sí una niña de ahora cuatro años que vive con sus abuelos maternos cerca de donde su madre fue brutalmente asesinada. Una hija que nunca comprenderá por qué su padre, el hombre ideal, decidió un día acabar con la vida de su madre.

—Yo —dijo la joven en español con voz apesadumbrada y casi temblando.

El cura comprendió entonces que era ella la hija del asesino.

—Hija, comprendo que quieras pedir el perdón de tu padre, pero es él, en caso de que fuera realmente quien perpetró aquel delito, quien debe buscarlo ante Dios. Comprendo que quieras ayudarle y buscar el perdón de Dios para él, pero no puedes hacer más que rezar por su alma y rogar que se dirija de nuevo al camino del Señor, cumpla con su penitencia y se arrepienta de todos sus pecados.

Hubo un corto silencio, oyó la respiración lenta de la joven, mezclada con los murmullos de los visitantes de la catedral, y volvió a escucharla con su peculiar forma de expresarse en español.

—Pero mi padre asesinó a mi madre. Yo soy hija del pecado.

Quiso explicarle que a los ojos de Dios aquello no era verdad y ella no debía..., pero ella se levantó, musitó un sencillo «gracias» e interrumpió la confesión sin más.

Retrocedió por el pasillo de la capilla con la imagen de Jesucristo a su espalda y un único pensamiento: «Ya le he contado quién soy, ya lo sabe, estoy en su terreno».

2.^a Confesión: Tras el asesinato

El cura escuchó las palabras lentas y cansadas de la anciana, elaboradas desde el arrepentimiento y el dolor por haber pecado. Prestó toda su atención sin perder detalle, a pesar de que se trataba de la misma confesión, palabra por palabra, que había realizado la semana pasada. Esbozó una suave, casi imperceptible, sonrisa. Sentía un gran aprecio por aquella mujer, siempre había sido de esa manera. Conocía a su familia y los secretos que intentaban ocultarse los unos a los otros, creando mentiras que se desvelaban en sus confesiones, pero permanecían en la catedral encerradas, sin encontrar la luz en el seno familiar. No eran secretos oscuros, y era esta la principal razón que le despertaba tanta simpatía por ellos.

Cuando hubo terminado se recostó en su asiento, creyendo que podría sumirse en sus propios pensamientos antes de comenzar una nueva confesión, pero ella no le dio tiempo. Apenas la oyó sentarse, fue el ruido de su respiración lo que le sobresaltó. No necesitó indagar a través de la rendija, descubrió al momento que era ella.

«Ave María Purísima». «Sin pecado concebida», respondió. Pero no podía confesarse, ella había roto las normas el día anterior al levantarse sin escuchar sus palabras y no estaba dispuesto a que tuviera lugar en la catedral un ritual que incumplía los preceptos eclesiásticos.

Sin embargo, ella comenzó a hablar en noruego de nuevo. Su voz era suave, tranquila, pausada, dulce. Casi diría armónica, llena de luz, en un lugar tan oscuro, tan gótico. «¿Si hablara en español seguiría pensando que es una voz dulce?», pensó. Su historia era, seguramente, la más triste que había escuchado en sus largos años como sacerdote. La curiosidad, expectante de

que ella en algún momento pronunciara algo en español, le hizo permanecer callado.

—Obviamente, no recuerdo nada de ello. Mi infancia comienza en el hogar de mis abuelos maternos escuchando murmullos, voces más altas que otras, algunos sollozos, sonrisas melancólicas, fotografías y recortes ocultos. Desde que tengo conciencia permanece en mí la sensación de que me ocultaban algo, a pesar de que con los años fui conociendo todos los detalles de aquel día. Pero estoy tan acostumbrada a sentir que me dicen medias verdades que no puedo evitar la sensación de que hay algo más detrás de todo lo que oigo y lo que no.

»La muerte de mi madre y la desaparición de mi padre se aceptaron de distintas maneras por los distintos miembros de la familia. Obviamente no es lo mismo que tu hija muera asesinada que no que tu hijo desaparezca. Pero la diferente reacción no se debía a la desgracia, sino a las creencias de cada uno. Al contrario de lo que podría haber sucedido en otras familias con pasadas y típicas rencillas, ambas partes se unieron. No hubo acusaciones cruzadas, no se encendió el odio, no dejaron de verse para evitar recordar el asesinato. Reforzaron una amistad ya de por sí fuerte.

»Al vivir en un pueblo pequeño y tener edades similares, cabe esperar que mis abuelos se conocieran “desde siempre”, como suele decirse. Mi abuelo paterno era el único extranjero, por decirlo de algún modo, ya que no había nacido en la zona, sino que se mudó al pueblo tras conocer a mi abuela y casarse. Natural de Bergen, al principio su peculiar acento cerrado fue motivo de gracia entre los autóctonos. Tampoco supo ganarse el aprecio de estos por su forma de comportarse, haciéndolos sentirse más pueblerinos de lo necesario. El hecho es que mi abuelo paterno provenía de la típicamente llamada *buena familia*, heredera de títulos nobiliarios y tierras, con despliegue de invitaciones a grandes eventos y, como no podía faltar, un rimbombante apellido: un pasaporte prácticamente blindado para cualquier lugar y trabajo de Noruega, acompañado de grandes maneras y exuberantes acciones solidarias. Mi abuelo paterno solía decir que cuando llegó al pueblo de Lillehammer quiso inventarse que sus padres perdieron toda la fortuna y quedaron completamente arruinados porque los alemanes, al entrar en el país,

los despojaron de sus pertenencias. Deseó haberse inventado una novelesca historia de persecuciones, huidas y luchas, de un fuerte enfrentamiento contra el asentamiento nazi. Pero su pasado le avergonzaba tanto que no podía escaparse de él con tanta facilidad, por lo que decidió mantenerlo en secreto incluso para su familia. Únicamente años después del asesinato dejó que saliera a la luz, porque ya no le importaba lo más mínimo.

»La simple realidad era que la afición de su padre por el juego, una ludopatía enfermiza, los llevó a una ruina inevitable a la que fue imposible poner fin. Mi abuelo recuerda que con dieciséis años debía buscar a su padre en casinos, salas de juego y casas de juego clandestinas donde las prostitutas fácilmente podían ver sus cartas. No siempre conseguiría entrar, pero sí llorar a la puerta cual perro vagabundo dispuesto a recoger a su amo cuando ya no podía apenas sostenerse en pie. No siempre había sido así; aquella actividad febril de perder dinero comenzó con una incorrecta decisión en un negocio turbio con el que la riqueza familiar se vio afectada. Afectada, que no arruinada. Sin embargo, su padre encontró en las cartas un refugio a su pequeña desgracia en el trabajo, a su escaso poder de imposición, a su horrible gestión en general de todos los anteriormente fructíferos negocios que tuvo entre manos. Era su madre quien arreglaba los asuntos con mano dura cuando se lo permitían. Y cuando no, se perdían.

»Cuanto más empeoraba la situación y la posibilidad de escapar de los malos negocios se hacía más difícil, más grandes se hacían las escapadas ludópatas y menos poder de resolución tenía su madre. Y de pronto llegó la Segunda Guerra Mundial. La neutralidad de Noruega ante la guerra se vio interrumpida por la ocupación de los nazis, y su madre tuvo una magnífica idea. Con el único objetivo de frenar la caída en picado, usó la única baza que le quedaba: abrió los brazos a los alemanes y los acogió en su propio hogar con el deseo de recibir agradecimiento y volver al esplendor que se les escapaba abruptamente de las manos.

»Pero, simplemente, los soldados los consideraron como sociedad de segunda, y ellos se limitaron a ser siervos de la opresión y seguir perdiendo entre los dedos las pocas riquezas que les quedaban, sin dejar de aparentar que el mundo ante sus pies los admiraba. Porque, si conseguían al menos

aparentarlo, podía ser real. O parecerlo. La diferencia era escasa.

»Hubo un momento en que vestían elegantemente y no cenaban porque el dinero no llegaba. Un momento en que sus educadas maneras los hacían sentir más importantes al resto del mundo, mientras que en su hogar no cesaban los lloros, las malas palabras y las disputas. Un momento en que todos quienes quisieron escucharlo sabían que pronto abrirían negocios en otros países de Europa, aun cuando no podían salir de Bergen por falta de dinero. Un momento en que su padre se enorgullecía de ganar siempre en sus arriesgadas y acertadas apuestas, a pesar de que comenzaba a saberse por todos que no le dejaban apostar porque no afrontaba sus deudas. Un momento en que la apariencia y la realidad estaban tan alejadas que debieron darse un brusco golpe para encontrarse, revelándose finalmente como traidores de los noruegos y llevando poco más que un hatillo como pertenencias.

»Antes de que su familia se hundiera en la miseria, mi abuelo ya había conocido a mi abuela. Según oí una vez, y muy poco se habló de ello, se conocieron por un viaje que ella hizo a Bergen. Casi un flechazo, o más bien una forma de escapar para mi abuelo. No le costó ni un ápice abandonar a su familia, y cortó por completo desde entonces toda relación con ellos, harto de asumir que debían cometerse barbaridades por intentar mantener un estatus.

»Intentando ocultar su pasado noble, llegó al pueblo de Lillehammer, aunque su sola presencia le delataba. No tuvo buena aceptación y tampoco se preocupó por labrársela. Se sentía un tanto ajeno a cuanto le rodeaba, excepto a su esposa e hijos. Curiosamente, con quien entabló una relación más cercana fue con mi abuelo materno, ya que coincidieron en una empresa de construcción en el inicio de sus vidas laborales. Mi abuelo materno era muy disciplinado, en tanto que mi abuelo paterno necesitaba recordar cada día que debía ganarse el pan siendo disciplinado. Aunque comenzó a trabajar en una fábrica con la sensación de que algo cambiaría pronto y volvería a vivir sin necesidad de poner el despertador, su compañero le hizo ver que la disciplina, la paciencia y la servidumbre eran claves para aprender, desarrollarse y ganar más dinero. Tras varios años el uno junto al otro, el pupilo llegó a superar al maestro porque tenía cabeza, soltura y una ambición desmesurada. Esta diferencia hizo que acabara logrando una mejor posición dentro de otra

empresa, convirtiéndose desde entonces en comerciante en vez de en simple trabajador. Aunque sus constantes viajes le impedían mantener una relación más estrecha con su compañero, mentor y amigo, en cuanto el trabajo se lo permitía, le visitaba.

»Mi abuelo materno, por su parte, logró encontrar un buen trabajo en una entidad pública como administrador, salvando así su espalda de esfuerzos sobrehumanos.

»En cuanto a la familia, mi madre no tuvo hermanas y mi padre tuvo dos hermanos mayores. Unos eran una familia al completo todos los días de la semana, los otros solo cuando su padre volvía de los viajes de trabajo.

»Así transcurrieron los años. Los que llegarían a ser mis padres apenas se conocían o, si se veían, no tenían mayor relación entre ellos. Por lo que tengo entendido ni siquiera de amistad, aunque habían compartido alguna clase en el colegio.

»Cuando mi padre tenía dieciséis o diecisiete años, un fatídico accidente puso fin a una etapa y obligó a mi abuelo paterno a establecerse definitivamente en el pueblo. Mi abuela falleció en un horrible accidente en cadena, en el que, si no recuerdo mal, otros cuatro coches se vieron involucrados. Falleció dos días después tras horas de agonía.

»Mi abuelo paterno se hundió. Comprendió que no podía cargar con tres hijos y una casa, viajando al ritmo que había llevado hasta el momento, y se jubiló anticipadamente, decidido a hacerse cargo de la familia, un “negocio” completamente desconocido para él. Fuera de su casa, el único apoyo moral que encontró fueron mis abuelos maternos, en especial el de él. Comenzaron a verse con más frecuencia, a ir a pescar juntos, a cazar o a jugar a las cartas.

»A pesar de esta estrecha y larga relación entre mis abuelos, la primera vez que mis padres comenzaron a verse fue en la universidad, en Oslo. Tras varios años compartiendo estudios y algo más, finalmente se enovieron con veintidós años. Aunque al principio creyeron que era como un juego de niños y no quisieron involucrarse, comprobaron con alegría que la relación maduraba y crecía seriamente.

»Resultaba tan idílica la relación entre ambas partes de la familia que, según me comentó mi abuela materna, llegó a ser objeto de investigación por

parte de la policía. ¿Tan buena amistad entre todos es posible? ¿Entre suegros y yernos, entre los padres? ¿Sería una especie de secta? Al comentármelo mi abuela me regaló una risa por los buenos recuerdos que le llegaban a la mente.

»Imagínese entonces cómo cayó la noticia. Cuando era tan obvio que había sido mi padre el asesino, ninguna de las dos partes quiso aceptarlo. Cuando no había más que aceptarlo, las dos partes reaccionaron de maneras muy distintas.

»Mis abuelos maternos creían ciegamente en Dios y en el perdón. Mi abuelo paterno, que había perdido una mujer y un hijo, no creía ni en lo uno ni en lo otro.

»Mi abuelo paterno se volcó en darle a la policía cualquier información que buscaran, aportando ideas, especulaciones y pensamientos sobre dónde podría haber escapado su hijo o por qué lo habría hecho. No porque quisiera encerrar entre rejas a su descendiente, sino porque estaba convencido de que algo terrible le había pasado, tal vez una enfermedad ocultada durante años que le había producido un ataque psicótico. Y si eso era cierto, es más, “como eso era cierto” (porque no cabía en su cabeza otra explicación), debían ayudar a su hijo con medicación, tratamiento y calor familiar. Mi abuelo paterno visitó durante meses y casi diariamente al inspector al cargo del caso, manteniendo con él una relación de amistad. Sus comentarios movían la inspección a un lado u otro, buscando al asesino en uno u otro país, dependiendo de lo que aportara. Supe también muchos años después que dentro de la investigación algunas voces se alzaban contra mi abuelo, diciendo que únicamente quería despistar sobre el verdadero rastro de su hijo. Nada más lejos de su intención.

»Mientras tanto, en mi familia materna, entre quienes yo crecí, la confirmación de que mi padre fue el asesino se asumió de forma muy distinta. Yo no conocí el proceso de aceptación, solo su resultado, perdiéndome los detalles que llevaron a unos y otros a tomar caminos tan distintos. Predominó el perdón sin más, nunca quisieron saber por qué lo hizo, no les interesó lo más mínimo lo que la policía les contara, no colaboraron más que en lo imprescindible y no buscaron la venganza. Solo creyeron en el perdón y en enterrar lo sucedido para que yo, su nieta, pudiera crecer en un ambiente sano

y limpio, sin arrastrar ninguna carga, ningún quebradero de cabeza, ninguna especulación. Había sucedido y, entre la muerte de su hija y lo que venía después, solo existía yo y un capítulo acabado.

»Una vez fallecida mi madre y desaparecido mi padre, a ambas partes las unían su propia amistad y su nieta. No es posible negar la realidad, y ciertamente la amistad se vio un tanto mermada en algún sentido por la distinta reacción, pero fortalecida en otros aspectos. Algunas veces, muy escasas, la forma de ver esta realidad fue motivo de discusión durante las comidas familiares. Sin comprender nada, solo sabía que perseguían objetivos diferentes y posiblemente solo mis abuelos maternos lo alcanzaron. Ellos querían descansar. Mi abuelo paterno quería encontrar. Pero aquellas discusiones eran contadas, ya que al fin y al cabo en medio de todo aquel desastre me encontraba yo, quien, sin comprender nada, sabía que algo tenía que ver conmigo, y ninguno quería que me tocara mínimamente lo sucedido.

»En mi nuevo hogar apenas se mencionaba el asesinato. Estoy segura de que mi abuelo hubiera preferido mudarse, quemar todos los recortes de periódico y ocultarme lo sucedido. Como aquello era inevitable, se limitaba a no hacer un solo comentario cuando salía el tema a la luz. Mi abuela materna, por su parte, creyó que debía conocer la verdad de los hechos. Pero para ella la verdad de los hechos no era que mi padre entrara a las 11:08 en casa, cogiera un cuchillo y completara el asesinato. Mi abuela entendía la “verdad de los hechos” como todo lo que había precedido a ese momento. Creyó justo que debía conocer a mi madre y a mi padre a través de sus palabras y que por mí misma juzgara ese día cuando fuera lo suficientemente mayor. Le costaba horrores hablar de ello. En primer lugar, porque el choque de ver a su hija en ese estado le había provocado que solo fuera capaz de balbucear palabras. En segundo lugar, porque sentía un fuerte dolor cada vez que mencionaba a su dulce hija y su querido yerno. A través de esas palabras resquebrajadas conocí a mis padres, y me relataba los hechos e incluía pinceladas subjetivas solo en casos necesarios (“No sabes cómo miraba a tu madre, a veces tu padre se quedaba ensimismado, como un tonto”).

»No es difícil imaginar que las piezas del puzle no me encajaban, pero la realidad es que tampoco les encajaban a ellos: mis padres enamorados como

tortolitos, tan enamorados que a los veintidós años se comprometieron, a los veintitrés se casaron y a los veinticinco nació yo. Su decisión no obtuvo siempre el beneplácito de mis abuelos, que consideraban que tenían demasiada prisa. Pero la historia idílica de amor parecía no tener fin, y por lo visto semanas antes de morir mi madre le comentó a mi abuela que tenían la mirada puesta en un segundo hijo. ¿Qué sucedió entonces?

»Mi abuela me decía que ella no quería que yo odiara a mi padre. Pero tampoco quería que le amara. Ella misma estaba dividida y no sabía cómo transmitirlo. Cuando hablaba de mi padre solía hacerlo con cariño, incluso riéndose por los momentos divertidos que habían sucedido. Pero de pronto debía recordar que él había asesinado a su hija y su rostro se ensombrecía. Pretendía que yo formara mi propia imagen de mi padre en base a lo que ella conocía de él, pero su misión era ardua y casi imposible. No veía justo que le crucificara, siempre había sido bueno con mi madre. Pero tampoco podía amarle: la había asesinado.

»A pesar de la distinta reacción entre ambos, el resultado físico y psíquico fue muy similar entre ella y mi abuelo paterno. Puedo decir que mucho más acentuado en este último, sin ninguna duda. Él se murió en vida. Dice mi abuelo materno que se fue perdiendo poco a poco, cuando cada vez parecía más irrefutable que el autor del crimen había sido su hijo y no era capaz de encontrarle para ayudarlo. Y de estar sumido en la tristeza terminó postrado en un estado incomprensible. Es difícil de describir, pero creo que simplemente se limitó a dejar de sentir. Ni perdón, ni miedo, ni odio, ni arrepentimiento, ni curiosidad, ni amor. No debió de encontrar su lugar en aquella historia, por lo que se dejó perder. Hablaba muy despacio, apenas sonreía, le costaba levantarse, comía muy poco, descuidó el hogar, no se preocupó por su higiene personal. Parecía haber perdido el sentido de la vida...

Permaneció en silencio. El cura la oyó sollozar. Las palabras habían sucedido al comienzo con tranquilidad, pero enseguida bailaron sin pausa,

ajetreadas, unas sobre otras, sin descanso. Sospechaba que había hablado sin hilar, mezclando ideas y pensamientos, deshaciendo de sí misma las dudas que la atormentaban. Hasta que debió de sentir que no tenía más que contar ese día y se calló atropelladamente, tal vez incluso dejando una frase a medias. Y ahora, era su turno.

Sin embargo, mientras se hallaba en busca de una cita bíblica o un discurso manido y general, antes de que pudiera hablar, la joven se levantó y se fue. Durante la confesión solo había pronunciado en español el «Ave María Purísima». El cura comprobó que sus manos sudaban y se sentía más incómodo que nunca en su pequeño confesonario, como si fuera una cárcel que le impedía levantarse, hablar, caminar, pensar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hizo un aspaviento para quitárselo de encima, pero no consiguió más que acentuar la sensación de frío y calor que le embargaba. No le gustaba aquella historia, no le gustaba la situación, no sabía qué decir ni cómo actuar, estaba fuera de lugar. Un hombre mayor quiso acercarse a confesarse, pero él alzó la mano para evitar que así lo hiciera. Disculpándose con una forzada sonrisa, le invitó a que se confesara con el otro sacerdote, ya que él no se encontraba bien.

«Hija del pecado», había dicho ella. ¿Qué estaría buscando?

Salió de la catedral y esperó no verla entre la muchedumbre de turistas y burgaleses que había a la salida. Su mirada le quemaba como no le había sucedido nunca. No le cabía duda de que ella volvería al día siguiente para continuar su historia, de la que no supo adivinar el fin. ¿Dónde se detendría? ¿En qué punto estaba?

Vivía en un pequeño piso de la avenida El Cid Campeador, casi al final de ella y muy cerca del hospital General Yagüe. A pesar del corto recorrido desde la catedral, el frío de aquel día le hizo el trayecto más largo. Antes de salir había comprobado que los termómetros rondaban los siete grados y pronto bajarían aún más, incluso podrían situarse por debajo de cero. Lo que hacía difícilmente soportable el frío era la intensa humedad de la ciudad, que acentuaba aún más la sensación. Al salir de la catedral se puso los guantes que guardaba en el bolsillo de su chaqueta y se dijo que el invierno pasaría pronto, muy rápidamente, como todos los años. Prefería la época veraniega, cuando la

catedral estaba llena de vida y las calles de Burgos eran asediadas por las terrazas, el paseo bordeando el río era un recorrido agradable y disfrutaba caminando por la ciudad. Adoraba Burgos, pero aborrecía el frío, una combinación que podía sonar imposible.

Ya había atravesado la calle de Latín Calvo cuando se obligó a centrarse en lo que realmente carcomía sus pensamientos, en lugar de divagar por otros recovecos: la joven del norte, «hija del pecado». No cesaba de repetir esas palabras en su mente y aún no sabía cómo afrontar su siguiente visita. Él no tenía ningún tipo de experiencia en confesiones tan extrañas, estaba más curtido en temas como robos de chucherías, mirar las faldas de las vecinas, infidelidades varias, odios a los suegros y demás pecados corrientes y molientes. Simples y sencillos, lo que a él le gustaba. Huía de las complicaciones, quería tener una vida sin sobresaltos. Disfrutaba enormemente con los pequeños momentos: su café matinal y el pan recién comprado en la panadería, su paseo hacia la catedral y la imponente vista. En contadas ocasiones, y desde hacía solo unos años, se permitía una copa de brandy que saboreaba mientras devoraba algún libro. Esos pequeños detalles le hacían feliz día a día y, cuando podía disfrutar de más tiempo libre, no dudaba en salir a dar largas caminatas por Burgos, perdiéndose entre sus calles, sus pensamientos y los rostros con los que se cruzaba.

En la plaza de España se detuvo, dudando entre continuar hacia su casa o desviarse por la avenida de los Reyes Católicos y pasear al lado del río. Se dijo que necesitaba pensar y optó por el segundo camino, arrepintiéndose en cuanto una ráfaga de aire frío le hizo sentir como pequeños cuchillos que se clavaban en su cara al descubierto. Levantó el cuello del abrigo y se prometió a sí mismo que recuperaría su bufanda del fondo del armario.

Su paseo no se alargó más allá de los quince minutos y, a pesar de lo breve que fue, resultó de gran ayuda. En cuanto subió a su casa, un tanto fría, encendió la calefacción y se descalzó, dejando los zapatos en la entrada. Un estrecho pasillo llevaba a la cocina, situada a mano izquierda; enfrente, el pequeño cuarto de baño y, al fondo, la sala de estar. El pasillo continuaba ligeramente hacia la derecha, donde se encontraba la habitación en la que solía pasar largas horas tendido leyendo, su gran afición. Se dirigió a la habitación

y encontró en el armario una gruesa chaqueta de lana, que se puso tras quitarse el abrigo. Encontró también unos gruesos calcetines de algodón, que sustituyó por los que llevaba puestos. Después se puso las zapatillas. «Soy un friolero sin remedio», constató.

Encima de su mesilla descansaba una biblia y pensó que podría ayudarle para hablar con la chica noruega, aunque enseguida se dio cuenta de que no podría ofrecerle un discurso adecuado. Le dolía confirmarlo, decirse a sí mismo que en esas páginas no encontraría la respuesta, lo que nunca habría dicho en voz alta. Pero él no podía engañarse. El corto trayecto hasta su casa le había despejado las ideas y creía estar convencido de cómo actuar. Se quedó unos minutos más calentándose las manos en la calefacción de su habitación antes de lanzarse a la mesilla de noche, haciendo caso omiso a la biblia.

Abrió el pequeño cajón de su escritorio y obtuvo un pequeño recorte de periódico con un teléfono escrito a mano. Se riñó a sí mismo por no haber guardado de mejor manera el teléfono, apuntándolo en su pequeña libreta azul de notas importantes. Pero hacía años que no consideraba nada importante, salvo el paso de los días y disfrutar de la tranquilidad que cada uno de ellos traía consigo. Miró el recorte y le vino la imagen de la persona a la que correspondía ese teléfono: Federico, tan distinto a él en todos los aspectos. A pesar de su diferente trayectoria y vida, cada uno había encontrado en el otro un amigo reconfortante y sabía que siempre estaba ahí. Incluso si llevaban tres años sin verse ni tener noticias el uno del otro, como era el caso.

Se conocieron hacía diez años en un seminario que organizó Federico en Salamanca, titulado «Religión y sociedad en la España del siglo XXI». En la ronda de preguntas y respuestas, Armando, nuestro cura, había dado grandes muestras de sus conocimientos teóricos sobre el tema. Sin embargo, Federico fue capaz de rebatirle ideas aplicando únicamente sus conocimientos prácticos, sus vivencias y su lectura de la prensa.

Lo que hacía especial la estrecha amistad entre ambos era que Armando nunca había aplicado sus conocimientos eclesiásticos. Se había recluido en su iglesia, dando misa, escuchando las confesiones, escribiendo libros. Pero nunca había puesto un pie en la calle para enriquecerse del mundo exterior.

Federico, sin embargo, tenía una amplia experiencia de la realidad. Misionero en la India durante más de veinte años, decidió volver a España porque sus huesos pesaban más que su conciencia. Se centró en una peculiar actividad que algunos veían inútil, aunque sus escasos éxitos proporcionaban una alegría inmensa a su corazón. Ferviente lector de la actualidad, decidió un día enviar una biblia a un joven que había asesinado a sus padres y le explicó que podía salvar su alma pidiendo el perdón de Dios y practicando la religión católica. No obtuvo respuesta alguna. En su siguiente envío tampoco, y son incontables los que se sucedieron hasta que un joven de veintiocho años, atormentado por haber robado empuñando una pistola que se disparó «sola», envió una carta de respuesta. Federico vio una luz de esperanza nuevamente en su particular túnel. Una esperanza que nunca perdió.

Desde entonces, Federico, sesenta y siete años, hombre encorvado con enorme vitalidad y ya retirado, se había dedicado a visitar en la cárcel a aquellas personas que le habían contestado para insuflarles un poco de ánimo y esperanza.

Armando desdobló el recorte y volvió a doblarlo. «¿Podría ayudarle?», se preguntó. No sabía a quién acudir para pedir consejo, se sentía perdido. Aquello iba más allá de las confesiones que llevaba años escuchando, una tras otra. Retomó su libreta y apuntó en limpio el teléfono de Federico antes de decidirse a descolgar. No sabía siquiera cómo comenzar a hablar y se sintió rendido. Era la primera vez que notaba con tanta brutalidad el paso de los años. No se había sentido tan cansado nunca. Los huesos le pesaban, sus manos mostraban una artritis más exagerada, sus párpados se empecinaban en caerse incluso más sobre sus ojos, sus arrugas marcaban un incipiente camino ahí donde aparecían en su rostro. Desde su asiento en la cama, doblando y desdoblado el pequeño recorte de periódico, se miró en el espejo que colgaba de la pared del baño, a unos escasos metros. Le vino a la cabeza que en solo un mes cumpliría cincuenta años, una edad no tan avanzada para lo que realmente su cuerpo aparentaba. Hubo un tiempo en que se cuidaba más y podía resultar incluso atractivo, en sus años mozos, pero todo aquello lo había dejado atrás hacía tanto tiempo que no lo recordaba. Tampoco le importaba resultar interesante, sus ocupaciones y preocupaciones eran bien distintas.

Avergonzado, apartó la mirada del espejo y volvió a fijarla en el recorte de periódico. Le costaba marcar el número, levantarse y sacar de sí cuanto le carcomía. En cuanto su mirada se clavó en el espejo nuevamente, se sorprendió ante lo que veía. Los ojos de la joven estaban matando en dos días las escasas fuerzas que quedaban en su cuerpo.

Se levantó de la cama y se puso las gafas de pasta marrón que encontró encima de la mesilla. El teléfono estaba en la sala de estar y, con paso lento aunque decidido, se dirigió a él. Marcó los números sujetando el auricular con su mano derecha y contemplando el hospital desde la ventana. Tres tonos después, Federico descolgó y se alegró enormemente de escuchar la voz de su amigo.

Charlaron durante una hora larga.

3.^a Confesión: Eva, hija del pecado

Eva se despertó desorientada. Cuando decidió hacer un viaje por Europa con InterRail, no se imaginó que la aventura tomaría este rumbo.

Hacía exactamente cinco meses que había terminado la carrera de Medicina y, para celebrarlo, tanto ella como algunos compañeros de clase se colocaron una mochila a sus espaldas y decidieron conocer partes más cálidas de Europa. Ya habían tomado la decisión el verano anterior, cuando acordaron trabajar como camareros y ahorrar dinero para este viaje. En navidades y cumpleaños únicamente pidieron dinero como regalo y, unos más que otros, llevaban en sus bolsillos una cantidad que les permitiría hacer un InterRail bastante largo. En su mente tuvieron como única meta volver a casa cuando no quedara nada que rascar en sus bolsillos.

No se imaginó que su aventura duraría cinco meses. Cogió la tarjeta de visita del hotel que había dejado la noche anterior en su mesilla y se desperezó. Había descubierto que la única forma de no sentirse tan desorientada con los cambios de ciudad era dejar la tarjeta del hostel donde se alojaba y encontrarla nada más despertarse. Odiaba la sensación de no estar segura de dónde se hallaba, y el abrir los ojos y leer inmediatamente la tarjeta del hotel paliaba esa sensación de desubicación. Ese día, a pesar de no ser el primero en el hostel de Burgos, había llevado a cabo el mismo ritual. Se preguntó cuánto tardaría en quitarse esa manía que comenzaba a ser parte de su rutina, como lavarse los dientes después de las comidas o quitarse los zapatos al entrar en casa.

Había sido una larga travesía, pero por fin había llegado y estaba al final del camino. Era su particular Camino de Santiago, sustituyendo la catedral de

Santiago de Compostela por la catedral de Burgos. Aún medio dormida medio en vigilia, sonrió ante la idea de continuar hasta Santiago y unirse a los peregrinos que ya había visto rondar por la capital burgalesa.

Mientras se desperezaba en la cama, estirando piernas y brazos, dudó qué hacer ese día. En los dos anteriores había recorrido ya Burgos, por lo que una visita más por la capital no le parecía atractiva. Se quedó con la mirada fija en el techo de la habitación, una estancia que había perdido la pintura prácticamente en todas las paredes y se desnudaba sin pudor a los huéspedes, mostrando que debía de tener más años de los que el dueño confesaba. El colchón, demasiado blando, le dejaba los huesos entumecidos y se sentía cada mañana como si le hubieran propinado una paliza mientras dormía. Volvió a estirar sus huesos antes de coger el reloj, que marcaba las ocho de la mañana. Hubiera preferido haber dormido más tiempo para acortar su día, pero las condiciones de la cama no eran de lo más favorable.

Recostada aún, descolgó el auricular y marcó el teléfono de sus abuelos con la certeza de que estaban levantados y contestarían a su llamada. Siguiendo con la tónica de sus últimas llamadas, mintió asegurando que seguía en Sevilla contratada como traductora de noruego e inglés en un hospital. «Sí, hace un tiempo maravilloso... Sí, volveré pronto». Escuchar la voz de su abuelo por la mañana le daba la sensación de cercanía y al menos conseguía que espantara un poco su soledad y extrañeza hacia lo que la rodeaba. Ese día en concreto había sentido unas ganas especiales de escucharle y poder olvidarse de que estaba en la recta final, y más desagradable, de su «camino de Burgos».

En cuanto colgó, se preguntó si sus abuelos no tenían ya demasiada vida por detrás como para dejarse engañar por una chiquilla, pero no veía otra forma de mantenerlos al margen de lo que tramaba en su pequeña cabeza.

Eva siempre había sido una chica rápida en sus movimientos y acciones, en su forma de estudiar, de trabajar, e incluso de plantearse la vida. Solía escuchar que el tiempo daba más de sí para ella que para el resto de los mortales, aunque la única verdad es que ella apuraba cada minuto para que en su horario diario tuvieran cabida todas las actividades que le gustaban. Sin embargo, últimamente todo lo hacía con suma lentitud. Pasó veinte minutos en

su cama antes de levantarse definitivamente, y si antes estaba acostumbrada a ducharse en diez minutos escasos, ahora disfrutaba de unos veinte minutos bajo el agua, dejando que su cuerpo descansara. Ese día no fue menos que los anteriores, por supuesto.

Dedicó los siguientes minutos a lavar a mano la escasa ropa que tenía, volviendo a plantearse el ir a comprar algo más. Pero aparcó esa idea en su mente por pura pereza.

Se dio cuenta de que las tareas del hogar habían terminado antes de las once y volvió a plantarse en la habitación sin nada que hacer. No conocía a nadie en Burgos, ya había visitado la ciudad y hacía demasiado frío para la ropa que ella tenía. Además, no entendía español, por lo que cualquier otra actividad sería igual de aburrida. Llevaba en su mochila un diccionario de noruego-español que le era de poca utilidad, y seguía siendo incapaz de pedir algo por sí misma sin gesticular ridículamente. Tras una semana en España no había aprendido mucho más aparte de *gracias, hola, adiós, por favor*.

Cuando sintió que su estómago vacío le pedía comida decidió bajar al bar de la esquina y continuar sus planes del día comiendo algún bollo. Sentada en la cafetería con su café con leche y observada por unos obreros que devoraban cerveza a horas tan tempranas, se planteó que era hora de aprender español al menos para pedirles que dejaran de desnudarla con la mirada. Pagó, cogió su inseparable mochila y se dirigió a la biblioteca.

Para obtener el carné solo necesitaba residir en Burgos y no le fue difícil hacerse pasar por una estudiante que vivía en una residencia. Ya había buscado la dirección y en cuestión de minutos tuvo en sus manos la entrada libre al español. Se sentó en una mesa, sacó una libreta nueva, impecable, su diccionario y un libro infantil de la estantería, y comenzó a apuntar todas las palabras que no comprendía y su traducción. En menos de una hora había completado dos páginas.

El simple hecho de sacarse el carné de la biblioteca era un indicativo de que pensaba pasar más tiempo en Burgos de lo que en principio imaginó. Su idea era visitar la catedral, confesarse y desaparecer, pero su plan parecía caerse por sí solo. En primer lugar, porque no tenía ganas de desaparecer.

En los últimos cinco meses tenía que reconocer que su pequeño mundo

había dado un giro brutal. Hasta entonces había estado arropada en su hogar, en su universidad, en su residencia, con sus amigos. Incluso en los dos primeros meses del viaje había estado arropada por ellos, siempre acompañada y disfrutando de su juventud. El comienzo del viaje por InterRail había sido simplemente fascinante. Habían visitado Alemania, Bélgica, la República Checa, Austria, Suiza, Italia. El dinero comenzaba a escasear y habían sustituido los hostales de mala muerte y los albergues por *campings* sin tienda de campaña, durmiendo al raso: todo lo que fuera necesario por extender aún más su viaje; no querían volver a Noruega. Se sentían independientes, maduros y autosuficientes. Se reían de que su higiene personal iba decayendo, de que eran capaces de dormir al aire libre, de lo maduros que los había hecho el viaje, sobre todo cuando a una amiga, de los diez que viajaban, le robaron el bolso y pusieron la denuncia. Adiós juventud, pensó ella en esos meses. Una simple ilusión.

Todo se torció en Lyon, Francia, cuando ya llevaban dos meses y tres días de viaje inagotable. Conocieron otro grupo de jóvenes españoles que hacían el viaje de InterRail y entablaron una buena relación. Salieron de marcha, decidieron quedarse en la misma ciudad otra noche, se intercambiaron teléfonos, incluso hubo un par que dijeron haberse enamorado. Los españoles avanzaban hacia el norte, cada grupo por un lado. Habían calculado que el dinero no llegaría para visitar España, como hubieran querido, y que no podían extender más su aventura.

El 18 de agosto pasaron la que iba a ser su última noche en Lyon. Dormían en un *camping* al aire libre y se reunieron en torno a la barbacoa ya terminada, pero que aún daba un poco de calor. Había aún cerveza y vino. Música suave. Subirían todos juntos al norte, pero sus caminos se separarían al día siguiente. Los noruegos estaban tristes por volver a casa; los españoles, ilusionados, escuchaban las sugerencias de dónde dormir y qué visitar. Se entendían en un inglés algo macarrónico y con mucha imaginación y gesticulación.

Eva entabló conversación con una joven de veintitrés años llamada Marta. En menos de dos días se habían hecho inseparables, aunque la barrera del idioma las limitaba. A Marta le fascinaba Noruega y sus veranos e inviernos marcados por días y noches completos de sol o bien de luna. Eva, por su parte,

adoraba España y aún tenía la espina clavada de no haber podido hacer el Erasmus en ese país. Cuanto Marta sabía de Noruega y había leído en los libros, Eva lo rectificaba o confirmaba. Y viceversa. Eva quería saber si todos los españoles dormían la siesta; Marta, por qué los noruegos no ponían persianas si por la noche en Oslo no se iba el sol. Más allá de cada peculiaridad cultural, a las dos les interesaba realmente la vida diaria de la otra, y comparando y haciéndose diferentes preguntas, pasaron las horas. Sin darse cuenta, llevaban dos horas hablando solas y Marta sentía tanta confianza en ella que quiso enseñarle una foto con su novio burgalés, a quien no veía más que una vez al mes. La foto estaba arrugada por el roce de la cartera, donde permanecía doblada en uno de los compartimentos. Los colores habían palidecido y Eva supuso que llevaría varios meses en la cartera, y que Marta andaría doblándola y desdoblándola cada vez que echaba de menos a su pareja. Los dos aparecían sonrientes y mirando al objetivo enfrente de la catedral de Burgos, en la puerta de Santa María. Era un día de verano soleado, ya que todas las personas que aparecían en la instantánea llevaban ropa bastante ligera. Marta tenía puesto un vestido de flores, mientras que su novio, algo más desaliñado, llevaba unos pantalones vaqueros que habría cortado a mano por las rodillas y una camiseta blanca de deporte, completado el conjunto con unas zapatillas grises. Eva intuyó que habrían tardado bastante en conseguir la foto, ya que la muchedumbre de turistas seguramente la habría dificultado. Llamaba la atención un grupo de japoneses con sus cámaras colgando del cuello, algunos mirando hacia la catedral, otros tomando fotos, unos pocos observando curiosos a la pareja y otros que parecían no percatarse de dónde estaban.

Eva le pidió permiso para coger la foto y observarla detenidamente. Durante unos segundos examinó la catedral de Burgos, que le gustaría conocer, y le devolvió la imagen a su amiga con una curiosa sonrisa en los labios.

En ese momento tomó la decisión de que su viaje no terminaba en Lyon.

En cuanto amaneció, todos estaban listos para continuar hacia el norte, los españoles con intención de seguir su InterRail y los noruegos para volver a casa. Eva no tardó en anunciar que no los acompañaría, sino que se quedaría en la ciudad trabajando para luego bajar hasta España, el país que había

querido visitar desde que comenzaron el viaje. Nadie la entendió, discutieron con ella, insistieron, forzaron e incluso suplicaron. Pero ella había tomado una determinación y les pidió un único favor. Llamaría en tres días a sus abuelos y les contaría que se había enamorado de un español y estaba en Sevilla, recién contratada en un hospital como traductora. Todos debían tener la misma versión, ni uno solo podía, en el caso de que tuvieran ocasión de hablar con sus abuelos, contar algo diferente. Tras mucho refunfuñar por no comprender su posición, para no seguir discutiendo, llegaron a la conclusión de que como buenos amigos solo podían encubriarla, adoptando la versión de Eva.

Fue difícil acostumbrarse a estar sola. Había pasado el viaje entero rodeada de sus amigos, con sus más o menos roces e incluso con la necesidad de tener algún momento para ella sola, pero la soledad brusca a la que se enfrentó en un país extranjero le llegó a parecer insoportable. Sobre todo la primera semana, hasta que se empezó a acostumbrar a no poder entablar una conversación normal, excepto cuando llamaba a sus abuelos.

Encontró fácilmente un trabajo de camarera en Lyon, donde permaneció durante dos meses. El alemán, noruego e inglés le daban un buen currículum, a pesar de no hablar palabra en francés. Se compró una tienda de campaña y se asentó en el *camping*, la solución más barata que podía encontrar. Se agenció también una bicicleta vieja y se abrió una cuenta de ahorros, adonde hizo una transferencia desde su cuenta noruega. Poco le quedaba en esta, ya que había gastado prácticamente todo los meses anteriores en el viaje.

Hasta el 5 de noviembre aquel fue su hogar. Antes no se sintió preparada para comenzar el viaje a España.

El 15 de noviembre, después de hacer uso de mucho tren y autobús, se plantó frente a la catedral de Burgos por primera vez. Hacía solo dos días.

Todo esto pasó por la mente de Eva en su descanso de la lectura del libro infantil. No entendía por qué había decidido sacarse el carné de la biblioteca: supuestamente era una visita rápida a la ciudad. Sin embargo, algo le decía que aquello no terminaría en un par de días, quería retrasar la vuelta a Noruega lo máximo posible.

Como llevaba haciendo en los últimos meses, compró un bocadillo en un supermercado y lo subió a su habitación. Nada más entrar se miró en el espejo

del cuarto de baño que le ofrecía una imagen completa. No solo había cambiado por dentro, se dijo; su imagen exterior distaba mucho de la joven que comenzó una aventura hacía cinco meses.

Había adelgazado unos cinco kilos, pesaba ya cerca de los cuarenta y nueve, con su metro setenta de estatura. Por otra parte, con el trabajo en el bar, trayendo, llevando, cargando, había desarrollado músculos en los brazos, y la bicicleta que alquiló para ir y volver al trabajo había logrado lo mismo en sus piernas. Desde que decidiera asentarse en Lyon, se cortó ella misma su larga melena rubia por encima de los hombros, cansada de tener que prestarle cuidados especiales en un simple *camping*. Le había crecido de manera desigual, ya que el corte en sí no fue de un profesional, y ahora la miraba con desagrado. Ya no era tan rubia, tampoco se había preocupado por ocultar las raíces, más oscuras. Como muchas noruegas, se teñía el pelo desde bien joven para parecer más rubia, pero su color natural, rubio oscuro, se le antojaba ahora más bonito. Tenía ojeras permanentes que esperaba eliminar con la sustitución del saco de dormir y la esterilla de Marsella por un colchón, pero no parecía haber hecho efecto aún el cambio. Y apenas sonreía. De ser una chica alegre había pasado a no sonreír y encontrarse sumida en un extraño estado. Tal vez era lo que los médicos llamaban *depresión*, ella no podía determinarlo. Solo sabía que le costaba un mundo levantarse por la mañana, que no conseguía concentrarse en nada, que de pronto se encontraba vagando con la misma idea en la mente y que no la apartaba nunca de aquel lugar. Había llegado a la conclusión de que su cerebro era una trampa para ella misma, y cuando mejor se encontraba era trabajando hasta tarde en el bar y llegar derrotada a su habitación.

Por no hablar de la ropa. Dentro de lo que cabe, Eva intentó llevarse ropa cómoda al InterRail, y que además le sentara bien. No la había cambiado desde entonces y el intenso uso de los dos vaqueros, las tres camisetas y el jersey ya habían dejado su huella.

Con desgana se terminó el bocadillo, y dio la espalda al espejo. Era el primer día en mucho tiempo que había observado tan detenidamente su propia imagen y lo poco que vio no le agradó demasiado. En cuanto terminó la escasa comida salió a buscar la peluquería que ofreciera el precio más barato, buscó

una foto cualquiera de un corte corto en alguna de las revistas y se lo mostró a una peluquera incapaz de dejar de hablar, por mucho que su clienta no la entendiera. Le hacía preguntas que Eva respondía educadamente con síes y movimientos de cabeza, aunque no supiera a lo que se refería. Pero se quedó contenta con el corte, rápido y barato. Si hubiera sabido español, habría descubierto que era una peluquería de aprendices.

Al salir de la peluquería fue directa a comprar ropa. El frío húmedo de Burgos era difícilmente llevable con solo un jersey, se calaba en sus huesos y tenía la impresión de que aún con un anorak nuevo sería imposible entrar en calor. Pero al menos no se sentiría indefensa. Encontró una calle peatonal con tiendas por doquier y, hasta bien entrada la tarde, se probó chaquetas, pantalones y jerséis.

Incluso tuvo que darse prisa para volver al hostel, dejar sus compras y estar a las ocho, como un reloj, en la catedral.

Armando ya esperaba su visita, seguro de que llegaría a la misma hora que los anteriores días. Al escuchar unos pasos cortos que se acercaban se sintió preparado para comenzar su discurso, elaborado en base a las sugerencias que había recibido de su amigo Federico. Ella se sentó en silencio y antes de poder siquiera abrir la boca, el cura la cortó y comenzó a hablar.

—No conozco las intenciones que tienes al venir aquí y realizar una confesión de la que no buscas mis palabras. Obviamente, estás incumpliendo un ritual tan sagrado como es la confesión y has de comprender que, como cura que soy y como fiel que eres a la Iglesia, no puedo permitir que esto siga sucediendo sin más. Bajo esta catedral se cumplirá la voluntad de Dios, tanto si lo deseas como si no. Antes de que comiences, quiero que me escuches con claridad: no sé cuánto comprenderás del español que hablo, pero podrás captar el sentimiento. —Se detuvo unos pocos segundos, queriendo conocer el efecto que sus palabras habían hecho en ella, y se congratuló de que permaneciera en silencio escuchando. Rebajó el tono duro de su voz y adoptó

aquel que solía tener en las confesiones: suave, esperanzador y adoctrinador —. En caso de que fuera tu padre quien cometió ese crimen atroz, debes pensar que también hay perdón y salvación para él. Por lo que he podido entender e imaginar, has venido a esta iglesia pidiendo su perdón y el tuyo mismo por ser hija del pecado, pero has de saber que a ojos de Dios eres inocente. No puedes llevar sobre tus hombros la carga de este hombre, hiciera lo que hiciese. No eres hija del pecado, tú eres una persona responsable de tus propios actos, no de los que sobre tus espaldas has querido cargar. He creído que podía interesarte lo que un amigo mío, cura también, ha logrado a lo largo de los años: ha salvado a muchas personas que creían haberse perdido y, finalmente, se han vuelto a encontrar, logrando tener una conciencia tranquila y obteniendo el perdón de Dios. Tu padre puede encontrarse entre ellos y haber sufrido la penitencia que se merece, no sabes si es alguien que ha podido...

La joven se levantó bruscamente sin dejarle finalizar la frase y sin mediar palabra. De pie, le observó con desprecio durante unos segundos, apretando los labios e impidiendo que las lágrimas comenzaran a derramarse sin control. Sentía que le ardían las pupilas e iban a comenzar a empañarse, pero no por tristeza, sino por rabia. Una rabia pura que la empujó a levantarse y no seguir escuchando las palabras del cura, de las que poco comprendió. Pero el perdón, el perdón..., *perdón* era una palabra que conocía bien. ¿Le estaba hablando del perdón a su padre? Le observó un poco más hasta que reunió fuerzas para hablar.

—No creo en Dios o en el perdón, padre —pronunció en un español poco depurado e incorrecto.

Ató los botones de su chaqueta indicando que se volvía a marchar sin escucharle, que no le interesaba lo más mínimo lo que tuviera que decirle, que era ella quien hablaba y él quien escuchaba, que se iba porque no quería someterse a su ritual. Dio media vuelta con el mismo ritmo brusco y se alejó de allí marcando firmemente sus pasos, con rabia, con ira. El cura, entre irritado y sorprendido, se levantó igualmente y se decidió a seguirla, pero ella andaba demasiado deprisa y él no quería llamar la atención.

Por primera vez pudo observarla medianamente bien, al menos erguida. Le había parecido una joven de facciones sencillas: nariz pequeña, labios

delgados, ojos azules menudos, mejillas sonrosadas. No hubiera dicho que llamaba la atención por la calle, pero esa sencillez sin duda debía de ser su mejor arma. Demasiado delgada, pensó al verla alejarse. Tuvo hacia ella, extrañamente y a pesar del desplante, un sentimiento paternal.

«¿Qué hacía confesándose si no creía en Dios?».

4.^a Confesión: Padre Armando

Pensaba hacer únicamente tres visitas. Pensaba contar su historia en solo tres confesiones, confesarse y abandonar Burgos en tres días. Pero algo le había dicho que su metódico plan iba a irse al traste. Lo sabía desde el día anterior, cuando decidió sacarse el carné de la biblioteca, estudiar español y arreglar su imagen. Aquellos actos los había hecho consciente de que no iban a durar solo tres días.

El final de su particular Camino de Santiago se le antojaba demasiado largo ahora. Se sentía con pocas fuerzas para caminar, pero debía terminar lo que había comenzado. La última confesión le iba a resultar especialmente difícil, sobre todo estando en un terreno que no era el suyo. No debería haber tenido ese arranque de furia y decir la verdad, que no creía en Dios, pero el cura la había irritado sobremanera con su discurso. ¿Perdón? ¿Cómo podía hablar de perdón en ese tema? No estaba hablando de perdonar una infidelidad, un pensamiento sucio, un hurto menor. La palabra *asesinato* debía de quedarle demasiado grande a aquella catedral. «Perdón» no era lo que esperaba oír, sino penitencia, como mínimo.

Durante el día no hizo más que perder el tiempo ridículamente. Se había levantado a las siete, más pronto que nunca, y se sentía sin nada que hacer y con una desgana atroz. Se compró un libro en inglés y lo subió a la habitación, donde se encerró para leer, clavar la mirada en la ventana, tranquilizarse y ordenar sus pensamientos. Sabía que inevitablemente debía volver a aparecer en la catedral y terminar su confesión, pero un rincón de su mente deseaba que él no la esperara y ella pudiera volver a Noruega. Otro rincón de su mente, más fuerte, le decía que no podría volver sin terminar.

Cada poco consultaba el reloj, pero este avanzaba con tal lentitud que se desesperaba. A las doce de la mañana llevaba ciento cincuenta páginas leídas, pero si le hubieran preguntado, no habría sabido decir de qué trataba la historia. Con un arrebato de ira lo lanzó al suelo desde su cama y se frotó los ojos.

A las seis ya estaba lista para salir, pero solo la separaban diez minutos de la catedral. Decidió hacer tiempo paseando por la ciudad, ahora que una chaqueta la resguardaba mejor del frío.

Llegó unos minutos antes de las ocho y, nerviosa, intentó retrasar el momento final cuanto pudo. En vez de dirigirse a la zona de oración como en los últimos días, adquirió una entrada para ver la catedral y se sumó a los turistas que sin descanso la visitaban. Había leído sobre el monumento, pero hasta ese día no se había sentido con ánimo para visitarla y recorrer los pasillos y capillas que el papel le había mostrado en tantas ocasiones. Con su entrada y el folleto informativo subió las escaleras hacia la puerta Sacramental. A diferencia del primer día, no estaba lloviendo y pudo detenerse a contemplar el conjunto, en especial el torreón que acogía la alta puerta gótica por la que se accedía, cubierta de representaciones de Jesucristo y los apóstoles, entre otros. Ella alzó su mirada hacia las arquivoltas, donde sabía que se encontraban los veinticuatro ancianos del apocalipsis, representantes de los redimidos, afinando instrumentos musicales medievales. Eva se dejó llevar al interior de la catedral.

Caminó recorriendo en detalle cada capilla, deteniéndose a observarlo todo y dejarse asombrar. Quería hacer tiempo, no se sentía preparada para la última confesión, a pesar de que no había manera material de evitarlo. Sus manos, sudorosas, temblaban cada vez que quería sacarlas de los bolsillos.

Y, a pesar de haberse adentrado en todas las capillas, al igual que le sucedió el primer día, no recordó nada. Llamó su atención la tumba del Cid Campeador y su esposa Jimena, pero la grandeza de la catedral se le antojó demasiado enorme como para apreciarla.

Como le había ocurrido esa mañana con el libro, si le hubieran preguntado por la catedral poco habría podido decir de ella en cuanto salió. Volvió al frío de Burgos y se dirigió a la zona de culto y oración, donde la misa hacía tiempo

que había finalizado.

Entró en la capilla. Tembló. Echó un vistazo al Jesucristo crucificado y ante la tétrica imagen sintió que se estremecía, el estómago se le hacía pequeño y su corazón palpitaba con tal velocidad que parecía querer huir y abandonarla en aquella situación. A ambos lados de los bancos, y a pesar de que la misa ya había finalizado, varias personas rezaban arrodilladas, bien fijando su mirada en el Cristo, bien dejándola caer en el suelo. En concreto, una mujer de avanzada edad rezaba en un constante murmullo que se había incrustado en los oídos de Eva desde que entró en la capilla, sirviendo como un ritmo de fondo que marcaba sus pasos hacia el confesonario.

Cabizbaja, avanzó por el pasillo dejando tras de sí el murmullo. Sentía que cuantos estaban presentes, los fieles, podrían abalanzarse sobre ella si desataba su furia, obedeciendo la orden del castigo divino por no respetar la propia casa de Dios. Insegura, miró a ambos lados y constató que nadie la observaba, era invisible para ellos. De soslayo echó una mirada a Jesucristo en cuanto giró a la izquierda para tomar su asiento en el confesonario.

Tenía miedo de cómo iba a reaccionar el cura tras sus últimas palabras.

Él, por su parte, se sobresaltó por la visita, aunque llevara toda la tarde esperándola. Había decidido ponerse firme y comenzó a hablar, deshaciéndose del discurso que metódicamente había elaborado en su mente la noche anterior, cuando no podía conciliar el sueño, poco después de terminar la conversación con Federico. Ambos habían estimado que debía poner punto final a aquellas visitas.

—He de pedirte que, por favor, no vuelvas a esta iglesia a confesarte si no eres practicante, a usar esta farsa para tan solo hablar, cometer estos pecados ante mis propios ojos, en un lugar tan sagrado y sin remordimiento alguno. No sé qué estás buscando, pero sin duda alguna con esa actitud no lo encontrarás, y yo no puedo permitir que suceda... —subía de tono y volvía a bajarlo temiendo que alguien le escuchara y llamara la atención. La reprendió aun a sabiendas de que no entendía lo que le decía, pero con la esperanza de que sus palabras, gestos y tono fueran interpretados correctamente por ella—. Has debido de tener una infancia muy dura, debe de ser realmente difícil aceptar que tu padre es un asesino, que acabó con la vida de tu madre y con la suya

propia. Pero también debes saber que Dios está presente en todos nosotros y que, aunque unos pueden sentirle más que otros, Él no abandona a ninguno de sus hijos. Ojalá tuvieras fe en Él, quiero que aprendas a amarle, pero no puedo convencerte en cinco minutos. No voy a cerrar las puertas de esta iglesia para impedir tu entrada, todo lo contrario; van a permanecer abiertas acogíendote. Pero no puedo permitir que te sigas burlando de mí y de todo lo que este lugar representa. Visítame cuantas veces quieras para limpiar tus pecados. Pero los tuyos, no los de tu progenitor. Él lidiará con aquello que necesite enfrentarse, no puedes salvarle tú.

Tomó aire, se recostó en su asiento y buscó más palabras con las que completar el incómodo silencio que se apoderó de la situación. Esperaba que ella dijera algo, incluso lo llegó a esperar con ansia; que reaccionara de alguna manera al menos. Pero Eva estaba paralizada, no podía separar sus labios. Ante su silencio, se vio forzado a continuar hablando e intentó ser capaz de cerrar el monólogo, tanto si le entendía como si no. Que ella volviera a su casa si quería, que se alejara de allí, que no apareciera nunca más, que no volviera a robarle el sueño una noche más. Que no le hiciera sentirse culpable de nuevo. Quiso terminar, cerrar por completo las confesiones.

—Pero Dios perdona, perdona a quien se arrepiente. Dios perdona —sentenció con poco convencimiento.

Ante estas palabras, Eva reaccionó súbitamente. Levantó la cabeza, titubeó, volvió a bajarla. Tenía miedo. Temblaba de arriba abajo, sus piernas se movían incesantemente y Armando casi podía escuchar sus dientes castañetear. Estaba aterrorizada. Estaba «en su terreno».

—Padre Armando... —pronunció en español y en un tono de voz casi inaudible.

Él se preguntó cómo sabía su nombre, a la vez que le preocupaba la reacción de la muchacha, tan asustada.

Eva estaba decidida. Abandonó el terror, fijó su mirada en los ojos de él, con odio, apretó los dientes, su mandíbula se acentuó bajo sus mejillas, adelantó medio cuerpo hacia él, en posición atacante, y habló en noruego.

—¿Y a usted, padre Armando, le ha perdonado Dios? —hizo una pausa sin dejar de mirarle.

Ahora fue él quien comenzó a temblar, desde las puntas de los pies hasta todas las extremidades, recorriendo su cuerpo y arrancando de él el velo que libremente se había colocado queriendo ocultar la realidad, seguir manteniéndola escondida para él, para ella, para cuantos le conocían. Sintió que estaba al borde del abismo y nada podía detener su brutal caída: las palabras iban a llegar con tanta intensidad que podría atraparlas con las manos, agarrarlas y mantenerlas fuertemente cogidas, como si fueran objetos. Palabras que se deslizarían entre sus dedos como la arena y se escaparían de su cárcel para convertirse en realidad. Una realidad tan lejana que casi podía hacer creer al mundo que era irreal, de otro tiempo y otra vida.

Con cada movimiento de labios de ella, con cada intento por soltar de una vez por todas esas palabras, él volvía a sentir un escalofrío. Las esperaba indefenso.

Hasta que se las entregó, limpias, sin rabia, sin odio, sin sentimientos. Se las entregó para que las recogiera fácilmente y traspasaran su piel hasta hacerse dueñas de él.

—¿Te ha perdonado ya, papá? ¿Te ha perdonado Dios por asesinar a mamá?

El terror que hasta ahora se había adueñado de ella se deshacía en pedacitos y caía al suelo para que él lo retomara y lo atrapara.

Sin volver la vista atrás, unos escasos segundos después de pronunciar su acusación y última confesión, se levantó y caminó con paso apresurado hacia la salida.

Henning, mudo y paralizado en su asiento, observó cómo su hija única abandonaba la catedral.

«Me ha encontrado».

Henning y Eva

A pesar del último instante de arrojo para enfrentarse a él, nada más salir de la catedral forzó su paso hasta convertirlo en una carrera. Se dirigió al hostel con el miedo y el frío calados en su cuerpo, con la sensación de que ambos estaban inyectados por sus venas y paseaban con total impunidad. Abrió la puerta de su habitación con dificultad y mirando por encima de su hombro constantemente, con pavor a ser asaltada de pronto. Una vez dentro, giró dos veces la llave, pasó el pestillo y se dejó caer al suelo. Pegó el oído a la puerta y aguantó la respiración unos segundos. Nadie la había seguido.

En silencio, Eva lloró. No dejaba de temblar y ni el miedo ni el frío parecían querer alejarse de ella. Deseaba meterse en una bañera con agua caliente, zambullirse dentro de ella y no escuchar nada del exterior. Pensó en levantarse y cumplir ese deseo, pero al intentarlo las fuerzas de las piernas le flaquearon. ¿Qué iba a hacer ahora? Miró su mochila, abierta y vacía, sobre la cama. Sus pertenencias cabían perfectamente dentro, solo tenía que recogerlas, pagar la habitación e irse de vuelta a Noruega. Probablemente podría incluso permitirse pagar un avión y salir desde Madrid, había ahorrado mucho más de lo necesario. Iría a la biblioteca, se conectaría a uno de los ordenadores con Internet, contrataría un vuelo y se iría para siempre de España, de Burgos, del fin de su trayecto, de la pesadilla. ¿Qué más podía hacer ya ahí? No le quedaba nada por completar, ya no tenía sentido continuar. Pero ella sabía, tal como lo supo ya en Francia, que aquello acababa de empezar. Por eso se quedó más de dos meses trabajando en el bar cuando con el salario de uno le hubiera bastado para viajar a Burgos. Por eso se había comprado ropa el día anterior y arreglado su imagen.

Era imposible que se contentara con decirle a su padre que le había encontrado.

Recordaba a su abuela con aquella sonrisa torcida, rota a la mitad, hablando con palabras muertas que tropezaban nada más pronunciarlas y caían al suelo, a veces sin sentido ni conexión, a veces paralizadas por sus lágrimas. Había perdido el habla después de perder a su hija, en una odiosa espiral. Eva tenía ya conciencia para comprender la situación, y desde hacía no mucho se sentía sorprendida de que su abuela no hubiera ido a más en aquella espiral. Pareció encontrar un punto al que aferrarse, quizás su nieta, y permanecer en él para siempre o al menos hasta el momento. La última vez que habló con ella sonó preocupada y no le extrañaba, pero había antepuesto su visita a cualquier otra prioridad, incluso reduciendo las llamadas a sus abuelos para no sentir la tentación de volver. Sabía que ellos lo achacaban a que se había enamorado de un joven médico y que tal vez no volvería a Noruega. Al otro lado del teléfono ella intentó forzar su voz para que sonara alegre. En realidad no había necesitado forzarla hasta que llegó a Burgos, ya que, desde que se separó de su grupo de amigos, hacía casi tres meses que no mantenía una conversación con nadie que no fueran sus abuelos. Intentaba llamarlos una vez a la semana, pero en algún momento de debilidad repitió en menos de cinco días. Siempre descolgaba su abuelo y a ella le venía inmediatamente su imagen a la mente, fumando una pipa y leyendo el periódico en su sillón. A las siete de la tarde siempre le encontraría así, era un hombre de hábitos. Mientras, su abuela podría estar mirando absorta por la ventana o leyendo un libro. No siempre lo leía, a veces solo lo mantenía entre sus manos para que creyeran que estaba ocupada. Su abuelo, por su parte, era incapaz de levantar la mirada del periódico y lo leía desde la primera hasta la última página todos los días. Los domingos parecía volverse loco con tanto suplemento.

La fuerza en su casa era él. Ella daba la humanidad necesaria para seguir adelante, pero él era el bastón de todo aquel hogar y lo llevaba a las espaldas con fuerza. Se encargó de todas las tareas del hogar: cocinó, limpió, compró, planchó, lavó. Hasta hacía un par de años, que habían contratado a una chica de la limpieza, él había hecho todo. Su abuela le ayudaba, pero cualquiera que se fijara enseguida percibía que su aportación era mínima. Compraba el pan

todos los días, mientras que su marido iba a la carnicería a por filetes frescos, traía el periódico y fresas recién recogidas. Su abuela encendía la lavadora, pero antes él ya había estado recogiendo la ropa del suelo, del baño e incluso de los armarios, ya que en muchas ocasiones era donde ella la colocaba. Una vez terminada la lavadora, ella ponía la ropa limpia en un cesto, mientras que era él quien la colgaba. Con esa rutina aprendida, ella se sentía útil, a la vez que no forzaba su cuerpo. Él simplemente se desvivía por ella.

Eva creyó al principio que su abuela podía ayudar más y se había limitado a acostumbrarse a esa rutina, excusándose en su dolor por su hija. Le costó comprender cuánto dolor puede suponer perder una hija a manos de la persona que más ama.

Su abuela, Ellen, vivía desde entonces con sentimientos contrariados. Eva estaba segura de que eso era lo que más meditaba en sus largos silencios. Mil veces le había contado cuánto amaba Henning a su madre, y mil veces había fruncido el ceño para menospreciarle, al borde del insulto. Pero nunca le insultó. Había una línea que no podía cruzar, simplemente porque no comprendía la situación. El que más feliz hacía a su hija fue quien la asesinó brutalmente. Y ella creía en el perdón. Le había perdonado, a pesar de cuánto le costó.

Su abuelo, sin embargo, tardó mucho menos en perdonar. Una vez asumió que su yerno había acabado con su pequeña, se sumió en un silencio inaccesible durante una semana. Después, volvió a misa y rezó por su alma.

Pensar en sus abuelos la había tranquilizado, pero no consiguió evitarle las náuseas. Se levantó bruscamente al baño y vomitó cuanto había comido. A lo largo de esa noche se levantó cinco veces más para vomitar.

Henning se agolpó sobre la guía telefónica y comenzó a llamar uno a uno a todos los albergues y hostales de Burgos. Según como ella vestía imaginó que era difícil que se hubiera podido permitir una habitación mejor. Descolgaba y amablemente preguntaba por su hija Eva, y, en cuanto le hacían saber que se

había equivocado, él lo achacaba a su avanzada edad. En su octava llamada tuvo suerte.

—Ah sí, Eva, en la habitación 18. ¿Quiere que le pase o le dejará un recado?

—Pensándolo mejor, es muy tarde. Mañana por la mañana la llamaré de nuevo. Muchas gracias y buenas noches.

Aunque eran las once de la noche llamó a Federico para pedirle ayuda, tal como había hecho los días anteriores. Hablaba con Federico de sí mismo como si fuera una tercera persona, siguiendo el juego que Eva había creado. Se interesaba por las personas que Federico conocía en la cárcel, cómo actuaban, cómo se habían perdonado a sí mismas, cómo lograban tener una vida más o menos normal. Pero siempre haciéndole creer a su amigo que lo preguntaba por la confesión de la joven y para transmitírselo a ella.

Al día siguiente, Eva se sentía como si le hubieran dado una paliza. Se despertó relativamente pronto, cerca de las nueve de la mañana, y observó medio en sueños la habitación. Recordó, como si hubiera sido una imaginación, el día anterior, perdiéndose algunos detalles. Por ejemplo, no era capaz de acordarse del camino de vuelta al hostel, solo sabía que había sentido pavor por si él la había seguido. Reflexionó sobre el momento en que había decidido acabar con aquella farsa desenmascarando a su padre. Se había imaginado aquella escena tantas veces y de tantas maneras que le parecía imposible que al final hubiera sido real. Sus planes habían ido cambiando poco a poco, ya que en un principio su idea era únicamente tenerle delante, conocerle, sin más. No quería saber más de él porque creía que no lo merecía, pero cuanto más cavilaba sobre ello por las noches más ingredientes añadía. Paso a paso fue elaborando lo que denominó su *estrategia*. A continuación decidió que le diría que sabía quién era y esperaría a ver su reacción para actuar. Luego decidió que no quería conocer su reacción, dio un paso atrás y resolvió volver a Noruega. Pero esa idea no se iba de su mente y se sentía con

fuerza para plantarse delante de él y decirle quién era. Quién era ella y qué tipo de asesino era él.

Antes de la llegada a Burgos, Eva no conseguía conciliar el sueño dándole vueltas a cómo lo haría. Se le ocurrió que tal vez una carta sería suficiente, pero no quería perderse su rostro. Entonces, cuando decidió que ver cuál era su reacción la motivaba a seguir adelante, elaboró su plan. Iba a consistir en tres visitas, no cuatro. Sin embargo, él tuvo que hacer caer su castillo de arena en la tercera, intentando engañarla. Por entonces ella hubiese deseado ser capaz de leer su mente. «¿Creerá que me estoy confesando sin más y no sé quién es? ¿Por qué no dice nada?». Aquella visita la irritó sobremanera: su forma de hablar, de intentar ocultar la verdad, de continuar con la farsa. Él estaba decidido a seguir jugando, al menos hasta que ella pusiera punto final. Y eso la irritaba aún más. «Soy yo la que tiene el dominio de la situación, no tú». Aquel pensamiento la hizo levantarse indignada. «Yo no creo en Dios ni en el perdón, señor cura», había sentenciado antes de irse. Estuvo a punto de llamarle *padre* y decirle la verdad.

Pero el momento de hacerlo tenía que venir con calma, no tan enfurecida. Cuando al día siguiente su padre, que se hacía pasar por un cura llamado Armando, volvió a retomar la conversación que había dejado el día anterior, ella ya estaba preparada. Preparada para escuchar su ridículo sermón y sentenciarle, obligarle a mirarla a los ojos y decirle que sabía quién era y qué había hecho. Había pasado los meses previos reuniendo valor para ese momento, pero era verdad que minutos antes estaba muerta de miedo. No dejaba de ser cierto que estaba enfrente de un asesino a sangre fría, por mucho que fuera su padre y, encima, cura. En el momento justo de sacar toda la tormenta que tenía dentro, el miedo desapareció. Ella era dueña de la situación.

Siempre que había imaginado aquella escena le faltaba algo, pues no sabía cuál era la continuación. Y ahora se encontraba tumbada encima de la cama de su hostel, mirando el techo y consciente de que ese preciso momento era la continuación de su escena.

Cuando quiso levantarse ya había pasado una hora y sentía que su estómago le pedía tanto alimento como un poco de descanso tras una noche tan

horrible. Decidió que sería mejor no desayunar hasta más tarde y se levantó directa al baño. Estaba horrible, según comprobó. Todo su esfuerzo por parecer alguien más decente dos días antes se había ido al traste. Tenía unas profundas ojeras, sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, sus mejillas rojas, pálida como la pared y el pelo enmarañado. Sumergió su rostro bajo el grifo y quiso deshacerse de aquella imagen. Hacía un mes le hubiera dado exactamente igual, pero notaba que empezaba a tomar las riendas de la situación porque «ella» le preocupaba más. Ya no era todo «él» y aquella «estrategia».

Debajo del agua de la ducha se preguntó a qué había estado jugando, arriesgando su vida y plantándose delante de un asesino para decirle que le reconocía. Volvió a sentir un escalofrío terrible y náuseas, pero consiguió evitarlas. Pensaba que después de decírselo se encontraría mejor, deshaciéndose de una carga. Sin embargo, se sentía cuesta abajo, sin frenos y a una velocidad más alta de lo que podía controlar.

Vestida, con el pelo seco y un libro infantil en español extendido sobre la cama, se preguntó cuál era su próximo paso. ¿Lo había, en realidad?

Esa misma tarde, al volver de la biblioteca, el recepcionista le extendió una nota y, mezclando una gesticulación exagerada con un tono de voz muy alto y lento, se hizo entender.

—Anoche te llamó tu padre. Hoy ha vuelto a llamar a mediodía, pero como no cogías el teléfono me dejó su número. Dice que por favor le llames antes de volver a casa; sonaba desesperado.

Eva miró el pequeño trozo de papel con el número escrito a mano. «El recepcionista tiene una letra horrible, tumbada hacia la derecha», pensó. Recogió el papel y dudó unos segundos antes de salir a dar un paseo por la ciudad en vez de encerrarse en su habitación.

No fue hasta el día siguiente cuando leyó el número de teléfono con la intención de llamar. Casi antes de darse cuenta, ya había marcado. Eran las doce del mediodía y nadie contestaba, pero Eva estaba segura de que le devolvería la llamada. Le dejó en su buzón el teléfono móvil donde podía localizarla y se fue a la biblioteca a seguir estudiando.

Estaba a punto de cerrar la puerta de su habitación cuando sonó su móvil.

Antes de sacarlo del bolso, notó que su mano estaba temblando y decidió resguardarse en el calor de su dormitorio.

—Hola Eva. Me imagino que sigues en Burgos, ¿verdad? —Era la primera vez que le oía hablar en noruego. Su voz sonaba distinta, menos ruda y más suave, más cercana y menos adoctrinadora y compasiva. Ella asintió—. Antes de que te vayas me gustaría hablar contigo, si no te importa.

A Eva no le quedó más opción que aceptar, básicamente porque solo podía verle a él o volverse a Noruega. Como esta última posibilidad no llegaba a agradarle, ya que le daba la sensación de haber recorrido un largo camino para acabar en nada, decidió que sería mejor ver a su padre e intentar descubrir algo más. Le pidió que se citaran en un lugar cercano al hostel y a una hora en que hubiera mucha gente y luz del día. Su padre, al otro lado del teléfono, sonrió. «Desde luego, al callejón de las Brujas no iremos». Después descubriría que aquella era una calle de Burgos conocida por ese nombre.

A las dos en punto, Eva entró en el restaurante del centro de la ciudad que su padre le había indicado. No se sentía cómoda, pero tampoco hubiese sabido cómo reaccionar en otras circunstancias; fuera cual fuese la situación, a ella no le habría gustado en ningún caso.

Él estaba esperando sentado en la mesa sin vestir su sotana y, antes de que ella llegara a acercarse, dos mujeres le saludaron. Henning se levantó de su asiento y estrechó la mano de una primero, para a continuación volverse y estrechar igual de cariñosamente las manos de la segunda mujer. Les sonreía afablemente y seguía con sus gestos corporales la conversación de ambas señoras, sin apenas pronunciar palabra. Cuanto más le veía, menos se hacía a la idea de que era su padre. Era corpulento y alto, aunque ciertamente había envejecido muy mal. Sobre todo en lo que al rostro se refería, ya que por la fisonomía de su cara le habría podido echar diez años más. Tenía los ojos demasiado apagados y los párpados caídos, arrugas que se marcaban exageradamente, y andaba encorvado. En el pequeño examen que le hizo mientras hablaba con las mujeres se percató de que, por lo demás, se cuidaba, ya que, a pesar de lo dicho, parecía tener una forma atlética, sin estar demasiado delgado o con kilos de más.

Las dos ancianas dejaron vía libre para Eva. Nada más verla, sonrió y se

levantó de la silla, donde había vuelto a tomar asiento. Iba a darle dos besos cuando ella extendió su mano secamente. «La fría Noruega», pensó él, quien ya llevaba tantos años en España que no recordaba sus costumbres. De hecho, poco antes había caído en que la hora era muy tardía para comer. Pero después de tanto tiempo en España eran detalles que ni siquiera apreciaba y daba por sentado que la hora de la comida era a las dos de la tarde.

Se sentaron en silencio y el primer tema de conversación que tocaron fue el frío, el de Burgos y el de Lillehammer. A continuación él le mostró la carta del restaurante y, aunque tenía los nombres de los platos traducidos al inglés, Henning dedujo que no entendería gran parte debido a una traducción al inglés poco ortodoxa. Le explicó los platos típicos de la zona, así como la recomendación especial del restaurante. Eva se sentía demasiado nerviosa como para pensar con claridad, por lo que decidió elegir el sencillo menú del día. Aunque Henning hubiera preferido invitarla a una buena carne, se dejó llevar y pidió lo mismo.

Llamó al camarero por su nombre e intercambiaron algunas palabras. A Eva le sorprendía el afán de acercamiento que tenían hacia su padre, como si todo el mundo quisiera tocarle. Primero, las ancianas, sujetando sus manos y después dándole una caricia o palmadita en la mejilla; ahora, el camarero, apoyando su mano sobre el hombro de él. No supo si se trataba de una costumbre española o es que su persona irradiaba una confianza abrumadora. Sintió que deseaba pedirles a todos que se alejaran del asesino de su madre, pero por mucho que lo intentaba era incapaz de verle como un peligro.

Antes de alejarse, el camarero dedicó una sonrisa y un movimiento de cabeza a modo de saludo a Eva. Después irrumpió en la mesa un incómodo silencio.

—¿Qué tal te van los estudios? Quiero decir, bueno, ni siquiera sé si estudias o no. Me lo he imaginado, pero... no lo sé.

Ella le miró extrañada mientras él se revolvía en su asiento.

—No creo haber venido para hablar de mis estudios universitarios.

—Sí, claro. Es solo que no puedo dejar de tener curiosidad, al fin y al cabo eres mi hija, ¿no?

—No, no creo —atajó ella.

La conversación volvió a sumirse en el silencio unos minutos hasta que ella decidió retomarla.

—¿Por qué lo hiciste?

—Eva... —La pregunta le cogió desprevenido, aunque la esperaba.

Cuando se fue de Noruega creía que dejaba atrás toda su vida, incluida su familia. Y la pequeña niña de tres años tenía ahora veintiséis. Ya no era pequeña, ya no era una niña que cuando lloraba iba a pedir auxilio a los brazos de su padre. Ahora iba a pedir, ¿qué?

—Eva, ciertamente, no sé qué esperas de mí, de verdad. ¿Quieres que me entregue a la policía? ¿Que te pida perdón? ¿Que lo confiese? No sé qué quieres.

Ella dudó. Tampoco sabía lo que estaba buscando, era la segunda parte de su estrategia la que se había quedado vacía y ahora mismo se encontraba cruzando ese capítulo. Se sintió ajena a la realidad que estaba sucediendo ante sus ojos, como una intérprete que lanzan al escenario sin que haya llegado a aprenderse el papel. Intentó buscar dentro de sí las palabras adecuadas, pero el guion que ella misma debiera haber escrito estaba inacabado. Al final, no sabía si buscaba conocer el porqué o que le pidiera perdón. Aunque, antes de llegar a un hipotético perdón, inevitablemente debía contemplar las escenas que llevaron al asesinato.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué asumes que lo hice yo?

—Podemos jugar al ratón y el gato, pero no me hagas echarme en cara todo lo que ya sabes. ¿Cuántas pruebas más necesitas contra ti?

El camarero interrumpió la conversación dejando el primer plato: sopa castellana para él y ensalada para ella. Su padre pareció agradecer la interrupción y durante unos minutos escapó de la conversación con su hija, intercambiando un par de frases con el camarero.

Eva observó con desgana la ensalada. La verdad es que no tenía hambre, así que se dedicó a removerla un poco y coger unos pocos trozos, comiendo lentamente o más bien haciendo que comía. Los nervios que acumulaba casi le hacían temblar las manos, por mucho que quisiera que permanecieran ocultos.

Su padre, por su parte, apenas se esforzó por simular que comía. Eva no

tenía ni la más mínima idea de qué era la sopa castellana, pero le vino un fuerte olor a ajo que le hizo adivinar sin problema los ingredientes. Vio cómo su padre paseaba la cuchara por su circunferencia, como si esperase a que se enfriara, pero aparte de un par de cucharadas tampoco comió. Cuando con más curiosidad observaba Eva los movimientos rotativos de la cuchara, su padre decidió retomar la conversación.

—Eva, entiendo que me odies y que incluso tengas miedo de mí. De hecho, lo que no entiendo es que vengas aquí tan libremente para decirme que me has cazado y que sabes que asesiné a tu madre. No entiendo el valor que tienes y solo puedo atribuirlo a que en el fondo crees que no fui yo. Por mi parte, yo jamás aceptaría comer con un asesino. —Ella no levantó la vista del plato ni respondió—. Bien. Llegados a este punto en que la situación se ha vuelto surrealista, te propongo algo. He solicitado tres días de vacaciones empezando desde hoy, algo precipitado si me apuras. En estos tres días me gustaría verte cuando y donde a ti mejor te convenga. Tal vez vernos para comer no sea la situación más cómoda para ninguno de los dos. Quisiera comenzar por el principio de todo para que me juzgues una vez haya terminado. Y cuando lo hayas escuchado todo y me hayas juzgado, te doy vía libre para que actúes como quieras. Podrás denunciarme, llamar a mi padre, a la prensa...

—Es un trato lo que me propones entonces, ¿no? —dijo ella.

—Sí. Me darás estos días para que yo te cuente lo sucedido y a continuación colaboraré contigo en la decisión que tomes.

—¿Y cómo sé que no estás ganando tiempo para matarme?

Henning bajó la cabeza y se mordió el labio. Durante unos minutos estuvo pensando en cómo contestar a esa pregunta, pero la verdad es que no había una respuesta plausible ni convincente.

—Lo hubiera hecho ya, ¿no crees? No me dejaría ver contigo en público, me imagino que soy la única o de las pocas personas que conoces aquí y yo sería un sospechoso inmediato. En tu hostel tienen mi teléfono móvil personal, contratado a mi nombre. Burgos será una ciudad, pero en muchos aspectos no deja de ser un pueblo castellano. Me conocen muchas personas y cualquier percance con una joven escandinava depositaría las miradas en mí

inmediatamente. En este mismo restaurante ya has visto que tres personas me han reconocido, y me han visto comer con una joven rubia. Si pasara cualquier cosa, enseguida darían conmigo y descubrirían que mi pasado tiene lagunas, no tardarían en sacar toda mi vida a relucir. Ya me he expuesto demasiado, como ves.

—Podrías volver a huir si me mataras.

—Tienes razón, pero ya no es como antes. Hoy en día sería más difícil y, además, no soy tan joven.

A Eva no le satisfizo la respuesta, aunque tenía cierta lógica. Dudó lo que debía contestar ahora. Si se quedaba, lo haría con miedo todas las noches, pero tendría las respuestas a lo que durante veintitrés años no se había respondido. Si se iba, cerraba una puerta y podría abrir otras denunciándole. Pero de nada serviría ya. ¿Había prescrito el crimen? No lo había pensado siquiera. En un juicio tal vez no diría la verdad e intentaría cubrirse las espaldas. A ella tal vez le contara lo sucedido. Ese «tal vez» la irritaba, ella quería actuar con certeza.

—No sé qué pensar.

—Solo te pido tres días. Una vez los hayamos gastado y me hayas dejado confesar, eres libre de actuar como quieras. Te juro que te contaré la verdad, aunque mi palabra tenga poco valor para ti.

—Ningún valor —interrumpió ella espontáneamente, con la cabeza aún agachada.

Henning retomó la conversación apuntando mentalmente que su hija era, con toda probabilidad, igual de desconfiada que su padre. Seguramente era de las personas que dicen aquello de que solo creen en lo que ven.

—De acuerdo, ningún valor. Pero lo único que puedo ofrecer en este trato es una confesión sincera. Tú, en cambio, tienes todas las de ganar. Me escuches o no, esperes o no, me has encontrado. Puedes cerrar aquí una búsqueda de veintitrés años o darme tres días.

Eva era dulce, o más bien lo había sido hasta hacía tres meses. Tenía entre sus amigos una imagen muy positiva y bien labrada, idealizada. Tenía buen corazón, era buena estudiante, se prestaba siempre a ayudar e incluso era voluntaria social. La consideraban una buena amiga que se apuntaba a

cualquier bombardeo, si no lo organizaba ella misma. No era especialmente guapa, pero tenía una cara dulce con rasgos agradables que no dejaban de acoger una enorme sonrisa. Ante aquellos que eran mayores que ella solía despertar un sentimiento paternal, ante sus amigos era su confesora. Se le conocían pocos defectos, pero entre ellos figuraba que perdonaba pocas veces a quien le había hecho daño, tenía ideas muy firmes que pocos podían cambiar y no era buena novia. No lo era, según decían, porque tenía demasiada vida ocupada en sus aficiones. Su último novio, Markus, parecía que iba a ser el definitivo tras dos años de relación. Pero, sin muchas explicaciones, lo dejaron.

Porque otra característica de Eva, buena o mala, es que era muy reservada. Escuchaba y guardaba los secretos de sus amigos, pero de los suyos nadie había oído hablar. Mucho menos de las extrañas circunstancias de la muerte de su madre, ni de lo que ella opinaba o sentía al respecto. Era un libro cerrado, listo para que uno escribiera en él, pero que nadie pudiera leer.

No siempre se conocía su opinión, pero uno imaginaba que si callaba era porque no pensaba nada positivo.

Sentada en un restaurante con su padre, muy lejos de su casa y habiendo perdido el rumbo de quién era ella misma y qué buscaba, Eva presentaba una imagen bien distinta. Ya no sonreía, sus rasgos no eran dulces, su voz sonaba fuerte y directa, mientras que su cuerpo parecía débil y a punto de romperse. Un contraste abrumador del que su padre se había dado cuenta. A veces temblaba y parecía que el miedo o el frío no llegaban a abandonarla del todo. Cualquiera podía ver que era una chica tímida, poco habladora, reservada y más bien melancólica. En solo tres meses no quedaba rastro de aquella Eva dulce y vivaz.

—De acuerdo —contestó a su padre sin un atisbo de duda en su voz, aunque por dentro seguía sopesando si no debía salir en ese mismo instante, recoger sus pertenencias y volver a su hogar donde sí se sentía protegida.

—Esto parece un trato —intentó sonreír a su hija, pero se dio cuenta de que no era lo que ella buscaba.

—«Es» un trato —afirmó con frialdad, levantando por fin la cabeza de su plato.

Terminaron la comida sin haber probado apenas bocado e intercambiando pocas palabras. Lo único a lo que Eva no puso ningún reparo en terminar fue el exquisito arroz con leche que le trajeron, acompañado por una amigable riña del camarero. Su padre hizo los servicios de traductor y le transmitió que el camarero la reñía por estar tan delgada y no haber terminado los platos. En esa traducción, Eva supo que él mismo la recriminaba y posiblemente añadía más palabras a las del camarero, siendo de su propia cosecha la preocupación por su estado. A pesar de todo, era su padre.

—Tengo que irme, pero, si quieres, mañana nos vemos a las doce en el arco de Santa María. ¿Sabes llegar? —Ella asintió sin mirarle, incómoda por encontrarse por primera vez de pie y a su lado. Cada situación nueva con él le resultaba difícil de controlar—. Si te parece mala hora a las doce, podemos vernos más tarde, por eso de tu horario de comida. Ya ni recuerdo a qué hora se suele comer en...

—Está bien a esa hora —le interrumpió ella sin dirigirle la mirada aún.

Henning quiso despedirse de ella con un suave toque en el brazo, pero Eva lo retiró bruscamente antes de que llegara siquiera a tocarla.

—¡No me toques! —lo dijo más alto de lo que hubiera deseado y con el odio marcado en sus ojos.

Henning dio un paso atrás y respiró la rabia que había en el ambiente. Su hija, su única hija, le odiaba con una ira difícilmente reconciliable. Aquello no era un asunto enterrado y zanjado. Eva acababa de desenterrar todo el odio que durante aquellos años había acumulado.

Se separaron casi sin despedirse, él caminando hacia la catedral y ella dejándose caer por las calles de Burgos sin rumbo fijo.

Encontró una cafetería agradable y se sentó en la primera mesa que encontró libre. No solía tomar ni café ni alcohol, pero se le antojó un café irlandés en cuanto lo vio en la carta: *Irish coffee*, seguido de una traducción al inglés de todos sus ingredientes. Sintió ganas de pedir con el café un bolígrafo y apuntar los errores ortográficos cometidos en la traducción, pero la mera idea la hizo sentirse ridícula.

Apenas había mesas llenas en el bar: una, ocupada por cuatro personas mayores jugando a las cartas; otra, por una pareja de turistas que no dejaban

de mirarse y sonreír; y una tercera mesa con otra pareja de turistas, ella inmersa en la manoseada guía turística sobre la que elaborarían su siguiente ruta por la ciudad y él, mientras, dibujaba círculos invisibles con su dedo índice sobre la mesa, figuras que se perdían en el momento en que las trazaba, pero que retenía en su mente como divertimento. De pronto le sonrió y dio un beso a su pareja, solicitándole que dejara la guía durante unos minutos. Ella accedió sin oponer resistencia.

Eva sacó de su mochila el libro infantil e intentó concentrarse en la lectura, pero cada poco lo dejaba sobre la mesa y se hundía en sus pensamientos. La rodeaban tantas incertidumbres como certezas. La certeza de que quería comenzar esas entrevistas y que su padre le contara lo que había sucedido. La incertidumbre de que su vida corría peligro o de que todo aquello no era más que una farsa y Henning nunca le contaría la verdad.

Finalmente se recostó en la silla, calentándose las manos con el café irlandés y saboreando el regusto a alcohol fuerte que dejaba en su garganta y se asentaba en su estómago casi vacío. En ese momento, si alguien hubiera dejado una droga sobre su mesa con la promesa de que le arrancaría el dolor de cabeza que llevaba todo el día atormentándola, así como los recuerdos y pensamientos que no dejaban de acecharla, no hubiera dudado en tomarla, incluso mezclada con alcohol. Habría suplicado por un fuerte somnífero solo para poder dormir esa noche, pero en vez de ello degustaba un café irlandés que le impediría conciliar un agradable sueño.

Durante la siguiente hora pidió otro más, sumida en pensamientos completamente ajenos a su padre o su madre. Simplemente se permitió evadirse de Burgos y de todo lo que había venido a hacer en la ciudad.

Una evasión malograda por la noche. El efecto de los cafés, la comida con su padre y el peculiar trato que acababan de cerrar no fue el mejor cóctel para conciliar el sueño. Sentía el cuerpo agotado, pero su mente no dejaba de querer repasar una y otra vez todos los puntos de la conversación que habían mantenido a mediodía. Intentó dormirse a las diez de la noche con el ruido de una película americana de fondo. Ojalá en España no tuvieran la costumbre de doblar las películas, se dijo, al menos si estuviera en inglés podría entretenerse. Pero, al no comprender nada, se perdía y aburría.

No había probado bocado desde los dos cafés irlandeses que tontamente se había bebido, y el estómago le pedía algo sólido. Sin embargo, podía más con ella el cansancio y la vagancia que el hambre. Le extrañó incluso la misma sensación de hambre, ya que durante los últimos meses había maltratado a su estómago sin contemplación y no solía quejarse. El solo hecho de pensar en otro arroz con leche provocó un pequeño rugido y recordó que en su mochila había guardado una barrita de chocolate con leche. No era lo mismo, pero podía pasar.

Acostada en la cama con el pijama y la manta cubriéndola por completo, saboreó la barrita con gusto. No se la terminó entera, pero fue una dosis suficiente para tranquilizar un estómago casi vacío y disfrutar de una sensación agradable entre tanta amargura. Aún recordaba las náuseas que había tenido la noche anterior y probablemente esa era la razón por la que aborrecía comer más contundentemente.

Clavó, aburrida, la mirada en el techo. No se había atrevido a llamar a sus abuelos ese día, ya que temía que notaran algo raro en su voz. Tampoco tenía ganas de hablar con alguna amiga suya y mucho menos de sacar el libro infantil en español u otro en inglés. La trama de la película podía ser interesante, aunque tampoco podía saberlo. Tuvo la tentación de tirar el mando contra la tele y reventarla, como una de esas estrellas famosas que hacen lo que les viene en gana como y cuando quieren. Nunca había entendido que destrozaran habitaciones de hotel, pero en ese mismo instante era tal su rabia que podría haber hecho algo similar. Rabia y aburrimiento, por supuesto. Un cóctel explosivo.

En vez de ello, dio media vuelta en la cama y se tumbó boca abajo. La película, a la que tan poca atención le había prestado, llegaba ya a su fin, pero era reacia a quitar el sonido y quedarse en silencio. Le molestaba la luz de la habitación, pero también le daba miedo apagarla, por lo que intentó evadirla metiendo la cabeza debajo de la almohada.

Poco a poco, obligándose a pensar en el viaje de InterRail, fue alejándose de la habitación y adormeciéndose, sintiendo que el ruido de la televisión era cada vez más lejano, la habitación más oscura, sus preocupaciones más sencillas, el cuerpo más ligero y la cama más caliente. Medio consciente,

disfrutó de la sensación de saber que estaba durmiéndose, disfrutó de esos instantes en que la mente se deja llevar e incluso logra estar en el más absoluto silencio antes de crear un sueño que vuelva a mantenerla ocupada.

Sueño que se tornó en una desagradable pesadilla a mitad de la noche. Sudada, dio un pequeño salto en la cama y pudo volver a la realidad fácilmente gracias al sonido y la luz de la habitación. Miró la tarjeta del hotel que siempre dejaba sobre la mesilla para confirmar que estaba donde creía y comprobó que eran las seis de la mañana. Aún somnolienta y asustada por el mal sueño que acababa de tener, se levantó para beber un poco de agua. A pesar de que lo intentó, no fue capaz de volver a quedarse dormida y malgastó el resto de la mañana ocupada en nimiedades hasta la hora de la entrevista con su padre.

Se habían citado en el arco de Santa María a las doce del mediodía. A pesar de que Eva había recorrido la ciudad en varias ocasiones, tenía que admitir que no se había fijado y no había retenido lo más mínimo los nombres de los lugares y de las calles. Estaba convencida de que si hubiera visitado Burgos en otras circunstancias le habría encantado la ciudad. Pero ahora no tenía siquiera cabeza para plantearse si era una ciudad agradable o no. Siempre la recordaría como su catedral, gótica.

Tuvo que preguntar cómo llegar y se prometió estudiar el mapa de Burgos que había dejado encima de su mesa.

Encontró a su padre apoyado contra el arco, contemplando el río Arlanzón, que cruzaba la ciudad.

—¿Conocías este sitio?

—Sí —contestó ella secamente.

—Quiero decir, ¿conoces un poco su historia?

—No —volvió a contestar secamente y se dio cuenta de que hubiera preferido asentir, demostrarle que conocía todo lo relacionado con la ciudad, incluso más que él.

—Es una pena, Eva. Sé que has venido aquí por algo completamente distinto, pero deberías recorrer esta ciudad con otros ojos, vale la pena. Ahora mismo estamos frente a una de las doce puertas de acceso a Burgos en la Edad Media. El mismo Cid Campeador pasaba por aquí debajo, según relata el *Poema*... ¿Sabes quién fue el Cid Campeador, Eva? —Le salió un tono más paternalista del que hubiera deseado. Frunció la frente y se dijo a sí mismo que el Cid no debía de ser uno de los héroes más conocidos en Noruega, a pesar de la inolvidable interpretación de Charlton Heston.

—Sí, algo he leído de Burgos antes de venir, pero no lo suficiente, por lo que veo. Ya conocía de antes la historia de Rodrigo Díaz de Vivar, pero no sabía que había nacido aquí al lado. ¿Crees realmente que sus restos están en la catedral? —Se dio cuenta de que había vuelto a las andadas, a querer saber más, a disfrutar hablando, conociendo, preguntando, investigando. A fin de cuentas, algo de Eva quedaba.

Henning sonrió. El fuerte acento de su hija al pronunciar el nombre español, con el que quería demostrar que conocía la historia, era muy gracioso.

—Primero, sí, es de Burgos. Nació en Vivar hace casi mil años, de ahí que se llame Rodrigo Díaz de Vivar. Habrás visto que los restos están en el mismo centro de la catedral, en el centro de la nave mayor, sin duda un lugar privilegiado. Sus huesos han bailado un poco de un lugar a otro, incluso estuvieron en Francia, para finalmente ser enterrado aquí con su mujer. —Eva se preguntó si había un tono un tanto afligido en su voz. Enseguida él le despejó las dudas al retomar la conversación con fuerza—. Te recomiendo, como cura, amigo o padre, me da igual lo que pienses, que conozcas más las culturas de los lugares que visitas. Burgos es una ciudad terriblemente preciosa y singular. —Eva alzó la mirada hacia el imponente arco de Santa María. Le recordaba a una mezcla de arco del Triunfo de París, castillo medieval con torreones en lo alto y fachada de catedral con ángel y virgen—. Aquel ángel que ves custodia la ciudad, por ello sostiene una reproducción de Burgos. Y presidiendo toda esta representación está la Virgen de Santa María, patrona de Burgos. También puedes encontrar al Cid Campeador, pero a decir verdad no sé señalarlo. —Henning se esforzó, entrecerró sus ojos para ver

mejor, alzó sus pies sobre las puntas y observó la parte alta del arco con la boca abierta.

A Eva le entraron por primera vez ganas de sonreír. Había estado tan soberanamente aburrida que compartir cualquier momento con otra persona, sobre todo en su idioma, la animó. Él debió de percatarse de su sonrisa y volvió a poner la planta de los pies sobre el suelo.

—Bueno, dejémonos de historia, aunque insisto en que deberías aprovechar. Podemos ir hacia el paseo del Espolón.

Caminaron por un paseo arbolado y ajardinado. El frío de Burgos le calaba los huesos, los dedos de sus pies eran bloques de hielo y se prometió comprarse unas zapatillas más acordes y unos calcetines más gruesos.

—Bueno, Eva, comienza mi parte del trato.

Capítulo 2: Luz

No hay nada nuevo bajo el sol,
pero cuántas cosas viejas hay que no conocemos.

AMBROSE BIERCE

1.^a Confesión: Henning

—Te dije que quería comenzar desde el principio y para ello te pediré que hagas un esfuerzo brutal. Mientras me escuchas, quiero que lo hagas como si te contara una historia ajena y completamente desligada a todo lo que hayas oído antes, como si no tuviera nada que ver con los hechos que tú conoces de mí. Te pido algo imposible, lo sé, pero me gustaría que al menos lo intentaras.

»Me resulta terriblemente difícil hablar de tu madre, durante casi un cuarto de siglo no he pronunciado siquiera su nombre. Nora era... He intentado a lo largo de toda la noche encontrar una forma de comenzar, pero no he encontrado ningún hilo del que tirar ni ninguna manera de hacerte ver lo que yo sentía por mi mujer. He concluido que lo único que puedo dejarte antes de que todo acabe, en una denuncia o como hayas decidido, es nuestra historia. Que conozcas qué era Nora para mí. No se me da muy bien expresar los sentimientos, mucho menos los que llevo casi veinticinco años enterrando.

»Para cada persona existe un lugar distinto y único en que todo permanece en silencio, por mucho ruido que haya a su alrededor. Hay quien encuentra el suyo, tristemente hay quienes nunca lo descubren o no se molestan en buscarlo. Otras personas dedican su vida entera a perseguirlo y retenerlo, sin ser conscientes de que esta fórmula no funciona. Algunos lugares desaparecen o nunca vuelven a ser lo mismo. Puede ser tu culpa, tal vez has cambiado tanto que no te reconoce ni te acoge. También puede ser su culpa: ha evolucionado hacia un camino distinto del tuyo y no te necesita. Otros lugares cambian contigo, se mueven en un camino, te acompañan, se convierten en tu faro y tú en el suyo. Hay lugares que no abandonas nunca. Otros los dejas escapar porque te dan ese silencio y paz, pero no puedes retenerlos por egoísmo.

»Yo encontré el mío en Nora y, por mucho que haya intentado volver a atraparlo en la orden del sacerdocio, solo en ella existía.

»Tu madre y yo crecimos en el mismo pueblo cercano a Lillehammer, en casas un poco alejadas la una de la otra. Vivíamos a las afueras del pueblo, en el bosque más bien, y fuimos desde siempre al mismo colegio, al mismo instituto y, posteriormente, a la Universidad de Oslo. No fue hasta entonces cuando realmente nos conocimos, pero... comencemos por el principio, Eva.

»Yo era el pequeño de tres hermanos; como sabes, el próximo mes cumplí cincuenta años. Mis hermanos mayores me llevaban tres y seis años, y creo que mi madre sentía un verdadero dolor de cabeza por tener solo niños y ninguna mujer que le pudiera ser de más ayuda. He de admitir que nosotros no lo fuimos verdaderamente, y ahora recuerdo cómo mi madre se empleaba a fondo en la casa. Mi padre, por su parte, viajaba mucho debido a su trabajo. De pequeño creía que era una personalidad importante en el mundo, después decidí que era un director de peso en su empresa y con los años descubrí que era uno más. Pero cuando hablaba de él en la guardería y en el colegio, se me llenaba la boca diciendo que su trabajo era imprescindible y vital, ya que viajaba mucho. A fin de cuentas, era un comerciante que se limitaba a promocionar los productos terapéuticos de su empresa entre comercios y otras entidades. De lo que sí estoy convencido es de que era uno de los mejores en su campo, ya que ganaba importantes comisiones y no nos faltaba de nada en casa. El trabajo de mi padre influyó en gran medida en nuestro estilo de vida. Aunque lo intentáramos negar, no teníamos una figura paterna en nuestro hogar. Viajaba tanto que apenas era una reminiscencia de lo que se considera un padre, y dejaba a mi madre la función masculina y femenina. El máximo espacio de tiempo en que podíamos disfrutar de él, por llamarlo de alguna manera, era durante las vacaciones. Y digo «llamarlo de alguna manera» porque tampoco es que estuviéramos deseosos de pasar tiempo con mi padre. Es imposible echar de menos algo que ni siquiera forma parte de tu vida. En invierno puedes echar de menos el verano, pero estoy convencido de que un esquimal no tiene siquiera ese planteamiento. Lo mismo nos sucedía a nosotros. Por supuesto que queríamos a nuestro padre, pero ahora sé con certeza que durante todos aquellos años que no formó parte de la familia era

alguien bastante indiferente para nosotros.

»Otra forma en la que su trabajo afectó a nuestro estilo de vida, como te decía, era durante las vacaciones. Al igual que nosotros no sentíamos tristeza por no tener en casa un padre, él no echaba en falta llegar a casa, quitarse las zapatillas, leer el periódico y comerse a besos a sus hijos. Siempre pensé que esa era la razón por la que todas las vacaciones que él tenía para disfrutar nos subían en el Volvo y recorríamos largos kilómetros para conocer Europa. Así, con dieciséis años ya había visitado Suecia, Dinamarca, Alemania, Francia, Italia y España. A pesar de todo lo que tenía que viajar mi padre a lo largo del año, no le importaba pasar parte de sus vacaciones también conduciendo. Especulaciones aparte, era la forma de vida a la que estaba acostumbrado, e intentar ser sin más un padre de familia a la antigua, o nueva, usanza debía de pesar demasiado sobre sus hombros. Él se sentía cómodo al volante, ya fuera dirigiendo sus “negocios”, firmando acuerdos, circulando por la carretera y, en vacaciones, conduciendo a la familia.

»Mi padre era estricto y muy severo. Cuando tras largas temporadas fuera de casa llegaba por fin, lo recibíamos con abrazos y muchos besos, como mi madre siempre nos pedía. Entonces eran más bien visitas las suyas, dos o tres días seguidos con nosotros. Incluso pude descubrir después que disfrutaba de más días libres al año, pero, aunque solo tuviera que recorrer unos pocos kilómetros para volver al “dulce hogar”, prefería mantenerse en la distancia. Es así como se había acostumbrado él y nos había acostumbrado a nosotros. Reconozco incluso que a veces su llegada era una especie de carga. Eso de saltar volando en sus brazos y darle muchos besos nos resultaba extraño, los besos eran para mamá y era ella, solo ella, quien nos arropaba por las noches y nos acompañaba hasta que apagaba las luces. Cuando en sus cortas estancias quería imitar ese papel y nosotros debíamos seguirlo, sabíamos que aquello era una farsa. Mi madre, como suele suceder en todas las familias, mantenía la armonía necesaria para llevar un hogar buscando el papel que debía desempeñar cada miembro de la familia en cada momento.

»Alguna vez libraba entre semana y yo creía que la única razón por la que iba a casa era porque se sentía culpable. Entonces nos llevaba y recogía del colegio, algo que yo aceptaba bien, pero que mis hermanos detestaban. Ellos

preferían volver a casa en su bici en primavera, o en los esquíes en invierno, acompañados de sus vecinos. A pesar de todo, puedo asegurarte que mi padre actuaba de esa manera sencillamente porque era lo único que había conocido. No es que no quisiera a mi madre y huyera de desempeñar su papel, es que sencilla y llanamente había perdido cualquier noción de familia, estabilidad, padre y hogar. Se casó sin engañar a su esposa y ella comprendió que la familia que habían formado no seguiría pautas normales. Tampoco ella las echó de menos.

»Yo era, probablemente, el que más unido estaba a él. Las tardes que pasaba en casa nos proponía jugar en familia o hacer algo juntos, sin ser capaz de discernir que la diferencia de edad entre los tres hermanos era demasiado grande. No compartíamos nada en común. Mientras el mayor prefería estar con sus amigos haciendo de las suyas, el mediano se enfrascaba en los libros o se iba al bosque y yo me dedicaba a mi gran afición: los trenes a escala.

»Mi hermano mayor, como te he comentado, era un poco trasto. El mediano demasiado tranquilo, y yo en el punto medio. Pero eso no me evitaba acarrear las travesuras de los dos. Era normal que mi madre tuviera que rescatarme en alguna ocasión en ausencia de mi padre, y aquellas riñas terminaban con un “cuando se entere vuestro padre de lo que le habéis hecho a vuestro pobre hermano” mientras me abrazaba. Si mi padre venía en pocos días, mis hermanos podían llevarse una buena tunda. Si tardaba más de cinco días, quedaba en el olvido su travesura. Pero no eran más que eso, travesuras de niños en las que mi refugio favorito era un árbol cerca de nuestra casa al que solía subir para escaparme de ellos.

»Recuerdo un episodio muy concreto; es una tontería, pero suelo evocarlo con cariño al recordar esos años. Mi padre estaba de baja porque se había caído y tenía el hueso del dedo pulgar fracturado. Muy a su pesar, no podía conducir y, por tanto, se tuvo que quedar en casa quince días seguidos sin hacer nada. Algo que podía irritarle sobremanera. Yo tendría por entonces cuatro años y seguía viendo a mi padre con una mezcla de admiración y miedo. Mis hermanos eran mis compañeros de juegos o mis enemigos, según el pie con que se levantaran. Y mi madre, mi gran salvadora y confesora. Poco, por no decir nada, recuerdo yo de este día. Pero mi madre me lo contó tantas veces

que lo tengo grabado en la memoria como si se tratara de mi propio recuerdo.

»Estábamos comiendo en familia cuando mi padre, presidiendo la mesa, comenzó a husmear. “Huele a podrido”, dijo. Mi madre se paró en seco y escuchó sorprendida las palabras de su marido. Comíamos macarrones con tomate, cebolla y carne picada. Ella le miró indignada, mis hermanos intentaron no estallar en risas y yo seguí comiendo haciendo caso omiso al comentario. Mi padre volvió a repetirlo, acercándose el plato de macarrones a la nariz. “Pues los macarrones están bien buenos, no sé qué pretendes insinuar”, le espetó mi madre irritada. Él la miró sin prestarle atención y, concentrado, bajó la nariz a la mesa buscando el olor a podrido. Mi madre le miraba con ganas de tirarle su plato a la cabeza y decirle que hiciera él la comida, y que por una vez que comían en familia sin terminar a gritos bien podría haberse ahorrado el numerito. Pero él no parecía darse cuenta de la rabieta de su esposa y seguía olfateando como un perro busca al gato.

»—Pero ¿qué estás buscando?

»—Aquí huele a podrido, maldita sea. Ven aquí, anda.

»Mi madre seguía sin saber qué debía hacer, si levantarse de su silla o hacer tiro libre con el plato. Se decantó por darle un voto de confianza a la nariz de su marido. Fue al otro lado de la mesa, no sin antes darle una colleja a mi hermano mayor por no parar de reírse. Yo me sentaba entre mi padre y mi hermano. Al pararse en seco entre su marido y el mediano se dio cuenta de que era verdad: algo olía a podrido. Al poco ya había dado otra colleja, esta vez a mi hermano mediano.

»—¡Pero qué demonios has traído a la mesa para que huela tan mal! ¿¡Una rata muerta o qué!?

»—No, mujer, eso olería peor —contestó el marido sin dejar de olisquear el aire podrido en busca del origen.

»—¡Que yo no he hecho nada! ¡Es él! —Se le caían las lágrimas, menos por el dolor de la suave colleja que por el susto.

»—¡Cómo que tu hermano! Pero si no hace nunca nada, por Dios. Es más bueno que un cacho de pan —contestó mi madre, aunque mi padre se había apresurado a dirigir la nariz hacia mí mientras yo seguía comiendo macarrones indiferente a la escena. Por lo general aquellas riñas no solían ir conmigo.

»De pronto, mi padre apartó la nariz y miró a su esposa.

»—Oye, que va a ser el nano.

»—¿Ves? Ya te lo había dicho yo, que nunca me...

»—Pues si lo sabías, haberlo dicho antes. —Mi madre le acarició el pelo a su hijo mediano pidiéndole perdón, pero aún enfadada por no comprender nada—. ¿Qué es lo que tienes, Momo?

»En casa, tal vez te lo hayan contado antes, me llamaban Momo. Mi madre fue hacia mí y, acariciándome el cabello rubio, descubrió lo que decía mi padre. Olía a podrido. Me levantó de la silla y me puso de pie en el suelo. Por lo visto seguía indiferente a lo que sucedía e intenté coger un macarrón con la mano mientras mi madre me apartaba el brazo de la mesa. Me revisó los bolsillos, me quitó la ropa, me olió el pelo. Me había bañado esa misma mañana y la ropa estaba recién sacada de la lavadora y olía a lavanda. Mi padre vino también a inspeccionarme, pero tampoco sacó ninguna conclusión. Mientras, mis hermanos miraban la escena atónitos, un poco boquiabiertos, un poco extrañados.

»—Este niño huele a podrido —sentenció mi padre. Se levantó y miró al hermano mayor—. A ver, ¿qué le habéis hecho esta vez a vuestro hermano?

»—¡Pero que nada, papá! Que huele así de mal desde hace ya. Antes de venir a comer ya se lo he dicho, que está podrido. A saber qué ha comido.

»—¡Ay, Dios, como haya comido otra vez gusanos! —exclamó mi madre preocupada—. Cariño, ¿qué has comido hoy?

»—Macarrones.

»Tenía toda la boca roja de tomate y me la miraba, divertida. No creía que mintiera. Cuando hacía algo malo solía contarle, más que nada porque no sabía qué estaba mal y qué estaba bien. Ella me contestó con una sonrisa.

»—Pues huele a podrido.

»Mi padre me cogió por detrás y me levantó en el aire.

»—Momo, ¿qué es lo que has comido hoy?

»—Macarrones —repetí alegre.

»—¿Y qué más has hecho?

»—Bolitas.

»—¿Qué le habéis hecho a vuestro hermano? —preguntó mi madre

pasando por alto mi respuesta. Mis hermanos miraron a su madre petrificados, casi congelados de miedo—. Venga, confesad. ¿Qué le habéis hecho? Ya sabíais que olía mal, ¿no? Pues por algo es.

»Intercambiaron miradas. Por una vez no me habían hecho nada. No me habían dado chinchetas de colores que confundía con caramelos (y que en más de una ocasión estuve a punto de comer), no me habían puesto zumo de limón en el vaso de agua ni dado barro por chocolate.

»—No hemos hecho nada, mamá —dijo el mayor en representación de los dos.

»—Aquí algo me huele muy mal.

»Mi padre me sentó en la silla y le pidió a su esposa que se sentara en la suya.

»—De aquí no se levanta nadie hasta que no confeséis lo que habéis hecho. Y no os atreváis a comer los macarrones.

»Todos se miraron, pero no sabían qué decir. Durante siete minutos de reloj nadie hizo un solo ruido, los niños no levantaron la mirada de su plato y mis padres no dejaron de intercambiar miradas y señas que no se entendían. Hasta que cogí un trozo de la servilleta de papel e hice bolitas, seleccioné una y comencé a metermelas en la nariz. Mi padre me miró asustado y me quitó la mano de la nariz.

»—Pero ¿qué haces?

»—Eso lo hace siempre —comentó mi hermano.

»No sería ni el primero ni el último niño en meterse bolitas de papel en la nariz, pero mis padres no sabían siquiera que fuera algo relativamente común que hacen los pequeños. Fuimos al médico de inmediato y todo se quedó en un pequeño y divertido susto.

»Hace tanto que no hablo de mí mismo y me limito a escuchar historias de los demás que siento la necesidad de volver a revivir algo mío. Seguramente es el capítulo que más repitió mi madre sobre mi infancia. Habría muchos más, la mayoría de ellos relacionados con las travesuras de mis hermanos dirigidas a mí, o mi pasión por los ferrocarriles.

»La primera vez que me compraron una maqueta de tren decidí que todos los coches de juguete heredados de mis hermanos no podrían volver a

divertirme. Dice mi madre que de pronto pedí un vagón para acoplarlo a la maqueta, otro tren, unas vías, un árbol de adorno... Con diez años me cansé de los juguetes fabricados y descubrí que también podía crear gracias a un vecino nuestro. Él tendría unos cuarenta años y era quien más compartía mi afición por los trenes. No dudaba en dejarme pasar a su impecable habitación con su enorme maqueta para jugar con los trenes. De su mano aprendí a crear yo mismo.

»Cuando tenía dieciséis años convocaron un curioso concurso para jóvenes en Kristiansand. Consistía en crear en un día un tren a escala pequeña para una maqueta usando los materiales que te entregaban. Fue mi vecino quien me lo comentó, así que me decidí con su apoyo a ir en tren hasta la ciudad y presentarme al concurso. Ese viaje supuso el fin de mi adolescencia y un cambio radical en mi forma de ser.

»El mismo viaje fue casi un fracaso. Demasiadas horas en tren, de noche, sin poder conciliar el sueño, el traqueteo, la incomodidad. Por mucho que me gustaran las maquetas, los viajes en tercera en un tren de noche no eran desde luego lo mío. Llegué por la mañana temprano a una ciudad completamente desconocida y me sentí desorientado. Mi padre no había podido acompañarme, por trabajo, y mi madre no se veía haciendo un viaje tan largo y dejando un par de trastos en casa. Al aterrizar en la estación de trenes me sentí perdido, pero no tuve mucho tiempo para lamentos. En menos de tres horas comenzaba el concurso, así que me dirigí al centro con mi mochila colgada del hombro.

»Aunque te parezca extraño, poco recuerdo del concurso en sí. Nos plantamos una fila de jóvenes, la mayoría chicos, delante de anchas e interminables mesas. Teníamos cada uno el mismo maletín con las mismas herramientas y componentes, así como un flexo. Todo ello no era más que un montaje para dar publicidad a la marca y estuvo realmente mal organizado. Faltaban piezas, tenías poco espacio en tu mesa, si se te estropeaba alguna herramienta no disponían de recambios y su pretensión era demasiado alta. Era imposible construir el vagón que pedían en tan poco tiempo. Sin embargo, como por arte de magia, un chaval misteriosamente alejado del resto lo terminó a mediodía.

»No me quedé a la entrega de premios, sino que di una vuelta por la ciudad. Es verdad que, a pesar de todo lo que viajábamos en casa, mi padre nunca había querido visitar con nosotros Noruega. Él lo tenía demasiado visto y prefería salir con sus hijos fuera del país, consciente de que por un motivo u otro nosotros acabaríamos conociendo las regiones de Noruega y era preferible llevarnos al extranjero. Suele pasar que uno conoce mejor algunos sitios extranjeros que nacionales, como es mi caso.

»Algo sucedió y guardo en mi memoria ese viaje como el punto de inflexión. He comentado que el viaje al concurso supuso de alguna manera el fin de mi adolescencia, y me imagino que una afirmación de tal calibre te puede resultar incluso un poco dramática. No fue el viaje en sí, sino la vuelta.

»Por supuesto, mis hermanos se rieron de mí por hacer el ridículo en el sur de Noruega y gastar el dinero en un viaje cuyo único objetivo era dar publicidad a una marca, haberme dejado engañar burdamente e irme sin protestar ante no sé qué organismo. Para calmar las burlas, mi madre contestó, orgullosa, que estaba hecho todo un hombre por haberme atrevido a emprender ese viaje solo sin ayuda de ningún adulto. Afirmación que, obviamente, estuvo seguida de aún más risas por parte de mis hermanos. No podía ser de otra forma, por mucho que ya tuvieran veintidós y diecinueve años. De hecho, mi hermano mayor se había decidido a terminar la carrera en Alemania, y aquel verano del concurso se dignó a pasarlo con nosotros. Digo “se dignó” porque desde que empezó la carrera aborreció todo lo relacionado con su pueblo y su país natal. Noruega le resultaba un país muy tradicional, nuestro pueblo muy de campo, o de bosque, nuestra familia un tanto atrasada en el tiempo. Los alemanes se habían rehecho a sí mismos después de la guerra y mucho teníamos los noruegos que aprender de su fortaleza, solía decir. Algo que provocaba el incipiente mal humor de mi padre y verdaderas discusiones en casa. Lo entiendo mucho mejor ahora, después de que me contaras el pasado de mi padre. Me resulta extraño que ni yo mismo supiera de sus padres y cómo acabó viviendo en el pueblo de Lillehammer. La verdad es que mi padre tenía mucha manía a los alemanes y ahora me imagino que es por los días que tuvo que arrodillarse ante ellos, sometándose a sus órdenes. Nunca estuvo a favor de que su hijo fuera a estudiar al país germano, pero no le quedó más remedio

que claudicar. Si él nunca había puesto orden en la casa, no podía, por puro capricho, paralizar la decisión de su hijo adulto. Esa decisión fue el comienzo de la ruptura de relaciones con mi hermano mayor. Poco venía ya a visitarnos y pocas veces llamaba por teléfono. Si era mi madre quien le llamaba, era capaz de mantener la conversación durante diez minutos, pero con nosotros no aguantaba más de un minuto. Repartido entre tres, por supuesto.

»A nadie le extrañó su decisión de continuar la carrera en Alemania y que se enamorara de una joven. Sí extrañó que la joven no fuera alemana, teniendo en cuenta su reciente devoción por el país. Tampoco quiero confundirte: mi hermano no era afín a ninguna ideología nacionalista. Simplemente dimos por sentado que se casaría con una alemana porque, como repetía, eran sublimes. La afortunada fue una joven francesa realmente sublime. Esto ocurrió mucho después de aquel verano, pero no puedo evitar hablarte de ella. ¡Era tan rara! Todos sus movimientos parecían calculados milimétricamente: cuando andaba parecía pisar huevos, el vaivén de sus manos y brazos al andar no era natural, seguramente medía a qué altura y centímetros de distancia de su cuerpo debían moverse. Todo en ella era perfección. Demasiada perfección, si me preguntas. Me recordaba los jardines franceses, donde ninguna flor está fuera de su sitio y los arbustos están perfectamente cortados para no sobresalir en una mínima rama. Por supuesto, la novia ideal para mi hermano mayor. Tuvieron tres chavales, por supuesto hombres como nosotros tres. Mi madre habría estado al borde de la desesperación con tanto hombre si hubiera llegado a vivirlo.

»Pero mi madre falleció antes incluso de que se prometiera con su novia francesa. Pocos meses después de volver de Kristiansand, cualquier mañana de otoño, mi madre me pidió que la acompañara a hacer la compra. Aunque ella sabía conducir, prefería que fuera con ella y le hiciera compañía, acostumbrada a que yo fuera la sustitución del hombre de la casa. Y rara era la vez en que rechazaba acompañarla, pero minutos antes mi vecino me había pedido que le visitara y conociera su última adquisición: una magnífica locomotora carbonera.

»Decliné acompañarla. Comprendió que el tema de los nuevos trenes y vagones era demasiado tentador, me dio un cariñoso beso en la mejilla y se echó el bolso al hombro, con las llaves del coche en la mano. Sé que me

arrepentí y le dije que iría con ella, pero mi madre rechazó la oferta. No recuerdo siquiera qué llevaba, si tenía el pelo largo o corto entonces, si se había hecho la permanente, el color de su bolso o si llevaba puesta la pulsera que le había regalado hacía cinco años y no solía quitarse nunca. Solo recuerdo que me pidió sonriente que me divirtiera.

»Pero no recuerdo esa sonrisa, Eva.

»No quiero ni soy capaz de relatarte los dos días siguientes. Cuatro coches se vieron involucrados en un accidente en cadena; un matrimonio joven murió al instante, el conductor del camión que lo provocó por falta de sueño se encontraba en estado muy grave y mi madre se debatía entre el estado grave y muy grave tras haberle sido amputada una pierna prácticamente en el mismo lugar del accidente. El cuarto conductor salió casi ileso de aquel horror. Mi hermano mayor regresó de Alemania en el primer vuelo, mi padre condujo precisamente desde Kristiansand sin detenerse, mientras que mi hermano mediano y yo permanecimos junto a ella en el hospital hasta que falleció. Dos días enteros dormí en el hospital, al principio acompañado por el mediano, después por un padre completamente desconsolado y un hermano que no encontraba ya su lugar en esa familia.

»Precisamente por ese alejamiento en el que se había instalado, mi hermano mayor fue quien menos sufrió el golpe. El mediano estudiaba entonces Arquitectura en la Universidad de Oslo, y el accidente le hizo encerrarse aún más en sí mismo, si eso era posible. Si normalmente era introvertido y disfrutaba más de la soledad que de la compañía, aquello cerró más su caparazón. Mi padre, por su parte, pidió una jubilación anticipada y se instaló en casa para llorar por su esposa día y noche, recriminándose cuánto había hecho ella por él y lo poco que él le había entregado. Su carácter cambió completamente, olvidando que había sido un hombre activo con algo rondándole constantemente la cabeza y las manos. Se centró en su hogar, en arreglar todo lo que mi madre siempre decía que hacía falta, en acondicionar la tierra para el pequeño huerto que ella quería, en cuidar la casa. Cuando no quedaba mucho más que hacer, se hizo extrañamente un hombre más sociable, entablando relación con los vecinos y retomando antiguas amistades. Inauguró las cenas de los miércoles solo para hombres, una extraña tradición que hasta

donde yo sé ha pervivido. En cuestión de meses olvidó su estado nómada para convertirse en hombre sedentario. Creo que viviendo acompañado encontró la forma de matar el silencio que su mujer había dejado.

»Yo, por mi parte, me enfrenté a una situación que se me escapaba de las manos. El sentimiento de culpabilidad era casi más fuerte que el dolor. Había estado muy unido a mi madre, ella era mi protectora ante mis hermanos y quien convencía a mi padre para que comprara este o tal otro cacharro del ferrocarril. Además de mi confidente (y yo el suyo), teníamos una relación muy especial de complicidad, nos entendíamos sin necesidad de mediar palabra. En ausencia de papá, era conmigo con quien solía quedarse hablando por las noches antes de ir a dormir. A mí me contaba, cuando algo le preocupaba de mis hermanos, cuando creía que ese mes íbamos muy ajustados de dinero, cuánto echaba de menos a papá. Con el fallecimiento de mi madre había perdido un referente en mi vida.

»Un referente que, de la noche a la mañana, mi padre se decidió a sustituir. Curioso, ¿verdad? Nunca había tenido un padre y de pronto él se empeñaba en ser un padre y una madre, sin saber siquiera cómo actúa una madre ni lo que es un padre. Contrató a una chica para algunos temas puramente domésticos, como planchar, limpiar y cocinar, pero se encargaba de determinar el menú del día, comprar, ir a las reuniones de padres, reñirme por mis notas si así lo merecía y no porque mi madre lo indicara, o gestionar la economía con el escaso sueldo que ahora teníamos. Incluso intentó preguntarme por mis ligues.

»Todo ello resultó fallido. Hasta que descubrimos que él también disfrutaba con mis maquetas de ferrocarriles, aunque siempre había considerado que eran tonterías. Y a la vez descubrimos que cuando mejor nos entendíamos era cuando no necesitábamos hablar.

Al acudir a la cita, Eva no sabía cómo su padre le relataría su versión de los hechos, y enseguida descubrió que había encontrado la mejor forma de hacerlo. En vez de sentarse uno frente a otro tomando, o haciendo que

tomaban, un café o una bebida, Henning prefirió caminar por la ciudad hablando sin necesidad de sentirse escuchado u observado. Eva, por su parte, podía recoger las palabras sin tener que hacerle entender que le escuchaba, asintiendo tontamente o haciendo otros gestos que le animaran a continuar. El paseo por la ciudad había sido agradable y el único inconveniente que Eva podía señalar era que se limitaba a seguirle, insegura de qué camino estaban recorriendo. Tal vez era el instinto humano el que la hacía sentirse segura caminando junto a su padre, a pesar de haber sido el asesino de su madre.

Tampoco imaginó que su padre cumpliera a rajatabla la pretensión de contárselo «todo». Es verdad que le interesaba saber detalles de su pasado, pero no era lo que quería llevarse consigo de España. Conocer a su padre hubiera sonado casi idílico para una joven que le perdió con tres años, pero no como capítulo previo a *Cómo asesiné a tu madre*.

Le dejó hablar con la curiosidad intacta por saber más de él. Llegados a este punto en que había aceptado el trato propuesto sin haber establecido normas previamente, no le quedaba más opción que dejarse llevar por lo que él decidiera. Ella estaba convencida de que el único motivo por el que usaba ese prólogo era para adoptar una apariencia más humana ante ella. Sería un cura o un asesino, pero también había sido un niño aficionado a los trenes que perdió a su madre y no tuvo un padre hasta ese mismo momento.

Habían caminado hasta el monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas, cruzando el río Arlanzón. Justo enfrente de él, su padre lo señaló indicándole que cambiaría de tema.

—¿Lo conoces? —Ella afirmó con la cabeza; el primer gesto que había realizado desde que él comenzara a hablar, aunque su padre no llegó a verlo y creyó que no quería responder—. Es un monasterio precioso.

Eva pensó que ocupaba una enorme extensión y hubiese querido conocerlo, pero ante la idea de hacer una visita a un monumento con su padre sintió repulsión. Mintió asegurando que ya lo conocía y se apuntó mentalmente que algún día debería visitarlo.

—Es muy grande, ¿verdad? Algunas dependencias se fueron añadiendo tras varios años, pero inicialmente la obra comenzó en el siglo XII. Aquí han nacido reyes, como Pedro I de Castilla, el Cruel; otros se han coronado y

algunos incluso están enterrados en su interior. Contiene un gran mausoleo, como habrás visto cuando lo visitaste.

Eva asintió y volvió a repetirse su cita mental con el monasterio.

Finalizó entonces la primera confesión del cura. No de manera abrupta, sencillamente captó la atención de su hija contándole historias y leyendas del monasterio. Eva siguió empeñada en no visitarlo con él y mantuvo la mentira, un teatro un tanto infantil, de que ya conocía el interior. Cuando él le preguntaba qué parte le había gustado, que si le pareció mejor esto o lo otro, ella se limitaba a asentir sin querer soltar prenda. A él no le cabía duda de que ni siquiera sabía qué era un monasterio, pero no se molestó en hacérselo saber. Siguió hablando de este, consciente de que su hija no lo conocía, y deleitándose con las historias que tan bien relataba.

Cuando se instaló en la capital burgalesa años atrás, hizo ese mismo recorrido con un amigo suyo, que también era cura, el primer día que se conocieron. Las mismas historias que ahora contaba a Eva eran una repetición casi exacta de aquellas palabras de su amigo, adornadas con nuevos detalles que había ido aprendiendo posteriormente. Se sentía orgulloso de conocer tan bien la ciudad en la que había vivido tantos años, y podría confundirse con un autóctono más. A pesar del tiempo que llevaba en la ciudad, solía sentirse aún un tanto extranjero, y ser el guía de una foránea le daba la sensación de formar más parte de Burgos. Una ciudad que tanto le había aportado y que ahora podía perder con una mera confesión de su hija a la policía. Ojalá tuviera una estrategia concreta sobre cómo actuar, pero se había dejado llevar y ahora permitía que fuera ella quien tomara la decisión. Al terminar solo quería que su hija le conociera. Era lo único que podía dejarle ya de sí mismo.

Orgulloso, llevó a su hija de vuelta al punto de inicio, donde se despidieron y concretaron la cita para el día siguiente. Hubiese querido darle un beso en la mejilla, pero ella no lo habría permitido. Se sentía extraño ante ella, podría ser cualquier persona de la calle que de la noche a la mañana le confiesa que es Eva. Y aun así sabía que la quería porque era su hija, la pequeña que se abrazaba a sus piernas y le pedía un beso antes de dejarla en la guardería. La misma que lloraba cuando le veía alejarse y no quería soltarse de su abrazo. La hija de ese su pequeño lugar llamado Nora.

Cuánto las echaba de menos.

2.^a Confesión: Nora

Una vez más se vieron en el arco de Santa María a las doce del mediodía. En esta ocasión Eva permitió que su padre la saludara con dos besos en la mejilla, como observó que era común en España. Henning no tardó en comenzar su segunda confesión, dedicando tan solo unos minutos a las preguntas de rigor sobre cómo había dormido ella, si había descansado, y los típicos comentarios sobre el clima. Cualquiera que los escuchara hubiera dicho que eran una alumna y un profesor que debían ser corteses antes de entrar en materia.

—Nora y yo siempre habíamos ido al mismo colegio y vivíamos casi puerta con puerta, pero apenas nos conocíamos. Cada uno ocupaba su lugar en el pueblo y en el instituto. El mío estaba más entre los normales de la clase que no destacan ni por raros ni por inteligentes ni por guapos, manteniéndome en un margen perfecto. Nora, sin embargo, siempre se encontraba entre las destacadas por guapa, inteligente, buena persona... Era como si quisiera reunir todo lo bueno para sí misma. Para quienes no teníamos oportunidad de conocerla era como una más del grupo de las inalcanzables. Para el resto era alguien a imitar. De todas formas, como te decía, no mantuvimos la más mínima relación entonces. Nos conocíamos y saludábamos. Incluso, como era siempre tan correcta, podía preguntarme algo. Pero nada más.

»Los dos nos mudamos a Oslo en el mismo año a estudiar Derecho. No éramos los únicos del pueblo que tomamos esa decisión, pero sí los únicos que estudiamos la misma carrera, y ni siquiera sabíamos que el otro también iba. Nuestro encuentro en la capital fue de lo más fortuito y casi diría ridículo. De los mil millones de maneras que había de cruzarnos, solo pudo suceder de

aquella. Ella estaba sentada en un peldaño de las escaleras de nuestra residencia de estudiantes y tenía la cabeza cubierta entre sus rodillas. Podía hacer unos seis grados a las cinco de la tarde en pleno octubre y me extrañó que una persona por propia voluntad se quedara quieta sentada en esa escalera. En cuanto la vi, aminoré el paso y, al estar más cerca de ella, me detuve. Estaba sollozando. Me acerqué un poco más y le pregunté si necesitaba algo. Nora levantó la cabeza, tenía los ojos rojos y húmedos, el pelo despeinado cayéndole sobre el rostro, las manos rojas del frío. Y sonrió. Le devolví la sonrisa un poco preocupado y saqué un pañuelo de mi bolsillo para dárselo. Llevaba vaqueros azules y una chaqueta roja con capucha. Sonrió más después de haberse secado las lágrimas. “¿Puedo ayudarte en algo?”, repetí. Y Nora me regaló por primera vez su famosa sonrisa enorme, una sonrisa sincera y preciosa.

»Me enamoré de ella en ese mismo instante. Puede ser difícil de comprender e incluso demasiado idílico, pero la verdad es que tuve ganas de abrazarla y no volver a soltarla nunca más. Era como si nunca la hubiera visto en mi vida y de pronto apareciera para quedarse. Riéndose entre lágrimas me confesó que lloraba sola y únicamente porque acababa de ir a la peluquería y había decidido un cambio radical cortándose el pelo por encima de los hombros. Se rio mucho más de sí misma al decirme que no esperaba echar tanto de menos su melena rubia y larga hasta casi la cintura, pero cuando se vio con el nuevo corte se arrepintió al momento. Sin dejar de reírse, pasó sus dedos por entre su cabello y, desanimada, confirmó que enseguida llegaba a su fin.

»Sobra decir que vi mi oportunidad para invitarla a una cafetería cercana, alegando que hacía demasiado frío y sin esa larga melena lo iba a sufrir aún más. Con esa sonrisa, la típica y conocida sonrisa de Nora que tanto le costaba borrar, accedió. Cuando entramos en la cafetería, aún podía adivinarse que acababa de estar llorando: tenía los ojos un poco hinchados y las mejillas rojas. Nos sentamos en una mesa próxima a la ventana y pedimos un par de cafés. Una de las delicias de Nora es que sabía entablar conversación, seguirla, animarla e interesarse. Conmigo en muy pocas ocasiones la vi sentirse cohibida. Aquella tarde fue la primera en que me lo demostró y, a los

pocos minutos de hablar, pareció que se le iban yendo las penas y disfrutaba más de mi compañía. Del café pasamos a una cerveza, a otra y otra. Hasta que me di cuenta de que mi pobre economía no podía soportar una cerveza más. Le ofrecí comer juntos al día siguiente en el comedor de la universidad y ella sonrió. Aceptó, pero yo no podía saber qué rondaba por su cabeza. Más bien, no sabía “quién” rondaba en su cabeza.

»Sus padres, tus abuelos, tenían una prima que veraneaba en el pueblo y había tenido una meteórica carrera. Se había mudado a Inglaterra hacía unos años con su marido e hijo, y alardeaba de ocupar un buen puesto en la Universidad de Oxford con menos de cuarenta años. Te mentiría si te dijera que sé a qué se dedicaba exactamente, pero ciertamente no mentía sobre lo alto que era su cargo, y debía de ser una persona influyente. Era la típica mujer que nadie quería cruzarse en el pueblo por lo mucho que hartaba. Disfrutaba demasiado contando las maravillas de su vida, su marido, su hijo, su universidad, sus clases, sus alumnos. Solo existía ella y su pequeño mundo, y todo lo que quedara fuera no merecía su interés. Cansaba hasta al más paciente, excepto, por alguna extraña razón, a tus abuelos, quienes la soportaban estoicamente y eran de los pocos que no cruzaban de acera al verla. Tal vez era la relación familiar lo que les impedía cerrarle la puerta o la boca, pero lo cierto es que solían verse todos los veranos y organizar alguna excursión o comida.

»Cuando tu madre tenía dieciséis años, tus abuelos organizaron una barbacoa e invitaron a comer a su prima con la familia. La prima hablaba en inglés con su hijo y, cuando tu madre decidió hacer lo mismo, la famosa prima le pidió que lo repitiera porque no la entendía. Entonces, muy seriamente, les dijo a tus abuelos que la niña necesitaba mejorar su acento inglés porque, aunque hablaba con fluidez, no había quien la entendiera. El marido de la prima le dijo que no exagerara, el niño pequeño decía que sí entendía; tus abuelos, preocupados; tu madre, avergonzada. Le preguntó la prima si era capaz de leer las obras de Shakespeare en inglés original y tu madre se puso a reír, ante la cara de seriedad de todos los presentes. Y ante la gravedad de la situación, por supuesto.

»Así que en poco más de media hora se decidió que, el siguiente verano,

Nora tenía que inscribirse en un curso de la Universidad de Oxford y viviría con la irritante prima.

»El curso trataba sobre la literatura inglesa del siglo XVI, aunque nadie se preguntó si Nora lo necesitaba realmente. Al fin y al cabo, era una buena oportunidad, así que Nora, como siempre, acató las órdenes paternas y no dudó en viajar con una pequeña maleta a Inglaterra para seguir estudiando en vez de disfrutar del verano. El recibimiento por parte de la prima fue cordial e incluso un poco teatrero, pero ella se dejó llevar. Habían arreglado todo por la niña, tenía ya sus libros comprados, la inscripción en el curso, la ruta que haría en autobús identificada, las libretas y los bolígrafos. La trataron como si tuviera menos de diecisiete años, y esa sensación se acrecentó aún más cuando comenzó las clases.

»Pronto se vio fuera de lugar, ya que entre los requisitos que su prima había conseguido burlar figuraba que debía ser mayor de dieciocho años. Sus compañeros de la clase veraniega la veían demasiado joven, teniendo en cuenta que la mayoría de ellos rondaba los treinta años o más. Las clases resultaron ser interesantes, al menos a Nora le apasionaba la literatura. Pero después de las dos horas diarias entre las ocho y las diez de la mañana, se encontraba sin nada que hacer.

»Su prima y su marido trabajaban todo el día y solo se cruzaba con ellos para cenar, cuando el niño llegaba del campamento. A pesar de no ser una compañía muy divertida, Nora lo esperaba como agua de mayo, ya que era lo único entretenido que tenía en su día aparte de las clases. La primera semana se esforzó, salvando su timidez, por intentar entablar conversación con sus compañeros de clase y unirse a sus quedadas. La segunda semana incluso se fue con ellos, pero volvió a casa avergonzada cuando le requirieron el carné al pedir una cerveza en un bar. La tercera se dio cuenta de que solo podía intentar que los días transcurrieran lo más rápido posible hasta terminar el mes y medio que le quedaba y volver a su casa.

»Entonces le conoció a él, justo en la cuarta semana, el ecuador de su estancia en Oxford. Su profesor tenía un joven amigo escritor de novelas históricas ambientadas en los siglos XV y XVI, una de ellas en concreto íntimamente relacionada con la vida del gran dramaturgo inglés. El escritor

impartiría una charla sobre cómo Shakespeare había influido en su obra. También daría su punto de vista sobre la obra del famoso escritor, cuánto había descubierto de él, por qué era impresionante su literatura, y más sandeces por el estilo. Básicamente, no podía contar nada nuevo y, días antes de su charla, Nora pensó que sería una clase tirada a la basura.

»Hasta que él entró por la puerta. En cuanto Nora le vio se quedó de piedra. Nadie más en la clase le reconocía, pero ella ya había leído las tres únicas novelas que había publicado Jens Stenberg, un escritor noruego con relativo éxito que le doblaba la edad, y que en las entrevistas dejaba bien claro que se consideraba uno de los hombres más atractivos del país. Ciertamente lo era, había pensado siempre Nora. Era alto y delgado, aunque siempre que podía dejaba asomar los músculos bien preparados en el gimnasio, por ejemplo arremangándose ridículamente su camisa si “hacía mucho calor”. Entre los fríos y rubios noruegos destacaba especialmente por sus ojos marrones y su cabello moreno, engominando hacia atrás sus rebeldes rizos. Tenía la nariz pequeña, un tanto aguileña, y ojos almendrados, tanto por el color como por la forma, enmarcados por pobladas cejas que, sin duda, retocaba, aunque apenas se notara. Nora le recordaba en las entrevistas permanentemente sonriendo y luciendo impecables trajes de corte entallado. En las contraportadas de sus libros publicaban siempre la misma foto, él apoyando su mentón sobre la muñeca y mirando fijamente a la cámara. Así era como Nora le guardaba en su memoria.

»Entró en la clase sonriendo y Nora contempló divertida cómo las chicas le seguían con la mirada y se preguntaban quién era. Saludó a su amigo el profesor estrechándole cariñosamente la mano y después se dirigió a la clase.

»—Estoy convencido de que ninguno de vosotros sois capaces de adivinar mi nacionalidad juzgando mi aspecto. —Mostró su dentadura perfecta y blanca a la clase. Las chicas devolvieron la sonrisa. Los chicos hicieron un par de propuestas por lo bajo y Nora se dejó oír claro y alto.

»—Noruega, Jens Stenberg. Al igual que yo.

»Jens se sorprendió gratamente porque alguien le reconociera, aunque hubiera preferido que ese alguien fuera una de las jóvenes de la primera fila, más cercanas a su edad.

»Nora no quiso ser una réplica de sus compañeras y se interesó únicamente por la literatura y lo que decía, sin seguir indiscretamente sus movimientos o reír tontamente sus gracias. Lo que iba a ser la clase más aburrida de todo el curso, superando incluso alguna soporífera intervención de sus compañeros, se convirtió en una animada y participativa charla en la que Nora por fin pudo demostrar que no era una niña. Aportó por primera vez sus opiniones, rebatió algunas y demostró conocer al invitado y haber leído sus libros.

»Sin estar muy segura de lo que buscaba, ya que en realidad un autógrafo no le interesaba lo más mínimo, recogió muy pausadamente sus libros y esperó a que sus compañeros salieran dejando sus felicitaciones al conferenciante. Solo sentía el impulso de hablar con él, bien porque se sentía animada tras su intervención, bien porque le atraía físicamente, bien porque necesitaba hablar con alguien más entretenido que un niño pequeño. Lo cierto es que se decidió a caminar los metros que la separaban de la pizarra y, con la mochila colgando de un hombro, se plantó delante del escritor.

»—Hola, Jens. Me hubiera gustado saber que impartía una de las clases; habría aprovechado para traer un libro suyo y pedir que me lo dedicara. La verdad es que los he leído todos. —Intentó no mostrarse demasiado interesada ni darle el placer de que él creyera que le buscaba por su atractivo. A ella le gustaba él por sus libros, sí. Pero, para decir la verdad, no era lo único que le había empujado hasta él.

»—Son solo tres, el reto es fácilmente alcanzable —contestó sacando de su cartera de mano un libro suyo sin siquiera mirarla.

»Lo abrió, firmó y se lo entregó a Nora sin más. Su comentario burlón, unido a sus actos, hizo que ella rápidamente cambiara su sonrisa nerviosa por una mueca de decepción que él no llegó a ver. Una vez recogido el autógrafo, que ya no quería, le dio las gracias y salió decidida de clase.

»—Nora, ¿te apetece comer conmigo? No conozco a mucha gente en Oxford y a mi amigo el profesor le acaba de surgir un compromiso.

—La primera invitación fue una simple muestra de todo lo que habría de alardear en el futuro. Sin siquiera dudarlo, llamó por teléfono al exclusivo restaurante francés de Oxford Le Manoir aux Quat’Saisons, donde ella no tardó en sentirse fuera de lugar, una situación a la que comenzaba a estar acostumbrada. Para no pasar otro mal trago, no pidió una cerveza en esta ocasión, sino una Coca-Cola. Él sonrió pidiendo una copa de vino tinto español, un ribera. Nora ni siquiera sabía que existían diferentes vinos dependiendo de la zona y nunca había escuchado hablar de riberas o riojas. Así se lo hizo saber y él le dijo que lo normal, con lo caro que es el vino en Noruega, era que ella desconociera ese tipo de cosas. No creo que lo pensara, pero al menos la hizo sentir mejor a Nora.

»También le hizo saber que no comprendía esa extravagante carta y nuevamente Jens se puso a su altura pidiéndole al camarero que les explicara el contenido de los platos. Poco a poco y sin mayor dificultad, se iba ganando a una joven de diecisiete años, por diversión o por aburrimiento, a saber. La dejó probar su copa de ribera y a continuación pidió otra copa de rioja, y la invitó a encontrar el matiz.

»—Si he de ser sincera, y suelo serlo, no noto en absoluto la diferencia. Los dos saben demasiado fuerte para mí y me raspan en la garganta.

»—¿Raspar? ¿Pero tú has visto el precio? —La cara de Nora debió de inspirarle compasión; al fin y al cabo era la primera vez que bebía vino—. Perdona, el vino requiere mucho entrenamiento. Es verdad que, independientemente de la calidad del vino, si no tienes el paladar bien entrenado, puede resultar demasiado fuerte. —Y volvió a ganarse a tu madre.

»Al terminar la comida, Jens pidió un café acompañado de un licor de crema. Nora pidió un café que no la dejó dormir en toda la noche. Le comentó que se quedaría una semana más en Oxford y que tenía reservada una entrada para el teatro la noche siguiente. “Pensaba ir solo, pero, si no te importa, me gustaría invitarte.” Nora aceptó sin dudarlo.

»La semana de Jens se extendió hasta la misma duración de la estancia de Nora. Ni siquiera era verdad que tuviera pensado quedarse una semana o hubiera comprado una entrada para el teatro. La verdad era que tenía un billete

para el día siguiente, pero en su casa le esperaba una mujer de treinta años por la que ya no sentía la más mínima atracción.

»Nora nunca me contó cómo surgió, pero me puedo imaginar la situación. Poco a poco, o tal vez de pronto, ella se enamoró de él. Para Jens, tal y como él mismo me confesaría la única vez que hablé con él, aquello empezó como una diversión. Una aventura. O más bien una droga de la que le costó desengancharse. Alargó su billete de vuelta una semana tras otra, hasta que asumió que no dejaría Oxford hasta que ella se fuera. Ahí nadie los conocía y podían pasear juntos e incluso besarla en un portal sin alarmar a la sociedad. Nora parecía incluso algo mayor cuando se vestía con tacones y el único traje de chaqueta que se había llevado. Los fines de semana viajaban juntos y dormían abrazados en las habitaciones de los hoteles. Jens, que nunca había conseguido conciliar el sueño abrazando a una mujer, sentía que no podía dormir si ella se separaba. La atrapaba bajo su abrazo por la noche y por el día atrapaba su mente. Jens solo se sentía vivo si era con Nora.

»Las idílicas y repentinas vacaciones llegaron a su fin en el aeropuerto. Él se despidió sin prometer que volvería a llamar y ella ocultó sus lágrimas a sus padres.

»Comenzó el curso, el último antes de la universidad, y sus padres enseguida se dieron cuenta de que algo raro le pasaba a su hija. No comía, no salía con sus amigos, no hablaba en las cenas. Se imaginaron que había conocido a alguien que echaba de menos en Oxford y le dieron un par de meses para recuperarse. Pero después de tres meses no cambió de actitud. Se había alejado por completo de sus amistades y dedicaba la gran parte de su tiempo a estudiar o leer. Cuando sus padres le preguntaban por qué no salía esa tarde, ella simplemente decía que ya no le divertía pasar el tiempo con sus amigos y tenía mucho que estudiar.

»En ese intervalo de tres meses, Nora supo a través de una revista que Jens compartía casa con una joven y atractiva periodista. Pero cuando comenzaba a desaparecer el influjo que él había desatado en ella y Nora incluso había retomado el contacto con sus amigas, Jens se presentó de pronto en nuestro pequeño pueblo. Concretamente se presentó en la puerta del colegio y la siguió hasta una parte del camino donde ella volvía sola a casa y nadie los

podía ver. En cuanto Nora le vio se puso a llorar desconsoladamente y él le confesó que no podía parar de pensar en ella.

»Y no era mentira, pero tampoco se sentía seguro entablando una relación con una chica que aún no había cumplido dieciocho años. No creía que fuera bueno para su imagen y había estado desconcertado los últimos meses. Pero también sabía que nunca había echado tanto de menos a alguien.

»Volvieron las visitas furtivas y los secretos a la vida de tu madre cuando casi se sentía segura de que le hacían más mal que bien. Jens le prometió dejar a su novia, pero los meses pasaban y poco cambiaba. Mientras, cuando se veían una o dos veces al mes, siempre era con grandes sorpresas. Una vez la recogió un viernes de febrero en su casa (para sus padres, ella iba a pasar el fin de semana con unos amigos de Oxford) y la llevó a Roma. Imagínate lo que pudo ser aquello para tu madre: volar en primera clase, aterrizar en la Ciudad Eterna, recogerlos una limusina para llevarlos al centro de la ciudad y alojarse en el mismísimo Hotel Edén, donde otras estrellas del cine también lo hacían. En la habitación del hotel la esperaba un elegante vestido negro junto a una botella de *champagne*.

»Fueron al restaurante La Terrazza del hotel a cenar, donde disfrutaban de una envidiosa vista de la ciudad. Cogida del brazo de su flamante pareja, los dirigieron a una mesa redonda de mantel blanco impoluto donde su vecina era Sofía Loren. Nora estaba muy nerviosa, aunque no era la primera vez que él la llevaba a un restaurante de lujo. Pero en esa ocasión era distinto: él lo había programado, la había vestido de mujer, la llevaba cogida del brazo y no caminando a su lado. Nora había notado ya que Jens le hablaba más de su vida privada y le preguntaba a ella por sus notas, se preocupaba por su futuro universitario. Últimamente no pasaban las tardes muertas riéndose sin más, él haciéndole ver lo infantil que era y ella lo viejo que Jens era. Nora sentía que había cambiado la relación y ya no estaban jugando, no era el capricho de él. También lo percibía en cómo actuaba Jens. Al principio podía aparecer de pronto en el pueblo y sin importarle si ella podía o no inventarse una excusa para pasar con él la tarde. Sin embargo, en las últimas ocasiones le escribía una carta para que estuviera preparada. Es más, un día en que no podía soportar no oír su voz, se decidió a arriesgarse y llamó a su casa solo para

hablar con ella.

»Se sentó incómoda en el restaurante, intentando disimular su emoción por tener de vecina de mesa a Sofia Loren, dando por sentado que era algo habitual en la vida de Jens. “¿No es increíble? Mira quién está a tu lado”, le dijo boquiabierto sin disimular su curiosidad e intentando atisbar más parejas famosas en otras mesas. Nora no pudo reprimir su risa.

»Aquella fue la primera escapada premeditada que organizaría Jens para ella tras la vuelta de Oxford, engañando a su novia y preparando al detalle cada momento del fin de semana. En ese viaje a Roma le esperaron más sorpresas que la hicieron sentirse una princesa de cuento de hadas. Pero, por encima de todo, Jens había preparado un viaje repleto de visitas culturales y transmitió a Nora sus amplios conocimientos. Ella descubrió que la capilla Sixtina la abrumaba, la *Piedad* la dejaba muda, el Panteón era extraordinario y la Fontana de Trevi espectacular. A esta última la llevó por las calles tapándole los ojos hasta que los dos estuvieron en el mismo centro de la plaza y la descubrió para ella. Nora se quedó impresionada no solo por la fuente en sí, también por su ubicación en aquella plaza tan pequeña y agradable. Tiraron sus respectivas monedas y ella deseó volver con Jens mil y una veces, agarrándole la mano y rogando por mantener vivo ese momento cuanto fuera posible.

»Nora disfrutó de las visitas a los monumentos. Jens era un magnífico orador, nada que ver con las excursiones escolares, cuando aborrecía los comentarios de sus profesores. Comenzó en este viaje la verdadera complicidad que compartirían en su larga relación, olvidando la distancia de sus edades o momentos de su vida, y centrándose solo y únicamente en ser felices el uno con el otro.

»Es más, aparte de la maduración de su relación, lo que comenzó a surgir en este viaje y continuó a un ritmo frenético fue la personalidad de Nora. Sin que él lo pretendiera o ella lo aceptara, Jens formó a una mujer educada, inteligente, culta, voraz por obtener más información. No recogió de él, sin embargo, su altanería bien trabajada para defenderse ante lo extraño. La humildad de Nora llegaba a puntos exagerados e incluso injustificados.

»La visita no significó un inmediato cambio en los acontecimientos,

principalmente porque Jens aún no abandonaba a su novia, con la que compartía casa en Oslo. Sí creyó Nora más firmemente en su promesa de que el tormento acabaría pronto.

»Al mismo tiempo, Nora descubrió un sentimiento nuevo que hasta entonces había sido una faceta oculta. Hasta el momento estaba viviendo una divertida aventura, pero al separarse en Roma ella pensó fríamente que Jens esa noche dormiría abrazado a otra mujer, mientras que ella lloraría sujetando su almohada y añorando sus brazos. Descubrió los celos. Y no era un sentimiento agradable ni fácil de esconder.

»Durante el mes de febrero no volvieron a verse ni tampoco hablaron por teléfono. En marzo, Jens, siguiendo con la costumbre de creer que ella estaría siempre dispuesta para sus apariciones, se presentó de pronto una mañana de un miércoles para pasar el día con ella. Nora, obviamente, se saltó las clases ese día.

»Y a finales de ese mes llegó a casa de tu madre una invitación. En la lista de invitados que Jens había confeccionado para la presentación de su última novela se encontraba ella. La recepción sería en dos semanas, un día antes de cumplir Nora dieciocho años, y lo primero que se le pasó por la cabeza era que no tenía vestido ni excusa para sus padres. Lo último lo solucionó fácilmente, lo primero lo arregló Jens unos días después enviándole un vestido de noche rojo, con un escote en pico tanto por delante como por detrás, finas tiras sustituyendo las mangas, caída elegante hasta las rodillas y un detalle con un fino cinturón en un tono más suave. Iba acompañado de unos zapatos a juego, así como un collar y unos pendientes que Nora no llegaba a adivinar que eran diamantes y oro blanco. Acompañaba al paquete un billete de ida (lo cual implicaba que se saltaría algunas clases) y vuelta (lo cual implicaba que llegaría tarde el domingo) en tren a Oslo y una breve nota donde Jens la felicitaba por sus dieciocho primaveras. Además, le daba un itinerario del fin de semana. En la estación la recogería el viernes su chófer y la llevaría al famoso Grand Hotel Oslo. Un lujoso y mítico refugio en el centro de la ciudad que se había inaugurado en 1874 y que acogía a los ganadores del Nobel de la Paz. A las cinco volvería el chófer para llevarla al lugar de la presentación donde Jens se reuniría con ella y, desafortunadamente, la presentaría como su

prima. Prometía, sin embargo, no alejarse mucho de ella en toda la velada. Volverían juntos al hotel y no se separarían hasta el domingo, para compensarla por esos días que no había estado con ella y por hacerla pasar el mal trago de no asistir juntos a la presentación por motivos profesionales.

»Nora, emocionada, asumió que o bien la novia de Jens no iba a estar, o bien ya no existía tal novia.

»Tu joven madre, con sus dieciocho años recién cumplidos, se las arregló para coger el tren en Lillehammer rumbo a Oslo a la hora indicada. Como si fuera de la nobleza, la fueron a buscar a la estación portando un cartel, y el agradable chófer cargó con su maleta y le abrió la puerta del coche. El trato en el hotel tampoco pudo ser más excepcional, no la hicieron sentir como la niña que era. Cuando volvió el chófer y la avisaron desde recepción, llevaba más de una hora perfectamente arreglada y lo había comprobado cincuenta veces en el espejo. También había confirmado mentalmente más de cincuenta veces que quería ir y no podía echarse atrás alegando que tenía una repentina enfermedad, a pesar de que la traición de los nervios a punto estuvo de ganarle la partida. Bajó las escaleras dominando como mejor pudo sus recién estrenados tacones y entró en el coche.

»El chófer la condujo en un corto recorrido hasta otro hotel, en cuyo salón de actos tendría lugar la presentación. Nora maldijo que no estuviera más lejos el destino estirando cuanto fuera posible la llegada y tranquilizar así sus nervios. En vez de ello, notó que le sudaban las manos y había dejado en un pésimo estado la invitación tras tanto manosearla.

»Nada más entrar y ver a los demás asistentes, supo que había sido un error. En vez de sentirse mayor se sintió aún más pequeña y ridícula ante ellos y tuvo que forzarse a no dar la vuelta y pedir que la llevaran de nuevo al hotel. Pero si Jens la había invitado era para que demostrara que ya era mayor de edad.

»La presentación del libro de su pareja, o más bien de su “primo”, consistió en una soporífera introducción a cargo de algún directivo de la editorial y de la brillante intervención de Jens Stenberg. Hizo alarde de sus dotes de orador explicando brevemente la incursión histórica de su novela y adentrándose en el fascinante campo de la literatura noruega, aderezando la

intervención con sus toques humorísticos y algunas curiosidades. Nora esperaba que él la buscara con la mirada, pero Jens no pareció querer distraerse. Iba vestido con un traje azul marino italiano ajustado a su estrecha cintura, camisa blanca y una pajarita. Llevaba unos gemelos y, como ya era costumbre, peinó su frondosa y oscura cabellera hacia atrás. Nora por fin cayó en la cuenta de que parecía un personaje de *El padrino* y constató para sí misma que era un Sony, aunque bastante más calmado y moreno. Reconoció además en el orador todos los gestos típicos que usaba para hipnotizarla: los guiños, la media sonrisa, sus manos que seguían el ritmo de la conversación, su postura apoyando su mano en la cadera y mirando de lado a su audiencia, los chasquidos que a veces hacía con un talón golpeando el otro pie. Pero, sobre todo, su dominio absoluto de la exposición y del público. Cuando terminó, Nora estaba demasiado fascinada como para escuchar el discurso de las dos siguientes intervenciones y algo le decía que no era la única.

»Tras una hora de duración, la presentación finalizó e invitaron a los asistentes a una sala contigua donde se servía el canapé. Estaban congregados en la misma estancia periodistas, compañeros de profesión, amigos y familiares. Nora se había sentido durante el acto arropada por su cómoda silla y pasar a otra estancia no le causó ninguna alegría, pero esperaba por fin ver de frente a Jens. Lo primero que hizo fue ir al baño para comprobar su parco maquillaje.

»Al volver del baño, Nora descubrió que entre los asistentes se le había escapado alguien especial: la novia de Jens, que se aferraba a su brazo y le daba unas empalagosas muestras de cariño que él no rechazaba. Por lo que toca al resto de asistentes, se les escapó que la amante del escritor se encontraba también presente.

»Jens manejó fatal la situación. En cuanto vio a Nora, se escapó del brazo de su novia para saludarla y, nada más decirle en un susurro “Ella no iba a venir, te lo juro”, su pareja se volvió a plantar a su lado pidiéndole que le presentara a su amiga. La “prima” se mostró seca ante los “Qué rica” y “¿No deberías estar estudiando en vez de escuchar a tu aburrido tío?”. La novia le pidió a Jens ir a saludar a unos amigos y él no supo decir que no, sin apenas excusarse ante la abandonada Nora. En un par de ocasiones más intentó

acercarse a ella, pero su novia le pisaba los talones. Desconfiaba de él.

»Nora no tardó en salir y pedir un taxi que la llevara de vuelta al hotel. Lo pagó con el poco dinero que tenía en el bolso y esperó a que Jens la llamara para disculparse. No lo hizo. Como broche, al día siguiente Nora tuvo que pagar la carísima estancia de su bolsillo, para lo que tuvo que ir al banco antes y sacar los pocos ahorros de su cuenta. Cogió su billete de vuelta y una vez en su casa de Lillehammer lloró más de lo que había hecho nunca. El fin de semana romántico celebrando sus dieciocho años había sido un verdadero desastre.

»Pero Jens no es un hombre que tire la toalla si algo le interesa de verdad. El sábado siguiente por la mañana, una semana después, se presentó en su casa y Nora tuvo la suerte de que sus padres no estaban. Nada más verle se puso a llorar por todo el daño que le había hecho y cuando él intentó abrazarla le cruzó la cara con dos bofetadas. Jens aguantó el tipo. Ella solo se calmó tras unos minutos, al comprobar que él también lloraba.

»No fue una mera escena. Me costó en su día comprenderlo, pero Jens estaba completamente enamorado de tu madre a pesar de lo mucho que había intentado alejarse. Cuando desaparecía no dejaba de ser porque creía que aquello no iba a ninguna parte y ya no estaba en edad de comportarse como un chiquillo. Por eso le costó tanto dejarlo con su novia; de alguna manera creía que ella suponía lo racional y que Nora era lo irracional y pasional. Si había invitado a tu madre a la presentación del libro era con la absoluta certeza de que su relación con su novia había llegado a su fin, pero poco antes de la presentación ella fue a desearle buena suerte entre lloros y súplicas. Él creyó comprender que con Nora no podría continuar. No pudo evitar la situación que se le vino encima.

»Llevaba bajo el brazo una revista y tras su pequeña defensa se la extendió. Ella leyó que Jens y su novia habían dejado la relación y ya no compartían casa. Nada nuevo para tu madre, quien ya lo había leído. Los rumores de separación eran una pequeña noticia constante alrededor de Jens. Él le juró que esta vez era la última, y así fue de verdad. Para demostrarlo se presentó a los padres de Nora y, solicitando la máxima discreción por el bien de su hija, les hizo saber que estaba enamorado de ella. Fue probablemente

uno de los días más felices de tu madre en esos años, y uno de los más infelices para tus abuelos.

»Decidió que la mejor forma de celebrar su “medio pública” relación era veraneando juntos. A cargo de Jens, por supuesto, pasaron dos meses completos en la Costa Azul.

»Con este bagaje, imagínate lo que podía significar para tu madre que yo la invitara un día de octubre al comedor de la universidad. Su relación con el escritor iba cada día mejor y ya no era un secreto en el círculo más estrecho de Jens, mientras que ella seguía manteniéndolo oculto a sus amigos. Con dieciocho años, universitaria, estaba acostumbrada a cenar en restaurantes de lujo, tomar una copa con nombre de playa en un pub y comprar ropa de gala para presentaciones de escritores noruegos, aunque fuera como la prima de uno de ellos. Y, a la vez, estaba acostumbrada a ser ignorada en público, no ser vista ni oída o ser tomada a broma en el reducido círculo de Jens donde ella no era un secreto. Vivía entre un mundo fascinante al que no pertenecía y uno real, universitario, del que se alejaba de forma voluntaria.

»Curiosamente, conmigo encontró un clavo donde aferrarse en el mundo real. Yo ya me había hecho mi grupo de amigos en la universidad y ella se dejó llevar por mí. Aunque su primera reacción debía de ser que aborrecía las fiestas universitarias o que no eran para ella, aceptó venir a una conmigo. Muy a su pesar, descubrió que se lo pasaba bien y que en vez de ser ignorada era el centro de atención. Habrás visto fotos de tu madre de joven, me imagino. Era realmente hermosa, con los ojos verdes, la nariz chata, las mejillas siempre sonrosadas, el cuello esbelto y su melena rubia. No sé describirte a tu madre, la verdad, me quedo sin palabras. En las fotos nunca verás cómo desbordaba alegría, la gracia al andar, sus muecas graciosas. Tenía razón cuando decía que su larga melena ondulada la favorecía. De hecho se había cortado el pelo creyendo que así parecería mayor. Por lo visto, Jens le hizo ver que era hermosa de todas las maneras y el disgusto se le fue en sus brazos. Porque, no nos equivoquemos, Jens la hacía realmente feliz y la protegía ante las bromas desagradables de sus amigos. El único motivo para no hacer pública su relación era que no quería que nadie le hiciera daño. Quería que fuera a la universidad como una joven más y que disfrutara, aun cuando era consciente

de que ella ya estaba acostumbrada a otro estilo de vida. Pero fue él quien insistió para que aceptara mi invitación y saliera con compañeros de su edad. Ante el miedo inevitable que le surgió al pensar que se pudiera divertir demasiado y le abandonara, decidió que la felicidad de Nora era más importante que la suya propia. No quería que hipotecara su juventud por él y, en el caso de hacerlo, que fuera por una decisión libremente tomada por ella. Estaba convencido de que, de lo contrario, ella siempre se lo reprocharía cuando mirara atrás. Era obvio que Jens mimaba ya su relación con la certeza de que nunca terminaría.

»Nora, por su parte, no se llegó a plantear que pudiera ser más feliz con alguien que no fuera él. Conmigo descubrió que se divertía y rellenaba esos huecos en los que él no estaba, pero desde luego yo no le daba todo lo que Jens tenía para ella. Solían verse solo los fines de semana, por lo que Nora y yo estábamos prácticamente toda la semana juntos. En clase, en la residencia, en la biblioteca o en alguna fiesta. Al terminar el primer curso no había quien dudara que ella era mi novia, cuando lo cierto era que yo estaba colado por sus huesos y ella solo vivía para Jens.

»Lo que Jens no podía negar es que ella había crecido y su personalidad había comenzado a formarse con él; también sus inquietudes, curiosidad, gusto, forma de expresarse, de entender la amistad, de amar a su pareja. Pero, por algunas grietas nada uniformes ni profundas, ella absorbió de mí otras formas de ser, de contemplar la vida, de disfrutar su juventud. Tan apetitoso podía ser visitar la capilla Sixtina como ir a una fiesta universitaria con un grupo de jóvenes alcoholizados, o escaparse de una clase para tomar un café. Tan arriesgado era no comportarse correctamente ante la “alta sociedad” como, en vez de estudiar un examen hasta las cinco de la madrugada, quedarse hablando conmigo de tonterías o de lo que parecía ser trascendental, como descubrirnos el uno al otro. Ella me decía que conmigo sentía que no debía ser otra persona, era quien era, sin tener que demostrarlo. Lo único que yo sabía es que estaba enamorada de otra persona mayor que ella, con quien desaparecía y vivía una vida de aventuras. Y lo único que yo tenía para ofrecerle era el mundo real de cualquier universitario y las aventuras de los exámenes, las clases, las fiestas o las diferentes amistades: las imperecederas,

las traicioneras, las rencorosas... Lo que cualquier joven de dieciocho años en nuestra situación debería vivir, dándole una importancia exacerbada a nuestra existencia y a lo que nos sucedía. Nora me quería inculcar a mí que cada minuto que vivíamos debía ser más intenso que el anterior, y yo creía que junto a ella lo era. En algún momento debí creerme que era más intenso para ella hablar horas y horas sobre los sitios que quería visitar que visitarlos realmente. Ella nunca me hizo saber que cualquier lugar al que yo quisiera ir ella lo hacía realidad en brazos de su pareja. La enigmática pareja de quien no sabía siquiera su nombre.

»El segundo año de carrera llegué con la esperanza de haberla olvidado durante el verano (me decía a mí mismo), cuando sabía que esperaba que ella le hubiera olvidado a él. Con un hombre tan viejo no podía ir a ninguna parte y debería caerse pronto toda aquella parafernalia, estaba convencido. Nada más lejos de la realidad, por supuesto. En cuanto la vi en la puerta de mi habitación, llamando con fuerza para que le abriera, y me dio un abrazo tras un verano separados, fui consciente de que nada podía hacerme olvidarla. Le dije que me extrañó no verla en el pueblo y ella cambió de tema con una facilidad innata, haciendo que me olvidara de mi pregunta un segundo después de que me mostrara su sonrisa. El no verla y mi ligue de verano para olvidarla habían sucedido en balde.

»No fue hasta la mitad del segundo año cuando las cosas empezaron a cambiar con tal lentitud que apenas yo me di cuenta del avance. Ganaba su confianza rompiendo la frontera que antes ella marcaba con claridad. Si bien antes nos quedábamos hablando hasta tarde en mi habitación y luego se iba a la suya con la cara llena de marcas por las arrugas de la sábana, ahora se dejaba llevar por el sueño que la atrapaba a mitad de la conversación, se dormía en un lado de la cama y cerraba los ojos sin volver a hacer un mínimo movimiento en lo que restaba de noche, guardando una distancia prudente conmigo que no debía de ser superior a dos dedos. Las primeras noches no conseguía conciliar el sueño, temiendo que el menor movimiento la despertara y me abandonara en la cama, pero, después de que la situación se repitiera un par de veces, me acostumbré a dormir con su respiración cerca y me dejaba caer rendido yo también.

»Hasta tal punto hubo un avance que ella incluso cambió un fin de semana con Jens para venir conmigo y otros estudiantes a la choza de un amigo. Por entonces, tanto mis amigos como yo seguíamos ignorando quién era el novio de Nora, aunque hicimos bastantes conjeturas, y la más frecuente era que se trataba del joven profesor de Derecho Romano que no le quitaba ojo de encima.

»Como mandaba el ritual, primero me propusieron a mí ir a la choza e invitar a Nora, y yo se lo transmití con la seguridad de que no aceptaría, ya que todos los fines de semana, sin excepción, los guardaba cuidadosamente para su pareja. Ante todo pronóstico aceptó sin rechistar.

»No tengo ni idea de cómo es Noruega ahora ni de si lo que a mí me parecía divertido ya no se estila. Entonces era típico que algunas familias tuvieran sus cabañas en islas, cerca de lagos o en montañas, donde pasar las vacaciones. Mis padres, por ejemplo, tenían una choza en Sarpsborg donde solíamos pasar los veranos, y puedo asegurarte que era bastante sencilla. Consistía en una verdadera caseta de madera de cuatro paredes con dos habitaciones y tres colchones casi tirados en el suelo, una cocina bastante rústica y el baño, consistente en otra caseta alejada con un agujero en el suelo. Más o menos a lo que todos estábamos acostumbrados. Nada que ver con lo que mi amigo llamaba *choza*. La famosa cabaña estaba en una de las islas de Oslo, a la que se llegaba en barca. Estaba reformada, según él, pero aquello era más bien una construcción nueva. Tenía tres pisos, con agua caliente, electricidad, calefacción, un baño decente y una cocina. La intención era beber, reírse y a la hora de dormir que cada uno extendiera su saco en la planta de arriba donde encontrara hueco.

»La primera noche comenzamos a beber en la sala de estar y enseguida Nora y yo nos apartamos del resto. No era extraño, de hecho en la mayoría de las fiestas acabábamos siempre hablando juntos y separados del grupo. Pero ese día me di cuenta de que tenía ganas de hablar, ya que una de las primeras cosas que mencionó era que había tenido una fuerte discusión con su pareja. Cuando le pregunté el motivo me dijo que no lo entendería y cambió de tema.

»Pero el alcohol es infalible para sacar las verdades, me temo. Le debía de saber horrible aquel vodka barato, acostumbrada como estaba a copas

bastante más exquisitas. Aun así no le hizo ascos y bebió más de lo que estaba acostumbrada. Comenzó hablando de su verano en Oxford, y tirando de hilos me encontré con un ovillo deshecho. No podía creer lo que me estaba contando. Ten en cuenta que yo solo sabía que tenía una pareja misteriosa de la que nunca hablábamos. No necesitaba decirle que estaba colado por ella, y Nora no necesitaba explicarme que su novio era quien era. Me costó imaginarme a tu madre cogida del brazo de un tiparraco que salía por televisión.

»La discusión que había tenido, según me explicó, era por cómo se había sentido en otra de las dichosas cenas con los amigos de él, donde ella parecía ser la principal atracción. Sus amigos consideraban que era muy divertido que el escritor de novelas históricas tuviera como novia a una chica tan joven y no dudaban en mostrarlo así. Sobre todo cuando había alguna botella de vino de por medio. Esa noche Nora no tenía ganas de responder a sus preguntas sobre las fiestas en la “uni”, sus asignaturas, los “profes” o el precio del menú del comedor. Querían saber más de la niña y ella menos de los amigos. La posición defensiva que adoptó incluso pasó a ser desagradable. Cuando Jens le pidió en voz baja que lo dejara, ella contestó en voz más alta de lo que hubiera deseado: “¡Han empezado ellos!”. Su reacción infantil sería el hazmerreír durante muchas cenas más.

»Quise decirle que parecía una relación complicada y ella asintió diciéndome que era incapaz de alejarse de él. “Ha intoxicado todos y cada uno de los rincones de mi vida, ya no sé vivir sin él”, confesó una Nora borracha con lágrimas en los ojos. Cuando a las cinco de la mañana casi todos nuestros amigos estaban dormidos, ella y yo seguíamos hablando apartados. Hasta que Nora se dio cuenta de que había bebido demasiado y la acompañé para vomitar, lavarle la cara, preparar su saco, coger su pijama y cambiarla en el baño. Ella se dejaba llevar por mí, pero cuando quise dejarla dormir sola en su saco, me pidió que la acompañara y la abrazara. Dormimos juntos esa noche, pasé por primera vez mi brazo por su cuello y fui incapaz de conciliar el sueño.

»Al día siguiente, a eso de las doce, pidió que la llevara de vuelta a Oslo y fue a casa de Jens arrepentida.

»Entonces Nora faltó a las clases durante una semana entera y no supe nada de ella. Cuando volvió, me pidió que fuéramos a cenar y me dijo que había acompañado a Jens a un viaje a Francia. Me pidió perdón por emborracharse tan tontamente, me agradeció mi ayuda y me confesó riéndose que había estado a punto de ser infiel. Pero que había sido el momento, se arrepentía y esperaba que no afectara a nuestra relación. Se lo había contado a Jens y, tras discutir, él había comprendido que ella se dejó llevar por el alcohol. Todo lo que yo había considerado un avance a lo largo del año no lo era en absoluto. Me convertí en su confidente y en la prueba que ella necesitaba para saber que amaba a Jens por encima de todas las cosas, incluso de amores universitarios, pasajeros y ridículos. Yo no pude decirle cuánto daño me estaba haciendo. A Nora comenzó entonces a parecerle normal hablarme de Jens y solo conmigo compartía su secreto, sin darse cuenta de que cada vez que pronunciaba su nombre me estaba matando.

»Mis sospechas de que Jens no era tan comprensivo como ella decía, asumiendo que yo no significaba más que una amistad muy fuerte e inofensiva, se confirmaron. Un día en que sabía que no saldría con Nora de clase para volver a la residencia, me estuvo esperando en la puerta de la universidad. Le reconocí al momento y no necesitamos presentaciones ni estrecharnos la mano. Era la hora de la comida y se ofreció a invitarme, pero le hice saber que sería suficiente con tomar un café y que no creía que tuviéramos tantos temas de conversación como para cubrir una comida.

»Pero sí los tuvimos. Jens comenzó agradeciéndome lo feliz que hacía a su novia y que había notado que ella se sentía más a gusto en la universidad gracias a mí. Me habló de cómo había evolucionado y madurado su relación, pasó por encima los detalles de un comienzo duro mientras jugaba descaradamente a dos bandas con otra novia y subrayó lo importante que era Nora para él. Lo imprescindible que era en su vida y lo dispuesto que estaba a luchar por ella. Y en este punto llegó adonde él quería. Olvidó sus maneras, su educación y las formas. Apoyó ambos codos sobre la mesa, frunció el ceño y me miró amenazante. Marcaba más con esta expresión su mandíbula y comprobé que los dientes casi le rechinaban de rabia.

»—Como te atrevas a ponerte entre Nora y yo, te juro que vengo a la

universidad y te doy una paliza que no volverás a andar en tu vida, niño. Nora se casará conmigo y tú serás un invitado de honor.

»Se levantó, pagó y se fue. Durante cincuenta y cinco minutos había hecho alarde de su fama de hombre educado y amable, y en el último minuto me había “acojonado” literalmente.

»Pero también me di cuenta de una cosa: Jens tenía miedo. Un hombre de éxito que aparecía en las revistas como uno de los más atractivos de Noruega, un escritor rico (tanto por la herencia que le habían dejado sus padres como por sus libros), cercano a la cuarentena, maduro y serio, en realidad tenía miedo de que un chaval sin un duro ni futuro le robara a su novia.

»Nunca le hablé a tu madre de aquel encuentro y me imagino que él tampoco. La relación entre nosotros afortunadamente no cambió.

»Así llegamos al tercer curso. A la vuelta del verano, Nora se presentó nuevamente en mi habitación con una sonrisa enorme. Comenzamos a hablar de nuestros veranos y de lo que había hecho cada uno. Por supuesto, frente al suyo, mi verano parecía aborrecible, estudiando las asignaturas en las que flaqueaba y completando mi maqueta de ferrocarriles mano a mano con mi padre. Ella había hecho un crucero por las islas griegas y, como era poco, un recorrido por el sur de Italia. Guardó su mejor noticia para el final. De su bolso sacó una revista y me mostró unas fotos donde claramente se la veía a ella besando a Jens. “¡Ya no es un secreto! Pero no te creas que nos pillaron in fraganti, queríamos que nos vieran para no tener que ocultarlo más”.

»Jens movía piezas para asegurar su posición, pensé. Otro de sus movimientos fue organizar un curso de Literatura Contemporánea en la Universidad de Oslo. Nora no quiso apuntarse porque decía que le daba vergüenza, pero se acabaron nuestras tardes juntos. Comía con él en la universidad, le acompañaba a clase, esperaba en la biblioteca y después le recogía para irse juntos a cenar. Cuanto más creía yo que tenía posibilidades de que aquello se hundiera, mejor se movió Jens. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, como dicen en España.

»Tu madre dejó de ir a las fiestas universitarias, excepto algún mes. Jens debió de pensar que le había dado demasiada manga ancha a su novia y los jóvenes borrachos universitarios podían ser peligrosos. Solo me dejaba

tiempo para estar con ella durante las clases y en los cafés de media mañana, el resto del día se escapaba a los brazos de Jens.

»Al ser ya oficial, en alguna ocasión Nora aparecía en las revistas del corazón. Siempre iba impecablemente vestida y no me extrañó cuando ese año la encontré en una lista de las mejor vestidas del país. Pero yo la veía en las fotos y no me parecía ella, era como una actriz que representaba un papel con esos trajes. Él siempre estaba a su lado desviviéndose por ella, sin apartarle la mirada, protegiéndola ante comentarios desagradables, llevándola de su brazo. Tampoco faltaban los otros comentarios sobre la bella y enamorada pareja que obviaban la diferencia de edad.

»Nora era inmensamente feliz. Yo, inmensamente infeliz.

»Tercero de carrera transcurrió con el ritmo que él marcaba y en cuarto anunció su compromiso.

Se encontraban frente a la iglesia de la Merced cuando su padre llegó a este punto de la historia.

—Pero la abuela me dijo que tú te prometiste con mamá a los veintidós años.

No podía estar más sorprendida con lo que acababa de escuchar. Nunca antes había oído hablar de ese escritor relacionado con su madre, y mucho menos que ella apareciera ocasionalmente en la prensa. Le sonaba el nombre de Jens Stenberg, pero no acertaba a ponerle rostro.

—Sí, y es cierto. Nora y Jens se prometieron cuando ella tenía veintiún años y él treinta y ocho. Es más, Eva, llegaron a casarse.

—¿Cómo? —Eva se mostró sorprendida, rompiendo con la postura insultantemente apática que había decidido adoptar a lo largo de esa confesión. Nunca había oído que su madre se hubiera casado con un hombre antes que con su padre—. ¿Y cómo es posible que yo no lo supiera si lo sabía toda Noruega?

—No llegó a trascender que se casaron. Los padres de Nora seguramente

te lo ocultaron porque nunca estuvieron de acuerdo con aquella relación. Sí me sorprende que en los recortes de prensa que hayas visto no aparezca mencionada la relación con Jens, pero me imagino que son recortes que encontraste en casa y por tanto están seleccionados. Por otra parte, Nora se había apartado hacía mucho de la «vida pública», por llamarlo de alguna manera, ya que ella nunca estuvo realmente involucrada. En cuanto al recorte en español..., Jens Stenberg no era tan famoso como para que en España siquiera le mencionaran. Tenía dinero, pero no de sus libros. Vendía relativamente poco, pero sus padres habían fundado una empresa de transporte que, al fallecer, él había vendido dedicándose completamente a la literatura y a vivir la vida. Su verdadera fortuna venía de la herencia.

—¿Pero cómo pudo casarse, divorciarse y comprometerse contigo en un año?

Henning sonrió.

—Pues así fue, Eva.

—¿Y cómo pudiste seguir enamorado de ella desde el primer curso hasta entonces? ¿No te cansaste?

—Porque sabía que era la mujer de mi vida, no me cabía ninguna duda. Desde que la conocí aquella tarde en la cafetería estaba convencido de que o me casaba con ella o no me casaba con nadie. Y cuanto más tiempo pasaba más lo sabía. Cuando me anunció que se casaba, creía que todo había terminado, pero aun así nada me hizo cambiar de opinión. Nora o nadie.

»Como te decía, Nora se prometió con veintiún años. No fui el invitado de honor, lo que tampoco pudo extrañarme. Jens lo hizo mucho mejor de lo que yo hubiera podido imaginar. En cuarto de carrera habíamos madurado y, aunque yo seguía colado por ella, la situación había cambiado en muchos aspectos. En un primer momento, yo sentía que no era aquel joven de pueblo que llegaba a la capital un poco perdido, impresionado ante todo lo que me sucedía. Ahora solo me impresionaba Nora, pero era capaz de discernir claramente que ya no entraba en sus planes más que como un compañero. Por supuesto, no volvió a quedarse conmigo en la habitación y pocas veces volvió a pasar la tarde recostada en mi cama hablando de la nada y el todo. Comprendí que su vida estaba rodeada de un lujo y un ritmo que yo envidiaba y nunca le podría dar.

Comprendí que Jens no era un viejo aburrido, un odio infantil que había tenido hacia él antes. De hecho, incluso comprendí que era atractivo y así me lo hacían ver y repetían constantemente las otras chicas del grupo. Ella era la gran envidia, pero yo al menos había dejado de ser el tontito que iba detrás de ella sin ton ni son. Ya no veía solo una parte de Nora, contemplaba el escenario completo y no cerraba los ojos o me engañaba con lo que no me gustaba. Si bien ella había madurado más de lo que debía con solo diecisiete años, yo me monté en el mismo carro años más tarde.

»Lo increíble de Nora es que te engañaba. Quiero decir..., ella había disfrutado de ese ritmo de vida desde que comenzó con Jens prácticamente, pero nada en su forma de estar en el ambiente universitario la hacía distinta de nosotros. Tuvimos compañeros más o menos ricos, más o menos pijos, y todos sabíamos claramente en qué grupo estaba cada uno. Nora había aprendido a moldearse según con quien estuviera, aunque los amigos de su pareja le costaran más trabajo. Ya en cuarto de carrera incluso “dominaba” esa situación sin problema. Digo “dominar”, porque Nora por entonces dominaba absolutamente todo sin que nadie se diera cuenta. Cualquiera diría que ella bailaba el agua a los demás, que hacía feliz a quien estuviera a su lado sin importarle ella misma. La realidad es que todos, sin excepción, los que estábamos enamorados de ella, los que la adoraban, los que la tenían como una amistad, los que acababan de conocerla, profesores, compañeros, todos le bailábamos el agua deseando tan solo estar mínimamente cerca. Esa era su magia especial, entre otras tantas.

»El cuarto curso, como te decía, transcurrió sin que nada en nuestra relación avanzara o retrocediera. Yo me sentía más adulto a su lado, ella más segura y convencida de que solo éramos amigos; Jens, decidido a que nadie se interpusiera en su camino, continuaba con las clases en la universidad.

»Llegó el verano y programaron sus famosas vacaciones, en esta ocasión a California. Las Vegas le debió de resultar demasiado popular a Jens, quien como siempre organizó el viaje al detalle. Aunque el plan oficial era que se casarían en cuanto ella finalizara la carrera, el escritor debió de sentir que un año más con su joven belleza paseándose por los pasillos de la universidad iba a resultar muy complicado. A pesar de que casi tenían las invitaciones

cerradas para enviar y habían visitado ya varios restaurantes teniendo el definitivo en mente, Jens volvió a apostar con la certeza de que ganaría la partida, y con ella a Nora. Debió de pensar que arriesgaba demasiado esperando a que terminara la carrera y que si estaba casada era más probable que no sucediera nada. Sin que Nora se lo esperara, en California, concretamente en Long Beach, celebraron una boda sorpresa con un amigo de él como único testigo.

»A ella no llegó a convencerla aquello y sintió que se estaba dejando llevar demasiado por las circunstancias. Ya no era la chiquilla que había comenzado una relación imposible con un hombre mayor.

Henning se detuvo y miró con semblante serio su reloj. Comprobó que era casi la hora de la comida y le dedicó una suave sonrisa a su hija.

—No puedo creerlo —se limitó ella a decir.

—Bueno, ahora existe Internet y esas cosas. Tal vez aparezca algo ahí, pero tampoco puedo asegurarlo.

Arropados bajo la bóveda de crucería del claustro, en el interior de la iglesia de la Merced, Eva había logrado escapar del frío al que debían volver enseguida. Un escalofrío le recorrió la espalda de solo pensarlo y decidió proponerle a su padre continuar en una cafetería. Él asintió sin mediar palabra y la dirigió hacia la calle Laín Calvo, donde entraron en la cafetería Plaza España mientras su padre le indicaba que ahí servían los mejores cafés de la ciudad. En pocos minutos se calentaba las manos en una taza de café con leche condensada. Eva no estaba dispuesta a repetir la experiencia con el café irlandés, teniendo aún en su mente la pesadilla de aquella noche.

—¿No quieres comer nada, Eva?

Ella rechazó la oferta con un movimiento de cabeza. Tenía mil ideas y preguntas rondándole y no sabía por dónde empezar. Había decidido que era mejor esperar a que él terminara el relato antes de invadir las conversaciones con interrogantes, pero la curiosidad empezaba a ser insoportable.

—¿Cómo...? —Paró en seco. No encontraba las palabras—. ¿Cómo quieres que me crea todo esto? Un escritor famoso, mi madre casada, divorciada y vuelta a casar contigo... ¿Es acaso el escritor este el culpable de su asesinato según tú y por eso entra en escena? No entiendo nada.

—No hay nada que entender, Eva. Te dije que te contaría la historia desde el principio y así lo he hecho. Simplemente no he terminado aún. Cuando lo haga todas las piezas del puzle encajarán para ti.

—No estamos hablando de un puzle, sino de mi madre —le recriminó. Henning incluso se permitió mostrar una mueca divertida.

—Perdóname, Nora..., quiero decir, Eva. En ningún momento he querido ofenderte. Solo te pido que tengas paciencia. Me prometiste tres días y solo te queda uno.

—No puedo tener paciencia, Henning. Solo quiero saber por qué mataste a mi madre, a la que tanto tanto tanto querías —remarcó con ironía—, y después escapaste como si... —Antes de que ella pudiera terminar su frase, el cura la fulminó con la mirada. Eva comprobó sorprendida que estaba a punto de saltar y su paciencia no era infinita, casi podía palpar el odio. Sin apenas mover los labios y hablando en tono muy bajo, se acercó a ella.

—Eva, no sigas, porque mi paciencia tiene un límite y, cada vez que me miras con desprecio y culpándome de un cruel asesinato sin tener ni idea de lo que pasó, te juro que me entran ganas de volver a escapar. Estoy ante ti dándote la oportunidad de conocer absolutamente todo, desde su comienzo hasta su fin. Y no te atrevas a insinuar que yo no quería a tu madre porque nunca podrás llegar a sentir siquiera una mínima parte de lo que ella es para mí; estás muy lejos de poder comprender qué significa alguien tan importante para uno, y mucho me temo que muy pocas personas pueden hacerse una mínima idea de lo que es Nora.

—¡Pero la mataste!

Ante estas palabras, Henning se levantó bruscamente y tiró de un manotazo su taza de café al suelo. Amenazador, la apuntó con el dedo índice.

—Tristemente, nunca podrás comprender nada, ni siquiera estarás cerca de poder comprender qué se siente por alguien tan importante.

Dio media vuelta y salió de la cafetería dejando a una aturdida Eva como el centro de atención del resto de comensales.

Eva no perdió el tiempo esa tarde. Primero en la biblioteca buscó información de su madre, pero solo encontró una referencia en un resumen de sucesos anual desde 1950. Con Jens fue más fácil, bastante más fácil. Además de una amplia biografía en Wikipedia, encontró su propia página web donde el escritor contaba con un blog. Jens no debía actualizarlo muy a menudo, pero tampoco parecía que su página estuviera entre las más famosas. En los últimos años se había dedicado más a los ensayos e investigaciones que a las novelas históricas. Cuadrando los años, comprobó que después de divorciarse de Nora no había vuelto a escribir otro libro. Ahora tenía sesenta y siete años y seguía dando conferencias. No había en su página ninguna referencia a su vida personal y la única foto demostraba que a pesar de su edad debía de seguir siendo un hombre relativamente atractivo.

En Wikipedia había más información que le fue útil a Eva. Dos párrafos repasaban la vida privada del escritor y Nora era mencionada en dos líneas:

Durante aproximadamente cinco años mantuvo una relación con una joven universitaria de Oslo con quien se rumorea que incluso llegó a casarse. Años después ella aparecería asesinada a manos de su marido y Jens Stenberg se negó en rotundo a hacer declaración alguna al respecto.

Eva apartó la mirada del ordenador. Henning no mentía.

Pasó dos horas buscando información sobre Jens Stenberg y comprobó que seguía viviendo en Oslo y ese mismo año impartía la asignatura de Literatura Noruega en la universidad. Encontró fácilmente los horarios y días de sus clases.

Teniendo en cuenta que su padre había pedido solo tres días, pensó que pronto tenía que volver a Noruega. Estuvo buscando billetes, pero antes de comprar ninguno desechó la idea de su vuelta y volvió al hostel.

El recepcionista le indicó que su padre había llamado para confirmar la cita del día siguiente, a las doce en el arco de Santa María. «Dice que te esperará allí». Eva asintió sonriendo ante el forzado inglés del hombre, quien debía de haber buscado las palabras sueltas en un diccionario y las había unido siguiendo una estructura sintáctica española. Sonrió para sus adentros y

subió a la habitación.

Nora y Henning. Nora y Jens. Aún no podía hacerse a la idea de que su madre hubiera estado casada con un hombre diecisiete años mayor que ella. Y en cuestión de un año se había divorciado y vuelto a casar. Esa imagen de Nora no cuadraba en absoluto con la que ella tenía en su mente. Su abuela la describía como una mujer madura que tenía los pies en la tierra. Eva no la imaginaba escapándose fines de semana con un hombre mayor y casándose a escondidas, parecía más propio de una joven que ha perdido la cabeza. Se preguntó si su madre había sido tan feliz como Henning decía. Vio difícil que pudiera ser feliz con un hombre tan mayor y con vidas tan distintas, una en la universidad y otra en una relación madura y estable codeándose con la alta sociedad noruega.

En cuanto pensó en su padre, vaciló. Por fin comprendió a su abuela cuando decía que se le iluminaban los ojos hablando de Nora. Aún parecía enamorado. Es más, cuando saltó sobre ella hacía unas horas, habló en presente sobre cuánto su madre significaba para él.

El rompecabezas no la dejaba descansar, así que antes de acostarse escribió en su libreta de español todos los personajes y apuntó los principales momentos que Henning le había relatado, con sus fechas y lugares.

Al terminar se dio cuenta de que en dos días su padre había pasado de ser una figura ficticia a existir. El ogro psicótico era la misma persona con quien había compartido más horas en los últimos días y con quien más había hablado en los últimos meses. Por mucho que lo intentara, no podía odiarle como antes, incluso se había arrepentido de contestarle de esa manera en la cafetería. No quería hacerle daño, como había deseado antes en una parte de su subconsciente. Todo lo contrario. Estaba deseando que terminara su relato y le dijera que él no había asesinado a su madre. Quería tener un padre.

Agotada, dejó la libreta encima de la mesilla y se quitó la ropa. No podía retrasar más una llamada a sus abuelos, pero por otra parte no se sentía con ánimo para descolgar el teléfono. Tenía miedo de que lo primero que hiciese fuese reprocharles por no haberle hablado de Nora y Jens, por mucho que ellos no estuvieran de acuerdo con esa relación. De pronto, eran sus abuelos quienes le ocultaban partes de la historia, y su padre quien las desvelaba,

invirtiendo los papeles a los que estaba acostumbrada. Se preguntó si no habría más debajo de ello, más información que los recortes escondidos en su casa no mencionaban, más que los chismorreos del pueblo que no querían dejarla escuchar, más de lo que sus abuelos no querían que supiera. Una y otra vez cavilaba en cómo pudo Henning, que parecía adorar a su madre, acabar con su vida. Tal vez la teoría del asesinato comúnmente aceptada no era cierta. Tal vez quedaba más por descubrir que solo él sabía y no había tenido ocasión de contar. Pudo huir para no verse involucrado en el asesinato, consciente de que todos le verían culpable. Ahora podía estar agotando el último cartucho que tenía para contar la verdad.

Dio media vuelta en la cama y divagó sobre otra idea: qué iba a hacer cuando conociera todo. Podía creerle o no creerle, pero llegados a ese punto sería la palabra de su padre contra las pruebas repetidas mil y una veces en los periódicos. Y si le creía y determinaba que era inocente, ¿se suponía que debía contárselo a sus abuelos? Y si no le creía, ¿se suponía que debía llamar a la policía? Tampoco podía permitir que un asesino se disfrazara de cura y conociera los secretos de medio Burgos. Desde que comenzó su travesía no había tenido nunca una respuesta para ello.

Decidió esperar a escuchar el final del relato, persuadida de que el sentimiento de seguridad que su padre ahora le transmitía le eximía de cualquier crimen.

3.^a Confesión: Nora y Henning

Henning vio llegar a su hija desde unos metros de distancia. Se volvieron a saludar con dos besos que le produjeron una extraña sensación a Eva. Henning pareció intentar alargar ese instante más de lo necesario, acercándose con cautela y sujetando cariñosamente su brazo con un suave apretón antes de separarse. Eva le permitió ese pequeño acercamiento paternal, respirando, por primera vez desde que le visitó, su perfume. Lo reconoció como familiar e intentó adivinar dónde lo había olido antes, convencida de que ese perfume había estado por su casa dando vueltas. Tal vez, por mucho que la hubiera abandonado hacía casi un cuarto de siglo, era imposible eliminar por completo las huellas que había dejado.

—Tienes mala cara, Eva.

Su hija se sorprendió ante la observación, aunque, siendo sincera, no debía extrañarle en absoluto. Nuevamente la había despertado una pesadilla y no había podido volver a dormirse. Y, a pesar de que lo intentó, aquello de arreglar su imagen se había quedado más en una ilusión que en una realidad. Quiso ver su reflejo en algún escaparate o cristal, pero no atisbaba ninguno cerca. Esa misma mañana se había peinado a ciegas y tampoco había comprobado la cara que tenía en el baño antes de salir. No, no tenía muy buena presencia. Sus pantalones le quedaban cada vez más anchos y hasta las manos las tenía agrietadas por falta de crema y guantes con un frío tan intenso.

—No he podido dormir muy bien.

—¿Tienes pesadillas? —La pregunta directa la cogió desprevenida.

—Sí, de hecho sí he tenido pesadillas estos días. Me parece normal, ¿no? Después de todo, no estoy viviendo el momento más agradable de mi vida. —

Querría haber tomado una actitud defensiva y terminar la frase con un «hablando con el asesino de mi madre todos los días», pero era reacia a mostrarse así.

A su padre pareció preocuparle el tema de las pesadillas e insistió.

—¿Sueles tener pesadillas, Eva? —Ella negó con la cabeza—. ¿Parecía real o era de aquellas que son irreales?

—No entiendo qué te ha dado ahora por mis pesadillas, creía que veníamos a hablar de lo que les pasó a los vivos cuando estaban despiertos.

El tono irónico de su hija no le desanimó a continuar con el interrogatorio.

—Sí, bueno, es que tengo mucha curiosidad por ese tema; perdona, hija.

Nunca antes la había llamado *hija*. ¿Se preocupaba por ella o intentaba aparentarlo? ¿No era una preocupación exagerada por unas simples pesadillas, como las que pueda tener todo el mundo? Eva creyó que el corto intervalo en que estuvieron en silencio, uno frente al otro, ella desviando la mirada, supondría un cambio de tema. Pero él quiso continuar, curioso.

—¿Cómo son? ¿Desde cuándo tienes pesadillas?

No pudo evitar mirarle extrañada, pero ante su inquisitivo interrogatorio se sintió acorralada. No había nada malo en darle la información que quería.

—Que yo recuerde no suelo tener pesadillas, comenzaron la misma noche en que hicimos nuestro «trato». Estuve dando muchas vueltas en la cama hasta que conseguí dormirme, pero estando en duermevela. Había tomado dos cafés por la tarde, así que no conseguía conciliar el sueño del todo. Pero debí de llegar a quedarme profundamente dormida, porque me di cuenta de que estaba soñando con algo de la universidad, algún examen o compañero de clase. Y creí que me había despertado y volvía a estar en la cama del hotel, pero debía de seguir durmiendo, porque oí a alguien en la habitación. Estaba muy cerca de mí y paseaba entre mi cama y el armario, haciendo ruido. Oía cómo pisaba el suelo y respiraba fuerte; silbaba suavemente también. No me atrevía a levantar la cabeza, que había guardado debajo de la almohada, aterrorizada. Sabía perfectamente que alguien estaba en mi habitación, paseando tranquilamente de un lado a otro, mientras yo estaba tirada en la cama sin más, desprotegida y a merced de lo que quisiera hacer. Sentí que iba a mi escritorio y revisaba un cuaderno mío, toqueteaba algo que había encima de la mesa y, de

pronto, dejaba de respirar y hacer un solo ruido, se quedaba completamente inmóvil. Yo misma contuve la respiración, muerta de miedo, sin saber qué hacer; seguía soñando, pero el sueño era real. Giraba media vuelta sobre sus zapatos, haciendo ruido adrede en la alfombra de la habitación, y caminaba muy muy lentamente hacia mí, pausadamente, a cámara lenta. Hasta que la oí arrodillarse frente a mí y me entró un escalofrío horrible que me dejó helada. Su respiración estaba al lado de mi oído; ella se había acuclillado y apoyado sobre la cama para estar más cerca de mí. Digo «ella» porque justo en ese momento levantó mi almohada y la vi perfectamente: un rostro pálido con ojos verdes y una cabellera rubia, no alcancé a ver más, sonriéndome con una mueca desagradable, como satisfecha por asustarme. Di un salto en la cama, cerré los ojos y cuando volví a abrirlos ya no había nadie en la habitación. Antes de volver a acostarme revisé todos los recovecos, pero no había sido más que una pesadilla.

Eva volvió a sentir el mismo escalofrío que el que le produjo la «visita». Su padre la miraba atónito.

—¿Y dices que has tenido más pesadillas?

Eva preferiría haber cambiado de tema, solo recordar aquellas noches la espantaba.

—Sí, así es. Las tres noches. Es más, ayer fue especialmente desagradable. Yo sé que estoy soñando y no hay nadie en la habitación, son solo imaginaciones mías, pero tengo un miedo horrible a levantar la cabeza de la cama y abrir los ojos, porque en ese mismo momento estoy convencida de que es real por mucho que me diga que no. La puedo escuchar respirar, canturrear, silbar, cotillear. Y anoche le dedicó un tiempo especial a mis cosas, las que había dejado encima del escritorio. Imagínate lo traicionero que es tu cerebro que hasta la oí hacer un pequeño ruido distinto, como una exclamación de satisfacción al rebuscar y encontrar mi libreta. Bueno, yo deduje que era mi libreta porque la oía pasar las hojas. Curioso, porque justo había escrito parte de lo que me has ido contando, y en mis sueños yo sabía que lo estaba disfrutando y leyendo divertida. Me atreví a otear por debajo de la almohada que me cubría la cabeza, alzándola ligeramente para alcanzar a verla. Y así era: con una enorme sonrisa pasaba las hojas y las disfrutaba, paseaba su dedo

por mi caligrafía con detenimiento.

»Me vio observarla y sin inmutarse en absoluto dejó la libreta encima de la mesa, yo me tapé la cabeza rápidamente y cerré los ojos deseando despertarme de una vez, y ella desapareció. Dejé de oír su respiración, su canturreo, sus silbidos, sus pasos. Desapareció por completo.

Henning se quedó mudo, al igual que Eva, que odió revivir aquello una vez más; le daba más miedo pensar en el momento de acostarse otra vez.

—Son pesadillas muy desagradables, Eva —fue lo único que alcanzó a decir antes de dar por terminado su especial interrogatorio e indicarle el camino que recorrerían esa mañana.

Pero ahora era ella quien tenía curiosidad y no quería dejar el tema, una vez ya había comentado la peor parte.

—¿A qué viene tanto interés por mis pesadillas?

—¿Notaste algo raro al día siguiente en tu escritorio, había algo nuevo o que te llamara la atención?, ¿nada en la libreta?

Eva pensó que debía de ser una broma todo eso. Pero si no era más que una pesadilla, no quería volver a sacar el tema.

Le mintió descaradamente.

—No, por supuesto que no. Ya te he dicho que era una pesadilla, es imposible que hubiera alguien en mi habitación.

Descaradamente, porque sí había algo extraño. Hubiera jurado que dejó la libreta cerrada y guardada en su mochila, pero la mañana siguiente la encontró completamente abierta encima del escritorio, en una de las páginas donde ella había descrito con breves adjetivos a su padre, su madre y Jens, haciendo un círculo que unía a los tres. Pero seguramente había sido ella misma quien la dejó así antes de acostarse o, quién sabe, tal vez era sonámbula y la abrió en sus sueños.

—¿Por qué te interesa tanto? —volvió a preguntar.

—Perdona, sé que no es agradable preguntar precisamente por estas cosas. Me ha recordado a tu madre, desde que la conozco siempre tuvo pesadillas. No todas las noches, de hecho cuando nos casamos fueron cada vez menos, pero durante su época en la universidad sentía pavor. Como tú, sabía que eran pesadillas y nada más, pero en el momento de vivirlas no podía evitar sentirse

aterrada. Creo que ese es el punto en el que se diferencia un loco de un cuerdo, ella no tenía ninguna duda de que era una mala pasada de su mente, mientras que un loco creería a pies juntillas que es real. Te comenté antes que tu madre solía dormir conmigo algunas noches si nos quedábamos hablando hasta tarde, cuando ella aún estaba con Jens. Luego descubrí que era por sus pesadillas, a veces tenía tanto miedo de que le volvieran a pasar que la idea de dormir sola le producía pavor, y si podía, prefería estar acompañada.

—¿Eran como la mía?

—No lo sé. Le daban tanto miedo que no hablaba de ello. Solo me lo contó cuando comenzamos a salir juntos, algo que me extrañó porque antes teníamos una relación muy estrecha. Pero le daba tanto miedo que no quería hablar de ello, porque cuando lo hacía lo revivía. Un poco como te acaba de pasar a ti. Siento haberte hecho pasar el mal trago, pero me parece tan extraño que las dos tengáis pesadillas tan vívidas. Cuando ya comenzamos a vivir juntos fui testigo en varias ocasiones del miedo que sufría. Se despertaba alterada buscando la luz, y cuando la abrazaba podía sentir que su corazón latía muy deprisa. Yo solo podía cogerla y hablarle, decirle que no había nadie, que ya habíamos encendido la luz y que cualquier cosa que antes pareciera real no era más que un sueño. Tardaba unos pocos minutos en tranquilizarse, pero antes de volver a dormirse barría la habitación con la vista y, si había sido una pesadilla muy desagradable, se levantaba conmigo por delante para rebuscar en el armario, debajo de la cama, en la habitación contigua. Ya ves, como los niños chicos que necesitan comprobar que no hay un monstruo debajo de la cama. Pero yo la veía sufrir tanto que no podía decirle que no inspeccionaríamos los posibles escondites. No sabía lo que andaba buscando porque nunca me lo contó, ni siquiera se atrevía a escribirlo en su diario.

—¿Y le pasaba a menudo?

—Según me dijo, en la universidad era más frecuente y se había acostumbrado de una forma u otra, pero cuando comenzamos a vivir juntos fue distinto. Me decía que le pasaba con menos frecuencia, pero era más real y, fuera lo que fuera aquello, permanecía más tiempo. Por eso tenía esa curiosidad, simplemente.

Ambos dieron por zanjado el tema, aunque Eva le darías más vueltas

después. Fue su padre quien comenzó el hilo de la conversación.

—No sé qué tienes pensado hacer una vez acabe esta especie de trato, y tampoco me importa mucho. A esta edad y después de todo lo que he vivido me tomo con resignación cualquier situación. Pero si me permites, sí me gustaría saber cómo diste conmigo. Me imagino que habrás llevado a cabo una verdadera investigación para encontrarme, y te felicito.

Eva sonrió a su padre por primera vez, aliviada también por poder hablar de algo ajeno a sus sueños.

—En absoluto, fue pura casualidad. Una amiga me enseñó una foto de su novio tomada enfrente de la catedral de Burgos y te vi entre la multitud. Tuve bastantes dudas, la foto que yo he visto de ti en varias ocasiones está en casa de tu padre y solo tienes veintiséis años. Aparecemos los tres juntos y parecemos una familia feliz. Pero luego até algunos cabos y pensé que podías ser tú. Lo primero, que estudiaste español en la universidad. Lo segundo, que sabía que conocías Burgos, ya que en el álbum del abuelo con fotos de vuestros viajes en familia te había visto aquí. Y lo tercero..., no sé, lo tercero era que yo sabía que eras tú y tampoco tenían mucho sentido los «cabos» que había atado. Te pude reconocer en la foto, pero aparte sabía que eras tú. Pura casualidad.

—Las casualidades no existen, Eva.

—¿Y por qué viniste a España? ¿Por qué Burgos?

—Cuando hui de Noruega busqué el primer avión en que pude subirme y acabé en Madrid. Tenía un pasaporte falso, dinero y una peluca de la que enseguida me deshice. Cada vez que necesitaba cumplimentar algún papel en la policía, temblaba, estaba seguro de que mi farsa enseguida se acabaría y me detendrían. Pero todo funcionó a la perfección. Conseguí los papeles de residente, un trabajo y alquilar sin problemas una habitación en una pensión. No es que mi trabajo fuera muy emocionante, simplemente mozo de carga, pero no podía pedir mucho más sin conocer el idioma ni tener referencias que me apoyaran, ni título universitario, ni experiencia. Falsificar todo aquello habría sido demasiado peligroso.

»Tengo que confesar que tuve suerte al encontrar trabajo y estaba relativamente a gusto, sin olvidar que mi mujer acababa de ser asesinada y

había perdido a mi hija de por vida. De hecho, entablé buena relación con la mujer que me alquilaba la habitación, una señora de unos sesenta años a la que sigo visitando cuando tengo un hueco. Ella era la reina y señora de su pensión, hacía y deshacía a su antojo. No he conocido mujer con más fuerza en mi vida. Su marido era un pobre alcoholico que le era infiel una noche sí y otra también. A ambos no los unía más que la simple conveniencia, aunque me imagino que en algún momento de sus vidas también los unió algo más. La pensión era propiedad de él, una buena herencia que le tocó, pero obviamente no podía llevarla. La mujer, María, se encargaba de gestionarla y ganar el dinero, mientras que él se iba de fiesta con sus amigos. Ella era quien le daba periódicamente una cantidad de dinero muy estricta y escasa para esas fiestas, pero el hombre tenía buena labia y no me cuesta imaginarme que sus amigos o incluso ligues le invitaban. Pero la labia con su mujer no le funcionaba, al menos cuando yo los conocí a ambos. Tengo que admitir que a pesar de su aspecto borracho, exageradamente desaliñado cuando llegaba a las tantas de la madrugada o temprano por la mañana, era un hombre que tenía buen porte. En su día fue atractivo y encantador cuando conquistó a María. Pero después ninguno de sus trucos de aprendiz a ligón funcionaba con su mujer. Según ella me confesó, le daba bastante menos de los beneficios que obtenía de la pequeña pensión, pero no quería que se lo gastara todo en alcohol barato. Es más, si la pensión fuera suya, seguramente su marido se habría encontrado en la calle.

»Cuando ya llevaba un año más o menos trabajando como mozo de carga, mi español había mejorado bastante. Por las noches siempre me sentaba con ella y charlábamos un rato. Al principio no le importaba que no le entendiera apenas y se limitaba a ser escuchada, ya que era lo único que necesitaba. Me hablaba del residente en su habitación contigua, de los follones que tuvo cuando uno quiso subir una prostituta, de lo que se quejaba el otro sobre su cocido madrileño comparándolo con el de su madre... Todo lo que sucedía en un día me lo contaba como si yo sustituyera a su marido, que normalmente a esa hora ya se había escapado o estaba durmiendo la borrachera. Poco a poco empezó a molestarle que yo no le entendiera, a pesar de que lo intentaba, así que se esforzó por enseñarme. Gracias a esa mujer aprendí español con mayor

rapidez, fluidez y acento.

»Un fin de semana quise hacer alguna visita por el país, ya que aún no había salido de Madrid, mi querido Madrid. No sé si hay ciudad en el mundo con más vida en cada esquina, pero me costaría creerlo. Cada día amanece y se acuesta con un ritmo distinto, frenético o tranquilo, según se lo pidas. Tiene espíritu propio abierto a todos quienes quieran visitarlo. Yo vivía por la zona de Lavapiés entonces, pero intentaba, siempre que podía, escaparme al Palacio Real o a la basílica de San Francisco el Grande. Eso si quería algo de silencio, pero si me veía en la necesidad de escuchar ruido y ver vida constante, solo tenía que caminar un poco hacia la zona de La Latina o hacia el mismo corazón de la ciudad en Sol. O hacia la plaza Mayor, con sus diferentes puestecitos de sellos, retratos, monedas, cuadros... Si todo fuera normal, ojalá lo fuera, ¡habría tantos sitios que me gustaría mostrarte!...

»Ese fin de semana, en el que quise visitar alguna ciudad y escaparme un poco, pregunté a María. Ella me recomendó Burgos, de donde era natural, y me enseñó unas cuantas fotos que guardaba en un álbum personal.

»Acabé descubriendo que Burgos, tan gótico y sombrío, era mi destino. En cuanto entré en la catedral descubrí que me aportaba una cierta tranquilidad que no había conocido en mucho tiempo y decidí quedarme. Una vez en Madrid tomé la decisión de convertirme en cura y volver a Burgos por todos los medios. He vivido en esta ciudad ya quince años, y desde hace tan solo cuatro trabajo en la misma catedral.

—Entonces, escapaste de Noruega intencionadamente. —No se podía adivinar si aquello era una afirmación o una pregunta. Henning asintió—. Entonces, eres culpable.

—Tendré que pedirte nuevamente que esperes al final del relato para juzgarlo. —Con ello dio comienzo a su tercera confesión—. Nora se dio cuenta de que una boda era algo realmente serio. Ella estaba segura de que quería casarse, pero su intención era hacerlo al terminar la carrera. Quería celebrar una boda con sus padres, amigos, conmigo. Jens le prometió organizar un banquete nada más llegar, pero él sabía lo importante que era para Nora aquel día. No entendía por qué no había respetado su opinión y la había colocado en esa trampa. Nora estaba segura de que quería casarse, pero

no de aquella manera. Su primera reacción al descubrir la boda sorpresa fue de rechazo, después de ilusión y, una vez pasada la noche, nuevamente de rechazo.

»Volvieron a Noruega y sus padres montaron en cólera cuando se enteraron. ¿Se había casado por lo civil en un país extranjero sin un solo testigo que la conociera a ella? ¿Era siquiera válido el matrimonio? ¿Había perdido la cabeza? Recuerda, además, que tus abuelos son muy creyentes y una unión así no podía tener validez alguna para ellos.

»Nora debió de sentarse a meditar sobre todo lo que le había sucedido en los últimos años. De vuelta a Oslo y comenzando nuestro último curso, Nora ya no vivía en la residencia. Obviamente estaba instalada en el magnífico ático que él tenía en el paseo marítimo de la capital, con vistas al castillo Akershus.

»El primer día de clase apareció sin el anillo en su dedo y solo mencionó que ahora vivía en casa de él. También me preguntó si podía pasarse por mi habitación de la residencia esa tarde.

»Fui el único de la universidad que supo que tu madre se había casado. Me enseñó el anillo y me habría alegrado y la habría felicitado por ello si no fuera por su cara. No hacía falta ser su íntimo amigo para descubrir que el matrimonio no la había hecho feliz, pero le costaba comenzar la conversación. Tardó bastante en decirme lo que realmente pensaba sobre la boda, Jens y los últimos años. Y fue tan extraño... Nora, la dulce y diferente, alabada, deseada, la “diosa” Nora, que no sentía jamás dolor ni pena, que rehuía hacerse daño y hacérselo a los demás, para quien sufrir era la peor pesadilla que pudiera acecharla, para quien confesarse abiertamente parecía un delito, de quien no sabías qué sucedía por su pequeña enigmática cabeza... Nora, mi Nora, la mujer a la que había deseado durante los últimos años y de la que me había intentado alejar sin haber llegado tan siquiera a separarme unos centímetros de ella, aunque sin haberla tenido nunca cerca de mí, decía abiertamente todo lo que sentía. Nora se sinceraba por fin consigo misma y con él.

»Comenzó atinando a decir que había sido un error. Se había despertado por la mañana y los últimos cinco años parecían haber sido una ilusión. Todo había comenzado con una aventura en la que se había dejado llevar, tan cegada todo este tiempo que no pudo ver lo que sucedía a su alrededor. No conocía a

Jens, no sabía quién era. Y él tampoco la conocía a ella. Se habían limitado a vivir, disfrutar, reír, viajar, cenar. Creía que era una relación madura, seria, estable, fingiendo siempre que así lo era. Creía que era lo que quería. Y ahora le daba miedo, pavor, lo que le esperaba. Si él la conociera más, sabría que no quería una boda así. Se sentía una muñeca perfecta, vestida a su gusto, leyendo sus libros, siendo una mujer culta como él deseaba. Y ella también estaba convencida de que quería serlo, pero ahora todo su mundo daba vueltas. Ya no quería ser como Jens quería que fuera, no quería ser perfecta, no quería estar atada a un hombre mayor el resto de su vida. Se divertía con él, era feliz con él, pero ahora todo le parecía una farsa. No podía seguir actuando como si fuera mayor de lo que era, seguir saludando sonriente a los imbéciles de sus amigos y aguantando sus bromas o sus impertinentes piropos. Ese no era su mundo. Estaba fuera de lugar conmigo y con él, fuera de lugar con sus padres, con los familiares de Jens, con sus amigos y con los de él. No tenía lugar, no había encontrado un solo sitio en el que fuera completamente feliz. La cegaba tanto todo lo que sentía por él que era capaz de simular que no le importaba. Pero ¿a quién pretendía engañar? ¿A sí misma? ¿A él para hacerle feliz? No podía limitarse a hacerle feliz y creer que ella lo era y que solo lo sería a su lado. Antes estaba firmemente convencida de que así sería, pero ahora sabía que no. Sabía que había más. Tenía mucho más por delante, acababa de empezar a vivir.

»El miedo de Jens por retener a Nora se volvió contra él. Pasamos la tarde juntos acostados en mi habitación y sobre las nueve ella decidió que debía volver a casa y al menos dar explicaciones. No me dejó acompañarla cuando salió de la habitación y en menos de diez minutos ya estaba de vuelta, incapaz de volver con su marido. Le dejó a Jens un frío mensaje en el contestador mientras pasábamos la noche abrazados.

»A la mañana siguiente desapareció de la universidad. Desapareció durante tres meses. Supe por mi padre que se había divorciado y había decidido pasar una temporada en casa. Necesitaba escapar de todo aquello.

»Jens no fue capaz de aceptar su decisión y pasó el primer mes instalado en un hotel de nuestro pueblo. Fue el tiempo que consiguió retrasar la decisión de divorciarse de Nora, pero no fue más que un aplazamiento. Cuando asumió

que ella nunca volvería a él le deseó suerte y que fuera feliz. Aunque Nora intentaría retomar el contacto con él meses después, Jens siempre le negó la palabra porque le “hacía demasiado daño”.

»Qué puedo contarte de los siguientes años. A nadie le extrañó que Nora y yo nos instaláramos de inmediato en la misma habitación y fuéramos pareja. Desde hacía años corría el rumor de que yo era su amante y el profesor de literatura un cornudo, por lo que entre nuestros amigos fue algo completamente normal. Sí, estaban equivocados con respecto al pasado, pero no nos importaba y no malgastamos energía en desmentirlo.

»Por entonces no te negaré que tenía miedo y creía que tu madre jamás había olvidado ni olvidaría a Jens. Se había calado tan profundamente en ella que temía que nunca sería capaz de deshacerme de él. No volvió a mencionarle, pero estaba seguro de que se le seguía erizando la piel cuando le recordaba. Agradecí sin confesarlo que Jens le retirara la palabra porque tenía mis dudas de que ella pudiera olvidarle si de una u otra manera estaba presente. Años después de casarnos encontré en el cajón de su ropa una novela suya con una dulce dedicatoria para ella, fechada en 1973. Entonces ella tenía solo dieciocho años y seguramente se trataba del libro a cuya presentación asistió con su novia. Nora guardaba dulces y amargos recuerdos del que sin duda fue el hombre más importante de su vida. Me resigné a vivir en ese segundo plano porque con tan solo saber que formaba parte de ella era suficiente para mí. Estoy convencido de que Nora nunca me quiso a mí como le quería a él, pero también sé que conmigo encontró la felicidad y la estabilidad. Hacia Jens sus sentimientos eran más fuertes, pero también la intoxicaban. Conmigo no había preocupaciones.

»Yo, por mi parte, no podía amarla más.

»Nora se acostumbró pronto a un estilo de vida distinto, o eso pareció. Como universitario no podía permitirme invitarla a restaurantes de lujo, hoteles de cinco estrellas o viajes por la Costa Azul. Obviamente, ella tampoco tenía ingresos para eso. Aparte de los viajes y de su historia con Jens, hubo sobre todo dos pasiones que él le enseñó y ella se llevó consigo en la maleta. La primera, la música clásica. Una vez desistió de intentar devolverle a Jens las carísimas joyas que le había regalado, y vendió parte de

ellas para poder pagar un abono a la ópera de Oslo, con o sin mí. Incluso cuando volvimos a nuestro pequeño pueblo de Lillehammer, Nora conservó su abono y viajábamos a Oslo solo para visitar la ópera. En nuestra casa los sábados por la tarde estaban reservados para ella y su música, que solía escuchar disfrutando de su segunda pasión completamente muda. Le bastaba con una hora de dosis, pero era igual de necesaria que para mí dormir. Vivía a Mozart, Bach y Händel, y adoraba escuchar a la soprano María Callas. Nora usaba esos momentos para sumirse en sus pensamientos, hundirse y no salir a flote hasta que decidía que ya había divagado demasiado por los recovecos que no solía visitar. Nuevamente, te diré que en esos momentos yo creía que le visitaba a él y sus años adolescentes.

»Su segunda pasión era el vino, y de esa sí fui capaz de aprender. Escuchando a María Callas con una copa de vino en la mano era la forma más palpable y silenciosa de decirme que la huella de Jens nunca desaparecería de ella.

»Pero eso fue después de casarnos, una vez que vivimos juntos. Le pedí la mano cuando no llevábamos ni un año como pareja y te puedo asegurar que la expresión de felicidad de Nora era real. Nos prometimos, nos casamos en una íntima boda con pocos asistentes y no dudamos en instalarnos cerca de nuestros hogares naturales, en nuestro pequeño pueblo donde íbamos a disfrutar de la eternidad juntos. Los padres de ella respiraron aliviados con nuestro matrimonio, ya que nunca habían visto con buenos ojos a Jens. Al igual que Nora, le eliminaron de su vocabulario e incluso de sus recuerdos.

»Sí es verdad que consideraron que nos precipitábamos, no olvidemos que Nora era una recién divorciada. Pero ni ella ni yo queríamos esperar. Ambos sentíamos que llevábamos cinco años retrasando nuestra relación y durante esos años nos habíamos conocido más mutuamente de lo que llegan a hacer otros matrimonios. El proceso de ser novios, prometernos, casarnos y tenerte a ti fue simplemente natural. No forzamos que fuera así de rápido y por tanto tampoco forzamos que fuera más lento.

Eva se dio cuenta de que Henning estaba llegando al final del relato y se ponía nervioso. Llevaban un rato caminando al lado del río Arlanzón, haciendo el mismo recorrido que el primer día.

—Eva, sé que cuando termine te darás media vuelta y te irás porque era parte del trato. Pero..., sencillamente, no quiero. Sé que no era lo que hablamos, pero necesito que antes de terminar me des un poco más de tiempo. No quiero, o más bien no puedo permitir que te vayas después de haber pasado veintitrés años sin verte. No tienes ni idea de qué es eso para un padre, siquiera para un cura, un asesino o cualquier persona. Llevo tanto tiempo fuera de Noruega que casi no me acuerdo de cómo se habla mi idioma, de cómo era mi padre, tus abuelos, la casa, tú. No sé ni qué estudias, ni qué quieres hacer, cómo has acabado aquí, no sé nada de tu vida, Eva. —Henning agachó la mirada avergonzado. Avergonzado por haber huido y tener que estar mendigando información.

Eva dudó. No había nada que le hiciera confiar en él, excepto el hecho de que era el único en la familia que le había contado la verdad sobre su madre. Seguía pensando en lo que le dijo cuando hicieron el trato, «si quisiera matarte, ya lo habría hecho». Sopesó la idea de darle más información personal a su padre o de que su vida siguiera siendo una incertidumbre para él.

—Tampoco quiero contarte mucho, Henning. No hay nada que me haga confiar en ti.

—Lo sé. Me conformo con saber qué estudias, si eres feliz, si te planteas comer un poco más para ganar peso..., esas preguntas aburridas de un padre.

Eva nunca imaginó que le resultaría tan fácil hablar con él. Tras estos días evitando su mirada y clavando los ojos en el suelo mientras escuchaba su relato, por primera vez le sostenía la mirada y contestaba a las preguntas directas que él hacía sin miedo a sentirse violenta. Henning también había sabido dar ese paso adelante en su relación: ser el confesor de una iglesia proporciona muchas tablas. Eva le habló de sus abuelos y repitió cómo cada uno afrontó el asesinato de Nora. Le habló de la búsqueda en Noruega, de la ayuda de vecinos y ciudadanos, de la repercusión mediática que tuvo. Poco a

poco fue alejándose de ese tema y le contó cómo creció en casa de sus abuelos. Incluso se detuvo a relatar anécdotas de su infancia y adolescencia que él se había perdido, de su pasión por el chocolate, por *Cien años de soledad* y por el deporte. De su colaboración como voluntaria, de sus amigas, de las asignaturas de la universidad que detestaba y las que le encantaban. Le habló de su viaje por Europa, de su trabajo en Francia y la farsa que mantenía con sus abuelos. En dos horas, acompañada de una copiosa comida en un asador donde esta vez sí terminó el plato, resumió muy por encima sus veintiséis años de vida, sin entrar en ningún momento en los detalles más personales e íntimos. A pesar de intentar adoptar su acostumbrada postura apática, las preguntas y comentarios de Henning la desarmaron.

Cuando terminaron la comida, Henning parecía satisfecho y de mejor humor. Le propuso caminar hasta la catedral, a pesar de que llovía ligeramente, dando un paseo para bajar la comida. Por el camino, Henning le preguntó, preocupado, por su padre.

—Ya te conté en la iglesia cómo aceptó él el asesinato de su nuera. Primero quiso ayudar a la policía para encontrarte y ayudarte, porque creía que era el único que podía estar a tu lado. Cuando aceptó que no volverías y habías escapado incluso de él, parecía estar sumido en otro mundo. Tengo vagos recuerdos de él de cuando era niña, pero en los pocos que me quedan siempre parece mirar hacia otro lado, como si lo que estuviera sucediendo a su alrededor no fuera con él. Los abuelos le invitan a comer a casa, en navidades, su cumpleaños o algunos domingos. Y el abuelo no rechaza nunca la invitación, pero no está en la mesa. Mis abuelos son lo único que le queda, ya que los tíos se han despreocupado bastante de él. Tu hermano, el que vive en Alemania, no pisa ya Noruega. Y tu otro hermano vive en Oslo recluido en una buhardilla, dedicado a sus trabajos periodísticos. Alguna vez leo algo suyo en los periódicos, su línea de argumentación pasa inevitablemente por afirmar que el mal de lo que sucede proviene de Estados Unidos, ya sean las guerras, el hambre, los artistas de tres al cuarto o un accidente de coche. Está obsesionado con el país americano, aún no comprendo si es por una exnovia que tuvo o porque por algo tenía que obsesionarse. Pocas veces viene a Lillehammer, parece que se siente demasiado superior como para acercarse al

pueblo. Cuando lo hace nos damos cuenta de que así es, de que los demás mortales no entendemos de la visión global del mundo. Para ser te sincera, opino que su visión global es muy corta de miras y limitada a Estados Unidos. —Henning se rio con ella. Ya desde joven su hermano atribuía tanto los grandes males mundiales como los banales al país americano de una manera casi infantil y poco racionalizada—. Creo que el abuelo solo está esperando a morir, como si fuera un tren que tarda demasiado en llegar... Ah, y los trenes, es verdad. Ya no se dedica tanto a ellos como antes, pero es lo único que le entretiene. Cuando paso los veranos en el pueblo le acompañe a comprar piezas y me enseña los avances que ha hecho. Tiene la casa bastante sucia y mis abuelos le han contratado una chica para que vaya los lunes a arreglársela. Ella es muy agradable y le trata muy bien, le cuenta cosas, le pone música y se acerca entre semana para saludarle. Los lunes le deja también la comida preparada para toda la semana, y cuando llega el lunes siguiente suele tirar parte porque el abuelo no se la termina. Yo sé que se lo agradece porque es de las pocas personas con las que mantiene algo parecido a una conversación. A él le gusta que le hablen, pero no tanto seguir el hilo de lo que se comenta. De pequeña yo tenía un poco de miedo cuando me quedaba sola con él, me parecía tan sombrío... Ahora le entiendo mucho mejor que nunca.

—Mi querido padre..., cuánto le echo de menos. Aunque parezca curioso, casi echo más de menos nuestros silencios que nuestras conversaciones.

—Aún hoy en día a veces le descubro hurgando entre sus antiguos papeles e informes sobre el caso, no sé si espera encontrar algo nuevo. En los pocos momentos en que se siente con fuerza y ganas para hablar, confiesa que es lo único que le permite sentir que no te ha abandonado, que sigue buscándote con los pocos recursos que le quedan. Después de todo lo que le ha sucedido, tú eres lo único que quiere mantener vivo.

Henning sintió una punzada de dolor. Hacía tanto tiempo que no traía a su padre a la memoria que le costaba recordar su rostro.

—Por cierto, ¿por qué te llamaban Momo? Encontré también una vez una carta de mamá dirigida a ti en la que te llamaba así.

Henning asintió sonriendo nuevamente, agradeciendo que con aquella pregunta no tuviera que recrear a su anciano padre.

—Momo, casi se me había olvidado que me llamaban así en casa. Nadie sabe muy bien por qué, ni mis padres ni mis hermanos están muy de acuerdo en por qué acabé con ese apelativo; dicen que puede ser por un muñeco que tenía ese nombre y que me gustaba mucho de bebé. Fuera de casa, la única persona que también me llamaba así era tu madre; comenzó a hacerlo poco antes de casarnos. Decidió que si ella iba a formar parte de mi familia, o más bien si íbamos a formar una familia, debía llamarme como mis padres y hermanos se dirigían a mí. Me imagino que a mi padre le costaría hablar a la policía de mí como Henning, nunca le he oído pronunciar ese nombre. Momo. Qué recuerdos más agradables, Eva.

Habían llegado a la entrada principal, la puerta del Sarmental de la catedral, donde las pocas gotas de lluvia no habían hecho desistir a las gitanas que vendían romero. Aunque debían de conocer a su padre, se acercaron ofreciéndole y él lo rechazó amablemente. Eva se extrañó de que su padre le pidiera terminar el relato dentro de la catedral, pero asintió y le siguió por las escaleras cuando le dijo que no hacía falta pasar por la taquilla. Henning saludó al guarda que revisaba los billetes, enfrascado en las líneas de un libro de bolsillo, y pasaron sin problemas. En vez de realizar el recorrido normal, que comenzaba por el pasillo izquierdo hacia la capilla de San Juan de Sahagún, su padre le pidió que la siguiera apartando el cordel y tomando el pasillo por la derecha. Atravesaron sin hablar el claustro alto y el claustro bajo. Henning constató aquí que la lluvia no era demasiado intensa y salió al patio descubierto con forma cuadrada, en cuyo centro había un pozo.

Una vez fuera, Eva se arrepintió de seguirle y se sintió cohibida. Le había seguido sin rechistar, le había contado parte de su vida, le había permitido preguntar.

—Visito a menudo este sitio, es un privilegio poder descansar aquí. —Eva asintió con la cabeza, extrañada todavía. Se apoyaron en el pozo, a pesar de que la lluvia comenzaba a ser más intensa y hubiera sido mejor decisión resguardarse en el interior de la catedral—. Eva, te agradezco tu visita, independientemente de cómo acabe, y te agradezco aún más estos tres días que me has dado. A partir de ahora me da igual lo que suceda, solo quiero que sepas que yo amaba a Nora y a ti, erais y seguís siendo lo más importante de

mi vida.

Henning ocultó la vista bajando la cabeza, miró hacia un lado y a otro sin inmutarse por la lluvia que caía. Eva notó que sus pies comenzaban a humedecerse dentro de los zapatos y la chaqueta no soportaba el peso del agua. Sintió un escalofrío cuando su padre la miró lloroso fijamente a los ojos, le sujetó los brazos y separó sus labios para comenzar a hablar, pero no pudo.

Deseaba engañarla con todas sus fuerzas, mentirle conscientemente y ocultar la verdad, retener para siempre a su hija junto a él, formar la familia que solo fueron durante tres años, poder tener el derecho de pedirle que le acompañara en sus últimos años de vida. Deseaba con fuerza volver a Noruega, rehacer su vida, abrazar a su padre, volver a ver a sus suegros, jugar con sus maquetas. Quería disfrutar de una segunda oportunidad como la gran mayoría de las personas, recuperar el tiempo perdido y ser nuevamente alguien con nombre y apellidos que tenía un pasado real y no inventado.

Pero no pudo. Se coló sin su permiso en su atormentada cabeza la imagen de su mujer tendida en el suelo indefensa y sola, cubierta de sangre, y miles de pequeños cortes que recorrían su cuerpo creando un macabro camino. Y él, inquieto, impasible, en otro mundo y a la vez en esa misma habitación, observando la escena como si no estuviera sucediendo y no fuera más que una pesadilla de la que debía despertar, pero que tenía lugar en ese mismo instante, era parte de su propia realidad, le rodeaba, y el aire que respiraba estaba infectado de un horrible olor que sabía a sangre y muerte. Porque Nora ya estaba muerta. Ya se había ido.

Escapando de aquella visión se escondió en la habitación de matrimonio. Sobre la cama deshecha yacía la novela de Jens que recogía la dulce dedicatoria a Nora cuando aún era su novia. Y en el suelo, abierto de par en par, el diario de Henning, la caja de Pandora que Nora nunca debió abrir y que minutos antes de fallecer le había lanzado a su marido furibunda, llena de rabia, exclamando entre lágrimas e incertidumbre: «¿Qué tipo de broma es esta?», unas palabras que se inscribieron con fuego en la piel de Henning para ya nunca abandonarle. La maldita caja de Pandora que Nora nunca debió descubrir y aún menos leer, debió haber respetado la intimidad de su marido, haber seguido las normas dictadas en una relación y nunca jamás haberse

inmiscuido en ese pequeño diario personal que tanta maldición contenía. ¿Por qué lo había leído, por qué? Tuvo que invertir todos sus esfuerzos en explicarle que ya la única salida posible era el final, una muerte que se anunciaba inmediata.

Henning espantó esa imagen moviendo la cabeza de un lado a otro. Eva le había observado con un gesto extrañado y hacía ademán de preguntarle cómo se encontraba, ya que durante unos minutos se había dejado llevar por sus propios recuerdos, ajeno a ella.

Su padre le apartó la mirada, soltó los brazos de su hija que hasta ese momento había atrapado y, recobrando las fuerzas, volvió a fijar sus ojos con intensidad en ella.

—Eva, yo no soy inocente del asesinato de tu madre.

Nora y Eva

Vio a Henning adentrarse por el pasillo del claustro bajo con dificultad. Ella seguía paralizada en la misma posición bajo la lluvia, observando tontamente alejarse a su padre. No era inocente. La misma persona que le había sujetado los brazos y que tanto amaba a su madre, según decía, era quien la había asesinado. Hubiese deseado que su primer impulso hubiera sido al menos darle una bofetada, pero en vez de ello sintió que la sangre se le helaba y no tenía poder de reacción. Hubiese deseado que no fuera culpable y le habría creído sin mayor dificultad; alguien que hablaba de su madre en esos términos no podía ser su asesino.

Cuando recobró el sentido, unos segundos después, se dio cuenta de que estaba calada y algunas personas la miraban desde sus refugios o paraguas como si fuera una loca. Sin prisa salió del recinto y caminó hacia el hostel, cubriéndose cuanto pudo de la lluvia, aunque ya estaba tan mojada que no le hacía falta. En su habitación se sentó alterada encima de la cama. Sintió que las náuseas le subían por el estómago y antes de darse cuenta estaba vomitando en el cuarto de baño cuanto acababa de comer. Mareada, se apoyó contra la pared del baño e intentó llorar, pero no podía.

No sabía si era rabia, ira o miedo. Sentía que algo le atrapaba el estómago y le dificultaba la respiración, las náuseas no cedían, pero tampoco alcanzaba a vomitar más. Intentó evitar el mareo sujetándose la cabeza entre las rodillas, sentada en el suelo, pero eso solo le produjo ganas de absorber más aire, asfixiada por la posición. Apoyó su cabeza contra la pared y observó cómo seguía lloviendo por la ventana. Durante unos minutos el ruido de las gotas cayendo en el suelo y en la ventana le dieron cierta tranquilidad, alejándola de

sí misma.

Decidió que no se encontraba con fuerzas para hacer nada, ni pedir una manzanilla, ni bajar a tomar aire o a distraerse en la biblioteca. Llenó de agua caliente la bañera y vació dentro el bote de gel. Esperó sentada en la pared exterior de la bañera hasta que quedó llena y después se desvistió para sumergirse dentro.

Hundiendo la cabeza bajo el agua se preguntó qué había hecho. Había ido a Burgos para encontrar a su padre y recriminarle el asesinato de su madre sin haber cerrado el siguiente paso. Había deseado que su padre no fuera el asesino, le había confiado parte de su vida y, cuando él confesó que no era inocente, se había sentido traicionada. Se llamó idiota mil y una veces antes de poder salir del agua y tomar aire.

Ahora ya no tenía plan. Henning le había dado vía libre para actuar, a no ser que ahora fuera él quien moviera ficha inesperadamente. Algo le decía que no lo haría, pero también se había sentido segura de que no era el asesino de su madre. Tuvo un miedo racional a que pudiera hacer algo contra ella, pero tampoco se sentía en peligro. Se dio en la cabeza con la palma de la mano volviéndose a llamar idiota.

Estuvo más de una hora en la bañera recordando cuanto había sucedido. Henning no le había contado todo. Por algún motivo no le había dicho por qué mató a su madre, y al llegar a este punto Eva descubrió que había ido a Burgos buscando esa respuesta. Ella quería saber por qué el marido y padre perfecto había ideado el cruel asesinato de su mujer.

Salió de la bañera sin aclararse, se envolvió en la toalla y cogió el móvil de su bolso. Actuó con rapidez para evitar arrepentirse en el último minuto. Buscó el teléfono de su padre y cuando escuchó el primer tono quiso colgar. Aferró el aparato a la oreja con sus dos manos y esperó a que descolgara.

—Eva, yo...

—No —le interrumpió ella—. No quiero saber nada más de lo que me quieres contar. Quiero saber precisamente lo que no me has contado. Quiero que me digas por qué mataste a mamá. —Henning se quedó mudo y tuvo que ser Eva quien retomara la conversación—. No es justo que haya aceptado un trato en el que prometiste contar todo de principio a fin y te hayas limitado a

contar el principio, obviando por completo el fin. Quiero saber por qué lo hiciste. —El tono de voz de Eva no sonó duro ni frío, anhelaba una respuesta con fuerza.

—No he cumplido mi parte del trato.

—¿Fue porque quiso volver con Jens?

Henning suspiró e hizo un chasquido en desaprobación.

—Eva, no te he contado ni la mitad de lo que sucedió, te he omitido prácticamente todo porque no quería darte excusas ni mendigar tu perdón, no quería que comprendieras un asesinato. Fue un asesinato, sucedió y no soy inocente, no hay razones ni excusas que para ti puedan ser válidas. Por eso te he omitido todo. No te he contado nada.

Eva sintió nuevamente el rechazo que ahora le provocaba saber que su padre era el asesino. No quería creerlo, quería saber qué más había detrás.

—Pues quiero saberlo, Henning, necesito saberlo.

—Tienes derecho, por supuesto. —Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. A Eva de pronto le irritó el tono de voz de Henning, el sentimiento de culpabilidad que tenía mezclado con arrepentimiento y dolor: una postura educada y correcta. Sintió ganas de gritarle que era un cínico—. Lo siento, Eva, pero no me creerías. Ahora te animo a tomar tu propia decisión sobre qué hacer.

Su hija prácticamente le colgó el teléfono al despedirse. Nada más hacerlo supo que, fuera cual fuese su decisión, no tenía sentido pasar más tiempo en Burgos.

Volvió a entrar en la bañera para terminar de ducharse en un vano esfuerzo por limpiar de ella los recuerdos de los últimos días. Nunca le había obsesionado aquella historia, había permitido que la curiosidad entrara por pequeñas rendijas en su mente, pero jamás taladrándola como le había pasado a su abuelo, con el fin de evitar convertirse en una réplica del padre de Henning, quien andaba perdido en otro mundo. Y ahora sentía que caminaba de su mano por el mismo recorrido, sin final ni trayecto marcado, simplemente siguiendo las migas que iban dejando los protagonistas tras de sí, las migas que su padre lanzaba, sin saber si suponían un avance o un retroceso. No le había contado nada porque no le comprendería, debía ocultarle la verdad...

¿Pero no era verdad la relación de Jens y su madre, de la que nunca antes había oído hablar? ¿No era aquello más verdad que todo lo que había escuchado en los últimos años?

Salió de la ducha, se secó el pelo con la toalla y comenzó a vestirse. Se decidió a terminar con aquella pantomima inmediatamente y bajó a la sala de los ordenadores para conectarse a Internet. Tan solo tenía que comprar un billete para volver a Oslo y daría carpetazo a la historia sin necesidad de remover más.

Tenía el pelo casi empapado cuando bajó las escaleras, apresurada, hacia la sala de ordenadores. Desde el primer día había encontrado ese hostel un tanto lúgubre y triste, con muebles antiguos y carcomidos, puertas y ventanas de madera oscura sin barnizar desde hacía años, incluso con rejas de metal negro en algunas de ellas. El baño, la limpieza y la sensación de aislamiento se calaban profundamente en la sensación del viajero. Por otra parte, las habitaciones y pasillos eran amplios, los techos altos, y las paredes eran fuertes y gruesas. Permitían resguardar bien del frío y mantener el calor de la habitación. Tampoco podía pedir mucho más por el poco dinero que estaba pagando por las noches de estancia. Es más, para ser justos, las habitaciones no carecían de limpieza, en absoluto. Cada día se encontraba la suya recién recogida y el baño oliendo a lejía. Sin embargo, el abandono de los muebles y las habitaciones aportaba esa impresión de suciedad incierta.

Le había sorprendido el contraste de la residencia antigua con los dos ordenadores de última generación que el dueño había habilitado para los huéspedes. No menos cierto era el alto precio que cobraba por cada minuto de uso de la red mundial, por lo que Eva prefería utilizar los de la biblioteca municipal. Cuando en esta ocasión bajó a conectarse, no le pareció extraño que fuera la única huésped dispuesta a abonar el precio.

Se conectó y revisó primero su cuenta de correo electrónico, sin querer dedicarle demasiado tiempo. Ni siquiera abrió el contenido de los mensajes, sino que se limitó a comprobar que no tenía ninguno de nadie interesante. Seguidamente accedió a las páginas de buscadores y, cuando encontró el billete más barato de vuelta a Oslo, no tardó en comprarlo. Salía en cuatro días, lo que le permitía planear incluso sus siguientes días en España.

Subió a la habitación para ponerse su abrigo y salir directamente a la calle. Le apetecía dar un paseo, aunque no tuviera pensado aún adónde ir, tan solo quería salir del hostel y respirar aire fresco. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que podría tropezar con su padre y, afortunadamente, tampoco fue el caso. Podría ir a la policía, consideró fugazmente, pero la idea de relatar todo aquello le parecía descabellada. Aunque igual de descabellado era irse de la ciudad sin haber denunciado a un asesino confeso. Simple y llanamente, sin tener la obligación de buscar una respuesta, no tenía ganas de que aquellos pensamientos la inundaran una vez más.

Caminó durante una hora larga por la ciudad, cubierta por su abrigo con capucha, que acercaba su pelo mojado a su piel y a veces la obligaba a pasarse la mano por el cuello para calentar la zona. Indiferente, caminó por las calles deteniéndose en los escaparates y disimulando normalidad, aparentando estar interesada por los nuevos modelos de ropa de los maniqués. Se encontraba a finales de noviembre y gran parte de las tiendas ya lucían decorados navideños que animaban el ambiente. Las calles tenían preparadas las luces navideñas, aunque no estuvieran aún encendidas. ¿No habría sido bonito disfrutar de sus primeras navidades acompañada de su padre? Ante la idea, en vez de sentir repulsa, odio o ira, se rio. De sí misma, por pensar en cosas tan absurdas.

Entró en una tienda de recuerdos, valorando la posibilidad de llevar algo para sus abuelos y un par de amigas. A cada paso suyo por los estrechos pasillos atiborrados de objetos que se aglutinaban unos encima de otros, se paraba para analizar los artículos que veía. Le encantaron unas castañuelas, un abanico blanco, un toro pequeño, una sevillana, una bota de vino. Siempre veía a los turistas emocionados con los *trolls* de Oslo y ahora era ella la que observaba los *souvenirs* con ojos como platos. Quería llevárselos todos, y cuanto más avanzaba en la tienda, más amigos le venían a la mente a los que debía llevar algo, bien por esto o por lo otro. Divertida, calculó el dinero que tenía en el bolsillo y valoró las posibilidades de compra que tenía. Si al principio los llaveros de sevillana le parecían inaceptables como recuerdo, cuando hizo las cuentas de todas las personas a las que quería llevar algo consideró que llevar las llaves colgadas de la falda de una mujer era el

obsequio más divertido.

Con dos bolsas cargadas y la promesa de comprar al día siguiente una maleta decente con la que volver a Noruega, en vez de su malgastada mochila, buscó un bar donde picotear algo para cenar. Entró en el primero que encontró y se agenció una cómoda y espaciosa mesa donde dejar sus bolsas y poder comer. En cuanto se sentó, oyó que alguien la llamaba por la espalda, en un suave susurro. De pronto, la acechó el agudo dolor de cabeza que sentía cuando estaba con su padre, como si su presencia provocara ese malestar. Se giró despacio cuando la voz volvió a llamarla, esta vez en un tono más alto. Sabía que la reconocía, pero hasta que no vio a Ana delante de ella no pudo asegurar que así era. Ana, quien durante esos días había protagonizado sus pesadillas, la miraba ahora con una sonrisa alegre y alargaba los brazos hacia ella. Eva dejó caer las bolsas encima de la silla y sonrió tanto como pudo, alegre por fin de ver un rostro conocido. Se le olvidaron las pesadillas y recordó a la Ana del *camping*.

Se sentaron juntas y comenzaron a hablar y preguntar la una a la otra. Eva notó que su inglés había mejorado una barbaridad y Ana no tardó en confesarle la verdad. Durante su InterRail había cometido una locura, se juntaron con otro grupo de chicos ingleses y al final se enamoró de uno. Ana, la mujer perdidamente enamorada del novio de Burgos, le había dejado de la noche a la mañana y ahora mantenía una relación a distancia con un nuevo chico. Eva sonrió ante la historia de su nueva amiga, sorprendida de cómo había cambiado de pareja en tan pocos meses y lo decidida que estaba a contárselo. Aunque durante su corta estancia en el *camping* habían hablado mucho, Eva tenía la sensación de que a Ana le costaba poco desvelar sus confidencias. Para su alivio, no estuvo muy interesada por las razones de la estancia de Eva en Burgos y se mostró satisfecha con la sencilla excusa que le dio.

Acompañaron su charla con una caña. Ana le explicó a Eva el truco de la cerveza bien tirada, con sus tres capas milagrosas. La inferior, el oro; en la mitad superior del vaso, las burbujas chispeantes; y la última, una buena capa de espuma blanca. Tal vez con la intención de comprenderlo mejor, o más bien dejar de comprender otras cosas, pidieron una caña tras otra aderezadas con algunas tapas.

Ana le contó su historia con el nuevo chico que había conocido, cómo surgió, qué es lo que más le gustaba, por qué dejó al antiguo. Le relataba prácticamente todas las escenas que había vivido y Eva se sentía en una película, viendo suceder todos y cada uno de los momentos. La forma de relatarlo de su amiga era increíble, envolviéndola con su historia y preocupándose como ella misma lo estuvo en su día. Sintió que el asesinato de su madre no era importante en absoluto, lo único que tenía valor era la difícil decisión entre el novio español de toda la vida o un ligue de verano. Se reía con ella y se emocionaba con su historia, pero sobre todo se estaba divirtiendo. No le importó que la cabeza y el estómago empezaran a quejarse por no soportar el alcohol. Ana debió de percatarse y le sugirió una buena tapa para asentar bien el estómago y, cuando intentaron pedir agua para acompañarla, el camarero se sintió espléndido y las invitó a otra ronda de cervezas.

Cuando salieron del bar, Eva andaba trastabillando y sujetándose al brazo de Ana, que había soportado el alcohol igual de mal que ella. Cogidas del brazo y hablando a voz en grito sin pretenderlo, se dirigieron a otro sitio que conocía Ana para continuar la noche.

Bebieron, bailaron, coquetearon, se rieron, siguieron bebiendo. Hubo un momento en que un grupo de chicos que celebraban una despedida de soltero las rodearon e invitaron a copas sin ton ni son, hablando con ellas de cualquier cosa y haciendo el ridículo para llamar su atención. Eva, que no comprendía todo lo que decían, tan solo se dejaba llevar para disfrutar de la noche y olvidar el dolor de cabeza. Sin pensar en el que llegaría al día siguiente.

Ana llamaba mucho la atención y allá donde iba todos los chicos se giraban para mirarla, y solo más tarde se fijaban en Eva. A los camareros les faltaba tiempo para seguirlas tras la barra e invitarlas a un chupito, lo que no hacía más que empeorar el estado de las dos chicas.

—¿Conoces a los camareros? —preguntó Eva elevando la voz para hacerse oír con la música. Ana negó con la cabeza y se acercó a ella para contestar.

—No, pero es martes y las discotecas están casi vacías, tan solo están aburridos. Los chicos de antes, que decían lo de la despedida de soltero, nos

han engañado. Simplemente han salido de fiesta y se han inventado esa tontería. —Las dos se rieron con ganas—. Es una pena que no te quedes el fin de semana, te encantaría el ambiente de la ciudad por la noche.

—Siempre puedo volver —y en cuanto lo dijo sabía que mentía abiertamente, convencida de que no volvería a pisar la ciudad burgalesa por los recuerdos que le traía.

—Nunca sabes las vueltas que da la vida. Imagínate que el día de mañana hasta puede que trabajes aquí. ¿Crees en el destino, Eva?

La pregunta la sorprendió y no alcanzó a dar respuesta. Ella retomó el hilo de la conversación antes de que lo hiciera.

—Si el destino de todos está marcado, ¿de qué sirve esforzarte por tus sueños? A veces es mejor olvidar que tu vida te pertenece y dejarte llevar. Las pequeñas cosas son las importantes, las grandes las decide otro, Eva. Ten eso presente siempre, no te desvíes de lo que te han marcado, no te desvíes de cuál debe ser tu camino, porque te equivocarás. Los hechos importantes se pierden con el tiempo, los amores y desamores vendrán, todas esas tonterías, todo lo que crees importante es solo basura. No somos libres, estamos atados a nuestro hilo de la vida ya labrado y tejido sobre el que no podemos actuar. Los seres humanos son marionetas que nunca serán libres. Lo verdaderamente importante es tu vida, tu presente, el ahora. No vivas para mañana, porque puede que se destruya de un día para otro. Y bueno, mucho peor es quien vive para ayer. Eso sí es un completo fracaso, un fracaso injustificado. Tienes tantos días en tu vida, tienes tanto tiempo de vida, tienes tanta vida. Tanta y no más ni menos. Nadie puede permitirse el lujo de matar su hoy, tal vez no tenga mañana.

—Pero no puedes vivir pensando que el mañana no existe o el ayer no forma parte de ti.

Si la música no hubiera estado tan alta, se podría haber oído la carcajada de Ana.

—¿Crees en el destino, Eva? —Esta vez, al plantear su pregunta, su rostro era serio. Ya no parecía una broma ni una mera conversación filosófica entre dos borrachas.

—No. —La respuesta tajante e inmediata de Eva provocó una leve sonrisa

en su interlocutora.

—¿Puedo leerte las manos? Es solo un juego, una diversión esotérica, menos malévola que el romero de las gitanillas. —Antes de que ella pudiera rechazarlo, había tomado sus manos y las acercaba a una luz que provenía del techo. Una luz cambiante de azul a verde o amarillo, pasando por el rojo—. Anda, fíjate, veo más tu pasado que tu presente. —Dejó escapar una risa que Eva no llegó a oír—. ¿Será porque tú vives en el pasado? Es broma, no me tomes en serio, todo esto no son más que juegos de niñas. Pero ¿ves esta línea? —Eva no llegó a ver ninguna con la escasa luz—. Significa que no eres feliz. Alguien te está esperando en tu casa, un chico que ya conoces y con el que ya has estado durmiendo. Él es bueno contigo, ¿verdad? Pero le abandonarás, te irás de Noruega y vivirás en otro país, lejos del frío y de..., qué gracioso, lejos de mujeres rubias y de ojos claros. ¡Como yo! ¡Y como tú! ¡Y seguramente como tu madre! Qué absurdo, ¿no crees?

Dejó que retirara sus manos tras acariciárselas.

—A mí me dijeron que según mi línea moriría con diecisiete años. ¡Me lo dijeron cuando tenía veinte! No hay quien se crea estas cosas del destino y la brujería, espero que no me hayas tomado en serio.

A eso de las seis de la mañana tuvieron que comenzar a rechazar las invitaciones a beber, porque querían ser capaces de volver a casa por su propio pie. Aquello no impidió que la fiesta continuara, ya que Ana conocía además una discoteca que cerraba cuando los burgaleses amanecían. Eva se dejó llevar sin rechistar por calles empedradas tras haber recorrido la llamada calle de las Brujas, parando en algún garito poco recomendado. Había perdido ya el control de la situación y al día siguiente ni recordaba por dónde habían estado. Pero en ese momento no le importó. En la nueva discoteca pidieron una botella de agua a la que siguió una cerveza, invitadas por un solitario hombre que salió del bar pocos minutos después sin decir nada, y siguieron hablando de todo y de nada, sin dejar de reírse continuamente.

Cuando también les cerraron a las ocho de la mañana, cambiaron la música y el humo del tabaco por una cafetería en la que degustar unos churros con chocolate. Les faltó poco para quedarse dormidas encima de la mesa con un churro entre los labios. En el momento en que más le fallaban las fuerzas a

Eva, Ana propuso acompañarla al hostel, ya que dudaba de que pudiera acordarse del camino.

El dueño miró extrañado a la joven pareja, pero no hizo ningún comentario al respecto. La noruega andaba agarrada al hombro de la española y pensaba con detenimiento dónde colocar el siguiente pie para no tropezar tontamente, y cuando sucedía las dos dejaban escapar carcajadas. Subir las escaleras hasta el tercer piso llevó unos veinte minutos de esfuerzo que fueron recompensados cuando se dejaron caer en la cama de la habitación. Sin siquiera planteárselo, las dos tardaron menos de un minuto en dormirse con la ropa puesta.

Entre el dolor de cabeza, las legañas de sus ojos, el mal sabor de boca y los ruidos incomprensibles de su estómago, a Eva le costó horrores abrir los ojos horas después. Tardó en acostumbrarse a la luz de la habitación, que estaba a oscuras con las persianas casi bajadas del todo. Y en cuanto lo hizo no pudo evitar sobresaltarse y acurrucarse contra el cabecero de la cama, sujetando contra su pecho las piernas en posición defensiva. No era una pesadilla, era real: en ese mismo instante, Ana, delante de su escritorio, indagaba en su libreta como había hecho noches anteriores robándole el sueño. Cuando se percató de la reacción de Eva a sus espaldas, se giró con una sonrisa, sujetando un bolígrafo en su mano.

—Buenos días, Eva, siento haberte asustado así. —Se sentó en el borde de la cama—. Estaba dejándote una nota en tu libreta, no pretendía despertarte. Tengo que irme a casa, aunque me siento fatal por dejarte aquí con la resaca que tienes. He apuntado mi número de teléfono, no dudes en llamarme si necesitas cualquier cosa. Espero volver a verte pronto, Eva.

Ana, con su rostro perfecto, sin una sola señal de que hubiera estado toda la noche de fiesta, le dio un frío beso en la mejilla. Eva relajó un tanto sus músculos, inquieta e intentando recordar qué había sucedido la noche anterior, qué formaba parte de sus pesadillas de aquella semana y qué formaba parte del mundo real.

Pocos segundos después, la puerta de su habitación se cerró y Ana desapareció. Extrañamente, nunca desapareció de sus pesadillas.

Hubiese querido despertarse antes para ir a la biblioteca, devolver el libro, comprar un billete a Madrid y reservar el hostel para el día siguiente. Le quedaban tres días en España y su idea era viajar a la capital para poder visitarla al menos. Pero en vez de ello, la resaca y el cansancio la tuvieron todo el día acostada en la cama con la única opción de bajar a la máquina de golosinas y comprar una chocolatina. Después de eso volvió a dormirse, se despertó, vio algo en la televisión, y se quedó dormida hasta el día siguiente para renovar fuerzas.

A las siete de la mañana sonó su despertador para darle tiempo a cerrar todo lo que le quedaba pendiente en Burgos y poder subirse a un autobús a mediodía. En Madrid pasaría tan solo esa misma tarde y el día siguiente, y al tercero se levantaría pronto para coger el avión con escala en Copenhague.

Llegó a la estación de autobuses de la avenida de América antes de las cinco de la tarde. Había decidido que en Madrid se merecía una habitación más decente, teniendo también en cuenta que ya no necesitaba seguir ahorrando y midiendo el dinero de su bolsillo. Había reservado por la mañana en un hotel de tres estrellas situado en la zona de Conde Duque, cerca de la plaza de España. Algo que ya había aprendido en España es que las tres estrellas de sus hoteles significan una calidad superior a la esperada, no comparable a la de los del resto de Europa. La misma conclusión que había obtenido de la hostelería.

Compró su billete de metro y localizó en el mapa la ruta que había de seguir. A pesar del viaje y lo pronto que se había despertado, se sentía con ganas y fuerzas para visitar la capital española nada más dejar sus escasas pertenencias en el hotel. Tardó unos veinte minutos en llegar y subió con un ánimo inusual a la habitación, dejó sus cosas y bajó sin malgastar un minuto.

Durante un día y medio lo único que hizo fue ser turista. Una turista como todos los demás que se encontró en Madrid, visitando los monumentos que le dio tiempo, paseando por la plaza Mayor, la plaza de Oriente, la Red de San

Luis, el Retiro. Solo quería ser una más entre la muchedumbre con las mismas despreocupaciones de quienes están de vacaciones. Y lo consiguió.

Tanto lo logró que se olvidó de llamar a Ana para decirle que había llegado a Madrid, avisar a sus abuelos de que volvía a Noruega y buscar un tren a Lillehammer. Lo recordó mientras esperaba su vuelo de vuelta a casa y se encontró con una maleta repleta, sin justificación por su ausencia, sin lugar donde alojarse en Oslo y sin billete para volver a casa de sus abuelos.

El avión salía en una hora, por lo que buscó un sitio donde conectarse a Internet y se planteó el día que le esperaba. Podía dormir en Oslo, o podía coger un tren a casa de sus abuelos. Podía dormir en Oslo y visitar a Jens. Tenía horario de tutoría y, si mal no recordaba, mañana era uno de los días. Solo para saber algo más, para conocer al primer marido de su madre. No por nada en especial, qué iba a contarle él. Era una curiosidad sana, se dijo. Se mintió.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y no haberse cruzado nunca con Ana en el campamento.

Eva aterrizó en Oslo a las seis de la tarde con una sensación de alivio. Sintió como si desde el primer día en que se confesó en la catedral de Burgos un ruido incesante le hubiera machacado continuamente la cabeza.

Revisó una vez más la dirección del hostel que había apuntado en un papel y sin perder un segundo tomó el tren que la llevaba al centro de la ciudad. Al acabar la carrera su primera decisión había sido establecerse en Oslo para trabajar, y ahora lo recordaba como algo muy lejano. La primera profesión, las prácticas, sus amigos, el lugar de residencia le parecían decisiones que habían copado su mente meses antes y ahora eran secundarias. Una vez que terminara su visita en Oslo, se preguntó cómo volvería a afrontar la realidad. Aún no les había dicho a sus abuelos que había vuelto a Noruega y esa preocupación se sumó a las anteriores. No había decidido si debía contar la verdad o no, aunque su primer impulso era continuar con la farsa de Sevilla.

Tuvo que caminar unos metros hasta el hostel que había reservado en el último momento por Internet. Se encontró de pleno con un Oslo que respiraba la ilusión de la Navidad con sus luces y decoraciones, los padres cargados con bolsas imposibles y los niños señalando los escaparates boquiabiertos. Adoraba la Navidad, adoraba los regalos, los dulces que preparaba su abuela, los días que transcurrían sin preocupación en su casa con la chimenea encendida y la nieve cayendo fuera. En cuanto cerrara la visita con Jens y volviera a casa, disfrutaría de la Navidad un año más.

Subió a su habitación tras recoger la llave y tardó unos minutos escasos en deshacer su maleta encima de la cama, seleccionar su pijama y colocarlo en la silla. En ello estaba cuando se cayó su libreta entre la ropa. ¡Ana!, se había olvidado de llamarla. Entre tanto trajín, la resaca y su visita turística a Madrid se le pasó por completo avisarla de que volvía a Noruega y no se había despedido siquiera. Recogió la libreta y rebuscó entre sus hojas; Ana había apuntado en algún sitio su número de teléfono y podría mandarle al menos un mensaje. Pero no encontró ningún número. Volvió a hojear las páginas con más cuidado, buscando los nueve dígitos que no aparecían por ningún lado. En un tercer intento se centró en hallar algo nuevo: sabía que Ana había escrito en su libreta. En una de las páginas finales, en el margen izquierdo y casi tapada por las anillas de la libreta, Ana había dejado una enigmática frase sin acompañarla de su número de móvil.

La mañana siguiente encontró sin dificultad el horario de tutorías de Jens en la Universidad de Oslo y se alegró de que en unas pocas horas, si tenía suerte, daría con él.

Afortunadamente, Jens tenía un despacho propio en la universidad. Le encontró con la puerta entreabierta, el periódico *The New York Times* en una mano, el café en la otra y los pies apoyados encima de la mesa. Eva pensó que a sus casi setenta años debía de seguir queriendo parecer jovial. Cuando llamó a la puerta, Jens le pidió que pasara sin cambiar la postura, hasta que ella se

sentó en la silla y entonces se dignó a dejar el periódico, bajar los pies y mirarla sonriente.

—¿En qué puedo ayudarte?

Jens no había engañado en su foto aplicando burdos trucos de Photoshop. Parecía más joven de lo que era, no cabía duda de que practicaba ejercicio y se preocupaba por vestir elegantemente. Pensó que, a pesar de la diferencia de edad, incluso parecía más joven que su padre, quien se conservaba bastante mal. El despacho no era muy amplio; contaba con su escritorio, una estantería detrás de él y un pequeño armario de madera bajo en la derecha, tal vez demasiado apretujado. En las paredes no había colgado más que su título universitario, aunque Eva comprobó que guardaba en los estantes algunos de sus libros mezclados con otros en inglés y francés. Jens se debió de dar cuenta de que estaba inspeccionando su despacho y carraspeó repitiendo su pregunta.

—He venido porque tenía unas preguntas que quería hacerte. —Llevaba consigo una carpeta que apretaba contra su pecho, a modo de defensa, y se había sentado en el borde de la silla. Sintió que se ponía roja de vergüenza y el discurso que había preparado se había esfumado de su cabeza como por arte de magia. Decidió dejar la carpeta sobre sus rodillas, levantar la vista del suelo hacia Jens y hablar sin tartamudear—. Te resultará un tanto extraño, pero no me queda más remedio que ir directamente al grano. Acabo de enterarme de que mi madre mantuvo una relación por lo visto muy seria contigo y, como murió muy joven, todo lo relacionado con ella me crea mucha curiosidad. No estoy buscando que me cuentes nada concreto, es solo que quiero saber de ella.

Su expresión cambió por completo. Se inclinó hacia atrás, pensativo.

—Nora... —musitó—. Nora, Nora, Nora —volvió a pronunciar, como si el hecho de que las letras de su nombre cobraran vida en sus labios supusiera atraer el recuerdo de Nora. No miraba a Eva, tenía la mirada perdida en algún lugar del despacho.

Ella no supo si intervenir en sus cavilaciones o permanecer callada y, en cuanto él se levantó, decidió optar por lo último. Jens se dirigió hacia el armario de madera oscuro y, antes de abrirlo, se dirigió a Eva en un tono de voz muy bajo.

—No es ningún secreto que tengo problemas con el alcohol, pero la universidad no vería muy bien que estos se trasladaran a mi profesión o que durante su ejercicio tomara algún trago. Puedes hacer lo que quieras, pero te agradecería que guardaras el secreto conmigo.

Eva comprendió a qué se refería cuando descubrió que guardaba en el armario tres botellas de alcohol distintas y dos vasitos de chupito pequeños. Sacó una botella de Aquavit y, al escoger el vaso, lo levantó hacia ella preguntándole si también quería. Eva quería tener todos sus sentidos consigo cuando Jens le hablara de su madre y rechazó la oferta. Además, nunca había disfrutado de aquella bebida alcohólica típica noruega, que había que pensárselo dos veces antes de beberla. Una vez Jens se sentó con su vaso de Aquavit, volvió a parecer un hombre despreocupado y relajado. Eva incluso pensó que pondría los pies sobre la mesa, ya que se inclinó cómodamente hacia atrás en su silla. Acabó el primer chupito de un trago y se sirvió otro.

—He imaginado que hablabas de Nora por cuánto te pareces a ella, de hecho es lo primero que he pensado nada más verte. Nora tenía el cabello largo y ondulado. Estoy convencido de que si viviera te convencería para que te lo dejaras crecer. No sé en qué te puedo ayudar, señorita...

—Eva, me llamo Eva. Yo tampoco sé lo que busco, últimamente ha llegado a mí alguna información adicional sobre el asesinato de mi madre y estoy dándole vueltas al asunto.

Jens cogió el vaso en su mano y lo balanceó ligeramente antes de darle un nuevo trago, esta vez sin vaciar el contenido por completo.

—Bueno, conseguirías más información si te pusieras en contacto con tu padre. Será la única persona con vida que realmente sabe lo que sucedió ese día. No sabes cuánto me extrañó cuando lo leí en la prensa. Nora, la dulce Nora, asesinada a manos de su marido, el bonachón de Henning. Yo siempre supe que ella estaba enamorada de él, debería haber sido más inteligente. Pero confiaba plenamente en Nora y tenía la convicción de que ella debía elegir por sí misma qué tipo de mundo quería. Por otra parte, tampoco quería apartarla del mundo universitario, ya que para mí fue un periodo fantástico que te aporta los cimientos de tu personalidad. Yo quería que Nora tuviera una adolescencia más o menos normal, aunque al terminar el día se metiera en la cama con un

hombre de casi cuarenta años. Quería lo imposible, es obvio.

»No quiero aburrirte con historias de un viejo que no se recupera, con recuerdos pasados y enterrados que ya poco importan y de los que tal vez ya hayas escuchado hablar. Me imagino que yo también tendría curiosidad por saber cómo fueron mis padres si no los hubiera conocido. De hecho, tal vez sepas que me quedé huérfano muy joven y, si me cruzaba con amigos de mis padres, buscaba que me contaran algo con lo que hacer que mis recuerdos sobre ellos recobraran más vida. Entiendo que buscas lo mismo, pero me temo que poco más puedo darte yo de Nora, es decir, nunca podré decirte por qué motivo fue asesinada. Debe de ser extraño recomponer la imagen de una persona tan importante en tu vida a través de lo que otros te cuentan, sin poder contribuir tú mismo al rompecabezas. Al final nunca tendrás la verdad, pero tampoco la tengo yo, ni Henning, si es que sigue con vida. Cada uno conoce a una persona como la conoce, disfruta de algunas experiencias con esa persona, la ama, la odia, le tiene cariño. Nunca podrás saber cómo fue, me imagino, pero entiendo que quieras acercarte lo máximo posible. Y con Nora nunca tendrás decepciones, de eso estoy completamente convencido.

»Cuando conocí a Nora me di cuenta de que era diferente a las demás mujeres. Con ella uno solo sabía ser alegre, era lo que ella pedía. Odiaba discutir de cualquier manera, alzar la voz o que se la alzaran, no soportaba que alguien la riñera y, si estaba en disconformidad, te lo hacía saber al instante en vez de esperar y que se convirtiera en una bola de nieve. Nora era especial por su particular visión del mundo. Ella estaba aquí para disfrutar y disfrutaba con todos y cada uno de los aspectos de su vida, cuando tenía que estudiar o cuando estaba en Roma visitando el Vaticano. Le daba igual, su objetivo último era ser feliz. Y de esta manera hacía feliz a quien estaba a su lado. Aparte de sus mil cualidades, como su inteligencia, humor, dulzura, bondad... Y, por supuesto, lo hermosa que era. Cuando comenzamos a salir juntos, o bueno, cuando comenzamos a escaparnos juntos a Oxford, yo simplemente me divertía con ella. Era una diversión prohibida, fresca y diferente. A Nora no parecía preocuparle la diferencia de edad, y es cierto que a mí al principio tampoco, porque lo veía más como una relación pasajera de verano. Terminó el verano y descubrí que la pasión que Nora tenía me llenaba de vida. La eché

tanto de menos que volví a por ella. Seguramente sabrás que durante un tiempo no controlé para nada la situación, con mi novia en casa y mi amante estudiando el bachillerato. Todo seguía siendo un juego, pero llegó el punto en que me hacía daño matar la alegría de Nora. En la presentación de un libro, donde coincidió con mi pareja, ver que yo era el responsable de que Nora no tuviera esa vitalidad acabó conmigo. Corregí mis errores y me lancé a reconquistarla.

»Desde ese momento me desviví por ella. Al comenzar la universidad tomé la decisión, como te comentaba, de que ella tuviera la libertad para elegir. Pero ese maldito Henning no podía alejarse de ella. Cada vez que Nora me contaba que había estado con él el día anterior, me ponía furioso de celos, pero no se lo confesaba. Empecé a pensar que ella también estaba enamorada de él, y a confirmar mis temores. Si no, ¿a qué venía quedarse hablando con él en la habitación hasta las tres de la mañana, como si no pudieran dejar de hablar hasta caer rendidos? Ella siempre estuvo enamorada, pero tenía un sentimiento demasiado fuerte de fidelidad hacia mí. Henning completaba todos los espacios a los que yo no podía llegar y, sin serme infiel, Nora mantenía una relación a dos bandas. Nunca comprendí que fuera capaz de llevar esa dinámica sin darse cuenta del daño que nos hacía a los dos, pero ella seguía en sus trece asegurando que no sentía hacia Henning más que una amistad.

»Un día quise dejarle claro que no podía inmiscuirse en nuestra relación y cometí un grave error. Quería que supiera que Nora era mi novia y así iba a ser hasta el fin de los tiempos, y ahora que recuerdo esa escena me parece hasta gracioso. Tu padre se dio cuenta de que le tenía miedo y le veía como un rival, lo que imagino que le dio aliento para seguir siendo el perrito faldero de mi novia. Decidí hacerme más presente dando clases en la universidad, estar más cerca de Nora. Es verdad que quería que pasara menos tiempo con él, pero no es menos cierto que yo la necesitaba a mi lado. Nora se alegraba de que pudiéramos estar más tiempo juntos, y cuando hicimos pública nuestra relación disfrutamos de nuestros mejores años como pareja. Al menos es como yo lo recuerdo.

»¿Sabes? Hay lugares a los que uno pertenece y en los que se siente distinto, como si ejercieran una especie de hechizo sobre ti. Yo encontraba mi

lugar en Nora. Ella, sin embargo, se dio cuenta de que lo encontraba en tu padre.

»Siempre supe, de una forma u otra, que Nora me abandonaría por Henning. Pero, por otra parte, creía que el sentimiento que ella tenía hacia el matrimonio era tan fuerte que, si nos casábamos, nunca podría darme la espalda, estaría siempre a mi lado, seríamos marido y mujer al uso. No sabes cuántas veces Nora desaprobó los divorcios y lo que llamaba *familias rotas*, lo detestaba. Estaba convencida de que si tenías un compromiso con una persona, debías llevarlo hasta el final por encima de todo. Excepto casos extremos, consideraba que los divorcios no debían suceder.

»Por eso creí con tanta seguridad que no podía romper el compromiso, cuando también sabía que en cuanto tuviera la oportunidad así lo haría. Y esa oportunidad no tardó en aparecer, ella misma la buscó. La primera noche que pasamos en Oslo fue directa a la puerta de Henning y no volvió a salir de allí. Seguramente había recorrido ese camino millones de veces, pero fue la primera que lo recorrió con una firme determinación. Otras veces lo habría hecho sin saber que, en el fondo, buscaba lo mismo que aquella noche.

»Cuando Nora llegó a casa al día siguiente por la mañana, yo no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Entró en nuestro piso, “nuestro” hasta ese mismo momento en que por fin fui consciente de que la persona con quien creía, o más bien quería pasar el resto de mi vida, se desvanecía y escapaba de mis manos. Me encontré sentado en el sofá con una taza de café, esperando nervioso su vuelta para poner todo en su sitio. Y, a la vez, deseoso de que se arrepintiera, me mintiera y dijera que nada había pasado, de que yo la perdonara, durmiéramos abrazados en unos minutos y olvidáramos esa noche, la aparcáramos en un rincón de nuestra mente para no despertarla nunca más.

»Ciertamente, la esperanza es lo último que se pierde.

»Nora se paseó nerviosa delante de mí y la vi como la persona que realmente era, desnudando la ceguera que tantos años me había nublado. No era la joven perdidamente enamorada y enredada en una complicada relación amorosa con un hombre mayor y medianamente conocido. No era la joven que se entusiasmaba con cualquier escapada, palabra dulce o cena. Había perdido

conmigo la inocencia, y al descubrirlo se escapaba entre sus dedos la ilusión de tenerme cerca, querer formar parte de mi vida y ser por completo la mía. Descubrió ante sí que el juego había terminado y el matrimonio no cuadraba en aquella partida. Una partida que perdimos los dos por igual, yo lanzando los dados cuando no quedaba nada que apostarse en el tablero, ella arrebatándomelos para hacerme saber que había terminado, terminado de jugar a ser quien no era, a que los sentimientos impulsivos tuvieran menos peso que los racionales. Había estado viviendo en mi mundo por mi culpa, tiraba de ella y me la traía a mi terreno consciente de que ella me seguiría por lo cegada que estaba por mí. No sabes lo extraño que es saber que todo lo que la persona amada ha sentido por ti, los sentimientos que tan fuertes fueron en su día, ya no significan absolutamente más que un pequeño recuerdo o un dolor y una incomodidad.

»Se sentó delante de mí, lo más lejos que pudo, y sin atreverse a decir palabra empezó a rodar el anillo en su dedo como si el contacto con su piel le ardiera. Lo sacaba un poco, volvía a colocarlo en su sitio, le daba vueltas. Cualquier cosa menos permitir que rozara su piel más de lo necesario.

»Hasta que se lo quitó.

»Nunca un gesto había significado tanto ni producido una reacción similar en mí. Nora se quitaba el anillo. Mi mujer, quien iba a ser mi mujer hasta el mismo día en que me muriera, me abandonaba por Henning. Sentí que todo lo que había formado parte de mi mundo, tanto mi pasado, mi presente, como mi futuro, habían estado siempre invadidos por la presencia palpable y en ocasiones invisible de Nora. Estaba unido a ella para siempre, sin importar si me refería al ayer o al mañana. ¿Cómo se puede matar eso con un gesto? ¿Se suponía que todos los sentimientos que albergaba hacia mí no existían, sin más? ¿Y yo, por mi parte, debía asesinarlos? No se puede asimilar que todo lo que quieres a una persona debes encerrarlo en una cajita, echarlo al mar y tirarlo para no tenerlo presente nunca más. No hay fórmulas, ni reglas, ni normas. Nada que te ayude a arrancarte parte de ti mismo, porque ya no volverá a ser real. Con Nora yo era una persona distinta, crecía a su lado al igual que crecía nuestra relación. Todo cuanto Nora cambió de mí, cuanto me aportó y yo le aporté, tantas vivencias que nos formaron como personas,

porque al fin y al cabo son las vivencias y experiencias las que te forman, no eran ya parte de mi vida. Dejaban de ser una continuidad de mi persona, era pasado abrupto. Nunca más presente.

»Nora me abandonaba. El abismo que suponía para mí esa expresión era terrorífico.

»Tras unos largos minutos, tal vez casi una hora, sus sollozos se fueron apagando y tuve fuerzas para sentarme a su lado. Antes de llegar siquiera, ella se levantó y me rodeó con sus brazos, un abrazo dulce, indeciso. Le correspondí sujetándola fuertemente como si pudiera evitar que se fuera. Me hundí en su cabello por última vez en mi vida y le pedí perdón.

»¿Quién puede pedir perdón a la persona que te es infiel y te abandona? Bien, yo lo hice así. Porque yo la había empujado a toda aquella ridícula situación en vez de asumir que nunca sería mi mujer. Forzarlo solo podía conllevar las peores consecuencias.

—Pero ella aceptó, se comprometió contigo.

Jens, que antes miraba abatido hacia la nada, sonrió a Eva amargamente.

—Sí, por supuesto. Ella estuvo tan ciega como yo, rodeada de mí y todo lo que ello conllevaba, involucrada en una relación irreal. En cuanto sintió que estaba atrapada en la red, necesitó huir. Claro que aceptó casarse conmigo, estoy seguro y siempre lo estaré de que me quería. Yo era su pareja, ella me era fiel porque tan solo así podía ser. Hasta que serme fiel para el resto de su vida, firmarlo, pudo con Nora. ¿Por qué demonios iba a serme fiel para siempre? ¿Por qué no iba a aceptar por una vez que Henning la hacía sentirse Nora, mientras que conmigo creaba un personaje que se llamaba Nora? Claro que podía abandonarme, el camino hacia la habitación de Henning no era un trayecto prohibido. Ni señales, ni obstáculos, ni el tiempo le impedirían recorrerlo.

»Todas las normas que me salté por ella, todo lo que sacrifiqué para poder formar parte de su vida, cuanto arriesgué, cuanto me esforcé por que siempre se sintiera a gusto, cuantas amistades rompí por no comprendernos... Toda mi vida, cada minuto, cada maldito segundo, en especial desde aquella patética cena en que mis amigos la trataron como una niña, lo dedicaba por completo a ella. Estaba en mi cabeza como un taladro constante, recordándome que no

podría mover nunca jamás un solo dedo si no era para ella, para que fuera feliz. ¿Sabes cuántas veces tuve que pedir perdón? ¿Te puedes imaginar cuántas veces me importunaron por estar enamorado de una joven como Nora?, ¿cuántas personas decidieron que mi relación con ella no era más que pura chulería nacida de mi egoísmo extremo por retenerla a mi lado, obligándola a hundirse en un mundo de adultos? ¿Cuántas personas me odiaron y juzgaron y prejuizaron y me dieron de lado... por Nora? Nadie puede ser capaz de saber cuál era mi situación, qué sentía yo amando a tu madre. La amaba con tanta locura y de forma tan extrema que perdía la cabeza si creía que podía abandonarme, que al final todos los malditos presagios de que no podría soportar la gran diferencia de edad calarían en ella, dejándome en el vacío. Tantos esfuerzos, noches, días, tanta energía invertida en ser para ella la mejor persona que podía ser, en querer ofrecerle absolutamente todo cuanto yo podía, esforzarme por cruzar el límite humanamente posible para alcanzarlo todo y ofrecérselo en bandeja de plata, por ser su hombre perfecto y hacer de nuestra pareja la relación ideal, pasional, vívida, eterna... ¡Todo eso para que ella se quitara, con un simple gesto, el anillo del dedo! ¡Un palacio construido con precaución desde los cimientos para poder elevarla al cielo, y ella lo derrumbaba con un sencillo gesto! Si hubiera habido un derrumbe pausado del castillo, descendiendo primero una planta, y otra, y otra, lo habría podido aceptar. Pero ella bajó hasta la puerta de salida sin aviso previo; yo no me había podido hacer a la idea aún. Tenía que rehacer mi vida entera sin que ella formara parte cuando siempre había sido el puro centro. ¿Sabes qué puede significar eso? ¡La locura para cualquiera! De pronto no es nadie en tu vida, tienes que borrarla por completo y de un simple manotazo. ¡Ojalá hubiera habido un manotazo! Pero todas sus acciones eran tan delicadas que obviamente ni siquiera podía haber un golpe brusco. Nora actuaba con esa fragilidad patente en todos sus movimientos. Una fragilidad que yo quise cuidar hasta el infinito y fue mi mayor preocupación hasta que ella decidió que no.

»Y, a la vez, ¡qué iluso era! Ya lo sabes. Yo siempre construí plantas para disfrutar de nuestro pequeño lugar, a sabiendas de que ella lo encontraba en Henning y era cuestión de tiempo que se lanzara a él.

»Me quedé solo. Por primera vez en tantos años estaba completamente solo y me aterraba estarlo. Es más, estaría solo el resto de mi vida porque nadie más iba a poder ocupar el lugar de Nora. Ni siquiera lo intenté, no voy a engañarme.

Jens terminó el segundo vaso y permaneció unos segundos en silencio. Eva imaginó a su madre enamorada del hombre que tenía ante sí con una mirada triste al recordarla. Nora no había muerto para Jens: la había traído al presente en esos instantes para deleitarse con su recuerdo y añorar su presencia.

Pareció apartarla ahora de un manotazo al mostrar a Eva una sonrisa pícaro y seguir hablando.

—Pero yo la he perdonado, de verdad. —Eva se extrañó ante tal afirmación venida de la nada—. Sí, sé que ella no me pidió perdón, pero yo sí lo hice. Fui yo quien se lo pedí a ella, pero nada más cerrar aquella puerta, aparte de una abrumadora tristeza, también sentí rabia. Una rabia terrible por los años que ahora debía olvidar como si no hubieran transcurrido nunca, engañándome a mí mismo. La odié durante días, tal vez incluso meses, pero cuando esa rabia pasó y volví a echarla de menos, me dije que lo único que podía hacer ya para cerrar la herida era perdonarla. Y ahora lo puedo afirmar sin miedo. Yo he perdonado a Nora. —La sonrisa de Jens se había desvanecido con cada palabra suya, medida ahora con lupa en vez de ser una consecución atropellada de frases deshilachadas como antes. Hablaba gesticulando para un público que no existía, manteniendo su mirada perdida, o posiblemente depositada en el recuerdo de Nora—. Tampoco te negaré que intenté recuperarla, por supuesto. No fue tan sencillo ni rápido como acabo de describirte.

—¿Volviste a verla después de divorciaros?

—Sí, intenté que no me abandonara. Pasé un mes entero en vuestro pueblo, en un hotel local. Cada día me permitía visitarla y paseábamos por el bosque, parecía que volvíamos a ser felices y yo la miraba diciéndome que era mi mujer, que por fin era mi mujer. Después de una semana volvió a ponerse el anillo, como ves me concedió un descanso en ese torbellino en que se había convertido nuestra ruptura. Nora, lejos de Henning, incluso parecía volver a

amarme. Pero no dejaba de marear el anillo en su dedo como si le molestara. Solo fue necesario que él la llamara un día preocupado por ella para que volviera a quitarse definitivamente el anillo y tirara por la borda cuanta esperanza vana albergué.

»Desde entonces no volví a verla más que fotografiada en una horrible camilla, sin vida.

»Supongo que cuando quise intentar recuperarla seguía sabiendo que ella nunca volvería. Pero no podía permitirme no luchar por lo único que he querido en mi vida, por encima de mí mismo y mi bienestar. Nora siempre iba a estar por encima de todo. Y de nada. Porque después de abandonarme no me ha quedado nada, ni por el día ni por las noches.

—¿No has vuelto a escribir una novela desde que estuvisteis juntos?

Jens sonrió ante la pregunta, consciente de que Eva había hecho sus deberes.

—Mis novelas no tenían una gran calidad literaria, que digamos. Si hubiera tenido que vivir de ellas, lo habría hecho malamente. Sí escribí, Eva, pero no publiqué. En esta estantería, en el estante más alto, ahí están mis dos novelas sin publicar. Después de Nora descubrí que solo era capaz de escribir sobre ella. Verías sus huellas en las dos novelas y las reconocerías al instante. No quería que supiera que seguía enamorado de ella, y al fin y al cabo no creo que sean un gran legado a la literatura noruega. Quería que Nora fuera feliz en su matrimonio con Henning y apartarme totalmente de su camino, no como hizo tu padre.

Eva buscó alguna pregunta más, pero no podía encontrarla. Quería alargar la conversación y saber más, pero se dio cuenta de que no había hilo del que tirar. Le llamó la atención que tanto Jens como su padre usaban una peculiar forma para describir a Nora, como aquel lugar que les daba la tranquilidad que necesitaban. Y curiosamente, los dos estaban convencidos de que su madre siempre estuvo enamorada del otro. Sin embargo, aquellas no eran preguntas que quisiera hacer en voz alta.

Fue Jens quien dio por terminada la conversación.

—No sé qué más puedo contarte, Eva, tampoco sé qué esperabas escuchar.

—Yo tampoco —musitó ella colocando de nuevo la carpeta sobre su

pecho y haciendo ademán de levantarse—. Muchas gracias por tu tiempo, Jens, ha sido un placer.

—Igualmente, Nora. —Se levantó de la silla para estrecharle la mano—. Perdona, Eva. Te pareces tanto a ella.

Le volvió a agradecer su tiempo e hicieron un par de insulsos comentarios sobre el frío que le esperaba al salir. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, Jens la llamó por su nombre.

—Hay una cosa, Eva. De hecho, hay algo más. Cuando tu madre murió, creí que perdía la cabeza. Recopilé toda la documentación que se publicaba del caso, financié la búsqueda anónimamente, contraté a un par de chavales para que inundaran Oslo con la foto de tu padre, seguí la investigación al dedillo. Cuando después de dos meses parecía no avanzar hacia ningún lado y perdía las esperanzas de que ese tipejo estuviera entre rejas, contraté a un detective privado. Le entregué los recortes de prensa que tenía, le hablé de Nora y de mí, de Nora y Henning, y le pedí que investigara desde la base de que no sabíamos quién era el asesino. Me negaba a dar por sentado que fuera tu padre, y solo deseaba encontrarle para saber qué había pasado. De hecho, Eva, sigo convencido de que tu padre es inocente. —Eva hizo un ligero gesto negativo con la cabeza que no se le escapó a Jens—. Llamaré a Sebastian para que te entregue toda la documentación; dame tu móvil y le pediré que concierte una cita contigo. Vive aquí en Oslo, si no se ha mudado recientemente. Es un buen amigo mío, le conocía antes de contratarle.

—¿Encontró algo interesante?

Jens vaciló antes de contestar. Estaba poniendo en una balanza las ventajas e inconvenientes de contarle a la hija de su exmujer la única pista abierta que nadie había seguido, o siguió, pero sin llevar a ningún lado. Sopesó qué de bueno le aportaría a ella saber más sobre el caso e incluso intentar retomarlo, meterse en la misma espiral en la que se había dejado enredar él mismo. Antes de continuar, Eva percibió que descargaba el peso de su cuerpo del pie derecho al izquierdo y cruzaba los brazos sobre el pecho. Intenta ocultarme algo, pensó. Jens tardó unos segundos más en responder a la pregunta impaciente de Eva, convencido de que ya no había vuelta atrás. Sebastian le contaría todo lo que habían descubierto, y aun así, ella nunca estaría cerca de

conocer ni la mitad de la verdad, de descubrir por sí misma lo que se ocultaba bajo el manto de mentira que envolvía la muerte de su madre. ¿De qué le iba a servir el dato que le iba a dar, o toda la información que el detective había recopilado, si nunca llegaría a desvelar la verdad? Tanteó incluso la posibilidad de hablarle del diario de Henning, ya que solo ahí encontraría las respuestas que estaba buscando. Pero a la vez sabía que no podía decirlo en voz alta, era un secreto prohibido que no comprendería y seguramente en vez de ayudarla la haría perderse más en aquella historia. Solo dentro de un contexto que él no podía darle a ella, y solo guiada por él mismo, podrían dar con la clave de la muerte de Nora. Quiso pedirle que buscara el diario de su padre entre los objetos antiguos de su casa, que diera con él por encima de cualquier cosa, que siguiera las pistas como fuera, con la banal e inútil esperanza de que Henning no se lo hubiera llevado consigo en su escapada. Pero qué pensamiento tan ridículo. ¿Cómo no iba a haberse llevado él su diario? Era imposible que Eva diera con él y aún más imposible que se lo llevara a Jens para leerlo juntos y dar por finalizado un capítulo que parecía seguir hilándose en soledad.

Se limitó a lo sencillo. Le daría la única pista que Sebastian había descubierto y pocas personas más conocían, ni siquiera los abuelos de Eva.

Y ocultó lo único importante en toda esa historia. Dejó el diario bien cerrado para no seguir abriendo cajas de Pandora sin utilidad. No podía poner más piedras en el camino ni hacer que Eva lo recorriera por él.

—¿Encontró algo interesante? —Eva repitió su pregunta intuyendo que estaba a punto de decirle algo nuevo.

—Sí, sí lo hizo. —Jens despertó ante su pregunta un tanto aturdido—. Si tu padre fue realmente quien mató a tu madre, se esforzó por no hacerle ningún tipo de daño... —mientras iba pronunciando sus palabras se arrepentía. Hubiera preferido que fuera Sebastian quien se lo contara y no tener que vivir aquello una vez más, o al menos no mentir. Contar verdades a medias es tan sinónimo de mentir como de engañar. ¿Por qué le había hablado de Sebastian y le estaba revelando el último dato?: no llegaría a ninguna conclusión sin el diario de Henning.

—¿Qué quieres decir? —Eva estaba expectante ante su respuesta, por fin

un camino nuevo que poder recorrer.

—Hay algo que la policía no contó a la prensa. Tu madre estaba drogada, no sintió nada de aquel macabro asesinato.

Eva se dirigió al comedor de la universidad que tan bien conocía. Estaba cansada. Cansada de componer y recomponer con nuevas piezas la historia de su madre. Hasta hacía unos días solo contaba con la visión de sus abuelos y los periódicos que recortaron para saber qué pasó. Después se había unido la de su padre, el supuesto asesino, y ahora la de su primer marido. Tenía ganas de apagar las luces y que todo aquello se acabara sin más, enterrarlo en el pasado al que pertenecía.

Pero no lo hizo. Reconstruyó lo que tenía en su cabeza. Henning había amado a Nora desde que la conoció en la universidad. Todas las pruebas de la investigación apuntaban hacia él, e incluso huyó. Su padre había confesado que no era inocente, había asesinado, por tanto, a su madre. Pero la drogó para que no sintiera nada; y su anterior marido le eximía de culpa. No quería escuchar al detective, ¿qué más podía contarle? ¿Que era inocente? Eso era imposible, el mismo Henning le había confesado que era culpable cuando tontamente ella había creído que no.

Alguien le dio un par de golpes en el hombro y se giró de un salto. La amplia sonrisa de Markus apartó bruscamente todos sus devaneos y la hizo volver a la realidad.

—Tengo entendido que te has enamorado de un sevillano y no vas a volver a vivir en la fría Noruega. —Markus acompañó sus palabras con una imitación de un pase flamenco.

Eva se rio y se levantó para recibir el abrazo cálido que tanto necesitaba. Le parecía increíble que hacía pocos meses Markus fuera su pareja, y que lo hubiera sido durante dos años. Nunca le había echado tan en falta como ahora.

—¿Quién te ha contado eso? —respondió Eva sin apartarse demasiado de él, dejando que el abrazo se deshiciera naturalmente para aún poder retenerle

cerca. Markus mantenía su mano en el brazo de ella y lo apretó afablemente.

—Emma, pero no tardó en confesar una peculiar historia. Espero que a mí al menos me expliques toda esta locura que te entró en el *camping* de Francia, y no intentes engañarme con lo del sevillano. —En ese momento, con la enorme sonrisa de Markus y la necesidad que tenía de un abrazo fuerte y de hablar, le habría relatado de cabo a rabo sus últimos meses. Pero aborreció la historia en la que se había enfrascado, por mucho que quisiera desentrañarla. Markus le estaba dando la mano para sacarla del pozo y permitirle disfrutar de unos minutos normales después de muchos meses. Una conversación normal, solo quería eso—. Te invito a comer.

—¡Pero si acabo de comer! —exclamó ella.

Markus señaló el plato casi lleno que Eva había dejado sobre la mesa, decidida ahora a acabar con el yogur. Tenía razón, mucho no había comido.

—Vivo cerca, si quieres te invito a mi nueva casa y comemos algo decente.

No tardó un segundo en aceptar la propuesta. Markus no podía imaginar cuánto agradecía Eva una comida hecha en casa en vez de tanto restaurante y bocadillo.

Subió al coche de su antigua pareja y en menos de quince minutos habían llegado a su destino. Cuando ella comenzó el InterRail, Markus no tenía coche, apartamento ni trabajo. Era un coche de segunda mano en muy buen estado que sus padres le habían regalado. No es que fueran ricos, pero había que admitir que disfrutaban de una posición más bien holgada. De conocer cada segundo de su vida había pasado a ignorarla por completo.

Entraron en un pequeño apartamento con dos habitaciones. Tenía cocina americana, que a Markus siempre le había gustado hasta que le tocó tenerla en su casa, un cuarto de baño minúsculo y un jardín compartido con los demás vecinos.

—Vivimos Adrian y yo aquí. Tuvimos mucha suerte de encontrar el piso. El alquiler está bien de precio, pero claro, la casa estaba sin amueblar. Es fácil reconocer dónde hemos hecho la compra, ¿verdad?

Eva sonrió. Los muebles de Ikea eran perfectamente reconocibles, especialmente los de la gama más baja y más típica de ver en las tiendas y

otras casas. No se habían salido mucho de la línea más barata, aunque con buen gusto, admitió. Adrian había sido su amigo inseparable desde que comenzaron la universidad e intercambiaron las primeras palabras, por lo que no le extrañó que fuera su compañero de piso. Parecían más hermanos gemelos que amigos, y no solo porque los dos se parecían. Pelirrojos, con pecas y ojos verdes, delgados y altos, de cuerpo atlético. Solían confundirlos con hermanos y muchas veces ellos ni se molestaban en desmentirlo. Sus aficiones también eran muy similares, en especial su pasión por el deporte, que solían practicar cuatro o cinco veces a la semana. En la universidad la bicicleta, como solía suceder con todos los noruegos, era su primer medio de transporte. Pero en ellos el uso de la bici llegaba a puntos extremos. Aparte, siempre había fútbol, tenis, esquiar o ir a correr, algo con lo que mantenerse ocupados sin pisar nunca el gimnasio.

—¿Tienes tiempo para hacer tanto deporte como siempre?

—No, con el trabajo no puedo. Las guardias me están matando, voy todo el día dando cabezadas. Ya no sé a qué hora como, a qué hora duermo, cuándo me levanto... Es de locos, ya verás cuando empieces. Por cierto, están buscando a gente en el Rikshospitalet, podrías acercarte.

Eva asintió. Ciertamente, ya era hora de plantearse buscar trabajo, no podía seguir vagando de un sitio a otro sin ton ni son. Es más, si no hubiera cambiado sus planes, ya estaría trabajando: hizo las prácticas en ese mismo hospital e iban a contratarla. Ahora se sentía ridícula por haber encaminado su vida hacia algo bastante menos productivo como era la búsqueda de su padre. Encima, sin resultado alguno. Siendo prácticos, había perdido un tiempo maravilloso.

—Bueno, espero que al menos hayas aprendido francés.

Markus se había colocado ya el delantal y sacaba del frigorífico pollo y algunas verduras para freír. Las colocó en una tabla de madera y comenzó a cortar.

Eva sabía perfectamente lo que pensaba. Markus era el hombre de «no pierdas el más mínimo minuto de tu vida, que es muy valioso». Si no se hubiera puesto a trabajar nada más terminar las prácticas, se habría vuelto loco. Necesitaba aprovechar cada instante. Por una parte, ella adoraba esa

forma de ser, pero odiaba las tardes de domingo en que prefería estar tirada en el sofá leyendo un libro, con él abrazado a su lado, mientras él solo pensaba en salir a correr, jugar al fútbol o cualquier otra cosa que implicara mucho movimiento. Cuanto más, mejor. Parecía que no le valía siquiera con un agradable paseo.

Para él, que ella hubiera retrasado tanto la decisión de trabajar perdiéndose por el sur de Europa era incomprensible. Cada uno que hiciera lo que quisiera, él lo respetaba, pero no lo comprendía. Al menos si había aprendido francés, obtenía algo bueno de la experiencia.

—Sí, algo aprendí, la verdad. Trabajé de camarera durante unos meses; también aprendí que no es el trabajo de mi vida.

Markus se dirigió a un mueble que había en la sala de estar.

—Casi se me olvida por completo. Lo mejor de ganar un sueldo decente y no depender de mis padres es que puedo invertirlo en lo que me da la gana, sin que me puedan decir nada. —Abrió el mueble y sacó una botella de vino y dos copas—. Es francés, me ha costado un ojo de la cara. Lo guardaba para una ocasión especial, parece que ya ha llegado. —Eva se sonrojó ante la amplia sonrisa que le dedicó, achinando sus ya de por sí pequeños ojos. Cómo echaba de menos esa mueca.

Dejó una copa de vino en la encimera para ella y bebió un trago de la suya. Eva lo aireó un poco y se sorprendió oliéndolo antes de catarlo, como había visto que hacían en las películas. A su madre le encantaba el vino, recordó. Probó su copa y se acercó a ver el etiquetado de la botella, pero no entendía nada. No solía beber vino y nunca se planteó que le interesara el mundo de los caldos, por lo que se sentía ignorante. Se imaginó a una joven Nora de solo diecisiete años catando una copa en un lujoso restaurante de Oxford con un hombre que le doblaba la edad. Y a continuación, a su madre deleitando una copa en el sofá de su casa con música de Beethoven de fondo, recordando... ¿el qué? ¿Estaría enamorada de Jens o de Henning? Escuchando a uno o al otro la versión variaba. Nora había hecho su elección, a fin de cuentas; ella no tenía duda de que debía de querer a su padre.

—Eva, ¿quieres algo? —Markus la miraba extrañado y se dio cuenta de que llevaba varios minutos balanceando la copa sobre la encimera, sin probar

más de ella.

—No, no, me he quedado un poco... ida, pero estoy bien —acompañó su respuesta de una sonrisa con la que subrayar su afirmación.

—Bueno, espero que te guste.

Había calentado aceite en la sartén y estaba a punto de echar encima el pollo con las verduras troceadas, sazonado con condimentos y sal. A Markus siempre le había gustado cocinar, no como a ella. Debía de ser un efecto secundario de su actitud incansable.

—Seguramente sí, muchas gracias por invitarme. Estaba desesperada por un poco de comida casera.

—¿No has comido bien en Francia? Tengo entendido que la comida es excelente.

—Sí, si no vives en un *camping* con un *camping-gas* y ganas el sueldo de una camarera. —Markus se giró sorprendido. ¿Qué demonios había estado haciendo en Francia?—. Sí, lo sé, podría haberme pagado un alquiler. Pero pensaba estar tan solo un mes y quería ahorrar y ahorrar y ahorrar, y me daba una pereza increíble ponerme a buscar. Al final me quedé más tiempo en Francia y una cosa llevó a la otra.

—¿A qué otra?

—Es una historia muy larga, de verdad. —Intentó evitar el tema con un deje cansado.

—Sí, y afortunadamente tenemos una botella de vino entera para compartir con esa historia tan larga.

Eva creía que debía guardarse la historia para meditarla en su casa, sin plantearse que lo mejor era compartirla. Así se lo hicieron ver rápidamente Markus y la botella de vino, que se fue vaciando a pasos agigantados, y que se sustituyó por una de vodka. A la mañana siguiente, ver el Aquavit en el despacho de Jens casi le revolvería el estómago, pero si en ese momento el vodka se hubiera acabado, bien podría haber tomado un chupito del licor escandinavo. Markus preguntaba y cubría los vacíos que Eva dejaba en su relato, se interesaba por saber más y sacaba sus propias conclusiones, pidiéndole a ella que las corroborara o que defendiera por qué no podían ser. Eva no se imaginó que el práctico de Markus, quien podía no haber leído un

libro desde los quince años y mucho menos haber estado sentado más de una hora seguida viendo una película, pudiera mostrarse tan intrigado con la historia de su madre.

Tardó toda la tarde en relatarle la historia de sus padres, la visita a Jens, el viaje por InterRail, su estancia en Francia y en Burgos. Él interrumpía para saber más o buscar información en Internet contrastando, por ejemplo, las noticias referidas a Jens o la descripción de la catedral de Burgos. Quería vivirlo como ella lo había hecho, al menos acercarse lo máximo posible.

Y cuando terminó, se quedaron los dos en silencio, sentados cerca en el sofá, con una copa en la mano cada uno, manteniéndose la mirada y cogiéndose la otra mano. Él, de pronto, cambió la expresión tras cavilar sobre todo lo que había escuchado.

—No me puedo creer que hayas estado delante de tu padre, sin más. ¡Y encima te confesó que era el asesino! ¿Pero cómo puedes habértelo tomado tan a la ligera? ¿Es que no te preocupa lo más mínimo tu vida? ¡Es un psicópata, Eva! No puedes andar jugándote la vida como si no le importaras a nadie.

—Lo último que necesito es que me riñas, por favor.

Intentó volver a recriminarla, pero se podía leer fácilmente en su mirada que estaba demasiado cansada como para escuchar lo que quería decirle. Nunca había tenido tal sensación de fragilidad en ella. Todo lo contrario, siempre había parecido una mujer fuerte y con mucha vitalidad. Esa era la principal causa de que se enamorara y siguiera tan enamorado de ella.

—Perdona, no pretendía... Pero se me pone la piel de gallina de solo pensar que podías estar en peligro.

Una vez zanjó el tema por completo, pudo disfrutar de la compañía de Markus. Escuchó cosas sobre su nueva experiencia en el hospital, sus compañeros, su recién estrenado piso, sobre su abandono... Él incluso se atrevió a preguntarle el porqué, aunque Eva dejara claro en su día que no quería discutirlo ni dar ninguna justificación, y que decidía simplemente cerrar una bonita relación. Y Eva se dejó preguntar y contestó lo que no había podido contestarse a sí misma. No había dejado de quererle, en absoluto, solo que se había sentido demasiado involucrada en la relación y creía que lo más importante de su vida estaba fuera de la pareja, algo en lo que se equivocó y

no fue capaz de corregir sus errores hasta esa noche.

Lo que en su día le había parecido tan importante, su vida privada, sus amistades, su carrera, quedaba ahora en segundo plano. Nada de ello le daba lo que encontraba en el abrazo de Markus. Por fin comprendió a qué se referían Henning y Jens con el «pequeño lugar». Luchando por que sus ojos no se cerraran aún y poder seguir disfrutando del abrazo acaparador de Markus, quien, temeroso porque volviera a escaparse de él sin ninguna disculpa, la sostenía entre sus brazos deseando que el momento fuera eterno, Eva supo que no podría huir de Noruega como Ana le había predicho aquella noche en la discoteca de Burgos tras leer las líneas de su mano. Los brazos de su pareja le explicaban qué era estar en calma, feliz. Quería soñar rodeada por él cuantas noches se lo permitiera el hilo de su vida y, si de aquella aventura nada en limpio obtenía sobre su madre, al menos le quedaría el haber apreciado y aprendido ese abrazo. «Ojalá sea eterno», pensó antes de que la traicionara el sueño.

Markus salió de casa a las siete de la mañana dejando a una agotada Eva en la cama. Ella no abrió los ojos hasta las doce del mediodía.

Escuchó un molesto ruido repetitivo que la abstraigo de sus pensamientos. De pronto cayó en la cuenta de que era su móvil.

—Buenas tardes, soy el detective Sebastian Pedersen.

—Eva. No esperaba la llamada tan pronto.

—Recuerda que soy un hombre jubilado con pocas tareas. Me ha comentado Jens Stenberg que querías verme por el tema de Nora Dahl. Tengo entendido que eres la señorita Gundersen.

—No, Eva Dahl. Mis abuelos decidieron cambiar mi apellido por el de mi madre tras lo sucedido.

—Sí, por supuesto. Me imagino que Jens te habrá comentado nuestra convicción de que tu padre no fue el asesino, pero podemos debatirlo en mi antiguo despacho si quieres. Sigo manteniendo la oficina, ya que no tengo

dónde meter todos los trastos que acumulé durante mis años como detective. —Sebastian se rio con ganas. Si no le hubiera dicho que estaba jubilado, Eva habría creído por su voz y forma de hablar que podía ser tan solo unos años mayor que ella. A pesar del tema que trataban, el timbre de su voz era alegre y vivo, casi jocoso.

—Podría acercarme hoy mismo, si no hay inconveniente.

—Perfecto. A eso de las tres me vendría bien, ¿podrás estar? —Sebastian le dio la dirección de su oficina y se despidió en el mismo tono jovial.

Eva disfrutó como nadie de poder estar en una casa, después de tantos *campings*, albergues y hoteles. Había sido una suerte encontrarse a Markus en el comedor, pura casualidad. Él había ido a devolver unos libros a la biblioteca y, para evitar preparar comida en casa, pensó quedarse en el comedor, hasta que la vio. Un par de golpecitos habían terminado con ella durmiendo en una cama junto a él.

Habían comentado simplemente que ella comenzaría a buscar trabajo pronto, ahora que lo único que le quedaba era la entrevista con Sebastian y parecía que esta no iba a aportar nada nuevo. Volvería a tomar el rumbo de su vida, o al menos encaminarla hacia un sentido más sensato, olvidando y perdonando obsesiones del pasado. Y, además, era lo que quería.

O eso creía.

Con tranquilidad desayunó, se duchó y se arregló. Markus guardaba en un cajón algunas prendas suyas que aún no había recogido, así que aprovechó para cambiarse. Antes de acudir a la cita, debía pasar por el hostel si no quería que le cobraran un día más, aunque dudaba de que fuera capaz de evitarlo a esas horas. Su idea era haberse levantado antes, pero esa cura de sueño bien valía el precio de una noche de hotel. En los últimos meses se había acostumbrado a desacelerar el ritmo de su vida; ciertamente tenía menos cosas que hacer que antes. Tal vez estaría bien volver a ser una mujer activa, recuperar el deporte, por lo menos, y trabajar.

La visita al hostel dio el decepcionante resultado esperado, pero al menos recuperó la mochila de la que tantas ganas tenía de desprenderse. Estaba harta de cargarla de un lado a otro sin sentido. Una vez pagó lo que debía, se paró a tomar un café y fue directa a la entrevista.

Sebastian Pedersen debía de haber sido un buen detective durante su vida profesional, o al menos con muchos y muy caros casos. El despacho era un *loft* ubicado en un sexto piso con vistas al Palacio Real. Eva comprobó que ni siquiera había quitado del portal la placa metálica con su nombre inscrito en letras góticas, que no incluía su profesión. Llamó al telefonillo y, a falta de un ascensor que funcionara, subió andando las escaleras. Una vez arriba, le abrió la puerta un hombre mayor que necesitaba bastón para apoyarse, vestía un traje azul marino y llevaba su escaso cabello blanco recién peinado hacia atrás con la ayuda de una colonia que dejaba un fuerte olor. El traje lo acompañaba con una pajarita marrón que poco favorecía el conjunto, así como unos gemelos con la bandera de Noruega. Sus ojos eran azul claro, casi tan claro que parecían blancos. De su fina cara destacaban, por grandes, tanto sus orejas como su nariz, que parecían pegadas a su rostro como parte de un disfraz. Le sonrió ampliamente y la invitó a pasar.

—La oficina en realidad estaba en el quinto piso, aquí es donde yo recibía a mis clientes después de que la secretaria tomara sus datos. Aquí es también donde pasaba largas horas. No siempre consistía en salir fuera a investigar, muchas veces tenía que empollar información en esa silla. Me hubiera encantado trabajar en esta época, con toda esa tecnología a tu alcance, Internet, la posibilidad de pinchar un teléfono con un clic y todas esas parafernalias. Ahora es una maravilla, pero hace ya diez años que me jubilé y, por muy tentador que sea, no creo que nadie me contratara para algún caso. Estaba buscando precisamente el de tu madre; me acuerdo perfectamente de lo que pasó. A decir verdad, la mayoría de los casos son muy rutinarios: que si infidelidades por aquí y herencias por allá... Tenía a mi cargo a un par de profesionales y solía mandarlos a hacer esas chorradas. Yo me quedaba con los casos interesantes —sonrió aún más que antes—. ¿Quieres tomar algo? Me temo que tengo poca cosa: agua y zumo de arándanos.

Eva sintió que su estómago resacoso pedía agua a gritos.

—Un poco de agua no estaría mal.

Sebastian le había pedido que tomara asiento en un confortable sillón del escritorio, enfrente de él. Caminó hasta una habitación contigua y volvió con una bandeja con una jarra de agua y un par de vasos.

—Bueno, no perdamos el tiempo. Tengo aquí toda la documentación, la he ordenado y te he sacado una copia para que te la lleves. Jens me ha dado permiso, no tienes que preocuparte.

»Conocía el caso por la prensa y no me cabía ninguna duda de que Henning era el asesino de tu madre. Quién si no, en un pueblo como el vuestro. No le di más importancia ni tampoco me volví loco como la mayoría de los noruegos. No quiero decir “loco” de locura, pero a mi parecer tuvo una cobertura excesiva: todo el mundo preocupado por encontrar al joven, la sensación intensa de fracaso como sociedad por parte de todos los ciudadanos, plantearnos si vivíamos en un país seguro, el apoyo desbordado a la policía. Preferí mantenerme al margen; odiaba que se entablaran ese tipo de debates a mi alrededor, y lo cierto es que sucedía con frecuencia. Fue excesivo, importó mucho más el debate que el suceso.

»Por entonces, Jens y yo ya nos conocíamos por temas profesionales. Él había contactado conmigo para hacerme una entrevista con la que cubrir algunos agujeros de una novela suya, de esas que escribía antes, y al parecer necesitaba el punto de vista de un detective. Te confesaré que no tenía muy buena opinión de él y mi primera impresión no hizo más que acentuarlo. Pero a lo largo de nuestra entrevista descubrí que no era un hombre tan chulesco, sino que le gustaba adoptar esa actitud para situarse por encima de uno y que no le comieran. Sin duda fraguó esa armadura a raíz de la muerte de sus padres y la importante empresa de transportes que heredó. ¿Sabes lo que puede ser lidiar con abogados y familiares a los diecinueve años para que no intenten tomarte el pelo con una empresa de tal calibre? ¿Y lidiar con empresarios para venderla sin que se rían de ti? Jens hizo todo eso por su propio pie y seguramente completó una de las mejores ventas empresariales que ha habido nunca en este país. Habría sido un gran empresario si se hubiera planteado trabajar. Pero a Jens lo único que le interesaba eran sus libros, la literatura, la música, los viajes..., vamos, disfrutar de la vida y no entrar en líos de empresas. De hecho, muy enamorado tuvo que estar de Nora para trabajar como profesor en la universidad y permanecer así cerca de ella. Jens aborrecía cualquier tipo de rutina y ser profesor con un horario y un temario estrictos seguramente le producía indigestión. Pero lo hizo por Nora y al final

resultó que le encantó ser profesor, y ahí se ha quedado, después de muchos años deambulando entre disfrutar de la vida y reírse de ella.

»Como te contaba, tras nuestro primer encuentro hicimos buenas migas y en alguna ocasión siguió llamándome para pedirme consejo, hasta que lo llevamos a un ámbito más personal y nos veíamos para cenar una o dos veces al año. Cuando surgió todo el tema de su exmujer, comprendí que me pidiera ayuda; en ningún momento sentí que se entrometía donde no debía. También debo confesar que estoy acostumbrado a que me pidan que me entrometa en las vidas de los demás. Abrió todas las puertas de la información que tenía e indagué cuanto pude en su pasado, en el de Nora y en el de tu padre. Un triángulo amoroso que no llevaba a ningún sitio. Jens opinaba que ella siempre estuvo enamorada de Henning, pero al entrevistarme con familiares y amigos de ella me di cuenta de que tu padre opinaba lo contrario. Dos machos luchando por el amor de una mujer, porque no me dirás que Jens no es el prototipo de “machoman”. Perdona que me ría, siempre he tenido buena relación con él y me gustaba decírselo.

»El hecho es que mi primera decisión fue desconfiar de todo el mundo y creer a pies juntillas en la presunción de inocencia. Por eso mismo, lo primero que hice fue desconfiar de Jens y, sin que se diera cuenta, me cercioré de que él no había sido. Cerré todos los cabos de dónde había estado ese día, aunque bien es posible que hubiera contratado a un asesino. Con la ayuda de mi equipo revisamos todas las cuentas y movimientos de Jens, y constatamos que cada corona cuadraba a la perfección y era imposible que hubiera contratado a un matón. Es más, nos confesó que, en parte, detrás del revuelo mediático estaba él. Había contactado con amigos suyos periodistas para que siguieran el caso y les insistía para que hicieran un llamamiento a la sociedad y se movieran por una injusticia, solicitando más protección para las mujeres, penas más duras, etcétera. Así que el caos mediático que tanto criticaba estaba alentado por mi amigo, hasta que al final se le escapó de las manos y se convirtió en una verdadera locura, retransmitiendo al segundo cada nuevo descubrimiento por nimio que fuera. Hoy en día nadie diría que él fue el alborotador, es más, se pensaría todo lo contrario. Intentaron preguntarle en público por aquel suceso, pedirle su opinión o saber cómo se sentía por la

muerte de su joven exnovia con quien había mantenido la relación más duradera. Y Jens siempre se negó en rotundo. Nora solo debía existir en su ámbito privado.

»En cuanto a la presunción de inocencia de Henning, era más difícil. No tenía sentido que no hubiera sido él y hubiera escapado. Antes de ser detective yo había trabajado en el cuerpo policial, por lo que tenía mis ventajas. Me granjeé muy buenas y fuertes amistades que en varias ocasiones me echaron un cable, con la certeza de que yo nunca los defraudaría. En este caso sucedió exactamente lo mismo.

»Moviéndome entre mis contactos descubrí que habían ocultado a la prensa un detalle muy importante. Si lo recuerdas, en la prensa siempre decían que Nora no se había defendido, sino que inmutablemente había recibido la muerte a manos de su asesino sin intentar escapar. No había ningún indicio de que la hubieran atado ni intentado forzar. La realidad es que Nora Dahl estaba completamente anestesiada, no había manera humana de que sufriera con las incisiones. La policía cometió un tremendo error: se confundieron los primeros análisis de sangre de manera tan torpe que apenas podían soportar la vergüenza. Toda Noruega fijando los ojos en ella y echan por tierra una prueba tan básica... Un amigo me comentó que era algo prácticamente imposible, pero como todo proceso en el que hay personas involucradas, sucedió un error humano. Un par de meses después del asesinato se dieron cuenta de su grave metedura de pata, no me preguntes cómo, e internamente fueron capaces de solucionarlo. De cara al exterior no dijeron esta boca es mía y se ocultó a la prensa que Nora estaba completamente drogada, con una dosis tan elevada que podría haber causado su muerte. ¿Por qué un asesino se dedica a matar a alguien de la forma más cruel si ella no puede sentirlo? Un tipo de crimen así solo lo lleva a cabo alguien que quiere hacer daño y disfruta con el dolor ajeno, ¿por qué se va a molestar en dormirla?

»El policía que me dio la información dijo que estaban completamente perdidos. No sabían por dónde avanzar. Al cabo del tiempo dieron por sentado que Henning padecía una psicosis nunca antes vista.

»Yo, por mi parte, no me di por vencido, pero no me sirvió más que para aumentar mis dolores de cabeza. Lo único que descubrí fuera de lo normal es

que tu madre guardaba un libro de Jens con una dedicatoria en su cajón de la ropa interior. No debería confesarlo, pero me colé en la casa para investigar. Pensé que Henning lo había descubierto y se había vuelto loco, que quería desahogarse matándola de esa manera, pero la quería demasiado como para hacerla sufrir. Como ves, una teoría sin pies ni cabeza: o quieres que sufra o no. Y Henning no parecía que hubiera tenido brotes psicóticos anteriormente.

»Estoy convencido hasta la médula de que tu padre no asesinó a tu madre, pero no me preguntes qué otra teoría plausible tengo porque no existe tal.

Sebastian se quedó en silencio unos minutos antes de continuar. Rondaba una idea en su cabeza.

—Tú conociste a tu madre de la misma forma que yo. Quiero decir, ni tú ni yo la conocimos en persona y solo hemos podido crear su personaje en base a lo que terceras personas nos han descrito de ella, ¿verdad? —Eva asintió—. Bien, no sé tú, pero yo al principio tenía una extraña sensación. Todo el mundo la adoraba, pero yo no podía hacerme bien a la idea de por qué. Era guapa, atractiva, dulce, simpática y alegre. Sí, por supuesto, en eso coincidían todos. Pero también era especial. ¿Por qué? ¿Cuántas mujeres guapas y buenas hay en el mundo? Miles, pero de ella todo el mundo hablaba en un tono completamente distinto. Al principio acepté que era especial por todos esos motivos, pero cuanto más me empapaba del caso menos lo comprendía. «Especial, es especial», «tenía algo especial», «cuando te hablaba era especial», «todo lo que hacía era especial». Pero no lo entendía. Si hubiera sido..., no sé, artista, escritora, fotógrafa, «algo especial». Tal vez no comprendas lo que quiero decir y te esté ofendiendo, pero entiéndeme. No era mi madre, ni mi esposa, ni una conocida, así que veía su persona con unos ojos objetivos que nadie parecía aplicar. Entonces di con la respuesta. —Sebastian se acercó más hacia Eva, apoyando sus codos sobre la mesa—. Lo que hacía especial a Nora no es lo que tenía, es lo que hacía sentir a los demás. Era mágica porque hacía sentirse especial a quien estuviera a su lado, como si todos y cada uno de nosotros tuviéramos un don concreto que ella veía y con el que deslumbraba al resto de la humanidad, destacando todas las bondades de quienes se encontraba. Ella hacía sentirse especial a los demás, únicos, importantes para el devenir de la vida. Por eso la amaban tanto. Fíjate en Jens,

un escritor de tres al cuarto que sabía que solo le publicaban porque podía comprar al editor. Pero para ella era la persona más increíble del mundo. O tu padre, que era reservado e introvertido, hundido en su condición de huérfano e incluso sintiéndose culpable por ello. Nora le hizo apartar aquellas ideas de él sin siquiera decirlo en voz alta; le hacía sentir el elegido frente al resto de su grupo de amigos. Sus mismos amigos se sentían en lugares predilectos por estar cerca de ellos dos.

—Entonces, ¿sí era especial?

—Esa palabra queda escasa para definirla. Lo único claro que obtuve de este caótico caso es que Dios debería tener más cuidado a la hora de crear un ser tan perfecto. Más que una bendición, creo que fue una maldición para ella ejercer una atracción tan fuerte en todas las personas que la rodeaban. Seguramente ese es el camino que hay que seguir para encontrar al asesino, pero yo intenté caminar por ahí sin llegar a ninguna parte.

Eva salió del despacho con una carpeta completa de fotocopias y mal organizada. «Siempre he sido un desastre, lo siento», le confesó Sebastian.

Eva no sabía qué pensar o si quería pensar más en ello. No sabía si abrir la carpeta y enfrentarse a datos y fotos que se le atragantarían. Ahora tenía un móvil. Henning también le había dicho que encontró el libro de Jens que Nora guardaba y eso le hacía creer que ella nunca le olvidaría. Tal vez era cierto, no le olvidó, y aquello mermaba su relación perfecta con su marido. Eva imaginó que su padre no pudo soportar que nunca olvidara a Jens y decidió acabar de raíz con el problema. Al fin y al cabo, la hipótesis de su abuelo sobre un brote psicótico podía ser cierta. Es más, Henning le había confesado que no era inocente e incluso le había dado pistas del motivo. El círculo debía de estar más que cerrado.

Se sentó en una cafetería cercana al Palacio Real, al cobijo de una buena taza de café y una calefacción fuerte. Tardó unos minutos en atreverse a abrir, con sumo cuidado, la carpeta. En cuanto veía alguna foto cerraba los ojos y solo dejaba asomar una esquina de ella, evitando en todo momento contemplar a su madre fallecida con diversos cortes. Eva no quería novela negra, no quería muerte, no quería putrefacción ni morbo. Ella quería saber el porqué y la carpeta no iba a darle esa respuesta. A no ser que ya la tuviera, pero

encontraba muy difícil aceptarla. ¿Era por los ojos de su padre, por la mirada que ponía cuando hablaba de Nora y de ella misma?, ¿por la seguridad con que decía que amaba a su mujer? Pero ¿no le había confesado él mismo que no era inocente? Cerró de golpe la carpeta y terminó su taza de café.

Iba a levantarse y pedir la cuenta, tirar aquel cúmulo de fotografías y papeles a la basura, cuando comprendió que nunca se daría por satisfecha si no leía el contenido y encontraba un punto final, o al menos unos puntos suspensivos suficientemente contundentes como para no remover más el caso.

Sebastian había realizado un informe completo dividido en cuatro secciones.

En la primera incluía una descripción de las principales personas relacionadas con el caso, basada en las entrevistas que mantuvo con conocidos, amigos y familiares de ellos.

En la segunda parte describía todos los sucesos interesantes, y esta misma sección estaba subdividida. En primer lugar describía la relación de Nora con Jens, la posterior relación con Henning y el «trío amoroso», y finalmente el matrimonio de Nora y Henning. En segundo lugar describía milimétricamente y al minuto lo que se conocía del día del asesinato.

En la tercera parte del estudio, Sebastian había aportado sus propias conclusiones y dudas, ya que por ningún lado había una afirmación categórica.

La última sección del informe era un anexo con las transcripciones de las entrevistas mantenidas con familiares, amigos, vecinos, y con la policía. Incluso expedientes académicos y recortes de periódico, así como las fotografías que Eva ya había apartado.

De todo ello, la segunda parte se la conocía Eva de memoria prácticamente. Las conclusiones no diferían de lo que ya le había contado en persona Sebastian, por lo que no aportaban nada nuevo. Ojeó los expedientes académicos con cierto interés y comprobó que las notas de su madre eran muy buenas, mientras que Henning renqueaba un poco más. Observó las fotos de juventud, pero pasó apresurada las del asesinato, sin querer detenerse en detalles escabrosos.

Eva dedicó su atención a la primera parte, leyendo extractos de las entrevistas que Sebastian había mantenido y algunas anotaciones sobre sus

conversaciones.

Henning está convencido de que Nora no ha olvidado a Jens. Nora vive en el pequeño pueblo de Lillehammer como trabajadora social y con escasos ingresos, situación que choca abruptamente con su anterior relación con Jens. Con un escritor de relativa fama pero gran fortuna, su vida consistía básicamente en disfrutar de cada momento, viajar, conducir los mejores coches del mercado, asistir a recepciones o a la ópera con sus mejores galas, y tener una relativa presencia en la prensa rosa. Sería importante comprender cómo este cambio pudo afectar a su posterior matrimonio.

Seguidamente, Sebastian incluía una pequeña transcripción de una entrevista mantenida con un antiguo profesor de Nora. Impartía la asignatura de Literatura Clásica que su madre había elegido como optativa y, por lo visto, habían mantenido el contacto durante los siguientes años de la universidad.

Nora era muy famosa en la universidad, la conocían todos los alumnos de cualquier curso o carrera. Y entre los profesores también, por supuesto. Llamaba la atención y parecía no saberlo. Pero no solo porque fuera guapa a rabiar, sino por todos y cada uno de sus movimientos. Antes incluso de que ella empezara a hablar y dejarte embobado con su voz, muy dulce y tranquila, te dabas cuenta de que era especial. Es difícil describirlo, los profesores nunca nos pusimos de acuerdo en cómo lo hacía, pero la realidad es que lo hacía. Caminaba con pasitos muy cortos, muy delicados, moviéndose como si acariciara el aire por donde pasaba, como si a su alrededor el tiempo se detuviera para ella. Y luego la conocías y esperabas que comenzara a hablar con prepotencia, o al menos demostrándote que sabía que toda la clase se había quedado paralizada al entrar o que tenías cara de tonto. Pero en absoluto. Ella hablaba con completa normalidad, dentro de que era especial. Es decir, nunca decía cosas como los demás chicos de su edad, ella era más madura que todos ellos. Yo la veía todo el día con el Henning ese y pensé que pronto se cansaría de él, pero luego me entero de que su novio es Jens Stenberg. ¡Jens Stenberg su pareja! Tampoco lo creí. Siempre me imaginé que dejaría a ese escritor de tres al cuarto por un artista famoso de ámbito internacional, qué sé yo, ella tenía que ser la próxima Ingrid Bergman. Tardé demasiado en darme cuenta de que el arte de Nora era no tener arte, sino inspirarlo, pero no como las musas griegas: ella no tenía ninguna habilidad especial, aunque le insistí en miles de ocasiones en que intentara asistir a las clases de teatro, escritura, canto o lo que fuera. Yo me ofusqué al pensar que ella era una artista, me pareció que debía serlo por su forma de ser, simplemente. Y no lo era. Nora creaba arte a través de quienes la rodeaban. Tuve un par de alumnos de clase locamente enamorados de Nora. Fueron mis mejores alumnos, uno de ellos se dedica a escribir artículos de opinión actualmente y acaba de ganar un premio nacional de literatura, una joven promesa. Te juro que Nora los inspiraba, inspiraba algo a

toda la clase, era la pura representación de una musa. ¿Te han contado que le pidieron en mil ocasiones posar para el taller de teatro o de fotografía? Siempre lo rechazó, no quería formar parte de ese mundo. Ella estaba en el real cuando todos nos empeñábamos en lanzarla al irreal, al mágico mundo de los artistas, los creativos, los originales, los especiales. He de confesar que entonces consideraba que nuestro mundo, el de los maravillosos artistas bohemios, estaba por encima de los demás, como si fuéramos una especie de elegidos que navegamos en otras aguas y desde las cuales contemplamos la banalidad que hay debajo de nosotros y la conseguíamos retratar con magia, pero navegando hacia el cielo incansablemente. Ridiculeces, por supuesto. Si al menos hubiéramos aportado algún valor extraordinario. Pero aunque consideraba que Jens era un escritor más bien pedante, yo ni tenía siquiera cabida en la literatura noruega. Pero esa es otra historia más bien repleta de envidias e ideales nunca llevados a la práctica. El hecho es que yo estaba convencido de que algún día su relación con Jens acabaría porque él no era de su talla, y se iría con algún escritor o artista famoso, qué sé yo, americano o francés. Alguien reconocido en el ámbito mundial, no un escritor noruego. Y acabó con Henning en un pueblo olvidado de la mano de Dios. Alguien como ella, que simplemente era mágica, no podía formar parte de la sociedad normal y tener una vida normal dejándose llevar por normas establecidas...

Sebastian cortaba aquí la entrevista y remitía al diálogo completo en la página 48 de su informe.

Eva se fijó en otro extracto de una compañera de clase.

Cuando leí en la prensa que Nora había muerto, no me lo pude creer. Recordé nuestros años universitarios y lo primero que pensé fue que nos habíamos portado realmente mal con ella, pero no podíamos evitarlo. Si conocíamos un grupo de chicos, nunca la invitábamos, porque sabíamos que no nos harían caso si la veían. Si salíamos por la noche las chicas solas, intentábamos que no se enterara. Pero ella no nos lo recriminaba ni se lo contaba a Henning, su mayor confidente. En una de nuestras fiestas universitarias en que bebíamos hasta perder la cabeza le confesé a Henning que me sentía mal por cómo tratábamos a Nora en alguna ocasión, y él se quedó boquiabierto. Por mucho que fuera su mejor amigo, había partes de su vida que Nora prefería no recordar otra vez y no se las contaba a nadie. Al contrario de todos nosotros que, si nos sentimos dolidos, no dejamos de darle vueltas una y otra vez y lo relatamos a todos quienes tengan los oídos bien abiertos para lamentar nuestras dolencias. Nora las olvidaba, o al menos eso parecía [...]. El peor episodio le pasó haciendo voluntariado. Ella, dos amigas más y yo decidimos que podíamos ayudar a la sociedad en nuestro tiempo libre, así que nos informamos de dónde podíamos ayudar. Nos decantamos por ir a un internado para niños y adolescentes abandonados por sus padres. Íbamos una vez a la semana y a cada una de nosotras nos asignaban a una chica de entre trece y quince años a quien teníamos que ayudar con los deberes y dar soporte escolar. Al

principio nos pareció sencillo, pero fue todo menos eso. Eran chicas que parecían mayores que nosotras y se habían enfrentado al mundo real, no como nosotras que estábamos en nuestra pequeña burbuja ideal. Algunas de las chicas del colegio tenían historias horribles de maltratos, abandonos por parte de sus padres, abusos, drogas. Una de nosotras fue una vez y no volvió; mi otra amiga decía que seguía yendo, pero descubrimos que era mentira; yo logré mantenerme firme cinco meses. Y Nora. Nunca nos lo contó, yo lo supe por mi alumna. La cuarta o quinta vez que fue con sus libros de lectura dispuesta a ayudar, la estaba esperando un grupo de chicas con una caja de huevos y se dedicaron a tirárselos desde las ventanas y a insultarla mientras un grupo de chicos las azuzaba a continuar. Tuvo que escapar corriendo porque luego se animaron a bajar para pegarle. Por lo visto un camionero se percató, paró el coche y recogió a Nora. Mi alumna me contó que cuando Nora llegaba, todos los chicos se asomaban a las ventanas para admirarla y eso había creado tal crispación entre las chicas envidiosas que decidieron «darle una buena lección». Fue la última vez que yo acudí al internado. Cuando le conté a Nora que lo sabía, ella simplemente me sonrió y me dijo que eran tonterías de adolescentes. Obviamente no había vuelto desde entonces, pero no se sentía dolida ni quería darle más vueltas al asunto, aunque me confesó que esa noche lloró acurrucada en su cama como un bebé. Pero se reía contándomelo. Yo hubiera montado un circo de aquello, pero para ella simplemente la desgracia no existía más que en el momento en que sucedía. Nora quería mantenerse «limpia» de todo tipo de dolor. En alguna ocasión le oí decir que a lo único que tenía verdadero pánico era a sufrir. Solo se ponía histérica y abandonaba sus gestos de perfección si se caía o se hacía un poco de daño; el dolor le parecía una tortura insoportable por muy leve que fuera. Al darle la espalda e intentar disfrazar siempre su realidad, bien escondiéndola, bien olvidándola, creo que no se daba cuenta del daño que le hizo los primeros años al perdidamente enamorado de Henning. Ni a Jens. Creo que simplemente no quiso asumir lo que sentía hasta que un día se despertó y deseó levantarse con Henning en vez de con Jens.

Eva dejó la carpeta con una punzada de dolor por lo que su madre había atravesado. Las confesiones que acababa de leer le daban una nueva visión de quién era ella, más allá de lo que dos hombres enamorados veían. Por primera vez sintió una sensación extraña de envidia por parecerse a su madre y ser como ella, pero el sentimiento se desvaneció tan rápidamente que pareció no haber brotado nunca. Lo que no desapareció fueron las ganas terribles de haber conocido a Nora y sentir esa adoración que despertaba en todos quienes la conocían, excepto en las envidiosas.

Las demás entrevistas que mantuvo Sebastian aportaban pocos datos nuevos y se quedaban básicamente en el hecho de que su madre era «especial».

Siguió ojeando vagamente los relatos hasta que encontró un entrevistado que le llamó la atención. Tenía sentido, porque el padre de Henning había removido Roma con Santiago para encontrar a su hijo. Pero Eva no esperaba encontrarle entre los papeles de Sebastian, y mucho menos hablando de los sentimientos de Nora.

Conocí la historia de aquella joven mucho antes de que se comprometiera con mi hijo o este llegara a casa los veranos babeando por ella. Yo lo vi todo siempre desde otra perspectiva. Sus padres eran buenos amigos míos y me contaron que su hija tenía un novio que le sacaba casi veinte años y lo preocupados que estaban por ella. Creía que eran cosas de chiquilla y se le pasaría, pero lo cierto es que Nora tenía un brillo especial en los ojos cuando hablaba de Jens. Yo la veía poco por entonces, bien sabes que estudiaba en Oslo con mi hijo, pero cuando coincidíamos te aseguro que se notaba, era algo palpable en el ambiente. Veías claramente que Nora estaba enamorada hasta los huesos de Jens, tenía una sonrisa estúpida pero alegre, parecía que no cabía en sí de entusiasmo. Y no es que con mi hijo no fuera igual de feliz o no estuviera tan enamorada, pero yo tenía mi propia teoría sobre esa relación. Estoy convencido de que Jens aspiró toda la fuerza pasional de su joven mujer y, cuando le abandonó, le quedó solo un amor tranquilo y menos pasional, pero más real y sincero, más puro y más sano. Ese es el que sentía por mi hijo. Tan sencillo, tan cercano.

Sebastian había elegido tan solo estas palabras de una extensa entrevista de cuatro horas de duración que había mantenido con su abuelo. El detective había apuntado también en lápiz, junto al párrafo, una breve anotación.

Jens absorbió a Nora. ¿La destruyó? Las demás entrevistas no confirman esta teoría, más bien que Nora siempre estuvo enamorada de Henning, pero no se atrevió a confesarlo hasta que su relación con el escritor llegó al final. Mi propia teoría es que Nora era una chiquilla con Jens, y con Henning una mujer adulta.

Aquella primera parte finalizaba con comentarios sobre el matrimonio de sus padres. Vecinos, amigos, compañeros de trabajo, conocidos, el verdulero..., todos y cada uno afirmaban que era un matrimonio ejemplar y feliz. «Nunca escuché una palabra más alta que la otra, y esa hija que tenían era una ricura», afirmaba el jardinero.

Cerró hastiada la carpeta. Había agotado toda la información que podía

obtener de ella.

Pagó el café, buscó su teléfono en el bolso y llamó a Markus. Le contestó una voz somnolienta.

—¿Qué tal tu investigación, Eva?

—Poco contenido nuevo —resumió ella brevemente lo que acababa de ver y leer.

Le costaba sentir de pronto que había alguien cercano físicamente esperándola en casa. En los últimos meses hasta se había planteado comprarse un gato para tener algo de compañía, sin olvidar lo mucho que odiaba a los felinos. Y ahora quería llegar a su casa y hablar de planes de futuro, no de revolver el pasado. Quería imaginarse trabajando en el mismo hospital que él, dándole consejos y aportando ella su experiencia. Quería tener pacientes, compañeros y amigos, quedar para salir a tomar algo, a cenar con Markus. Quería una vida normal en la que no importara nada más que ella, como si alguien la hubiera dejado en medio de Noruega sin exigirle unos padres para haber nacido.

Se dirigió a la estación de autobuses para coger el primer autobús que la llevara a casa de Markus. Durante cuatro días se refugió en su casa hasta que se sintió culpable por engañar a sus abuelos. Se inventaría algo sobre una ruptura amorosa que, como ellos ya sabían, era un tema que Eva evitaba.

Capítulo 3: Destino

El destino ayuda a quien lo acepta
y arrastra a quienes se resisten.

LUCIO ANNEO SÉNECA

Moiras, Parcas y Nornas

En las mitologías griega, romana y nórdica es muy común encontrar dioses o semidioses coincidentes. Es, por ejemplo, el caso de la figura de las tres hermanas que deciden el destino, llamadas *moiras* por los griegos, *parcas* por los romanos y *nornas* por los nórdicos. En la mitología griega encontramos a Cloto, que hila la vida, Láquesis, que le asigna el destino, y Átropos, la inflexible, que en un momento dado corta el hilo de la vida, indiferente a la edad del individuo, salud, sexo o riquezas. Velan por que cada ser humano y cada dios cumplan con su destino, asisten al nacimiento, hilan su destino y lo predicen. Para los romanos estas tres hermanas se llaman Nona, que representa el nacimiento, Décima, que representa el matrimonio, y Morta, una clara alusión a su papel mortal.

En la mitología nórdica las nornas eran divinidades femeninas llamadas *disas* y conocidas como Urd, lo que ha ocurrido; Verdandi, lo que ocurre ahora, y Skuld, lo que debería suceder. Es decir, pasado, presente y futuro. Además de las nornas existen otras *disas* que asisten a los nacimientos de los bebés para determinar su vida. Sin embargo, diferentes estudios postulan que cada una de ellas no tenía exclusivamente asignados estos tres momentos de la vida. Su afirmación es que las tres representan el destino, que está inevitablemente unido al pasado, el presente y el futuro. Existe la teoría de que el hecho de que en la mitología nórdica se dieran estas tres nornas principales pueda ser una influencia tardía de las mitologías griega y romana, y que en realidad todas las *disas* decidieran sobre la vida de los seres humanos y desempeñaran un mismo papel y protagonismo. Siguiendo esta corriente, se creía que cada ser humano contaba con una *disa* que estaba presente en su

nacimiento para determinar su destino.

En cualquier caso, la creencia es que las tres nornas vivían junto al árbol del mundo, Yggdrasil. Este árbol, un fresno perenne, sujeta los nueve mundos de la mitología nórdica en sus raíces y ramas, manteniéndolos unidos. Por estos nueve mundos hubo de pasar Odín para obtener el secreto de las runas. Se divide en tres partes, Niffenheim, raíz; Midgard, tronco, y Asgard, copa. Nuevamente encontramos en la representación del mundo como árbol una alusión al ciclo del nacimiento, vida y muerte.

Hay tres raíces, una lleva a la fuente de Hvergelmir, otra a la fuente de Mimir y la última a la casa de las nornas. Aquí es donde tejían sus telares, representando cada uno de ellos la vida de una persona o dios, y la longitud del hilo, sus años de existencia. Tanto los seres humanos como los dioses tienen su destino predeterminado y no es posible escapar a él.

Por tanto, podemos afirmar que para los griegos, romanos y nórdicos quienes mayor control ejercían sobre el devenir del mundo eran las moiras, parcas y nornas. No queda claro si los dioses más poderosos, Zeus, Júpiter y Odín, podían escapar a sus caprichos o estaban, igual que los humanos y los otros dioses, bajo el manto de sus decisiones.

Parece más probable que ellos también tuvieran que sucumbir a sus deseos.

Desenlace

Henning no había mentido a Eva. Ni una sola palabra que le confesó fue mentira y, a la vez, un jurado independiente con la mente abierta y todas las pruebas y hechos sobre la mesa podría haberle declarado inocente. Sin embargo, no existía sobre la faz de la tierra un jurado que pudiera conocer y creer todos los detalles de lo sucedido.

Por tanto, conocedor de que nadie le creería y sin sentirse con fuerzas para defenderse, había preferido declararse ante ella culpable y ocultarle gran parte de la verdad. Es cierto que en un principio quiso ser sincero, pero cuando se vio en la tesitura de relatar su vida se dio cuenta de que no tenía sentido. La primera vez que ocultó la verdad fue describiendo el viaje a Kristiansand. Sí, supuso el fin de su adolescencia, pero no únicamente por la muerte de su madre, que sucedería poco después. Fue el viaje en sí lo que marcaría el rumbo del resto de su vida, determinado por el ritmo de los trenes hasta la parada más importante de su vida: el asesinato de su mujer que él mismo presencié. Y del que era completamente inocente.

Tenía dieciséis años, una ilusión incontenible en el bolsillo y un billete de ida y vuelta a Kristiansand. Hubiese preferido que alguno de sus padres le acompañara, pero no había podido ser. Su madre le llevó en coche a la estación de trenes y le dejó un dulce beso en la mejilla, un guiño y unas palabras de ánimo. En cuanto se hizo a la idea de que haría el viaje solo, subió al tren con una pequeña mochila a última hora de la tarde, y tras casi ocho horas de viaje, amaneció en una ciudad desconocida para él; se sintió libre, adulto, inteligente y capaz de comerse el mundo. Con esa actitud se acomodó en su asiento, dejó la mochila en sus pies y sacó el primer libro que devoraría.

Y fue entonces cuando la vio a ella. Atravesó el pasillo de asientos sabiendo que despertaba la curiosidad de los pasajeros y que las miradas se alzaban indiscretamente hacia ella. Era una joven de la edad de Henning, tenía el cabello rubio y largo hasta casi la cadera y unos enormes ojos verdes. Andaba con gracia, con un bolso cruzado, esquivando los obstáculos de maletas y pies que cruzaban el pasillo. Era alta, casi tanto como él, delgada y esbelta. De su bolso colgaba una chaquetita de punto fino blanca, mientras que ella vestía unos vaqueros azules y una simple camiseta blanca ajustada. Llevaba una gruesa cinta azul que impedía a los rebeldes rizos plantarse en su frente y molestar su vista. A juego, unos pendientes de lapislázuli y plata combinaban el azul y el blanco de su vestimenta. Solo pudo apartar la vista de ella cuando supo que sería su afortunado vecino de asiento. «No he podido tener mejor suerte», pensó.

Quiso hacerse pasar por un intelectual y hombre culto, más adulto de lo que parecía, desplegando su libro y leyéndolo con detenimiento, ajeno a su vecina, excepto para regalarle un escueto saludo. Por delante tenía casi ocho horas con las que dominar la situación y mostrarle su interés.

Pero su plan, trazado en líneas muy generales, se torció en cuanto comenzó a cabecear y se quedó dormido en su asiento con la boca estúpidamente abierta.

No, Henning no era un galán ni tenía edad para serlo. Tal vez lo hubiera sido si no fuera por ese viaje. Tal vez hubiera sido un hombre deseado y perseguido por las mujeres en la universidad y posteriormente en su vida adulta. Pose tenía para ello. Y porte. Un aspecto atractivo de la mano de una forma de ser absolutamente arrasadora. Si no hubiera sido por ese viaje, por supuesto. Y por su compañera de viaje.

Cuando se despertó, ella no estaba a su lado, lo que le supuso un alivio, ya que no hubiese querido que le viera con la mejilla surcada por las arrugas de su chaqueta. Se despejó estirando brazos y piernas cuanto pudo, con las limitaciones que le imponía el asiento delantero. Bostezó, se quitó las legañas torpemente, bebió un poco de agua de su botella con la intención de espantar aquel horrible sabor de boca, crujió los huesos de las costillas girando medio cuerpo hacia la derecha y, aprovechando que nadie le veía, colocó en su sitio

la ropa interior. Le había llevado dos minutos el proceso de despejarse y por delante le quedaban, según comprobó, seis horas.

La mayoría de los asientos tenían sus luces apagadas y las cortinas corridas, por lo que la noche se había colado también en el interior del tren. Se oían algunas voces intercambiar palabras en tonos muy bajos, entremezcladas con los ronquidos de un hombre mayor. Una mujer leía atentamente su libro mientras su compañero apoyaba la cabeza en su hombro y abría y cerraba la boca al respirar. El bebé que al principio del trayecto había comenzado a gritar, con unos chillidos que sorprendían por su intensidad, dormía ahora plácidamente en los brazos de su joven madre que no había apartado los ojos del pequeño. El marido, por el contrario, intercambiaba miradas entre su hijo y su mujer. Los había visto antes esperando en la estación con cinco maletas enormes y pensó que tal vez cambiaban de residencia. Por aquel entonces le gustaba especular sobre las vidas de las personas y en este caso determinó que a él le habían ofrecido un trabajo que no pudo rechazar y la familia al completo se unía a la nueva propuesta.

Henning no había querido cerrar su ventana y con una curiosa sensación de comodidad observó el paisaje. Se encontraba ya más que a gusto viajando en tren. Su madre, conocedora de su gran pasión, le había regalado un marco que imitaba la ventana de un tren. Lo colgó en la pared de su habitación y cada dos o tres meses cambiaba de foto para que parecieran paisajes distintos. Así su habitación había estado en Roma, Tokio, Londres, Nueva York. Y lo curioso es que no le interesaba tanto el hecho de viajar o conocer sitios como saber que el tren podía alcanzar y recorrer esos destinos.

Estaba inmerso en esos pensamientos cuando en su retina se coló la imagen de su vecina. Giró la mirada, pero no estaba, había sido solo su imaginación. Verdaderamente le había dejado embobado y ahora le daba vergüenza admitirlo. Ella debía de ser incluso más joven que él, pensó, tal vez catorce o quince años. Le pareció extraño que viajara sola en un trayecto tan largo y de pronto pensó que sus padres podían ser cualesquiera que estuvieran sentados cerca, por lo que no cabía posibilidad de entablar conversación cómodamente.

Tras un largo rato mirando por la ventana y absorto en sus pensamientos, decidió levantarse. Quedaban ya solo cinco horas y media de viaje y no creía

que pudiera soportar el resto del trayecto sin moverse. Se dirigió a la cafetería y, antes de llegar, ya supo que ella estaría allí.

Apoyada sobre la barra de la cafetería escribía en su diario, y la presencia de una nueva persona en la estancia no le había hecho levantar la vista. Henning se preguntó qué era aquello que escribía con tanto fervor, qué podía haber sucedido en sus últimos días para que no pudiera desengancharse. Tal vez era una joven escritora y en el tren había encontrado su inspiración, pensó. Tal vez es un trabajo de clase y tiene una fecha límite para entregarlo.

Jugó su única carta y se sentó a su lado. Ella no hizo gesto alguno de sentir su presencia, sino que continuó.

Pidió un café con leche muy caliente y abrió su libro pasando páginas y sin leer una sola palabra. No podía dejar de especular quién sería ella, por qué haría ese viaje, de dónde venía, si se había dado cuenta de que estaba sentado a su lado. Inventó una vida para ella, un pasado, un presente y un futuro, como tanto le gustaba hacer con los desconocidos. Tanto inventó, centrado en sus ingeniosas ideas, que no se dio cuenta de que ella había clavado su mirada en él.

—¿Es interesante? —interrumpió ella de pronto.

Henning incluso dio un pequeño salto en su asiento. Comenzaron entonces una conversación cuando él creyó que estaban todas sus cartas perdidas en la jugada, hablando de temas sin relevancia alguna que podrían haber tratado tanto del tiempo como del paisaje. Ella se expresaba con una naturalidad y riqueza apabullantes para su edad, tenía una voz suave, dulce, y un acento limpio, sin ninguna interferencia regional. Pronunciaba todas las letras de cada palabra, casi se oían los puntos que cerraban una frase y daban paso a la otra, y acompañaba su diálogo con una delicada expresión corporal y facial.

Poco a poco la conversación derivó en sus aficiones y Henning le habló de su pasión por los trenes. A pesar de que le escuchaba detenidamente, ella daba la sensación de que le contaban algo que ya conocía, pues cuando a él le faltaban las palabras ella terminaba sus frases con determinación. No le aburría, pero desde luego le resultaba más divertido hablar de otros temas.

Henning se decidió entonces a preguntar por ella, indagar sobre su vida de la que tan poco había mencionado. La joven, que respondía al nombre de Ana,

interrumpió bruscamente su pregunta y le contestó que debía terminar con su diario. Se giró en su asiento y le dio la espalda sin más disculpa.

Resignado, volvió a su sitio, casi podría haber afirmado que cabizbajo, y se hundió en su asiento cubriendo el pecho con su chaqueta. En cuestión de segundos había pasado de dominar la situación y flirtear con una joven a ser rechazado rotundamente sin esperanza de entablar nuevamente conversación. Hundido en sus pensamientos y en su asiento, volvió a dormirse como un niño pequeño, acurrucado contra la ventana y usando las palmas de su mano a modo de almohada.

Le despertó un susurro repetitivo, penetrante, hiriente, ruidoso. Un susurro que muchos años después estaría presente diariamente y no se alejaría por mucho que quisiera terminar con él. Un susurro que se convertía en ruido agobiante y atrapaba el aire que respiraba, sin dejarle posibilidad de pensar con tranquilidad, que dominaba su mente y la apagaba, que le torturaba por pretender engañar al destino. Atormentado en sueños, o eso creyó, se despertó con brusquedad y lanzó la chaqueta a sus pies. Su vecina le miraba dibujando una enorme sonrisa de complacencia con la que dejaba al descubierto una hilera perfecta de dientes blancos. Aturdido, miró su reloj y comprobó que tan solo quedaba media hora de viaje. «Tan rápido ha pasado el tiempo», fue su primer pensamiento mientras se desvanecía el fuerte ruido de su cabeza. Ella no le apartaba la mirada, Henning se sentía incómodo. Ya no era tan bella. Parecía maligna. Su expresión al menos así lo era.

—Henning —susurró ella, y aquel ruido volvió a calarse dentro de él con fuerza. Ella intentó despejar el flequillo de Henning de su frente, pero él instintivamente se apartó. Ella sonrió ante su reacción, suave, acercándose más al rostro de él—. Henning —repitió ella, y esta vez sonó a súplica.

Él bajó la mirada pero ella le cogió el mentón para alzarlo. Quería que no apartara su vista de ella en ningún momento cuando le hablara. Henning sintió que las manos de ella estaban heladas, frías como el hielo. Su propia temperatura corporal descendió rápidamente e incluso al respirar exhaló vapor. Sintió el deseo impetuoso de pedirle a alguien que interrumpiera aquella escena, se sentía ridículamente indefenso ante esa extraña mujer con la que había deseado flirtear sin más.

Pero la mujer no desistió. Repitió su nombre sujetando su mentón fuertemente con la mano izquierda, mientras que con la derecha le tomaba una mano, la llevaba hacia el regazo de ella y le obligaba a tomar un libro. Era el diario que había escrito, un pequeño libro encuadernado en piel oscura con el lomo del grosor de su dedo gordo. Lo depositó en la palma de su mano y al hacerlo sintió un fuerte peso acompañado de un intenso calor que contrastaba con el frío que ella le había transmitido. Le guiñó un ojo y se acercó aún más a él, dejando que su respiración helada se clavara en su cuello y subiera hasta su oreja, que su mejilla igualmente fría se distanciara de la de él por unos pocos milímetros, casi unidas.

—Henning, yo soy tu norna. Te regalo tu vida.

Le cerró los ojos con la mano.

A partir de ese momento, lo demás que le contó a Eva eran palabras que silenciaban medias verdades o, en escasas ocasiones, mentiras. Como el concurso de trenes en sí mismo. Nunca lo presenció. No se atrevió. Ni siquiera se acordaba de qué trataba. Se borró de su memoria todo lo relacionado con el viaje a Kristiansand, excepto el diario y la norna.

Permaneció en la estación de trenes todo el día hasta que salió el tren de vuelta a Lillehammer.

El recibimiento de Eva fue muy efusivo, completado con un dulce pastel de chocolate noruego. El primer pensamiento que cruzó su mente era que sus abuelos habían envejecido mucho en los últimos meses, se movían con mayor dificultad y hablaban más despacio. Eva le regaló un estruendoso beso a su abuelo seguido de un cariñoso abrazo, consciente de que les había echado más de menos de lo que estaba dispuesta a confesar.

Después de la copiosa cena, su abuela se acostó pronto, dejando a su marido y su nieta la tarea de recoger la mesa. Aunque Eva quiso insistir en que ella lo haría sola, su abuelo no se lo permitió, por lo que mano a mano limpiaron los platos mientras ella le hablaba de su InterRail. Cuando

terminaron la tarea, él tenía ganas de conocer más y se sentaron en la mesa del comedor para seguir hablando acompañados de una taza de chocolate caliente. Eva deseaba contarle la verdad y la tenía en la punta de la lengua cada vez que comenzaba a hablar, pero reprimía sus ganas con contundencia. Se decía que no tenía sentido revolver más el pasado cuando no había encontrado nada nuevo que valiera la pena mencionarle a su abuelo, pero no podía evitar desear hablar de ello.

—Tu abuela está cada día más cansada, me preocupa. Ella dice que está bien, pero ya ni siquiera se sienta tranquila a leer alguno de sus libros. Pasa el día mirando la nada y cuando intento entablar una conversación con ella la elude o me responde con monosílabos. Ha estado muy preocupada por ti estos días, andando por tu habitación y por los pasillos como si buscara algo. No sé cómo animarla, me disgusta verla así. He cuidado de ella gran parte de nuestra vida y ahora de pronto cualquier lección que haya aprendido para hacerlo se ha vuelto inválida. Me mira con ojos tristes y absorta en sus pensamientos, incluso me recuerda a tu abuelo paterno. Tengo miedo de que se pierda como él ha hecho, dejándose llevar sin importarle lo que arrastra tras de sí.

—Abuelo, sabes que ella es así. No debes preocuparte más que otras veces, es el modo de vida que ha elegido llevar.

No era tampoco la primera ocasión en la que mantenían una conversación en esos términos y pocas veces terminaba con alguna conclusión. Por lo general, como ese día, su abuelo sonreía, le acariciaba la mano con cariño y cambiaba de tema. Eva se adelantó y propuso un nuevo tema.

—Sé que no te gusta hablar de esto, pero quería preguntarte algo sobre mamá. —Meses atrás le habría temblado la voz al querer tratar ese tema con él, pero había comenzado a acostumbrarse a sacar a la luz a su madre con naturalidad.

—Dime, cariño. —Su abuelo la miró ahora fijamente.

—¿Qué crees que pasó? —Lanzó la pregunta casi sin darse cuenta, como si hubiera estado meses deambulando por su mente y esperando a ser disparada en el momento apropiado. Dudaba que existiera un momento apropiado.

Él resopló sabiendo a qué se refería y balanceó la taza entre sus dos manos

para dejarla finalmente en la misma posición.

—No tengo ni la más mínima idea, Eva. No creo ciegamente en la teoría de que fuera tu padre, ya que igual que no encontraron nada que le declarara inocente tampoco hubo pruebas de que fuera culpable. Claro está que tramó al detalle el asesinato, si es que fue obra suya. Quiero decir, lo de dejarte a ti con tu otro abuelo, excusarse del trabajo diciendo que estaba enfermo..., es muy fácil pensar que lo tramó, pero tampoco se celebró juicio y él no hizo confesión alguna. Durante los últimos años, especialmente cuando sucedió, me he sentido completamente dividido entre creer que tu padre fue capaz de hacerlo o no creerlo. Si tuviera que ponerlo en una balanza, me inclinaría a pensar que fue él, y te aseguro que recé durante muchas noches para tener la fuerza que necesito y perdonarle. Logré hacerlo, y con ello hallé cierta paz. Le perdoné, tanto si había matado a mi querida hija como si no había podido evitar que lo hicieran, le perdoné y encontré el descanso mental, físico y moral que yo necesitaba.

—Pero hay muchas pruebas que indican que fue él.

—Y otras que indican que no, Eva.

—¿Cuál?

Su abuelo sonrió y le dedicó esa mirada que solía tener cuando era niña y se caía, y le curaba la herida y le hacía ver que no pasaba nada, que no era necesario hacer ademán de ponerse a llorar o alterarse, que la tranquilidad podía reinar. ¡Tantas veces lo haría en diversas ocasiones, con ella, con su abuela, con su abuelo paterno!

—No entiendo a qué viene esta obsesión ahora, Eva. Yo decidí que lo único que me quedaba pendiente, una vez que enterré a mi hija de veintiocho años, arropé como hija propia a mi nieta y consolé a tu abuela, era perdonarle. No perdí el tiempo obsesionado como tu otro abuelo, buscando respuestas, motivos, pistas. Y le entiendo, no quiero que me malinterpretes. Es su hijo, al fin y al cabo, y lo que él quería era ayudarle. Asumió que era culpable y se embarcó en la aventura de encontrarle y ayudarle, proporcionarle aquello que le había faltado y le había obligado a cometer un delito tan atroz. Por mi parte, por supuesto, no tenía ningún interés en que le encontrarán. Si lo hacían, me alegraría porque podrían ayudarle; obviamente, si cometió el delito, muy bien

no podía estar. Pero no me quitaba el sueño tampoco que dieran con él y sus huesos pararan en una cárcel de por vida. Me dije que si me obsesionaba, me hundiría. Adopté una postura y será la que adoptaré siempre.

—Pero ¿por qué sigues teniendo ese resquicio de duda? Creía que estabais convencidos de que fue Henning.

—Sí y no, Eva. No es un tema que trate con Ellen, tampoco es un tema que yo quiera «tratar» conmigo mismo. Me disgusta darle vueltas, pero es obvio que no puedes evitar que entre por alguna puertecilla abierta de tu mente. Pero ¡y qué más da! ¿Va a cambiar algo si mañana descubro que fue él?

—¡Tendrá que pagar... por lo que hizo! —a media frase bajó repentinamente el tono de su voz al pensar que podía despertar a su abuela.

—Eva, por favor. No tengas sed de venganza, tú menos que nadie. Has sufrido porque has crecido sin un padre ni una madre, pero te hemos cuidado como si fueras nuestra hija y no te ha faltado nada. Te hemos contado lo sucedido y tu abuela se ha esforzado por que conocieras quiénes eran tus padres. Pero «tú» no lo sufriste. Claro que lloraste, claro que te diste cuenta de que algo pasaba. Pero Eva, por favor, no intentes decirme a mí qué sentimiento he de tener. ¿Venganza? ¿Qué gano yo pensando en venganza? ¿Crees que podría haber llevado una vida medianamente feliz si deseara su muerte o al menos que acabara en prisión por el fin de sus días? Ahora sería un amargado porque sigue por ahí suelto. Solo rezaba por que no volviera a cometer algo tan horrible; me horroriza pensar que estuvo en casa contigo y con mi niña y que estabais en peligro constante. ¿Quién sabe si hará lo mismo otra vez, con otra familia? Pero, sinceramente, ahí ya no puedo hacer nada. Es trabajo de la policía dar con él, no mi trabajo.

Permanecieron en silencio unos minutos. Eva quería lanzar otra pregunta y esta vez sí se sintió incómoda por seguir insistiendo en el tema tabú.

—¿Por qué dices que hay pruebas que le convierten en inocente?

Su abuelo masculló algo por lo bajo antes de contestar.

—No sé por qué te ha dado por esto ahora cuando nunca has querido saber nada. Sea lo que sea lo que te pasó en el sur de Europa, te ha hecho cambiar. Te lo notaba por teléfono, pero en persona tengo una sensación más fuerte aún. No eres la misma persona, parece que alguien ha matado una parte de ti. El

único motivo que tengo, tan ridículo como quieras verlo, es que tu padre estaba completamente enamorado de tu madre. Y el único motivo que encontré siempre para que la asesinara es que ella le fuera infiel, siguiera enamorada de otro hombre o le quisiera abandonar. Esto es lo que me da la certeza de que, si fue tu padre, no volvería a repetirlo porque me cuesta creer que pueda amar tanto a alguien como amaba a Nora. A veces, hasta un hombre mayor como yo que envejece con su mujer podría sentir envidia de esos dos tortolitos.

—¿De otro hombre? ¿Te refieres a su exmarido Jens?

Su abuelo la miró extrañado e hizo un amago de coger nuevamente la taza para balancearla, pero la dejó en su lugar. No quiso mirarla cuando respondió.

—Veo que en este tiempo has indagado sobre tu madre. No me extraña que te despierte curiosidad, ¿pero tan de pronto? Es un tema que hemos tratado con cierta naturalidad en casa y no hemos querido que tu madre fuera un fantasma inexistente para ti, una imagen de algo que pudo ser. Por eso tu abuela se ha esforzado, por mucho que le doliera, en hablar contigo de Nora y Henning, en explicarte lo que sucedió o lo que nos dijeron que sucedió. ¿Jens? ¿Crees que tenía sentido hablarte de Jens, su amor adolescente? Esa relación, para mí, no fue más que una chiquillada. Nora se enamoró de un hombre mayor que la nubló, se impuso e hizo que mi hija no pudiera ver más allá, que no fuera capaz de entender que ese no era el hombre para ella. Pero, por otra parte, estaba tan feliz con él... Era como una droga, la absorbía por completo, solo le tenía a él en la cabeza. Si pasaban separados el uno del otro demasiado tiempo, yo sabía que Nora se ponía nerviosa, saltaba con cualquier cosa. Pero después se sentía de nuevo libre, como si el periodo de abstinencia la hubiera dejado pensar con tranquilidad. Y cuando más parecía que vislumbraba la luz al final del túnel y veía la realidad como todos nosotros, aparecía de nuevo ese Jens y se imponía con fuerza en su mundo. La tenía amarrada, pero no en contra de la voluntad de Nora. Ella volvía siempre a él locamente enamorada. Yo creía que Jens debería haberse comportado como un caballero, comprender que Nora era demasiado joven como para robarle sus años de adolescencia. Y tengo entendido que intentó dejarla al principio, pero que Henning fue demasiado peligroso para su camino. Tardé en comprender que, para Jens,

Nora también era una droga y se resistía a vivir sin ella. Tuve que aceptar la relación, no me quedó más remedio. Tu abuela se opuso más y le daba largas charlas a su hija durante las cortas y escasas vacaciones que pasaba aquí, y sus palabras se colaban por pequeñas grietas; pero en cuanto Jens venía, cerraba las grietas, hacía callar las palabras y Nora no atendía a razones. La boda fue un disgusto para todos, y Nora lo comprendió claramente. Se asustó, las grietas crecieron y tomó la decisión correcta. No sé quién te habrá hablado de Jens ni cuánto sabes, pero te aseguro que mis conocimientos de esa relación no van más allá de lo que cuento. Me imagino que creerás que te lo hemos querido ocultar, pero en cuanto Nora se casó con Henning, Jens pasó a ser un tema tabú en nuestra casa. No es que te lo hayamos ocultado, es que simplemente dejó de existir en el pasado de nuestra hija. Le borramos de nuestra mente, de nuestros recuerdos, y los malos tragos que pasamos por esa relación tan absurda desaparecieron de nuestras mentes. Dejó de existir. Y sí, pensé que tal vez Nora quiso volver con Jens y eso había provocado la ira de Henning, pero igual que pensé mil escenarios distintos para lo que pasó ese día. Quiero decir, veo igual de probable que de pronto Jens apareciera en escena que que una bruja hechizara a tu padre.

—¿Podría haber pasado? ¿Que mamá quisiera dejar a papá?

—Por supuesto, Eva, pero ya te digo que pensé en mil posibilidades. Después de la muerte de Nora todo eran especulaciones: en los pasillos de esta casa y de mi trabajo, en los periódicos locales y nacionales, en las tiendas del pueblo y los programas de televisión. Al principio agradecí el fuerte apoyo recibido por la sociedad noruega y tuvimos incluso que acudir a un par de actos públicos para agradecerlo. Digo «tuvimos» cuando en realidad solo fui yo... Tu abuela detestaba el revuelo montado alrededor, y tu otro abuelo ni lo escuchaba. Yo me dividía entre sentirme hastiado y acogido. Ver la foto de tu hija fallecida un día sí y otro también en la portada del periódico no es muy alentador. Me disgustaba que nuestro dolor estuviera expuesto al país, pero los esfuerzos de búsqueda y la repercusión del caso eran sorprendentes. El movimiento de los noruegos por encontrar a tu padre, el supuesto asesino, marcaron un caso de unidad y solidaridad sin precedente. Años después se seguía hablando del tema, pero en términos muy diversos. Si en su día los

periódicos se centraron en mover a la sociedad, años después se estudió cómo la población se decidió a unirse por algo que realmente no tenía un impacto en ellos. Es decir, si haces una manifestación en contra de una nueva ley es porque te va a afectar a ti directamente. Pero la muerte de mi hija debería traérsela al paio a todos ellos, y no fue así. —Su abuelo seguía hablando con un tono de sorpresa cuando recordaba aquella repercusión. Eva lo había oído antes y era consciente de que a ella le sorprendía menos porque vivía en la era de la información y la globalización—. En cuanto a las posibilidades de por qué, cada uno tenía su propia teoría. Y siendo muchos los que se involucraron, te aseguro que hubo cientos de teorías. Unos cuatro o cinco años después de lo sucedido me decidí a hablar con Jens y concertamos una cita en un restaurante de Oslo. —Eva miró extrañada a su abuelo, y él se percató. Jens no le había contado nada de ese encuentro; sintió que debía de ir buscando la verdad por partes—. Ha sido una de las pocas veces en que mentí a tu abuela, no quería que supiera que seguía revolviendo el tema. Era algo que querría haber hecho hacía mucho tiempo, pero tenía miedo de que la prensa pudiera sacar conclusiones equivocadas de una cita concertada con mi exyerno. El hecho es que me invitó a comer y estuvimos hablando de nada, un poco incómodos los dos. Pero al fin y al cabo éramos personas adultas y como tal nos comportamos. Yo solo quería saber si él tenía algo que ver en todo el asunto, si lo había provocado de alguna manera, y así, tal cual, se lo dije. No pudo evitar reírse a carcajadas para pedirme disculpas inmediatamente por su falta de educación. Me comentó que había visitado a Nora un año antes de que ella muriera, solo para ver qué tal estaba, si era feliz en su matrimonio, para saber un poco de ella. Descubrió entonces que su relación con ella no era siquiera pasado, más bien parecía que nunca había existido y que eran dos extraños. Me pidió perdón por esa visita, ya que ante Henning no podía excusarse, y me dijo que creía que él no era el asesino. No sé si seré un iluso o un idiota, pero le creí. Nos despedimos y no he vuelto a saber más de él que lo que se publica sobre su vida en el periódico.

Eva decidió no comentarle que ella misma había hablado con Jens y que fue uno de los promotores del caos mediático. Pero él tampoco le había mencionado esa cita con su abuelo o la despedida de su madre, cuando afirmó

que no volvió a verla después del divorcio.

Después de cambiar de tema intencionadamente y conversar un rato más, su abuelo avisó de que se iba a dormir dando tres largos y forzados bostezos. Echaba de menos el abrazo de su mujer.

Eva se encontró en la cómoda sala de estar de su casa, arropada por una manta de lana, vestida con un caliente jersey que su abuela había tejido y observando la nieve que caía fuera. Hacía tiempo que no se sentía tan segura como en su hogar. Cerró la puerta con llave y desde donde estaba observó el interior de la casa de madera. En este mismo lugar se había dejado arropar su madre cuando su primer matrimonio iba camino del divorcio. Aquí había venido el Jens de las contraportadas de los libros. Al pensar en ello dejó caer la manta al suelo. ¡El libro! ¡La dedicatoria del libro! Su abuela guardaba en cajas de cartón todas las pertenencias de Nora; en alguna de ellas debía de estar el famoso libro con la dedicatoria de su primer marido. Volvió a coger la manta y se decidió a bajar al sótano.

Pocas veces iba allí, le disgustaba el lugar y de pequeña tenía miedo de que albergara algún fantasma. Ahora le daban más miedo los mortales que los inmortales, por lo que no había motivo alguno para temer nada. Bajó con decisión las escaleras, encendió la luz y se percató al instante de que la tarea no sería fácil. Las cajas estaban apiladas unas encima de otras sin orden ni sentido, y debía de hacer veinte años desde la última vez que alguien las abrió. Comenzó a bajar las más altas al suelo y las fue abriendo y hurgando en su interior. No esperaba encontrar también objetos de su padre, seguramente el abuelo paterno no quiso llevarlos consigo. Entre prendas de ropa, libros de estudios y algunos discos, encontró pocos objetos de valor. El anillo de casada de su madre, con la inscripción «Momo y Nora», guardado en una bonita caja. Era de oro amarillo y muy sencillo, apenas un simple aro reluciente. Encajaba perfectamente en su dedo, pero se lo quitó inmediatamente y volvió a depositarlo en su lugar. Encontró también cartas de amor de Henning y supuso que las de Jens habrían acabado en cualquier otro destino, si es que había enviado alguna.

Y, finalmente, el libro, la única huella de Jens entre la multitud de objetos personales. La novela se titulaba *Existe un lugar en el mundo* y, según leyó,

se trataba de una emocionante historia de amor entre un criado y una mujer perteneciente a la nobleza, ambientada en el siglo XVI. Eva sonrió al recordar que, según Jens, sus novelas no dejaban un gran legado a la literatura noruega.

En la primera página encontró la dedicatoria, que no era más que un pasaje del mismo libro.

Hay un lugar en el mundo distinto y único en que el todo permanece en silencio, por mucho ruido que haya a tu alrededor. Hay quien encuentra el suyo, tristemente hay quienes nunca lo descubren o no se molestan en buscarlo. Otras personas dedican su vida entera a perseguirlo y retenerlo, sin ser conscientes de que esta fórmula no funciona. Algunos lugares desaparecen o nunca vuelven a ser lo mismo. Puede ser tu culpa, tal vez has cambiado tanto que no te reconoce ni te acoge. También puede ser su culpa, ha evolucionado hacia un camino distinto al tuyo y no te necesita. Otros los dejan escapar porque te dan ese silencio y paz, pero no puedes retenerlos por egoísmo. Hay lugares que cambian contigo, se mueven en un camino, te acompañan, se convierten en tu faro y tú en el suyo. Hay lugares que no abandonas nunca. Ese es el lugar que yo he encontrado contigo, Nora.

Era obvio que Henning había leído y retenido en su memoria aquel pasaje. Probablemente él mismo podría haberlo firmado, ya que según afirmaba sentía exactamente lo mismo hacia su madre. Entonces, ¿por qué la mató?

Subió a su habitación con el libro entre las manos. En la página 15 ya había constatado que el estilo de escribir de Jens no le agradaba y que la novela era demasiado detallista en elementos históricos e innecesarios, lo que hacía que la lectura fuera farragosa, lenta y aburrida. Ojeó las páginas buscando el pasaje del libro que usó para la dedicatoria y se detuvo al descubrir algo escrito a mano. En la 178, en el margen interior y a mitad de página, alguien había escrito a mano la palabra *nornas*. Eva sabía muy bien qué significaba esa palabra en la mitología nórdica, que tal y como reconoció por la letra había escrito su padre. ¿Qué sentido tenía aquello?

Se acostó hastiada. No le dolía solo la cabeza: sus músculos, en constante defensa desde que estuvo en España, se negaban a darle tregua, sentía que sus piernas flaqueaban y los ojos se le cerraban constantemente. Apagó la luz de la mesita, se quitó la camiseta y los pantalones y se arropó bajo el edredón, con la última mirada fija en el libro que acababa de abrir.

Antes de dormirse recordó un deseo que había tenido de pequeña, con nueve o diez años, y que repetía antes de acostarse todas las noches. Quería soñar con su madre. Nunca había tenido un solo sueño con ella y le parecía injusto. No quería soñar más con sus abuelos o con sus profesores, quería tener el mismo derecho que el resto de los niños y que, si no tenía madre en la realidad, al menos estuviera con ella en sus sueños. Se acostaba pensando en ella, recordando las fotos, memorizando cualquier historia que su abuela le hubiera contado, con la intención de forzar su aparición en el sueño. Pero su madre nunca se presentaba mientras ella dormía. Al acostarse esa noche recordó ese deseo infantil. Encendió la luz de la mesilla y se dio cuenta de que estaba sudando. Eran las tres de la madrugada y llevaba media hora rodando en la cama sin conciliar el sueño, a pesar de lo cansada que se encontraba. Se levantó y se sentó en el escritorio, abrió una pequeña rendija de la ventana y dejó que el aire enfriara la habitación aún más.

Se encontraba en un punto muerto. Sus abuelos no le contarían más, Henning se negaba a darle el verdadero motivo del asesinato, Jens y el detective le entregaron todo lo que tenían. Y ella se empeñaba en conocer el motivo, lo único que le interesaba de toda aquella historia. No pensaba encontrarse con un exmarido, y la nueva historia de su madre sacaba a relucir una parte desconocida para ella. Sin embargo, por muy interesante que le pareciera, no era lo que buscaba. Había conocido a su padre y, ciertamente, durante muchos años tuvo curiosidad de saber si seguía vivo o estaba muerto y qué haría si le encontraba. Después de los días que pasó con él y confiando en él, podía decir que en vez de ganar había perdido. A pesar de lo escabroso de la historia, ella no se había sentido antes con la necesidad de conocer el porqué, seguramente porque en su casa le hicieron comprender que no era relevante. Ahora, después de tener en escena los elementos que antes desconocía, necesitaba saberlo.

Suspiró y echó la cabeza hacia atrás, sentada en la silla en la que tantas veces estudió sus materias de medicina. Tenía que cerrar todo aquello, poner un punto final, recuperar su vida donde la dejó, buscar trabajo, preocuparse por cosas más importantes y que tenían más sentido ahora. La vida no iba a cambiar si supiera qué pasó el 18 de diciembre de 1982. Volvió a resoplar y

se dio cuenta de que en vez de quitarse problemas de la cabeza los estaba sumando.

Eva se levantó y se tocó la frente ante los calores que comenzaban a arreciar. El dolor de cabeza y de músculos podía tener una justificación bastante distinta. No es que se hubiera cuidado muy bien últimamente, tanto en comida como en protección contra el frío. Se volvió a poner la camiseta y los pantalones y fue a la planta de abajo para buscar el termómetro. Debía de estar en uno de los cajones de la cómoda, donde su abuela guardaba todos los medicamentos. La sala de estar era amplia y diáfana, con dos sofás de color marrón oscuro situados en forma de L y una mesa baja en el centro. Completaba el marco una televisión antigua grande. Detrás de los sofás, separados a una cómoda aunque un poco ajustada distancia, los abuelos de Eva habían colocado unas altas estanterías repletas de libros. Los sofás estaban cercados a su derecha por amplios ventanales que daban al jardín de Ellen, mientras que en la parte izquierda se encontraba la mesa comedor para seis comensales. Detrás de ella, la cómoda donde Eva buscaba los medicamentos. No tardó mucho en dar con él: debajo de un par de cajas de medicamentos estaba el termómetro. Lo sacó de su caja y se sentó en una de las sillas para tomarse la temperatura. Miró la librería y pensó en elegir uno de los libros y enfrascarse en la lectura. Años atrás se prometió a sí misma que en el plazo de diez años habría leído todos esos libros clásicos, pero fue perdiendo el interés tras las primeras lecturas y la misión se le hizo imposible.

Eva recordó que aquella estantería no siempre había estado allí. De hecho, los sofás daban contra la pared y aún guardaba claramente en la memoria que ella solía esconderse detrás y pedirle a su abuelo que la buscara. Los libros los habían traído cuando tendría diez o doce años y, como le sucedía últimamente, intentó asociar ese hecho con el de la muerte de su madre. En su día no le explicaron nada: llegaron unos hombres, los trajeron en cajas y los colocaron. Ahora pensó más detenidamente en ello. Sus abuelos no leían esos libros, y a menudo los recubría una capa de polvo. No era probable que ellos los hubieran comprado, tenían que salir de otra casa y no era difícil acertar con la respuesta. Seguramente antes de vender la casa tuvieron que esperar unos años por si Henning aparecía en escena. Transcurridos esos años la

venderían y se llevarían algunos objetos, las cajas que la abuela escondía en el sótano y las estanterías que se incluyeron en la decoración del hogar. Ya estaba delante de ellas cuando llegó a esa conclusión. Pasó su dedo por los libros de un estante y comprobó que el abuelo estaba tardando más de lo normal en limpiar el polvo, por lo que tendría que echarle una mano en la limpieza de la casa. Emily Brönte, Oscar Wilde, Goethe, Shakespeare, Cervantes... Clásicos puros. Cogió una silla, se subió a ella y observó los libros de los estantes superiores. Todos estaban colocados en base a su tamaño, no por autor o colección. Eva constató que seguramente fue su abuelo quien los puso en ese orden, más preocupado por su función decorativa que de lectura. Algunos los había leído ya, otros los comenzó y volvió a colocar decidida a no terminarlos. Le gustaba leer, pero se decantaba más por la literatura moderna y aún más por revistas científicas. En el estante inferior un libro le llamó la atención. Los más pequeños estaban en los dos estantes de abajo, y uno era especialmente pequeño, no superior a una libretilla de direcciones. Estaba encuadernado en piel oscura y el lomo tenía el grosor de su dedo gordo. Cabía a la perfección en la palma de su mano y cuando lo sacó tuvo la impresión de que era una reliquia. Embadurnado de polvo, tanto por el lomo como por la parte superior, Eva estornudó al sacarlo. Las páginas eran gruesas y estaban cosidas con hilo. Había varias en blanco en su comienzo y final, pero entre medias unas pocas contenían palabras escritas a mano en tinta negra. Cada página no contenía más que un párrafo. Al leer la primera, Eva, que estaba arrodillada entre el sofá y la estantería, se levantó de golpe: «Yo soy tu norna, Henning». Permaneció unos segundos con el libro abierto en esa página e instintivamente miró a su alrededor, con la sensación de que alguien la observaba. Barrió visualmente toda la sala de estar, incluso intentó escudriñar en la oscuridad de la cocina y de las escaleras que llevaban al piso superior. Ni un solo ruido.

Pasó las páginas dubitativa y se enfrascó en la corta lectura que acaparaba varias hojas del diario. No era la letra de su padre. Ni la de su madre. No la reconocía.

En un rincón de la estación de Kristiansand, un par de horas después de haberse bajado del tren y con una fría sensación aún incrustada en sus venas, se atrevió a abrir el diario. Le sorprendió el grosor de las páginas, y hubo de avanzar unas cuantas hasta encontrar alguna que contuviera palabras. Comprobó rápidamente que no todas ellas estaban escritas, y aquellas que lo estaban no contenían más que un par de frases. Al final del cuaderno, varias páginas también estaban sin completar. Volvió a la primera en la que había algo escrito y leyó la inscripción.

Yo soy tu norna, Henning.

Pasó la página con manos temblorosas y levantando la vista únicamente para cerciorarse de que nadie le veía actuar de manera tan extraña.

Tu hilo comienza el 16 de diciembre de 1955, al calor de dos hermanos y unos padres. El tren es tu pasión, tu madre tu cobijo, tu padre tu castigo, tus hermanos te persiguen.

Su fecha de nacimiento, sus padres y sus dos hermanos, y cómo se comportaban con él. Miró alrededor y sintió nuevamente la respiración de la norna en su cuello, clavándose como si fueran pequeños cuchillos, la misma sensación que sintió de pequeño al caer en un lago helado. Esa respiración, el estremecimiento que en él dejó, se paseó por su cuerpo recorriéndolo desde la nuca hasta la punta de las extremidades.

De camino a la ciudad de Christian IV te entregaré tu vida hilada con palabras en tinta. Ahora continúa y conoce qué sucederá o cierra el libro y olvídale. Nunca podrás detener el destino.

Henning tembló. La curiosidad se imponía. El frío seguía palpable dentro de sus venas, pero su curiosidad le ganaba ventaja. A pesar del grosor de las

páginas, creía ser capaz de leer a través de ellas, de poder atisbar prácticamente todo el libro. Ya había comprobado que no eran muchas hojas, ¿sería una vida corta? ¿Sería larga, alegre, o triste? ¿Por qué había tan pocas palabras? Tal vez su vida pudiera resumirse en unas frases. Así había hecho con su infancia y adolescencia. Tal vez fallecería pronto.

Deslizó la esquina y, sin llegar a levantar la página por completo, recorrió con el dedo índice las palabras que aguardaba. El trazado de las palabras se imprimió en la yema del dedo y la curiosidad le hizo arder por dentro.

El día en que el tren se derrumbe sobre un pastor, tu madre sufrirá un accidente y morirá al instante.

Pero su madre no murió al instante, ni tampoco Henning comprendió al instante qué significaba aquella frase. No se atrevió a seguir avanzando, lo cerró de golpe y lo guardó en su mochila, volviendo a mirar a un lado y a otro, buscando a alguien que tuviera su mirada fija en él. Se había sentido observado desde que tuvo el libro entre sus manos.

Lo comprendió en cuanto llegó a casa. Tras inventarse una ridícula historia sobre el concurso y soportar las burlas de sus hermanos, se fue a su habitación para jugar con su pequeña maqueta de trenes y despejar su mente.

Descubrió entonces que su vecino le había regalado figuras nuevas para la maqueta y las había colocado muy cerca de las vías del tren, básicamente porque no había más espacio en otro lugar. Se trataba de un pastor con un rebaño de tres ovejas.

Henning se había obsesionado con el cuidado extremo de la maqueta, revisando y limpiando diariamente durante unos veinte minutos todos los mecanismos, pero sin permitir que el tren nunca rodara por delante de la zona prohibida. Hacía caso omiso de su madre y hermanos, quienes le reprochaban que lo suyo había llegado a la obsesión. No sabían que la verdadera obsesión

era la maldita frase que rondaba su cabeza antes de acostarse, nada más levantarse, cuando veía a su madre, cuando revisaba la maqueta. Se volvió introvertido, desesperado, exasperado.

Hasta que sucedió. Casualmente sucedió cuatro meses después de su vuelta a Kristiansand. Su madre entró en la habitación para pasar la escoba y en un movimiento imprevisto se resbaló sobre la mesa donde descansaba la maqueta. Henning se levantó de un salto para ayudarla, ella se apoyó en aquella para evitar la caída, se clavó en un dedo algún pequeño objeto, dio un manotazo. Estupefacto, contempló que un vagón del tren había caído sobre el pastor.

Se hizo el enfermo durante todo el día, simulando tos, poniendo cara de estar mal y fingiendo dolores inexistentes. Como no podía ser de otra manera, su madre se quedó a su lado bajo la atenta mirada de su hijo. Al finalizar el día, se convenció a sí mismo de que había conseguido burlar al destino. Y se burló interiormente de su norna.

Cuando su madre murió, un mes exacto después de que él creyera que lo había evitado, Henning comprendió que no podía burlar al destino. Es más, si lo intentaba, este se impondría más cruelmente para vengarse. Si su madre iba a fallecer instantáneamente y sin dolor, el mes de vida que él alargó para ella tuvo como consecuencia una horrible muerte. Debería haber aprendido una importante lección.

Pero no lo hizo. En cuanto volvió del entierro buscó entre sus cajones el diario, creyendo que encontraría una burla de su norna avisándole.

Sin embargo, solo se encontró con el pasaje que le devolvería la vida en cuanto se hiciera realidad. Comprendió que hasta que no conociera a Nora, no volvería a sonreír.

Existe un lugar en que el todo permanece en silencio por mucho ruido que haya a tu alrededor. Cada persona encuentra el suyo, tristemente hay quienes nunca lo descubren o no se molestan en buscarlo. Otras personas dedican su vida entera a perseguirlo y retenerlo, sin ser conscientes de que esta fórmula no funciona. Algunos lugares desaparecen o nunca vuelven a ser lo mismo. Puede ser tu culpa, tal vez has cambiado tanto que no te reconoce ni te acoge. También puede ser su culpa, ha evolucionado hacia un camino distinto al tuyo y no te necesita. Otros lugares cambian contigo, se mueven en un camino, te acompañan, se

convierten en tu faro y tú en el suyo. Hay lugares que no abandonas nunca. Otros los dejas escapar porque te dan ese silencio y paz, pero no puedes retenerlos por egoísmo.

La chica que llora porque quiere ser mayor es tu lugar, tu único lugar. No lo encontrarás en otros brazos, solo ella lo tiene para ti.

Otro hombre quiere ser el lugar de Nora, pero no lo es.

A pesar de que el diario continuaba, decidió no avanzar más.

Lo primero que llamó la atención de Eva fue el párrafo que Jens había usado en un pasaje de su novela y le sirvió de dedicatoria para su novia. Las mismas palabras con las que tanto Jens como Henning se referían a Nora, «su lugar». Parecía un breve resumen de la vida de Henning, y así lo anticipaba la primera línea: «Yo soy tu norna». Eva se había sentado en el sofá con el libro sujeto entre sus manos, olvidándose por completo del termómetro que tenía bajo su brazo. ¿Qué era este libro? El hombre que quiso ser el lugar de Nora sin duda tenía que ser Jens. Pero desde la primera página hasta la última se hilaban palabras sin sentido. Eva volvió las hojas hacia atrás y las leyó de nuevo con más lentitud. Era la vida de Henning, su nacimiento, su relación con su familia, la muerte de su madre. Pero ella había entendido que su abuela sufrió durante varios días tras el accidente, que no murió al instante. Y el encuentro con Nora, en el caso de que lo que su padre le contó fuera real, estaba descrito con unas sencillas palabras. Nora lloraba porque quería parecer mayor ante los ojos de Jens y sus amigos. El lugar de Henning era Nora, pero Jens quería que fuera su lugar.

Releyó el texto una vez más y partió de cero. Asumió que era real y que una norna, una disa de la mitología nórdica, había escrito aquello. Se llamó tonta a sí misma por aquella idea tan estúpida. Hasta que recordó la frase que Ana había dejado en su libreta. La buscó en su cajón y volvió a leer sus palabras.

Llévale el diario de Henning a Jens. Solo él tiene la llave para alimentar a la fuente de la

vida.

¿Cómo podía saber Ana que encontraría el diario? ¿Qué especie de juego era aquel? Se giró intuitivamente, sintiéndose observada en la soledad de su habitación.

Levantó el libro en el aire para mirar las tapas y el termómetro cayó al sofá. Recordó que había bajado para medirse la temperatura y lo recogió, comprobando que marcaba 38,3 grados. Maldijo lo mal que se había cuidado esos días y, escéptica, se quedó unos minutos ensimismada observando el libro. No se dio cuenta de que se quedaba dormida en el sofá, sudando y con un malestar desconocido para ella.

Eva pasó dos días durmiendo prácticamente inconsciente, despertándose tan solo para beber agua, lavarse la cara o sonreír a las preguntas de sus abuelos. Al final del segundo día, cuando comenzó a encontrarse mejor, recordó el libro y se despertó sobresaltada. Bajó las escaleras hacia la sala de estar y lo encontró en el mismo lugar donde lo había descubierto. Pocos minutos después, apareció su abuelo y le preguntó nuevamente por su estado de salud. Eva sonrió afectuosamente y fue capaz de dar una respuesta coherente. Subieron juntos las escaleras, ella con el libro bajo el brazo, y le dio un beso de buenas noches.

Nada más despertarse al día siguiente, y a pesar de que el fuerte resfriado se negaba a desaparecer del todo, encendió su portátil y se compró un billete de tren con destino a Oslo para esa misma tarde, reservando a la vez una habitación en un hostel.

Encontró a Jens cerrando la puerta de su despacho. Iba vestido elegantemente de traje y llevaba un abrigo de piel marrón claro colgado en su brazo. Ante él, Eva se sintió aún más incómoda con la bufanda que le rodeaba el cuello, los ojos llorosos, el pelo en una coleta que se deshacía y un pañuelo permanente, o en su mano o en su nariz.

—Tienes un aspecto horrible, deberías cuidarte mejor —fue el saludo de Jens. Como pudo, ella sonrió y no quiso ni pensar en su imagen reflejada en un espejo—. Anda, pasa. Tengo algo más aparte de alcohol en mi despacho.

Jens preparó café y sacó unos bollos típicos noruegos de canela que había comprado esa misma mañana. Mientras hacía hueco en la mesa apartando sus libros y papeles, con un tono más bien paternalista, se interesó por el estado de salud de Eva. Una vez supo que era una simple gripe, le dijo que entonces no tenía justificación para no mejorar un poco su presencia, o acabaría echando por la borda sus años más gloriosos. Acompañó el comentario con un guiño de ojo, una sonrisa pícaro y una excusa por meterse donde no le llamaban.

No cabía duda de que Jens se sentía cómodo con Eva, pues había ganado mucha confianza rápidamente. Sin embargo, su expresión y actitud cambiaron radicalmente cuando ella, sin mediar palabra, sacó de su bolso el pequeño diario que encontró en la casa de sus abuelos.

—¿De dónde has sacado esto, Eva? —Acercó su mano para cogerlo y ella instintivamente retiró el brazo.

La expresión de Jens no representaba curiosidad por el libro; sus ojos se habían iluminado y delataban claramente que él lo había visto con anterioridad. Estaba extrañado, sorprendido. E incluso un destello revelaba una pizca de miedo.

—¿Lo has visto antes? —Jens había desistido de pedírselo alargando su mano para alcanzarlo. Tenía la mirada fija en el objeto y las palabras de Eva le sonaban lejanas. Quería ver su interior, abrir el libro, descubrir las palabras, pasar su mano por las hojas, atreverse a alcanzar el final—. Jens, ¿lo has visto antes? —repitió ella con un tono más intenso.

—Perdona, Eva. Es igual que el mío.

Sus palabras fueron un murmullo casi inaudible, temiendo alzar demasiado la voz y que alguien más los escuchara. Se había inclinado sobre el sillón y medio cuerpo suyo avanzaba encima del escritorio afanándose por tocar su objeto de deseo. Eva mantenía el libro en el aire, alejado de su mano y sorprendida ante su reacción.

Eva bajó el libro hacia su regazo ante la atenta mirada de Jens y resopló

solicitando su atención.

—Perdona, Eva, no esperaba verlo nunca. —Movi6 la cabeza contrariado y volvi6 a recostarse en su asiento, cruzando las manos sobre el pecho y fijando la mirada en alg6n lugar inexistente de la habitaci6n—. ¿Sabes lo que es? —Ella neg6 con un gesto—. No tienes ni idea de lo que est6s sujetando en tus manos, Eva.

—Obviamente no, pero parece que t6 s6.

—No, no me resulta extra6o este libro, pero nunca cre6 que ver6a el de Henning. —Jens se levant6 de su escritorio y se dirigi6 al mueble donde guardaba las botellas de alcohol—. Me tendr6s que perdonar, Eva, pero no puedo resistir acompa6ar este descubrimiento con una copa. Por fin..., por fin tendr6 fin esta historia, estoy convencido. —Volvi6 a ofrecer un vaso a una callada Eva, que le miraba con gran curiosidad. Al rechazarlo, se sirvi6 uno 6l mismo, lo termin6 de un sorbo y se volvi6 a completar el vaso. Cuando se gir6, miraba a Eva sonriente, feliz, aliviado—. No tienes ni la m6s m6nima idea del valor que tiene ese libro, me imagino. D6jame contarte d6nde empez6 todo.

«Lo mismo dijo mi padre y no lo hizo as6», pens6 ella.

—Ahora que tienes ese libro en tus manos es m6s probable que te fies de lo que te cuento. Por cierto, ¿d6nde lo has encontrado? No entiendo que Henning se deshiciera de 6l.

—En casa, en una librer6a que pertenec6a a mis padres.

—Eva, me importa un bledo si me crees o no. La 6nica persona a quien pude contarle lo sucedido fue a tu padre, a la vez que yo fui la 6nica persona en quien 6l confi6. Curioso, ¿verdad? Los dos rivales compartiendo secretos... Y ahora t6, su hija. No me voy a esforzar lo m6s m6nimo por conseguir que me creas, te aseguro que me da exactamente igual.

Y, sin que Eva aceptara su invitaci6n, Jens comenz6 su relato donde seg6n 6l todo empez6. Durante su narraci6n no apart6 la vista en ning6n momento del libro que Eva sujetaba.

—En esta vida he cre6do enamorarme dos veces, aunque al conocer a Nora supe al instante que ella hab6a sido la 6nica real. La primera vez que me enamor6, o al menos eso cre6 rotundamente, ten6a veinti6n a6os y estudiaba en

esta misma universidad. Estudié Derecho y era un verdadero desastre, tardé casi ocho años en terminar la carrera y era más conocido por mis asistencias a fiestas nocturnas y diurnas que por mis asistencias a clase. Fundía la fortuna que mis padres me habían dejado en herencia sin ningún pudor y haciendo lo que en Hollywood suelen decir «vivir al límite». Alcohol, drogas, chicas, pero al estilo universitario de Oslo, nada comparable con James Dean. Aparte de un magnífico coche y un apartamento de lujo para un estudiante, me codeaba con los personajes más interesantes de la capital, sobre todo hijos de empresarios que conocía desde la infancia. Ahora comprendo que mi ritmo desenfrenado era la mejor pócima para rellenar el hueco que mis padres habían dejado en mi hogar cuando fallecieron al cumplir yo diecinueve años.

»No es que mi relación con ellos fuera extraordinariamente estrecha, pero yo no dejaba de ser un chaval de diecinueve años. Mi madre falleció a los sesenta y dos y muy poco después fue mi padre quien demostró su escasa capacidad y empuje para vivir sin ella. Como puedes haber visto ya, cuando nací eran muy mayores, tenían cerca de los cuarenta. Yo no entraba en sus planes, todo sea dicho. Estaban demasiado preocupados con su empresa como para pensar en hijos, pero en un desliz apareció un chaval por el camino. Y luego resultó que mi madre decía que era lo mejor que le había pasado en la vida, ya ves cómo pueden cambiar las percepciones.

»Tal vez me he ido muy atrás, Eva, a veces me doy cuenta de que parezco un viejo recordando batallas ya olvidadas que no interesan a nadie. Poco queda de ese juerguista arrasador del que te hablaba. Bien, la conocí en la biblioteca de esta universidad. Estaba estudiando, poco habitual en mí, en una de las mesas y por alguna razón me quedé repasando el temario varias horas sin apenas levantar los ojos de mis apuntes. De pronto alcé la vista y sin esperarlo me encontré con alguien delante de mí. Miré inmediatamente a mis apuntes de nuevo y necesité desenfocar la mirada hacia un punto muerto. Cuando estuve preparado para mirar mejor (no olvides que ya sabía que había una chica ahí, así que “necesitaba” mirar mejor), compuse la más seductora de mis caras y la observé fijamente. Ella estudiaba ensimismada su libro y no pareció siquiera percatarse de que la miraba. En vez de apoyar el libro encima de la mesa lo tenía sobre sus piernas, cruzada una encima de la otra. Estaba

casi de perfil apoyando el codo izquierdo en el escritorio y con esa misma mano jugaba con una pluma que peinaba y despeinaba su cola de caballo. Si te describiera a esa mujer, sería incapaz de hacerlo de una manera distinta a la descripción de Nora. No sabes cuánto me recordaba tu madre a esa chica, pero había algo en lo que Nora era completamente distinta. Aparte de la alegre risa de tu madre, la hacían diferente esos preciosos ojos verdes que Nora vestía, o más bien esa chispa de vida que reflejaban. Y los de la chica de la biblioteca estaban apagados.

»Pero te hablaba de la chica de la biblioteca, cada vez me cuesta más contar algo sin colar a tu madre por medio. Después de observarla unos cuantos minutos, de pronto giró la cabeza y me miró. En un primer momento tuve el instinto de apartar la mirada, pero la mantuve. Tenía la mandíbula firme, sus labios fuertemente unidos y los ojos penetrantes. Detuvo en el aire, a medio camino entre la nada y su cabello, la misma pluma con la que había jugado haciendo círculos en su cabello, la tomó entre sus dedos índice y pulgar y me señaló con ella. Sonrió, recogió sus cosas y se fue.

»Me quedé inmóvil.

»Soñé con ella toda la noche. Más bien, pasé la noche entera despierto pensando en ella. ¡Maldita bruja!

»Durante la siguiente semana solo deseaba encontrarla en los pasillos y me forcé a ir a clases, a todas las clases sin excepción. No organicé ni una sola fiesta en mi casa, no salí, no acepté invitaciones. A las ocho estaba clavado en la puerta de la universidad y cuando terminaba iba a la biblioteca, paseaba por ella, la buscaba y después de no encontrarla me sentaba en el mismo sitio donde la vi por primera vez. Cuatro días completos repetí el mismo ritual y el fin de semana solo deseé volver para hacerlo otra vez. Otra y otra y otra. Dos meses enteros la busqué desesperadamente, yendo a clase y a la biblioteca. Mis amigos no comprendían mi cambio de actitud y mis profesores lo atribuían a que me había enamorado de alguna alumna o compañera profesional suya. Al final, aquello me sirvió para interesarme por las clases, y los tres años anteriores, que había perdido comportándome como un crío, los retomé a partir de ese momento presentándome a exámenes e incluso aprobando. Una experiencia nueva para mí, como entenderás. Limpio de

cualquier sustancia tóxica, en primera línea de las clases y con notas aceptables.

»En esos dos meses llegué incluso a acostumbrarme a ese estilo de vida y seguramente fue lo único positivo que esa bruja me dejó.

»Y, de pronto, aparece otra vez en la biblioteca. Enfrascado en una revista de economía americana, no fui capaz de escucharla llegar, acomodarse en su silla y abrir un pequeño libro sobre la mesa. Llevaba unos cuantos minutos sentada cuando me di cuenta del ruido nuevo que me rodeaba. El trazado perfecto de una pluma sobre las páginas, un suave soplido para secar la tinta, el ruido al pasar una hoja. Levanté la mirada lentamente y en el silencio de la biblioteca te juro que la oí burlarse de mí sin separar los labios. Quise sonreírle, pero me asustó la forma en que me miró. Torció su sonrisa pícaro, convirtiéndola en una media sonrisa malévolo, y acercó el libro en el que escribía hacia mí, un libro exactamente igual al que tienes en la mano. En ese momento parecían haber desaparecido las demás personas de la biblioteca. Las personas, las librerías, los libros, la luz incluso. Solo estábamos ella y yo. Depositó el libro en mitad de la mesa, abierto, y me invitó a leerlo. Me costó bajar la mirada, estaba hipnotizado con sus ojos y movimientos. Cuando me atreví, leí las dos últimas frases que había escrito: “Cortaré tu hilo el 8 de agosto de 2023. Fallecerás feliz”. Se rio estrepitosamente y sentí que me despertaba de aquel hechizo. Miré asustado a mi alrededor y comprobé que me miraban desde las mesas vecinas extrañados. Cuando quise volver a dejarme hipnotizar por ella, se había levantado y caminaba tranquilamente hacia la salida de la biblioteca. Recogí mis cosas y salí rápidamente tras ella.

»Obviamente, no la encontré. Si ella hubiera querido que la encontrara no se habría ido, y yo solo cumplía lo que ella me dictaba. Volví a la biblioteca una y otra vez. Volví con miedo y curiosidad, pero sobre todo porque me moría de ganas de verla y dejarme llevar otra vez por el interior de sus ojos. Soñaba con ellos todas las noches y, en segundo, tercer o cuarto plano, aparecían esas palabras malditas que había escrito con tanta naturalidad. “Se ríe de mí”, pensé, está jugando conmigo y yo entraré en el juego. No me equivocaba en absoluto.

»La tercera vez que la vi nos cruzamos en el pasillo de camino a una clase.

Llegaba tarde y casi se escapa de mi vista, pero tenía los ojos avizores en una rubia de pelo largo y ojos verdes, no poco común en Noruega, por lo que puedes imaginar mi locura para encontrarla. Estaba quieta en mitad del pasillo y tenía el libro en la mano derecha, mientras que con la izquierda sujetaba la pluma y jugaba con ella entre sus dedos. Hacía tiempo que me había encontrado y me miraba fijamente desde pocos metros de distancia ahora. Me detuve en seco, olvidando adónde me dirigía en cuanto supe que era ella. Seguí su invitación no manifiesta y caminé hacia ella sin ver nada más que sus ojos. Cuando nos separaban solo unos centímetros los cerró, y lentamente volvió a abrirlos.

»No vi nada, en ese momento hubiera sido incapaz de haber dicho qué vi, pero sabía que había visto algo, yo sabía que en sus ojos las imágenes se sucedían, y ella me invitaba a que las descifrara, me las entregaba para hacerlas mías, para seguir jugando conmigo, reírse de mí, burlarse de mi destino y dejarme claro que ella era dueña de mi vida para que, según sucedieran todas aquellas imágenes malditas que me quería mostrar, yo siempre supiera que fue ella quien las eligió. En solo unos segundos sentí dolor, rabia, frustración, ira, pérdida. Sentí alegría, emoción, amor, vida. Envidia, avaricia, egoísmo. Solidaridad, paciencia, miedo. Sentí todo lo que a lo largo de mi vida iba a sentir, y me lo regaló acompañado de imágenes que no comprendí entonces.

»Mi norna quiso burlarse de mí. Me mostró mi vida antes de que sucediera, de forma que cuando todas esas experiencias se convirtieran en realidad yo supiera que ya las había vivido. Por si tenía alguna duda, por si se me ocurría pensar que era un *déjà vu* o como quieran llamarlo, cogió mi mano entre las suyas, heladas, y me entregó el libro que, divertida, había escrito delante de mí sin perturbarse.

Jens abrió un cajón de su escritorio y alargó a Eva un libro exactamente igual que el que encontró en la estantería de su casa. La invitó a leerlo antes de continuar su relato.

Yo soy tu norna, Jens.

Tu hilo comienza el 8 de agosto de 1938.

Llorarás la muerte de tus padres, quienes fallecerán mayores con escaso tiempo de diferencia.

Heredarás una fortuna inmensa.

Con las palabras marcarás tu camino al éxito.

Existe un lugar en que el todo permanece en silencio por mucho ruido que haya a tu alrededor. Cada persona encuentra el suyo, tristemente hay quienes nunca lo descubren o no se molestan en buscarlo. Otras personas dedican su vida entera a perseguirlo y retenerlo, sin ser conscientes de que esta fórmula no funciona. Algunos lugares desaparecen o nunca vuelven a ser lo mismo. Puede ser tu culpa, tal vez has cambiado tanto que no te reconoce ni te acoge. También puede ser su culpa, ha evolucionado hacia un camino distinto al tuyo y no te necesita. Otros lugares cambian contigo, se mueven en un camino, te acompañan, se convierten en tu faro y tú en el suyo. Hay lugares que no abandonas nunca.

Otros los dejas escapar porque te dan ese silencio y paz, pero no puedes retenerlos por egoísmo. Tu lugar es la luz, pero tú no eres el suyo. Te resistirás a dejarla escapar.

El día en que el tren se detenga para que suban los recién casados, tu lugar morirá a mediodía brutalmente asesinado por un conocido suyo en su propio hogar.

Solo tú tienes la llave para descubrir por qué el acusado no es culpable del asesinato.

Alimentarás a la fuente de la vida.

Cortaré tu hilo el 8 de agosto de 2023.

Fallecerás feliz.

—Yo no comprendí absolutamente nada de lo que sucedió en ese instante. Durante años leí el libro una y otra vez y solo me quedaba claro que debía haber rebuscado en mi pasado algo a la vista de cualquier estudiante de la universidad. Creí que fue una broma de mal gusto por parte de mis amigos y me dediqué a actuar como si nada sucediera, hasta que esa postura se convirtió en mi forma de aceptar el libro. A diferencia de tu padre, no creí una sola palabra de lo que contaba y no me detuve en las primeras líneas donde relataba mi pasado, pero temblaba ante la idea de descubrir mi futuro. El hecho de que creyera que era falso me animó a leerlo de principio a fin, y saber desde que tenía veintiún años qué me iba a deparar la vida.

»Solo cuando publiqué mi segunda novela y la presenté en un acto público, recordé las palabras del diario: “Con las palabras marcarás tu camino al éxito”. Esa misma noche lo rescaté de cualquier lugar perdido donde lo había dejado y lo releí. Desde entonces lo llevo siempre conmigo.

»Ahora comprenderás por qué estoy convencido de que hoy descubriremos, si me dejas leer el diario de tu padre, lo que sucedió el día en

que mi lugar murió asesinado: “Solo tú tienes la llave para descubrir por qué el acusado no es culpable del asesinato”. Tengo la absoluta certeza de que él nunca cometió aquel delito y se le ha señalado con el dedo en tantas ocasiones que incluso tu padre puede creer que así fue. Tengo mi propia teoría de lo sucedido, pero su diario encierra la respuesta.

Los pensamientos de Jens seguían absortos en una copa de Aquavit a la que no perdía de vista. Había vaciado tres en el tiempo que duró su relato, y si no tuviera que salir al pasillo de la universidad con un fuerte olor a alcohol, habría bebido una más, o incluso dos. Recordar a Nora le producía una sensación de frío imposible de calmar con solo unos tragos de alcohol.

—¿Cómo sabías que mi padre también tenía un diario? —Eva quería atar todos los cabos sueltos que quedaran en su cabeza antes de entregarle el diario, temiendo que una vez en sus manos finalizaría la conversación.

—No me hace falta leer su diario para saber que nuestras respectivas nornas disfrutaron gratamente al plasmar el mismo párrafo en nuestros libros, con un significado distinto para cada uno, pero las mismas palabras.

»He de confesarte que cuando conocí a tu madre no creí que ella fuera mi lugar. Con el tiempo pensé que mi lugar, aquel que según la norna me costaría tanto dejar escapar e intentaría atrapar, no existía. O si existía había pasado por mi vida sin que yo me diera cuenta. O era pura casualidad que hubiera acertado con aquello de las palabras y las novelas, y el diario no dejaba de ser una falacia.

»Y conocí a Nora. Durante nuestras primeras citas me parecía una diversión sin más, una chica con quien pasaba un excelente rato y me hacía sentir joven y alegre, vivo. Me llevaba de nuevo a mis años universitarios previos a la norna. Cuando me alejaba de ella me dejaba una extraña sensación en el cuerpo, un malestar difícil de comprender. El primer año de relación es verdad que tenía una novia formal, por llamarlo de alguna manera, que me esperaba en mi casa. Pensé que Nora sería una relación pasajera del verano de Oxford, pero no podía estar sin ella. Tenía la sensación de que cuando la veía todo volvía a cobrar sentido, me invadía la luz, no tenía ojos para más. ¿Conoces a los Beatles?

—Sí, por supuesto —afirmó Eva un tanto desconcertada por la

interrupción.

—Pero me refiero a si conoces a los Beatles de verdad, sus canciones, no si sabes quiénes son.

—Las he oído, como todo el mundo, pero no soy una gran seguidora, a decir verdad.

—A mí me encantaba ese grupo, y sigo disfrutando como la primera vez cuando escucho sus canciones. —Regaló a Eva una curiosa sonrisa pícara nacida con el tarareo de las canciones en su mente.

—Tengo entendido que también te gusta la música clásica.

La cara de Jens adoptó una mueca de extrañeza y entrecerró sus ojos para contemplar mejor la pregunta.

—¿La música clásica? —repitió la pregunta para sus adentros y entendió por qué la formulaba—. Es verdad, Nora y la música clásica. Fui yo quien le enseñé las primeras nociones, que a la vez aprendí de mi padre. No puedo decir que aborrezca a Mozart, pero tampoco disfruto enormemente con su música. Solo accedía a ir a las óperas tan a menudo porque aquello hacía feliz a Nora, se trasladaba a otro mundo, cerraba los ojos y solo escuchaba. Cuando estábamos juntos en mi casa siempre elegía ella la música y pocas veces me dejaba escuchar a los Beatles. Yo sabía que ese era su momento y no se lo estropeaba ni interrumpía.

»Pero te hablaba de los Beatles y te reirás de mí cuando te explique el porqué. Algo que pocos grupos han conseguido imitar de ellos es el momento cumbre de sus canciones. Varias de ellas solo existen para llegar al punto culminante, y desde que comienzan a sonar esperas ansioso a que llegue, a que estalle la canción y te sientas rodeado por la música. Tienes ganas de ponerlo a todo volumen y seguir a gritos su música, y ahí radica la fórmula de su gran éxito: *I'm the Walrus*, *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, *Lucy in the Sky with Diamonds*. Intentarán descifrar las letras de estas canciones continuamente con miles de conclusiones. Sin embargo es innegable cómo lograron que esperes fervientemente a que lleguen a ese punto en que te embargan. No creo que me comprendas, pero lo mismo sentía yo cuando quedaban pocos días o minutos para ver a Nora, y cuando la tenía entre mis brazos estaba rodeado de ella, de su perfume, su risa, su voz, su alegría. Los

primeros meses, cuando no estaba a mi lado, desaparecía de mi mente, pero poco a poco fue inevitable pasar las noches esperando que llegara el momento culminante de abrazarla.

»Aquella noche fatídica de la presentación de mi novela, Nora se fue y mi novia se empeñó en aferrarse a mí. Llegué a casa y comprendí que solo había incertidumbre, me había hundido, no estaba Nora junto a mí y había apagado todas las luces que podían guiarme, la necesitaba. Nunca antes había sabido lo que era estar perdido.

»Mi novia se despertó al día siguiente y me dijo que mi prima era realmente hermosa, como su nombre. “¿Sabes que significa luz? Si algún día tengo una hija, se llamará así”.

»Entenderás que todo cuadró en mi pequeña cabeza. Corrí a por el diario y releí las líneas a las que nunca había prestado especial atención: “Otros los dejan escapar porque te dan ese silencio y paz, pero no puedes retenerlos por egoísmo. Tu lugar es la luz, pero tú no eres el suyo. Te resistirás a dejarla escapar”.

»Me volqué por que aquello no fuera real, por que Nora fuera siempre mi lugar sin que yo necesitara atraparla.

»Al principio no me preocupó en absoluto la intervención de Henning en nuestra relación, estaba rebosante de confianza y la forma en que Nora se comportaba no dejaba lugar a dudas. Sin embargo, empecé a temblar la noche que pasaron juntos en la choza de aquel amigo, tendría que haber impedido que sucediera. Nunca creí que ella fuera capaz de serme infiel, pero tuve miedo de que yo no fuera capaz de retenerla y nuevamente la bruja acertara. Así que decidí hablar con Henning y marcar claramente cuál era su papel. A él no le debieron quedar dudas de que estaba marcando lo que creía era mi terreno.

Eva se preguntó si la versión de Jens sobre el encuentro coincidiría con la de su padre y se alegró de no haberle confesado que le había visitado en España.

—Comenzamos a hablar como caballeros, una conversación ridícula sobre el tiempo, la universidad y demás gilipolleces. Hasta que claramente le dije que Nora era mi lugar y no iba a permitirle que me arrebatara a quien más

quería. Henning no reaccionó como esperaba. Se quedó blanco, petrificado, tartamudeó. Me pidió que repitiera lo que había dicho y me sorprendí del efecto que tenían mis palabras, temí que mi tono hubiera sido demasiado violento. Calmé mi voz y le repetí que no permitiría que interviniera en mi relación. Le temblaban las manos y no podía cerrar la boca de asombro, veía que sus labios no le dejaban decir lo que le rondaba la cabeza. Cuando intentó dejar la taza de café en la mesa se le derramó parte y torpemente cogió algunas servilletas para limpiarlo, manchándose los pantalones y dando un brusco salto hacia atrás. Me levanté para ayudarlo, extrañado; miré a mi alrededor y comprobé que habíamos llamado la atención de los demás clientes, el camarero se acercaba con un trapo y Henning seguía reaccionando de manera extraña, actuando con nerviosismo, murmurando algo para sus adentros, titubeando entre sentarse o permanecer de pie. El camarero limpió la mesa mientras tu padre miraba al vacío de pie, ensimismado.

»Cuando se fue, le pedí perdón por mi tono de voz y por lo que parecía una amenaza. Se sentó y me miró fijamente. “¿Cuándo lo has leído, de dónde lo has sacado, cómo lo has encontrado? ¿Has entrado en mi habitación, hijo de...?” Dejó el insulto en el aire y dio un puñetazo en la mesa. Le insté a que se tranquilizara y por favor evitara que los clientes siguieran mirándonos. Llamé al camarero otra vez y le pedí un café para el chaval, esperando que llegara a calmarse. Nos quedamos en silencio hasta que lo trajo unos minutos después. Fue entonces cuando tu padre me culpó de haber cogido su diario, el que la norna le entregó, y descubrir qué significaba un “lugar”. Ten en cuenta que tanto en su diario como en el mío tenemos la misma definición, y yo incluso tuve la desfachatez de usar ese párrafo para una de mis novelas e incluso para una dedicatoria a Nora. Después de soportar las inculpaciones de ladrón y plagiador, logramos mantener una conversación más moderada y en un tono más decente, alejando las miradas de los curiosos.

»Comprendimos los dos que teníamos un diario entregado por nuestras respectivas nornas. Me confesó, sin embargo, que no se había atrevido a leer el diario completo. Por lo visto, en cuanto tu padre lo recibió de su norna no tuvo dudas de que era real, y solo fue capaz de leer hasta el momento en que su madre moría. Intentó en su día evitar que sucediera, y lo único que logró fue

que su madre sufriera un terrible y desagradable accidente, de una manera bastante más horrible de lo que el diario había planteado en un principio. Me dijo que desde entonces solo se había atrevido a avanzar una página y descubrir que Nora sería su lugar, por mucho que le costara alcanzarlo. No sabía qué más le deparaba el futuro.

»Al contrario que yo, Henning no sabía entonces que Nora moriría. Tampoco sé yo si su diario así lo relataba. La respuesta está en ese libro. Cuando ella murió y todo apuntaba a que Jens era el asesino, recordé que “solo yo tengo la llave para descubrir por qué el acusado no es culpable del asesinato. Alimentaré a la fuente de la vida”. Hice todo lo que pude para averiguar quién era el asesino y que tu padre fuera un hombre libre e inocente, pero las investigaciones no nos dieron más que especulaciones como resultado. Y aquí estamos ahora.

—¿Sabes a qué se refiere la última frase?

—Tengo mi pequeña teoría, Eva. Supongo que tú conoces el significado de tu nombre: «fuente de la vida». —Eva asintió—. Déjame leer el diario de tu padre y saldremos de dudas.

Henning no podía creerlo. Los tres últimos años de su vida habían sido tan increíbles que le parecía imposible que aquello pudiera estropearse de alguna manera. El diario no mentía, cada palabra, cada letra, por muy enigmática que fuera, era real y le estaba dando a Henning lo mejor de su vida. Nora, el deseo imposible, era su mujer y madre de su pequeña hija. Cada día agradecía al diario por haberle hecho esperar junto a Nora y no perderla, sabiendo que abandonaría a Jens y sería su mujer.

Sin embargo, de pronto un día encontró el libro de Jens dedicado. Nora le había eliminado por completo de su vocabulario, ¿pero de su mente también? ¿Era posible que le hubiera olvidado después de cuanto le costó separarse de él? ¿No habría sido todo una ilusión? Tenía el libro en su mano y sabía que la respuesta solo podría encontrarla en un sitio. El diario nunca dijo que él,

Henning, fuera el lugar de Nora. Solo decía que Nora era su lugar y desde luego Jens no lo era. Entonces no tenía por qué preocuparse. O tal vez sí, tal vez el paso de los años, el nacimiento de su hija, hacía cambiar de idea a su esposa. Tal vez guardaba ese libro para volver a los brazos de Jens.

Desde que tuvo el libro de Jens en su mano hasta que se decidió a rescatar del olvido su diario transcurrieron tan solo cuatro minutos. No necesitó más empuje, quería descubrir la verdad.

Abrió el diario por donde lo había cerrado la última vez.

Otro hombre quiere ser el lugar de Nora, pero no lo es.

El día en que el tren se detenga para que suban los recién casados, tu lugar morirá a mediodía brutalmente asesinado por un conocido suyo en su propio hogar.

Tú sabes: «Prefiero haber alcanzado el cielo sabiendo que la caída será dura a haberme quedado en tierra soñando y previniendo. Prefiero saber que tuve entre mis manos lo que muchos quisieron y viví lo que otros no imaginan, aunque me duela el golpe. Prefiero guardar bonitos recuerdos, aun cuando estén acompañados de duras cicatrices, a no haber aprendido ninguna lección nueva. Prefiero haber formado parte del reparto del teatro a haberme limitado a observar y envidiar. Porque si la vida son dos días, quiero poder guardar buenos momentos y lecciones que me ayuden a superarme. Y si algún día he de arrepentirme de algo, que sea de esas noches que dormí sin soñar».

Sin tu lugar, el ruido no cesará durante años.

Su respiración se cortó.

Sin ningún recelo, y más bien aturdida, le entregó el diario y estudió sus expresiones con cada página que leía. Los pocos minutos que tardó en llegar hasta el final se multiplicaron por tres, porque fue volviendo las páginas adelante y atrás, releendo una y otra vez las palabras. Eligió los últimos párrafos que cerraban el libro y los leyó en voz alta.

La fuente de la vida busca la verdad siguiendo una fotografía. Pero de ti no beberá más que palabras silenciadas. La fuente de la vida beberá la verdad del otro hombre que quería ser el lugar de Nora. El ruido cesará entonces, te perdonaré por intentar burlarme. Siempre

estoy por delante de ti, Henning. Cortaré tu hilo el 1 de enero de 2040. Fallecerás feliz.

—Has encontrado a tu padre, ¿verdad?, Eva. —Ella volvió a asentir sin mediar palabra. Jens cerró el diario y se sirvió una copa nuevamente. Eva hubiese deseado pedirle una ella misma, pero no se encontraba con fuerzas para alzar la voz—. Creo que por fin tu padre podrá descansar y el ruido cesará. Espero tener razón.

»Me imagino lo duro que pudo ser para tu padre descubrir que su mujer iba a morir, y supongo que lo leyó un año antes de su muerte. De la investigación obtuvimos pocas conclusiones, aunque dos de ellas muy esclarecedoras. La primera, que un año antes de morir Nora, su marido se había comportado durante un par de meses de manera muy extraña. Adelgazó mucho, no salía de casa, faltó al trabajo e incluso se trasladó unos días a casa de su padre y se encerró en una habitación. De esos meses resurgió como un ave fénix, volvió a ser el marido ideal, un hombre feliz, un padre comprometido que adoraba a su hija y su mujer. Sebastian Pedersen me comentaba que tal vez planeó durante ese tiempo el asesinato de su mujer. Yo estaba convencido de que su diario también le decía que Nora moriría y comencé con mis propias especulaciones que no hacen más que reafirmarse ahora. La segunda conclusión de la investigación, mucho más interesante, fue que Nora estaba drogada y no sintió absolutamente nada, no sufrió.

»Me imagino que tú también habrás atado los hilos. Henning descubrió que ese día matarían a su mujer, la drogó, por miedo a que, si evitaba el asesinato, ella llegara a sufrir más, y se escapó. Tu padre, cuando le has visitado, no te lo ha contado, ¿verdad? —Nora hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Por eso dice el diario: “La fuente de la vida busca la verdad siguiendo una fotografía. Pero de ti no beberá más que palabras silenciadas”. No sé cómo le encontraste, pero algo tendrá que ver una foto. “La fuente de la vida beberá la verdad del otro hombre que quería ser el lugar de Nora.” Y aquí tienes toda la verdad, Eva. —Dio un pequeño golpe con el vaso vacío en la mesa—. Tu padre no fue el asesino de tu madre. —Detuvo su conversación, saboreó el último trago de la copa y continuó lentamente—: Hizo todo lo que pudo por que muriera sin dolor, a sabiendas de que nunca podría evitar su muerte.

—Pero me dijo que no era inocente de su muerte. —Eva se dio cuenta de que llevaba unos minutos llorando en silencio y las lágrimas caían con más intensidad por sus mejillas. Llegó a sus labios el sabor salado y amargo de las lágrimas.

—¿Te sentirías tú inocente si no hubieras evitado que tu pareja muriera desangrada ante tus ojos?

Eva ahogó sus ojos en sus manos y cerró la vista al despacho, deseando estar en otro lugar, en su cama, arropada, protegida, ajena a toda aquella historia, con otra vida en la que nada había sucedido o ella nada sabía. Notó que Jens se había levantado, le ponía una mano en su hombro tranquilizándola y le dejaba sobre el regazo el diario de su padre.

—«Solo yo tengo la llave para descubrir por qué el acusado no es culpable del asesinato. Alimentaré a la fuente de la vida». Y así lo he hecho. Me alegro de que, por fin, el ruido cese para tu padre y su norna se haya divertido lo suficiente poniéndole a prueba. «El ruido cesará entonces, te perdonaré por intentar burlarme. Siempre estoy por delante de ti, Henning». Aunque fuera mi rival, era a quien Nora amaba. Ella nunca dejará de ser lo más importante para mí, independientemente de que yo no lo fuera para ella. Sabía que moriría y se casaría con Henning, pero la deseaba tanto... Estoy seguro de que mi norna se divirtió mucho al cruzar nuestras historias y avisarnos de que la persona a la que más queríamos moriría. Eva, puedes creerme o no, ya te lo he dicho al principio, pero el libro que guardas lo ha escrito una maldita bruja que se quiso reír de tu padre y de mí, se burló de nosotros y se divirtió hilando nuestros destinos para que solo pudiéramos separarlos en este mismo momento. No sé si yo habría sido tan valiente como tu padre y hubiera hipotecado toda mi vida de esa manera; me alegro de que ella al menos muriera en sus brazos.

Jens le pidió que saliera del despacho, necesitaba ahogar sus propias penas en una botella de alcohol y en solitario, maldiciendo el día en que el diario cayó en sus manos.

Durante las dos últimas semanas, Henning había llamado a su amigo Federico diariamente. Necesitaba el consejo de un amigo que había estado cerca de asesinos que habían logrado el perdón de Dios y el propio, y habían sido capaces de rehacer su vida. Disfrazó su curiosidad afirmando que tenía un caso en su iglesia, pero en cuanto Federico le visitó en Burgos supo que había algo más. No reconoció a su amigo. Desde la última vez que le vio habían pasado solo tres años, pero había envejecido diez en ese tiempo. Vestía una expresión triste y forzó una suave sonrisa antes de darle un abrazo a modo de saludo. Sintió que Armando se dejaba derrumbar en ese abrazo y apartaba de sí una gran carga.

—Amigo, estás roto —llegó a decirle.

—Demos un paseo, Federico. Quiero que me tomes confesión.

Federico no se extrañó ante la petición y sustituyeron el confesonario por un agradable paseo, a pesar del frío. Sí le extrañó, sin embargo, la confesión en sí de su amigo.

Los minutos antes de llegar, Henning se había sentido incapaz de decidir cómo comenzar su relato, aunque sí tenía claro que debía entregárselo por completo. Desde el viaje a Kristiansand hasta su huida de Noruega, con una parada atroz en su antigua casa, aquel paseo acabaría en una confesión, si bien no pormenorizada, sí completa.

Queriendo deshacerse cuanto antes de los momentos más duros, comenzó por el final de su vida, y sin pausa relató cada instante anterior que no podía obviar, convencido de que la única persona con suficiente experiencia para creer o no creer, para juzgarle sin odiarle, para perdonarle, sería su amigo Federico.

Tras un largo paseo de dos horas, donde Federico apenas había podido separar los labios, llegó el incómodo silencio que Armando ya esperaba.

—Bien, Federico, me temo que es el momento de que tomes la palabra; como comprenderás, no me quedan a mí más para continuar. —Se atrevió a dirigirse a él y a cruzarse con sus ojos. Su amigo, sin embargo, no apartó la mirada del suelo.

—Armando, siento decirte que no puedo creer que alguien aparte de Dios

rija este mundo. —Armando o Henning, como quisieran llamarlo, no dijo nada —. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué me lo cuentas ahora después de tantos años de amistad?

—Mi hija me ha visitado recientemente y cree que soy culpable. Yo no pude contarle la verdad, tampoco me hubiera creído. Solo sé que desde que ella apareció aquí se ha despertado más fuertemente el ruido en el que se hunde mi mente, ella lo ha avivado y ahora me impide hasta dormir, mientras que antes al menos conseguía conciliar el sueño un par de horas seguidas. No sé qué más puedo hacer, y lo único que se me ocurrió es confesarlo absolutamente todo. Incluso, Federico, confesarte que no creo en Dios.

Su amigo detuvo su paso y le lanzó una mirada furiosa.

—Por favor, Federico, ¿cómo voy a creer en Dios si estoy plenamente convencido de que una norna me entregó mi vida? Es imposible que pueda creer en ilusiones, fantasmas y dioses a la vez que creo en un Dios único. No tendría sentido.

—Armando, pero lo que me estás confesando no son simples pecados. Deberías entregarte.

—No olvides, Federico, que estamos bajo el secreto de la confesión. — Henning sintió un súbito miedo. Todo el trayecto de los últimos años desde la huida podría haber sido en balde si ahora su amigo le denunciaba.

—No, no te voy a delatar, eres una de las personas que más aprecio. Pero... ¿te arrepientes? ¿Buscas el perdón de Dios? ¿Qué necesitas?

Eva salió del despacho de Jens con el diario de Henning en sus manos. Miró alrededor confirmando que nadie la veía en ese estado, con lágrimas en los ojos y enferma, soportando su cuerpo a duras penas.

Pero alguien sí la estaba mirando.

Esta vez fue Henning quien se detuvo en seco. Federico siguió su mirada perdida, preocupado por la súbita reacción de su amigo. Ya no sentía frío. No sentía el aire frío que antes le abatía el rostro. Una ráfaga de aire caliente se había apoderado del ambiente, al menos por unos segundos.

—¿La ves como yo? —le preguntó Henning.

Federico afirmó. A tan solo unos pasos, una mujer rubia, de enormes ojos verdes, les cerraba el paso y se acercaba a ellos.

Eva sintió que una corriente de aire le llegaba por detrás y quiso descubrir la ventana que daba paso a tal frío. Su reacción inicial, nada más girarse, fue extrañarse de encontrarse con Ana en su universidad. Tardó tan solo milésimas de segundo en comprenderlo. Hubiese querido correr, huir de aquel lugar como su padre hizo de Noruega, pero se sentía paralizada. Estaba tan solo a unos centímetros de la norna, que se acercaba a su oído para susurrar.

Henning quiso escaparse una vez más, pero el peso de su cuerpo y de su mente le impedían actuar y pensar con normalidad. Era igual de hermosa que cuando la vio por primera vez, pero nunca podía traer buenas noticias. Fue el primer pensamiento que cruzó la mente de Henning, quien, exhausto, contemplaba la escena sintiendo que el ruido de su cabeza podía llegar a tal punto que necesitaría tomar el brazo de su amigo para seguir en pie. Federico, por su parte, contemplaba la escena sin hablar, diciéndose a sí mismo que era una transeúnte normal y nada extraño o peculiar había en la situación. Pero sin creerlo. No le cabía duda de que esa afirmación no era cierta.

Siguió con la mirada el movimiento de la mano de Ana, quien inició con su dedo índice un breve trayecto en el hombro de Eva, continuando por su brazo, paseando por su mano y finalizando en el diario, al que dio un par de golpes secos. Reclamó su atención levantándole el mentón con el mismo dedo índice, y Eva comprobó que mostraba una amplia sonrisa.

—El ruido ha cesado para él. Le he perdonado.

Dio media vuelta completamente indiferente a Eva, caminando con lentitud y dejándose desaparecer entre los pocos alumnos que había en el pasillo.

Se acercó a Henning tanto como pudo y le susurró al oído: «El ruido cesará ahora, te perdono por intentar burlarme. Siempre estoy por delante de ti, Henning».

Puso su mano en su frente y Henning sintió un frío helador seguido de un silencio que no había conocido en años. El ruido había cesado, el constante dolor de cabeza había desaparecido.

En la tapa de cuero del diario de Henning había una rotura, en el punto exacto donde Ana había señalado. Eva tardó en reaccionar y abrirlo, convencida de que aún estaba observándola desde algún lugar.

Las primeras páginas estaban en blanco, una tras otra, tras otra, tras otra. El diario de Henning, su vida, ya no ocupaba las primeras líneas. Siguió hojeando hasta que se detuvo de golpe en las primeras letras escritas. Dubitativa, Eva leyó la frase que precedía a un largo párrafo:

Yo soy tu norna, Eva.

Epílogo

Las despedidas siempre duelen,
aun cuando haga tiempo que se ansíen.

ARTHUR SCHNITZLER

Despedida de Jens y Nora

Nora comprobó rápidamente la hora en el reloj de muñeca y constató que tenía tiempo de sobra. Desde que comenzara a trabajar en los servicios sociales ofreciendo su ayuda como abogada, había adoptado una costumbre por mera casualidad. El primer año debió completar unos papeles y se pidió un día libre en el trabajo, aprovechando además para realizar otras tareas. Tanto disfrutó ese día dedicado a sí misma que desde entonces todos los años libraba un miércoles cualquiera de una semana cualquiera. Y no es que necesitara descansar de la compañía de su marido o de su hija, simplemente le gustaba saber que un día al año estaba reservado exclusivamente para ella, y ese pequeño capricho no podía negárselo nadie.

Eran solo las siete y media pasadas, se desperezó largamente y disfrutó de unos minutos más en su cómoda cama. Estiró las piernas y ocupó la cama por completo, se frotó los ojos, suspiró, canturreó, irguió medio cuerpo y volvió a acostarse. «¡Humm!», podría haber oído cualquiera que estuviera cerca de ella. Se escapaba de sus labios esa expresión de satisfacción y bienestar. Tras unos veinte minutos decidió que estaba lista para comenzar el día.

Primero entró en la ducha y se aplicó el champú en su larga melena rubia, seguido de la mascarilla. Pasó sus dedos entre cada mechón hasta comprobar que no tenía ningún nudo y, mientras la mascarilla hacía efecto, usó la esponja para aplicarse el jabón. Con una lentitud y tranquilidad casi exasperante, se aclaró el cuerpo y el cabello para salir nueva de la ducha. Descolgó la toalla de algodón blanca y se envolvió en ella, descansando unos minutos antes de decidir que el vaho del cuarto de baño empezaba a ser insoportable.

Con la misma tranquilidad se vistió unos vaqueros y una camiseta blanca

de escote cuadrado, un cinturón rojo, unas zapatillas del mismo color y, por si acaso, una chaquetita de color beis. Esta última la dejó sobre la cama con la esperanza de que ese día de finales de junio no la necesitara demasiado. Se secó un poco el pelo con el secador y lo ató en una coleta alta que con un par de horquillas convirtió en un bonito recogido. Revisó su apariencia de perfil con poco interés y se dirigió a la cocina.

Esa mañana Henning incluso había fregado los restos del desayuno de la niña y el suyo, por lo que la cocina estaba en perfecto estado. En una fuente encontró los bollos que su madre le trajo el día anterior, varios *kannelboller* y *boller*. Los primeros eran un bollo en forma de rueda con canela y azúcar. Los segundos, también bollos típicos noruegos, eran similares a las medias lunas aunque más dulces y consistentes. Dudó entre cuál de los dos coger y no tardó en decidirse por ambos, depositándolos en un plato al lado del café. Preparó su café y rescató del suelo de la sala de estar el libro que estaba leyendo y con el que Eva había juguetado la tarde anterior antes de acostarse. Tenía el pico de una página rota y había garabateado algo en el interior con sus lápices nuevos, en especial con el rojo. De camino a la cocina pisó uno de ellos descalza, levantó el pie derecho y se rio al ver que era precisamente el rojo. Sonrió y añadió a las tareas del día comprar una nueva caja para la niña. Esa mañana, antes de irse de casa, Henning dejó entrar a Eva en la habitación y se abalanzó sobre ella dándole un sonoro y fuerte beso en la mejilla, otro en los labios y otros más en toda la cara. Nora también la abrazó y, a pesar de que la niña estaba vestida, la metió con ella bajo las sábanas, sin llegar a abrir los ojos del todo, y disfrutó del perfume de la pequeña unos minutos. Abrazaba a su hija mientras ella juguetaba con su cabello, como tanto le gustaba, enredando sus pequeños dedos entre los mechones de su madre. Nora se dejó hacer tranquila, hasta que su marido le dio un beso, una caricia y suavemente rescató a la niña de entre las sábanas para llevarla a la guardería. «Te quiero», le dijo antes de cerrar la puerta. Eva, por supuesto, protestó. Lloró, gritó y montó un drama por el hecho de apartarse de su madre unas horas. Nora tuvo el instinto de decirle a su marido que la dejara con ella, pero ya habían acordado que no sería así. Eva iría a la guardería y, como todos los demás días del año, Henning la llevaría antes de ir al trabajo.

Desayunando con su café, su bollo y su libro, sintió ganas de haber abrazado fuertemente a su hija como todos los sábados y domingos, y retenerla con ella en la cama. Y si Eva comenzaba a protestar, Nora ganaba tiempo contándole una historia, medio dormida, medio despierta, hasta que la niña se levantaba y saltaba encima de su padre. Henning se levantaba inmediatamente y quedaba prácticamente a las órdenes de la niña, como un fiel siervo.

Pero el momento del desayuno lo estaba disfrutando tanto, con el silencio que reinaba en la casa, que el hecho de no haber retenido a Eva en sus sábanas le pareció ahora la mejor decisión en mucho tiempo. Tomó dos tazas del café preparado al estilo noruego, que contenía muy poca cafeína, mientras leía y miraba distraída por la ventana. Oyó que el jardinero acababa de llegar, y ante el inminente ruido de sus máquinas que invadiría su descanso, concluyó que era el momento de levantarse.

De su bolso vació las cosas de Eva y, con alivio, lo colgó de su hombro. No pesaba ni la mitad que de costumbre, con todos los mejunjes y cacharros, «por si pasa esto o lo otro durante los cinco minutos que estoy fuera de casa con la niña», con los que solía cargar. Cogió sus llaves, una cestita, y se adentró en el bosque.

Durante dos horas largas, Nora caminó y recogió las fresas que encontraba por el camino, dejando caer algunas en la cesta y degustando otras en el momento. Muchos sábados y domingos por la mañana solían ir los tres a hacer el mismo recorrido, y era cuando más insistía Henning en comprar un perro. Quería un golden retriever, pero Nora, como suele suceder en los matrimonios, era más realista. Su marido no tenía en cuenta el dinero que costaba no solo la compra, sino también alimentarlo. Por no hablar de las molestias de ir a pasearlo a diario, cuidarlo, educarlo, que aceptara a Eva y conviviera con la niña, que luego aceptara a los demás niños que habrían de llegar, ya que siempre hablaban como mínimo de dos más... Henning veía la parte divertida, fácil y barata de comprar un perro; Nora veía mil inconvenientes. No porque no quisiera tener un perro, de hecho sí quería, pero no creía que fuera tan fácil como su marido lo pintaba.

Por otra parte, sabía que todo lo que ella deseaba Henning lo convertía en realidad. Sentía que a pesar de los años que llevaban juntos, él quería volver a

conquistarla día a día. Aunque lo intentaba, Nora no lograba hacerle ver que la tenía más que conquistada. Sabía que su marido aún veía a Jens como una sombra, y a ella le costaba explicarle que nada de lo que sintió por su anterior pareja podía llegar a parecerse a cuanto le quería. Pero esa sombra, esa pequeña sombra, era tal vez lo que hacía su relación tan especial, un reto diario, una conquista diaria, una relación en constante movimiento y con vida propia.

Al volver a casa, dejó la cesta rápidamente en la entrada y cogió las llaves del coche. Como Henning trabajaba en Lillehammer, era él quien llevaba el «mejor de los dos» coches, porque ella solía usar el Renault que sus padres jubilaron. No podían permitirse nada mejor; de hecho, el coche de su marido también era de segunda mano. Aquel era otro tema que también machacaba a Henning, que creía que Nora echaba de menos su ritmo de vida anterior. Y, por mucho que lo intentara, le costaba que entendiera que aquella vida podría traerle lujo, viajes y fiestas, pero nada de ello era comparable a Henning y Eva. Sí, por supuesto que hubiera deseado ser rica ella misma y poder darles eso mismo a su marido y a su hija. Pero si era cuestión de comparar, no albergaba duda alguna en elegir a su marido y a la pequeña.

Nora había entrado en casa de sus padres hacía unos minutos para dejarles las medidas de Eva, así como un jersey que solía usar. Su madre se lo había pedido hacía varios días y Nora por fin cumplió su promesa, de manera que su madre podría comenzar a tejer una prenda para la niña. No quiso quedarse a almorzar con ellos, prefirió seguir disfrutando de su día reservado para ella misma, que se iba consumiendo a una velocidad vertiginosa.

A esa misma hora, Jens acababa de ducharse, desayunar y vestirse en una habitación del hotel situado a escasos metros de la casa de Nora. Más bien, de lo que él conocía como la casa de Nora. Obviamente no seguiría viviendo con sus padres, ni siquiera sabía si seguía viviendo en ese pueblo o se habría trasladado a algún otro lugar con su marido, con Henning.

Pero había tenido que pasar unos días en Lillehammer por motivos de trabajo y se le ocurrió pasar la última noche en el pueblo de su exmujer, por si tenía la grandísima suerte de cruzarse con ella. Es más, por si tenía la enorme suerte de cruzarse con ella a solas. Algo que debía de ser muy poco probable,

pero no perdía nada por intentarlo. Se tomó con calma la mañana e incluso con desgana: a diferencia de Nora, a él le solía sobrar el tiempo y no le parecía imprescindible aprovechar al máximo el tiempo libre del que disponía. Salió a comprar el periódico y tomar un café cerca de la antigua casa de ella.

Jens observó, desde unos metros de distancia, cómo Nora salía de casa de sus padres, les enviaba un beso y se dirigía hacia su coche aparcado enfrente. Había recogido su cabello en un bonito peinado que despejaba su rostro y cuello, luciendo unos pendientes de plata largos y sencillos. Jens decidió acercarse lentamente unos pasos; hacía cinco años que no la veía y dudaba de cómo reaccionaría ella.

—Nora.

Su antigua novia se quedó inmóvil con la llave del coche en la puerta, de espaldas a él. Un vago escalofrío recorrió su estómago para acabar en la parte superior de su pecho. Se giró sin demasiada convicción y le sonrió tímidamente.

—Jens..., ¡cuánto tiempo!

Él se acercó más. Casi había olvidado los ojos verdes de Nora y su sonrisa. Tras la inicial sorpresa, retomó la compostura y también dio un paso hacia ella, cogiéndola del brazo cariñosamente y dándole un beso en la mejilla.

—Estás preciosa. —Ella musitó un «gracias» inaudible e instintivamente miró a su alrededor, comprobando que no había nadie que pudiera verlos—. Perdona, no querría causarte problemas. Estaba de paso por Lillehammer y pensé en acercarme a saludarte. ¿Cómo estás, aparte de radiante?

—Gracias, Jens. Perdona, me ha sorprendido verte, pero me alegro de que nos volvamos a encontrar. Podemos ir a mi casa si quieres, y te invito a un café.

Jens asintió y subieron juntos al coche de ella, un Renault rojo que tendría seis o siete años. Observó que las prendas de Nora no eran de la mejor calidad y el color apagado de la camiseta delataba que le había dado varios usos. En la parte de atrás, una silla revelaba que ya había sido madre.

—¿Niño o niña?

Ella le miró confusa y, tras unos segundos, comprendió la pregunta.

—Niña, niña —sonrió como una madre orgullosa—. Se llama Eva y tiene dos años. Está preciosa, y no lo digo porque sea su madre.

Condujo en silencio los escasos diez minutos que separaban su casa de la de sus padres. Jens comprobó que estaba algo tensa y respondía a sus preguntas con monosílabos y forzando sonrisas.

Entraron en una casa de madera de dos plantas dividida en cuatro apartamentos. Nora y Henning vivían en la segunda planta, a la que se accedía por unas escaleras situadas en la parte trasera, lindando con el pequeño terreno que compartían. Una vez dentro, lo primero que descubrió fue un espejo en el pasillo donde Henning había colgado una nota de media página: «Te quiero, Nora. Ten un buen día». No pudo evitar sentir celos.

Al fondo del pasillo se encontraba la sala de estar, con un cómodo sofá donde ella le invitó a que se sentara mientras traía el café y unas pastas. Detrás de él, una biblioteca donde Jens ni siquiera buscó sus propias novelas, seguro de que estas no tenían lugar en la casa. Con gusto comprobó que Nora tenía una gran colección de música clásica y comenzó a escudriñarla cuando ella entró.

—Si quieres, pongo algo de música —preguntó ella al regresar de la cocina.

—No, no te preocupes.

Nora se sentó a su lado y le sirvió el café tal y como recordaba que a él le gustaba.

Nora se preguntó qué hacía Jens de pronto en su casa tomando café después de haberse divorciado de él y pedirle que no volviera a visitarla. Él no podía decirle que quería despedirse de ella, consciente de que en un momento u otro, cercano o lejano, ella moriría.

Tras un incómodo silencio, Jens se decidió a hacer que la situación pareciera lo más normal posible, ya que no podía contar de modo alguno el verdadero motivo de su visita. Le preguntó por su trabajo, por Henning, por la niña. Él habló de su último ensayo, de su incorporación definitiva como profesor a la Universidad de Oslo, de su bien llevada soltería. Nora se interesó por saber más de su trabajo, le confesó que seguía visitando las óperas de la capital y se rio de una noticia reciente en la que a él le

emparejaban con otra joven. Noticia que negó rotundamente, riéndose con ella. Y no mentía.

Durante más de una hora hablaron de sus diferentes caminos, separados no hacía tantos años. Ella supo también de su libro no publicado, con reminiscencias de una joven Nora.

—¿A qué has venido, Jens? —Nora nunca había tenido facilidad para comentar temas espinosos o desagradables, y mucho menos directamente. Jens sospechaba que era el motivo por el que se casó con él en California en vez de rechazarle.

—¿Tengo que tener algún motivo? —preguntó Jens con su característica ironía.

Nora le sonrió. El secreto de Nora es que tenía diversas sonrisas y risas, y cada una tenía una función y ocasión idóneas: cuando se reía como una niña, cuando reía maliciosamente de alguna pequeña maldad o más bien jugarreta que hubiera hecho, cuando sonreía por compromiso, cuando intentaba ahogar su risa en las cenas con sus amigos cuarentones para no parecer más niña aún. Pero la sonrisa de ahora Jens no la conocía. No había complicidad ni cercanía, era extraña.

—No lo sé. Supongo que solo quería verte una vez más, a pesar de haberte prometido no volver a cruzarme en tu camino. Siento haber roto esa promesa, pero creí que con el paso de los años dejarías de odiarme.

—Nunca te odié, Jens, todo lo contrario. No era fácil dejar de ser parte de tu vida, ni apartarte de la mía. Pero no eras tú..., no me conocías, contigo estaba acostumbrada a hacerme pasar por alguien que no era, mayor, más perfecta, más a tu nivel, más cerca de ti. Y creía que era lo que yo quería, porque contigo no veía. Estaba ciega. Casarme contigo de aquella manera, a «tu» manera, me hizo despertar. No te imaginas cuánto te quería. Yo estuve enamorada de ti desde que tenía diecisiete años, no dudé ni un solo instante que eras el hombre de mi vida, lo tuve muy claro desde aquella primera comida en Oxford. Me nublé contigo, me cegué en nuestra relación, me lancé de cabeza sin preocuparme cuánto estaba dejando de mí por el camino. Incluso cuando fui a la presentación de tu novela y apareciste del brazo de tu novia, yo sabía que ella era un obstáculo pasajero y con el tiempo volverías a mí. Mi

madre me ha preguntado una y otra vez si no me arrepiento de haber estado atada a ti desde tan joven y... —Jens bajó la cabeza sintiéndose culpable— y nunca lo he estado. Porque contigo hice una apuesta. Me regalaste unos años maravillosos, me enseñaste, me entregaste cuanto podías, y eso es todo lo que me llevo conmigo. A veces pienso que, si no hubiera estado esos años contigo, no habría tenido una relación tan maravillosa con Henning, no estaría tan enamorada de él. Siento haberme divorciado de ti. Siento haberte hecho perder esos años conmigo. Siento no ser la mujer de tu vida.

Jens no fue capaz de mirarla a los ojos. ¿Cómo era posible que aún no la hubiera olvidado ni un ápice? Cogió su mano entre las suyas, le dio un suave apretón y se levantó cabizbajo. Nora le acompañó a la salida para despedirse.

—Para mí lo eres, lo único que siento es que yo no fuera el hombre de tu vida. Siempre serás mi pequeño y único lugar. —Jens le dio un beso en los labios y Nora se dejó besar. Se fundieron en un largo abrazo en el que él se envolvió de nuevo y por última vez en su perfume. Aprovechó que Nora había desprendido su cabello del recogido, dejando que cayera sobre sus hombros y espalda, para acariciarlo cariñosamente. Se despidió de ella con lágrimas en los ojos.

A Nora le quedaban tan solo unos meses de vida.

Despedida de Henning y Nora

Henning, como todas las mañanas, se despertó desubicado. Solía tardar un par de segundos hasta hacerse a la realidad, acercarse al abrazo de su mujer y susurrarle los buenos días. Ella solía revolverse en las sábanas perezosa, abrir un ojo para mirar el reloj y comprobar que le quedaban cinco minutos más de sueño que alargaba hasta diez. Esa mañana en concreto, Henning se levantó un poco aturdido, ya que el día anterior su esposa había elegido una buena botella de vino para cenar. Después de acostar a la pequeña no se resistieron a terminarla, ya que les pareció poco el vaso disfrutado durante la cena. Sentados en el sofá, tapados con una manta, escuchando The Beatles y hablando sin interrupción, se acostaron bien entrada la noche. Nada más levantarse, Henning sufrió el efecto del alcohol y decidió que una buena ducha sería el mejor remedio. Nora seguía durmiendo y la despertó suavemente con un beso en la mejilla.

—No me puedo creer que ya sea la hora. Me duele la cabeza una barbaridad.

—En mi idioma lo llaman *resaca*.

Ella sonrió a su marido con los ojos aún cerrados.

—Uf, te vas a reír, pero de verdad creo que es algo más, me siento realmente mal.

Mientras Nora se desperezaba, Henning se lanzó a la ducha.

Mientras estaba en el baño, Nora siguió con el ritmo establecido de cada mañana: despertar a Eva y arreglarla para ir a la guardería. Henning, recién duchado, se puso unos pantalones de traje y los acompañó con una camiseta antigua de un grupo de música noruego desconocido por una humanidad que no

sabía lo que se perdía, al menos según él. Con esa vestimenta fue a la cocina y preparó primero el café. Sacó el pan, la mantequilla y la mermelada y, junto con los platos, tazas y cucharas, lo llevó en una bandeja a la sala de estar, donde tenían también la mesa de comedor. Colocó cada cosa en su sitio encima de la mesa y, cuando se afanaba en cortar las rebanadas de pan, una cosa pequeña se abalanzó a sus piernas. Sonriente, dejó el cuchillo encima del plato y levantó en el aire a Eva para darle un beso. Tenía tres años, el pelo tan rubio que casi parecía blanco, las mejillas tan grandes que acaparaban su cara entera, y una vitalidad que podía acabar con la paciencia de sus padres. Ese día Nora le había puesto un vestido de tirantes blanco y estampado con unas enormes flores rojas.

—Se ha empeñado en entrar en la habitación de los trenes —comentó su mujer—. Quería ver el tren recorrer el pueblo otra vez.

Eva miró a su padre orgullosa. Parecía haber heredado su pasión por los trenes.

—¿Y te ha gustado? —La pequeña negó con la cabeza enérgicamente—. ¿Cómo que no?

—Se ha estropeado el tren —avisó. Nora confirmó que era verdad.

Henning dejó a su hija en el suelo y miró extrañado a su esposa.

—¿Estás segura?

—Sí. Le hemos dado al botón y el tren ha avanzado un poco hasta que se ha parado de pronto delante de la iglesia. —Henning mantenía una curiosa expresión ante la noticia, como si fuera realmente grave que el tren no funcionara—. Cariño, no es para tanto, ¿no crees? Vamos a desayunar y lo miramos esta tarde.

Nora sabía que Henning tenía aprecio a sus trenes, maquetas y demás. Lo aceptaba, se divertía con él y se reía por comportarse como un niño. Pero lo que no hubiera esperado era que se pusiera pálido porque el tren no funcionaba.

Haciendo caso omiso de sus comentarios, se dirigió a la habitación dejándola enfurruñada y sirviendo un desayuno para dos en vez de para tres. Henning avanzaba a pasos agigantados por el pasillo, resoplando y diciéndose que no podía ser, tan pronto no podía ser.

Nada más encender la luz de la habitación, sus ojos se dirigieron al sitio exacto y comprobó que el tren estaba parado enfrente de la pequeña iglesia protestante donde una pareja de novios recién casados bajaban las escaleras ante la atenta mirada de sus familiares y amigos. Le dio al botón mágico, como Eva lo llamaba, pero no arrancó. Comprobó el enchufe primero, después la situación del tren, los cables, las vías, las ruedas. Giró el tren, lo volvió a colocar, cogió uno antiguo de prueba, lo situó en otra vía. Sus acciones eran rápidas, sin sentido y con torpeza. No lograba que se moviera ni un ápice. Tres cuartos de hora después estaba sudando y se encontraba mareado del cargado ambiente de la estancia. El maldito tren no arrancaba. Volvió a dejarlo delante de la iglesia cuando Nora entró enfadada.

—Momo, por Dios, deja tus juguetes por un día. Tienes que llevar a la niña a la guardería. Acabo de coger el termómetro y es lo que me temía: no tengo una simple resaca. Acabo de llamar al trabajo y me quedaré... ¡Henning, hazme un poco de caso!

Tenía miedo de girarse y que su esposa le viera. Parecía un niño pequeño tirado en el suelo con dos trenes antiguos rodeándole, unos cuantos cables y herramientas, cruzando las piernas sobre sí y encorvado. Tenía la cara roja de furia y le caían lágrimas que no podía evitar.

—Perdona, Nora, ahora me cambio y llevo a la niña.

Ella no supo qué contestarle. Ni siquiera se había atrevido a mirar a su mujer a la cara cuando habló y se levantó en silencio para ir al baño.

Sabía que ya llegaba tarde, pero no le importaba: «El día en que el tren se detenga para que suban los recién casados, tu lugar morirá a mediodía brutalmente asesinada por un conocido suyo en su propio hogar».

Dejó a su hija en la guardería y se despidió de ella con la seguridad de que no volvería a verla. Su cuidadora le preguntó si estaba bien, pero él se limitó a decir que tenía un poco de resaca del día anterior. Aún había rastro de alguna lágrima, sobre todo le delataban sus ojos rojos. Condujo con la mente en otro lugar, repasando minuciosamente su plan. Se detuvo en la estación de autobuses únicamente para entrar en el baño y lavarse la cara, no quería aparecer con muy mal aspecto en el trabajo.

A las 11:00 salió alegando un fuerte dolor de cabeza y diciendo que

seguramente él y su mujer debían de haberse resfriado, ya que ella estaba en cama también. Llamó a su padre y le pidió que recogiera a la pequeña en la guardería, dándole el mismo motivo. Salió con su coche y, despacio, se dirigió a casa. Despacio porque así era el ritmo de sus pensamientos.

Lo primero que pensó es que aquella no era su casa. Parecía distinta; según subía las escaleras, no reconocía la puerta de su casa, no se sentía seguro ni cómodo. Giró la llave y llamó a su esposa.

Nora no contestaba. La encontró por los sollozos que venían de la habitación. Sentada sobre la cama, sujetaba en su mano el diario de Henning, la vida de Henning al completo. Se asustó al escucharle entrar y después le lanzó el libro a los pies.

—¿Qué tipo de broma es esta, Henning? ¿Qué es esto?

La miró aturdido y paralizado mientras comprendía que lo había leído todo, había leído incluso más de lo que él se había atrevido. Estaba temblando, lloraba y tenía un aspecto horrible. Llevaba aún el pijama y no paraba de gesticular, llevándose las manos a la cabeza o bien intentando tomar aire. Henning se acercó a ella, aunque Nora intentara alejarse más retrocediendo. Le habló en voz muy baja, le pidió que no alzara la voz, que no gritara, que se tranquilizara. Pero Nora no había llegado a gritar siquiera, su voz era demasiado débil como para intentarlo. Nora, desconfiada pero perdida, se dejó abrazar por su marido mientras no dejaba de sollozar.

—Nora, escúchame, necesito que me creas —susurró mientras la mantenía abrazada a su pecho.

Henning comenzó a hablarle del libro, intentando explicarle descoordinadamente de dónde venía, dónde lo había encontrado, cómo llegó a sus manos, quién se lo dio. Mezclaba palabras, momentos, días. Ella parecía no oírle, negaba con la cabeza, no contestaba a sus palabras, incluso podía oír cómo decía «no, no, no» repetidamente. Lo que le contaba no surtía efecto, y tampoco le extrañaba. No estaba preparado para hacer creer a Nora que todo aquello era verdad, por muy extraño que sonase, hasta que dio con la única forma.

—Escúchame, contéstame a una pregunta.

Ella seguía sin mirarle a los ojos y en un gesto brusco él la zarandeó para

obligarla a hacerlo.

—Sí, una pregunta —concedió.

—Tus pesadillas. —Nora cambió su expresión por la de incredulidad. ¿Qué tenían que ver sus pesadillas de pronto?—. Nunca me has hablado de ellas porque te dan demasiado miedo, ¿verdad? Y tampoco las has descrito en tu diario ni las has comentado con nadie, nunca jamás has hablado de ellas, ¿verdad, Nora? —Ella le miraba extrañada, sin entender por qué le hacía esas preguntas, pero al final asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Si nunca has dejado que nadie sepa de tus pesadillas, es imposible que yo lo sepa, ¿verdad? —Buscó su asentimiento una vez más y ella así lo hizo—. Pero yo sé lo que soñabas, Nora, cada vez que te despertabas sé qué te pasaba exactamente. Algunas veces oías a alguien respirar en la habitación, muy próximo a ti, casi a tu lado. Otras veces veías a una persona de pie enfrente de tu cama, una silueta de una mujer muy pálida y con el pelo rubio largo. Y te miraba fijamente a ti. Abrías y cerrabas los ojos, segura de que aún estabas durmiendo y queriendo apartar la imagen de ti, pero hasta que no encendías la luz no te tranquilizabas, convencida de que la pesadilla ya se había deshecho. E incluso esa misma mujer hurgaba entre tus objetos; si teníamos la puerta del armario abierta, ella miraba el interior, ¿verdad, Nora? ¿No eran así tus pesadillas? Siempre la misma mujer, siempre una voz. O incluso hubo una noche en que te despertó porque se estaba riendo por lo bajo y no te atrevías a abrir los ojos porque estabas segura de que la encontrarías, y tenías un pavor tan horrible que casi no podías ni hablar. Me abrazaste fuertemente esa noche y comprendí que era otra pesadilla de las tuyas, porque tú estabas convencida de que era una pesadilla sin más, de las que tanto te atormentaban, y cuando encendí la luz volvió a desaparecer.

Nora le miró completamente aturdida. Así eran sus pesadillas, era exactamente eso lo que le pasaba. Comenzó a temblar al recordar ese susurro que la atrapaba por las noches, la risa cruel, la mujer mirando sus objetos, observándola desde su posición.

—¿Cómo lo sabes? —alcanzó a preguntar a su marido.

—Porque no son pesadillas. —Se detuvo y bajó el sonido de su voz hasta convertirlo en un susurro—. Yo también la veía y escuchaba, era real.

Nora comenzó a llorar, hundiendo su cara en sus manos. Se dejó sentar en la cama mientras Henning se arrodillaba delante de ella.

—Explícamelo todo —le pidió.

Henning comenzó de nuevo toda la historia convencido de que antes ella no le había escuchado. Le contó cómo había llegado el libro a sus manos, qué había pasado en la única ocasión en que intentó ir contra lo que establecía, cómo se cumplía cada palabra de lo que decía, el miedo que tenía a avanzar en las páginas, el pavor que sentía cada vez que veía a alguien que se parecía a la norna que se lo entregó. Nora le miraba incrédula, pero su explicación calaba cada vez más en ella. Hizo varias preguntas, le pidió que comenzara de nuevo, preguntó hasta que sus palabras cobraron sentido. Ahora comprendía su reacción de la mañana y a qué se debía que el año anterior se mostrara de esa manera. Ella lo había atribuido en su día a que descubrió que Jens la había visitado, aunque decidió no sacar el tema entonces si él no lo mencionaba.

—Pero... no puedo dejar que me maten. —Las palabras se ahogaban entre lágrimas.

A él le costaba reprimirlas, pero no podía flaquear ante ella, Nora le necesitaba más que nunca.

—Nora, sabes que es lo último que yo querría, sabes que, si pudiera, lo evitaría incluso sustituyéndome por ti, y lo sabes —recalcó—. Pero tengo miedo de intentar cambiar el destino, tengo miedo de que lo cambie y tú sufras más.

—Pero yo no quiero sufrir, yo no quiero morir.

—Y no vas a sufrir, Nora, no vas a sufrir —repetía mientras ella se dejaba abrazar y besar, desesperada y sin poder detener las lágrimas que bañaban su rostro. Henning le alcanzó su rostro y le acarició el cabello mientras repetía sus palabras y se preparaba para seguir hablando.

Nora tenía el cuerpo ardiendo; el cuello, la cara, el cabello le sudaban. La mezcla del nerviosismo y la fiebre habían subido la temperatura de la habitación y obligaron a Henning a quitarse la chaqueta, la corbata, y arremangarse la camisa. Al terminar le quitó el jersey que Nora llevaba sobre el pijama sin dejar de besarla y acariciarla, hablando en voz muy baja. Cuando ella fue capaz de escuchar, él comenzó a hablar.

—Nora, escúchame, he pensado en algo. No sé quién vendrá, pero es alguien a quien tú abrirías la puerta, ya que es un conocido. Quiero que así lo hagas cuando llamen, quiero que le invites a pasar. Yo le obligaré a hacer lo que él tenía en mente, he traído la pistola de caza de mi padre. Quiero que actúe tal como había pensado, ya que tengo miedo de que si no lo hace, tú sufras más. Él debe completar un macabro asesinato. —Ella lloraba más según su marido hablaba, mientras él intercalaba palabras asegurándole que no sufriría—. Nora, Nora, escúchame. Tú no vas a sufrir. Vas a morir, porque tienes que morir, y tengo miedo de que, si consigo salvarte..., sea peor y sufras una muerte en pésimas condiciones. Porque, Nora, Nora, escúchame, tú hoy no vas a sufrir. He traído esta droga. Una vez consiga que él entre en casa y no pueda escapar, te inyectarás esto, esperaré a que haga efecto y no sentirás nada. Morirás a causa de las heridas, morirás por un macabro asesinato, pero no sentirás absolutamente nada. Así cumpliremos con el destino, así conseguiré evitar que suceda algo peor y, ante todo, lograré que no sufras más de lo necesario. Desde que leí el libro no he parado de pensar en cómo salvarte del dolor, porque no te puedo salvar de la muerte, cariño, no puedo.

Nora aminoró el ritmo de su respiración, escuchó atentamente su plan y sobre todo sus últimas palabras, y miró por primera vez en esa mañana a su marido fijamente a los ojos. Henning había conseguido burlar a las diosas, o al menos eso parecía.

—¿Y por qué no me matas ahora? —le dijo sosteniendo su mirada.

—Porque soy completamente incapaz, Nora. Porque puedo fallar por mi cobardía, porque podría cometer una barbaridad al no ser capaz de acertar y morirías, pero sufriendo aún más; no me cabe duda de que, si no mueres como han establecido, sufrirás más. Porque tu destino no se cumpliría, porque no sé qué más hay después de que te mueras, no sé cuál sería mi castigo, no sé si Eva lo sufriría. Porque no tengo ni las más mínima idea de qué hacer, estoy perdido y más lo estaré cuando me falte el único lugar que no recuperaré jamás. Llevo meses pensando en mil y un caminos, pero ninguno me lleva a buen puerto. ¿Y Eva? ¿Cómo puedo proteger a Eva si burlo a las diosas incumpliendo lo que han establecido? No tengo miedo por mí, tengo miedo por ti y por Eva. ¿Qué sería de Eva, Nora? ¿Qué pueden hacer? No sé si es la

decisión correcta o no, solo sé que así cumpliría con lo que esa norna ha decidido para ti y para mí.

Nora se dejó caer en el regazo de Henning y se abrazó a su cuello. Eran las 11:30.

Transcurrieron quince minutos en los que Nora asumió que no había forma de escapar de allí. Se abrazaron y lloraron en silencio, despidiéndose para siempre. Henning la apretaba fuertemente contra su pecho mientras se preguntaba si sería capaz de seguir con el plan, si podría seguir cada paso como tenía pensado. Ya hacía tiempo que había decidido escapar, no quería luchar por su inocencia, y no se veía capaz de enfrentarse a la mirada de su padre ni de sus suegros. No sabía qué decía el diario a partir de ese punto, pero había comprendido suficientemente que era mejor actuar creyendo que lo haces por ti mismo. Desde que supo hacía un año que Nora iba a morir brutalmente, tenía pesadillas todas las noches. Y lo peor era que no sabía si sería antes o después, o si sería capaz siquiera de llevar a cabo el plan que había trazado. Ahora que llegaba el momento, todas las cavilaciones que hizo y los cientos de conclusiones a las que había llegado le parecían una broma de mal gusto, una película de ciencia ficción que había visto y no era real. Pero abrazando a Nora en su regazo, con los pocos minutos de vida que le quedaban, era más real que nunca.

Poco antes de las doce, Nora, habiendo recuperado una respiración más o menos normal, se apartó de su cuello.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Huir. No sería creíble que soy inocente. Nunca supe cuándo sería, ojalá hubiera podido elaborar algo mejor, estar contigo ahora sin que supusiera alejarme de Eva. Pero he tomado esta decisión y quiero evitar que sufras en la medida en que pueda. Te juré que estaría a tu lado en lo bueno y en lo malo. No puedo cambiarme por ti, solo puedo perder mi vida por ti.

—Cariño, vete.

Él rechazó la propuesta. No dejó que ni siquiera rebatiera su rechazo. Volvió a besarla como cuando comenzaron a salir y no podían separarse el uno del otro, como quinceañeros que descubrían qué era besarse.

A las 12 en punto, sin un minuto de retraso, llamaron a la puerta. Henning

se levantó bruscamente y le cogió la mano a su mujer para inspirarle fuerza, quien le miraba aterrada. Sabía ahora con certeza que había tomado la decisión correcta al acompañarla en vez de dejar que sucediera sin su intervención, pudiendo él entonces tener una vida medianamente normal cuidando de su hija.

Temblaba la mano de ella mientras caminaban a pasos cortos por el pasillo hacia la puerta. Henning se esforzaba por aparentar que tenía la situación bajo control. Se situó detrás de la entrada y dejó que su mujer abriera, temiendo que no pudiera cumplir con lo planeado. Hasta ese mismo instante en que ella iba a abrir no se había planteado quién iba a asesinar a su mujer.

—Matias...

Lo primero que pensó Henning era que se habían equivocado y tal vez vendría más tarde el asesino. Tardó un segundo en reaccionar y darse cuenta de que él era el asesino.

Matias, jubilado oficialmente, era el jardinero que contrataban entre los cuatro vecinos para que les arreglara el pequeño jardín común del que disfrutaban en verano. Matias, un hombre de sesenta y dos años que se mantenía en una fantástica forma física y era la envidia de los demás ancianos del pueblo, aún con buen porte, caminando erguido, dando largos paseos incluso cuando la nieve alejaba a cualquier adulto de pisar la calle, que no tenía achaques de ningún tipo. El hombre servicial, atento y amable de quien había corrido hacía aproximadamente treinta años un oscuro rumor relacionado con su desaparecida mujer, aunque años después se descubrió que simplemente le abandonó y no estaba muerta en ninguna cuneta. Matias, a quien todos los del pueblo sabían que no debían invitarle a ningún trago, ya que perdía los papeles con solo oler el alcohol. El Matias del pueblo de toda la vida iba a asesinar a su mujer.

—Nora, querida, he visto que estabas en casa y venía a saludarte. Pensé que tal vez querrías algo.

Henning observó la escena detrás de la puerta, adivinando los gestos de Matias, que le daba la espalda, y no queriendo volver a ver la mirada de terror de su mujer.

—Hola, Matias.

Se quedó paralizado al escuchar la voz de Henning. Adoptó una postura defensiva antes de girarse y mirarle a él. Forzó una sonrisa.

—¡Henning!, no sabía que estuvieras en casa ni he visto tu coche.

—Sí, he aparcado un par de calles más abajo.

A pesar de que lo intentó, no fue capaz de devolverle la misma sonrisa falsa. Matias llevaba sobre el hombro una mochila cerrada y podía respirar su nerviosismo a la poca distancia que los separaba. Henning cerró la puerta de una patada.

—Dejémonos de tonterías, Matias. Has venido aquí a matar a mi mujer, y así lo harás. —Empuñó la pistola que había escondido detrás de su espalda y le obligó a retroceder por el pasillo mientras él negaba con la cabeza y alzaba torpemente las manos—. Por favor, no quiero escenas ridículas. ¿Cómo pensabas hacerlo?

—Henning, por favor..., no me puedo creer la locura que me estás contando..., me conoces perfectamente... Baja esa arma, por favor — balbuceaba, el sudor le recorría la frente y no sabía cómo actuar.

—Podemos jugar al ratón y al gato todo el día, pero no va a servir de nada.

Caminaron hacia la sala de estar donde invitó a Matias a sentarse en el sofá. Su mujer se aferraba a su brazo sin poder dejar de sollozar. Se dio cuenta de que había conseguido dominar la situación y a partir de este punto no había vuelta atrás.

—Escúchame, Matias, al igual que sé que has venido aquí para matar a mi mujer, sé que tienes pensado hacerlo de una forma muy macabra. Yo te apuntaré con esta pistola y no dudaré en disparar si veo que no cumples con tu asqueroso ritual. Matarás a mi mujer tal y como lo has elaborado en tu cabeza y yo me aseguraré de que así sea. No intentes jugármela, ya has visto que es imposible engañarme. Pero cada movimiento que hagas me lo anunciarás con antelación. No quiero gritos, ni peleas, ni sorpresas. Va a ser un asesinato macabro pero limpio. Ahora habla, dime paso a paso lo que vas a hacer.

Matias miró desconcertado a Henning, pero acaparaba más su atención la pistola que le apuntaba. No entendía de qué iba todo aquello ni qué pretendía, se preguntó si había alguna cámara que estuviera grabando aquella ridícula

escena, si Henning era un loco que disfrutaba con las películas reales de asesinatos. Se preguntó si Henning, al fin y al cabo, disfrutaba tanto como él de ello.

Absorto en sus posibilidades de escapar de allí, transcurrieron un par de minutos hasta que Henning acercó más su pistola a su cabeza, dejándola a tan solo unos centímetros de su frente. Comprendió que no le cabía más que continuar. Abrió su mochila, sacó unas tijeras y un bisturí, así como un pañuelo para amordazar a Nora. Solo pretendía usar este último si ella se negaba a escucharle e insistía en gritar. Pero Nora, el objeto de su deseo durante los últimos años, los mismos que llevaba arreglando su jardín, parecía una mujer indefensa que se escondía tras el cuerpo de su marido y se aferraba a su brazo sin poder alzar la vista. Ya llevaba muchos años con esta idea en la mente y pensó que llevarla a cabo en la última etapa de su vida era la mejor idea que podía tener.

Pidió a Nora que se tumbara en el suelo, entre la mesa del comedor y la parte trasera del sofá. Matias era observado de cerca cada segundo y estaba obligado a anunciar con anterioridad cada uno de sus movimientos. Nora se dejó llevar, aunque no había duda de que le costaba separarse de su marido. Henning la acompañó con el arma levantada hacia su asesino y le entregó una jeringuilla. Nora la cogió, él le musitó algo al oído y ella afirmó. Cogió la jeringuilla y se inyectó el contenido en el brazo derecho.

—Al menos moriré en mi pequeño lugar, junto a ti —dijo entre lágrimas Nora.

Tras unos interminables minutos, Nora se quedó completamente dormida con la cabeza apoyada en el regazo de Henning. Una vez comprobó que no había manera de despertarla, dejó suavemente su cuerpo inerte en el suelo y se levantó hacia Matias.

—Ahora, haz lo que tenías pensado.

Siguió al detalle los movimientos de Matias. Incrustó el bisturí, decidió que no era suficiente para él y cogió de la mesa el cuchillo con el que habían cortado el pan esa mañana. Siguió con desprecio las muestras de satisfacción de Matias con cada corte que hacía, disfrutando al comprobar que la sangre se derramaba por todos los costados. Siguió, con su mente fuera de esa

habitación, el desagradable y macabro proceso del asesinato de su mujer.

Cuando terminó Matias, comprobó, a petición de Henning, que no tenía vida.

—Me imagino que ahora querrás matarme, ¿verdad? No importa, sinceramente. Tenía pensado acabar mis años en la cárcel y que me mates será un alivio.

—No, ya ha habido demasiada muerte en esta casa.

Matias se sorprendió ante la respuesta, tanto que retrocedió un paso, confundido entre el alivio y la preocupación. Presenció cómo el marido, del que estaba seguro que había disfrutado como él del asesinato, se despidió de su mujer. Tardó pocos minutos en recoger sus cosas y se alejó de la casa tan rápido como pudo.

Henning no quería matarle, si lo hiciera sería su final y no habría ya ninguna manera de declararse inocente. No sabía qué sucedería a continuación, pero no le cabía ninguna duda de que si se quedaba, sería considerado el asesino y no tendría ninguna prueba como defensa. Podría haber obligado a Matias a que le atara y pareciera una víctima, pero de qué iba a servir. Matias afirmó claramente que no le importaba morir en la cárcel y mucho menos morir, lo único que quería era matar a Nora y cumplir su escabroso deseo. Más allá de ello, no se doblegaría ante una pistola. Le necesitaba vivo. Aunque remota, que él saliera vivo de aquella habitación era la única oportunidad que tenía para que no le culparan de asesinato.

Contempló la horrible escena de pie, cerca del cuerpo sin vida de su mujer. Evitando pisar la sangre, comprobó por sí mismo que no respiraba. El último golpe en el corazón había sido mortal. Ante la peculiar situación, Henning no podía quitarse de la cabeza la sonrisa de Matias saboreando el asesinato. «Nora», las cuatro letras que habían rondado en su mente desde que la vio sentada en un escalón llorando porque quería ser mayor, cobraban ahora un sentido distinto. De ser la joven inalcanzable de quien se enamoró, pasó a ser su mujer, para adentrarse nuevamente en un rumbo inalcanzable. Se preguntó si, de no haber leído el diario y tener la certeza de que era la mujer de su vida, habría permanecido a su lado durante los años de su relación con Jens. Tal vez habría tomado un rumbo distinto que le hubiera llevado al mismo

puerto, se podrían haber distanciado y vuelto a unir en el último año de la universidad... Podría haber sido distinto, mejor o peor, pero siempre con el mismo final. Durante un instante quiso odiar a la norna que puso a Nora en su camino, pero le resultó imposible. Le había entregado lo mejor de su vida para después arrancárselo sin contemplación. Cómo iba a odiar a quien le había regalado tanta felicidad, a quien le había permitido estar al lado de la persona que más amaría con la certeza de que ella era especial. Especial cuando sonreía e iluminaba la habitación con una mueca, cuando le susurraba algo al oído y guardaban un secreto entre los dos que no se deshacía en el viento, cuando le rozaba en los labios con los ojos cerrados para jugar con él, cuando le pedía que le cogiera fuertemente la mano porque le necesitaba para vivir. Cómo podía odiar a quien le había entregado lo que muchos aún buscan: el pequeño lugar secreto que habían escondido, cuidado, mantenido, visitado diariamente en el regazo del otro. La certeza de que ese lugar existía solo para ellos y no lo encontrarían en los brazos de otra persona quedaba destruida si uno de los dos faltaba, pues no volvería a existir la tranquilidad. Cómo iba a odiar a quien le había enseñado a amar. Cómo iba a odiar a quien le había dado la oportunidad de formar parte del reparto, en vez de ser un mero espectador de la función que era la vida. Por fin tuvo sentido el párrafo que la norna había escrito en su diario, justo después de anunciarle que Nora moriría. Era el último párrafo que él había leído del diario, pero no el que le ponía punto final. Más allá de esas palabras no se había atrevido a avanzar.

Volvió abruptamente a la realidad cuando abrió los ojos tras dejar divagar su mente unos minutos. A pesar de la sangre que bañaba el cuerpo semidesnudo de su mujer, Henning recordaría aquella despedida como si estuviera limpia y dulcemente durmiendo en el suelo, dispuesta a recogerle en su lugar si se abrazaba a su lado. Habían valido la pena los nueve años de relación a cambio de tirar su vida por la borda. Había valido la pena protegerla y acompañarla a cambio de su propia vida. Si era o no como las nornas lo habían planteado, no le importaba.

Fue a su habitación a coger una chaqueta y encontró en la papelera el libro que Jens le había regalado a Nora cuando aún eran novios. Miró la habitación y se dio cuenta de que su mujer había pretendido hacer una limpieza del

armario, y así fue como encontró el diario de Henning. Recogió de la basura el libro de Jens y, con un lápiz que había encima de la mesa, escribió «Nornas». Fue aquel solo un intento de dejar plasmado en algún lugar que ellas habían sido las culpables del asesinato. Lo dejó de nuevo en el armario donde Nora solía guardarlo. Dejó también la corbata y la chaqueta de traje que se había quitado antes y estaba tirada en el suelo, junto al jersey de Nora que aún conservaba su olor. Al recogerlo del suelo se cruzó con el diario que la norna le entregó. Lo levantó y, ante la perspectiva de abrirlo y leer aún más de su destino, sintió un escalofrío. Decidió ocultarlo entre los demás libros normales de la alta y alargada estantería que decoraba uno de los pasillos. En ningún momento se planteó llevárselo consigo o volver a despedirse de su mujer. No tenía valor para ninguna de las dos opciones.

Bajó las escaleras, cruzó la calle, se subió al coche y se dirigió al aeropuerto. Desde hacía unos meses, cuando tomó la decisión de cómo actuar, guardaba en el coche una pequeña maleta con un pasaporte falso adquirido en Oslo. Contenía algunas prendas de ropa, dinero en efectivo y una peluca. Condujo hasta casi llegar al aeropuerto, dejó el coche tirado en una cuneta e hizo autostop hasta que finalmente le recogió un repartidor de sándwiches y productos para un par de cafeterías del aeropuerto. Tendría poco más de cuarenta años y su apariencia demostraba que aparte de repartir los sándwiches también debía degustarlos. Henning le explicó que se había estropeado su coche y que cuando llegara al aeropuerto llamaría para que lo recogieran, pero que tenía una reunión en Estocolmo en la que se jugaba su importante puesto en una empresa farmacéutica. El conductor no dejó de hablar en todo el trayecto, recitándole los cientos de medicamentos que había tomado a lo largo de su vida y buscando que Henning diera su opinión sobre cada uno de ellos y los efectos secundarios que el conductor había sufrido. Henning hubiera preferido mantenerse callado, pero la conversación con el conductor le obligaba a seguir el hilo y permanecer unido a la realidad.

Se despidieron afablemente tras unos pocos minutos de trayecto, no más de veinte, y Henning se dirigió apresurado al baño. Se cambió la ropa y se puso la peluca. Con su nueva apariencia buscó la salida del primer avión. Como no había asientos libres en el primer vuelo, compró un billete para el segundo,

con destino a Madrid.

En el avión hacia España, mil ideas se atropellaron entre sus pensamientos, corriendo a toda velocidad sin que ninguna de ellas tuviera una forma tangible o visible. Excepto una que por primera vez asomaba. Desde que supo lo que iba a pasar, tenía dos puntos muy claros: el primero, que estaría al lado de Nora; el segundo, que quería hacerlo de forma que nunca le vieran culpable y pudiera retomar la vida con su hija. Al ser consciente de que lo más probable era que el segundo fuera incompatible con el primero, había asumido que era inocente. ¿Pero no era también culpable de un asesinato, de un macabro asesinato que no había evitado y había sucedido en su propia casa y en su presencia? Hundió la cabeza entre sus manos. Ni en Noruega ni en España podría nunca recuperar el lugar donde ya no había ruido, todo el ruido que ahora ahogaba su mente y le inhabilitaba para pensar con claridad, el ruido del silencio en que ella murió, el ruido de sus lágrimas ahogadas, el ruido del exterior que no llegaba, el ruido de sus gritos que no encontraban salida. Un ruido incesante que le producía un dolor de cabeza acusado, obligándole a sujetarla entre sus manos, apretándola, como si de esta manera fuera capaz de sacar de dentro todo ese ruido. Un ruido incesante que tardaría años en abandonarle.

Ana

Pero les perdoné.

Perdoné a Henning y silencé su ruido, y enterré para Jens a Nora en el lugar al que pertenecía en vez de obligarle a traerla a la luz cada día.

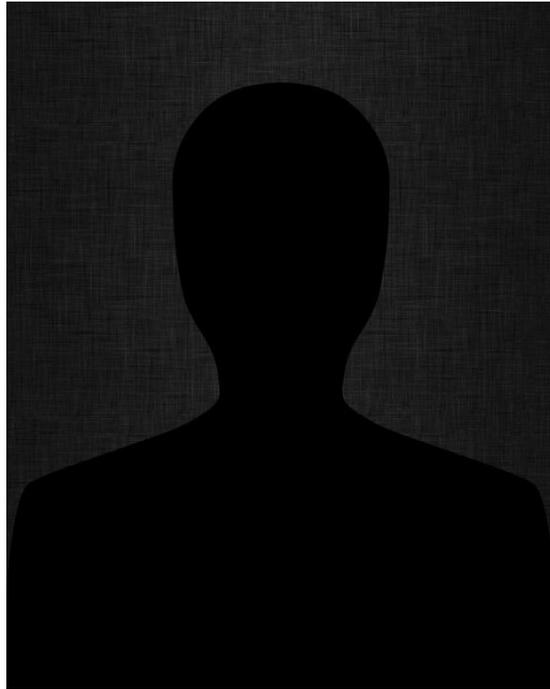
Les absolví de sus pecados para que pudieran morir felices, tranquilos. Ambos habían sufrido ya sus penitencias.

Jens, por querer atrapar su lugar cuando sabía que no le pertenecía.

Henning, por querer burlarme.

¿Y Eva? ¿Pretenderá eternizar el abrazo de Markus? ¿Intentará burlar su destino después de lo que le he enseñado?

Por su bien, espero que no.



ASTRID NILSEN DE LA CUESTA, de ascendencia española y noruega, nació en Alicante en 1983. Tras licenciarse en Traducción e Interpretación por la Universidad de Valladolid, su vida laboral ha estado siempre ligada al área de Comunicación. En los últimos años ha adquirido, además, nuevas responsabilidades en Recursos Humanos. La literatura ha sido desde la infancia su gran afición, bien disfrutándola como escritora o como lectora. En 2009 fue ganadora de un premio nacional de novela dotado con 6.000€ por su primera novela publicada, Palabras Inventadas, que finalizó con 23 años.